# Burlando a la Parca

Josh Bazell

# Burlando a la Parca

Traducción de Benito Gómez Ibáñez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

*Título de la edición original:*
Beat the Reaper
Little, Brown and Company
Nueva York, 2009

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A
*Ilustración:*

*Primera edición: septiembre 2009*

© Josh Bazell, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7509-6
Depósito Legal: B. 00000-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

In Memoriam
*Stanley Tanz, doctor en medicina*
*1911-1996*

Si Nietzsche tiene razón en que avergonzar a un hombre es matarlo, entonces toda tentativa honrada de autobiografía será un acto de autodestrucción.

CAMUS

# 1

¡De modo que voy camino del trabajo, me paro a ver cómo una paloma se pelea con una rata en la nieve y un gilipollas intenta atracarme. Naturalmente tiene una pistola. Se me acerca por detrás y me la clava en la base del cráneo. Está fría, y en realidad produce una sensación agradable, como de digitopuntura.

–Tranquilo, doctor –me sugiere.

Lo que lo explica todo, al menos. Incluso a las cinco de la mañana, no soy la clase de tío al que se suele atracar. Soy como una estatua de estibador plantada en la Isla de Pascua. Pero el capullo me ve bajo el abrigo los pantalones azules del pijama sanitario y los zuecos de plástico verde perforados, así que piensa que debo de llevar drogas y dinero encima. Y que a lo mejor he hecho alguna especie de juramento de no patearle su cabeza de gilorio por tratar de asaltarme.

Apenas tengo drogas y dinero suficiente para pasar el día. Y el único juramento que he hecho, según recuerdo, es el de no tener *propósito* de hacer daño. Me parece que ya hemos pasado de ese punto.

–Vale –digo, alzando las manos.

La rata y la paloma se han largado. Cobardicas.

Me doy la vuelta, movimiento que me aparta la pistola de la nuca y me deja con la mano derecha levantada por encima del brazo del capullo. Lo agarro del codo y tiro bruscamente hacia arriba, haciendo que sus ligamentos salten como tapones de champán.

Detengámonos un momento a contemplar el prodigio que llamamos codo.

Los dos huesos del brazo, cúbito y radio, se mueven por separado, y también giran. Lo que pueden comprobar poniendo la palma de la mano hacia arriba, posición en la cual el cúbito y el radio se encuentran en paralelo, y volviéndola luego hacia bajo, postura en que se cruzan formando una equis.[1] Necesitan, por tanto, un complejo sistema de anclaje en el codo, con los ligamentos envolviendo los diversos extremos óseos en unas tiras rebobinables semejantes a la cinta pegada en el mango de una raqueta de tenis. Es una pena romperlos.

Pero el capullo y yo tenemos un problema más grave ahora mismo. Y es que mientras le machaco el codo con la mano derecha, la izquierda, que no sé cómo se me ha puesto a la altura de la oreja derecha, se precipita ahora hacia su garganta como el filo de una navaja.

Si llega a darle, le aplastará los frágiles anillos de cartílago que le mantiene abierta la tráquea bloqueándole el conducto de aspiración de aire. Cuando intente respirar otra vez, la tráquea se le cerrará a cal y canto como un ano, y sólo le quedarán unos seis minutos para la visita de la

1. Y, haciendo la comparación con la parte inferior de la pierna, se encontrará una disposición vestigial. Los dos huesos de la pantorrilla, la tibia y el peroné, no se mueven de su emplazamiento. El exterior, el peroné, ni siquiera soporta peso. En realidad puede extirparse en su mayor parte –para utilizarlo como implante o lo que sea–, y con tal de no joder el tobillo ni la rodilla, la movilidad del paciente no se verá afectada.

Parca. Aunque me estropee el bolígrafo Propulsatil tratando de hacerle una traqueotomía.

De modo que, implorando, rogando y engatusando a mi mano, logro corregir su trayectoria. Subiéndola más allá de la barbilla, e incluso de la boca –lo que habría sido asqueroso– hasta dirigírsela a la nariz.

Que se aplasta como barro mojado. Arcilla húmeda con ramitas dentro. El capullo se desploma en la acera, sin conocimiento.

Me paro para comprobar si estoy tranquilo –lo estoy, sólo un poco incomodado– antes de arrodillarme laboriosamente a su lado. En esta clase de ocupación, como en cualquier otra, probablemente, la planificación y la compostura son más valiosas que la rapidez.

No es que esta situación en concreto requiera mucha organización ni serenidad. Pongo al capullo de costado para que no se asfixie, y le coloco el brazo sano bajo la cabeza a fin de que no se le quede la cara en contacto con la acera helada. Luego me aseguro de que sigue respirando. Y así es, efectivamente, con una burbujeante *joie de vivre.* En la muñeca y el tobillo, además, el pulso es razonablemente firme.

De manera que, como es habitual en estas situaciones, imagino que pregunto al Más Grande –Profesor Marmoset– si puedo retirarme.

Y, como también suelo hacer en estas ocasiones, me figuro la respuesta del Profesor Marmoset: *No,* y *¿Qué harías si fuera tu hermano?*

Suspiro. No tengo hermanos. Pero sé adónde quiere ir a parar.

Le pongo la rodilla en el codo jodido y le separo los huesos tanto como parecen aguantar los tendones, dejando luego que vuelvan despacio a su posición de menor resistencia. Eso hace que el gilipollas gruña de dolor en sue-

ños, pero qué más da: le harían lo mismo en Urgencias, sólo que para entonces estaría despierto.

Le registro para ver si lleva móvil. No cae esa breva, claro, y no estoy dispuesto a utilizar el mío. Si tuviera un hermano, ¿querría él que me incordiara la pasma?

Así que incorporo al gilipollas y me lo cargo al hombro. Pesa poco, y apesta como una toalla empapada en orines.

Y, antes de ponerme en pie, recojo su pistola.

El arma es una verdadera mierda. Dos chapas de metal prensado –ni empuñadura, siquiera– y un tambor ligeramente descentrado. Parece un objeto que empezó su vida útil dando la salida en pruebas de atletismo. No deja de ser un alivio, si se piensa en que hay trescientos cincuenta millones de armas cortas en Estados Unidos. Luego veo la brillante punta de las balas y recuerdo lo poco que hace falta para matar a alguien.

Debería tirarla. Retorcer el cañón y arrojarla por una alcantarilla.

En vez de eso, me la guardo en el bolsillo trasero de los pantalones sanitarios.

Las viejas costumbres no se pierden tan fácilmente.

En el ascensor hacia la planta de Medicina Interna sube una visitadora médica, una rubia menuda con un vestido negro de fiesta y un maletín con ruedas. Tiene el pecho liso, y la curvatura de la espalda le realza el culo, de manera que ofrece la figura de una atractiva y esbelta judía pinta. Tiene veintiséis años,[1] ha tomado demasiado el sol, y parece que se ha arreglado la nariz aunque no lo ha he-

1. Los médicos siempre saben la edad del paciente. Aprovechamos ese conocimiento para saber si nos están mintiendo. Hay diversas fórmulas para ello –comparar las arrugas del cuello con las venas del dorso de las manos, etcétera–, pero en realidad no hace falta.

cho. Pecosa, no quiero engañarlos. Tiene la dentadura más limpia del hospital.

–Hola –dice campechanamente, como si fuera de Oklahoma–. ¿Nos conocemos?

–No, todavía no –le contesto. Pensando: *Porque eres nueva en esto, de lo contrario no estarías trabajando a estas horas tan cabronas.*

–¿Es usted celador? –me pregunta.

–Soy residente de medicina interna.

Un residente es un interno de primer año, con los estudios terminados el curso anterior, normalmente alguien con seis años menos que yo. No sé lo que es un celador. Suena a alguien que trabaja en un manicomio, si es que aún hay manicomios.

–Vaya –contesta la visitadora–. Para ser médico, es usted guapo.

Si por «guapo» quiere decir que tengo aspecto de bruto y estúpido, impresión que según mi experiencia transmito a la mayoría de las mujeres, no le falta razón. La camisa sanitaria que llevo es tan estrecha que se me ven los tatuajes de los hombros.

Serpiente y báculo en el izquierdo, estrella de David en el derecho.[1]

–¿Es usted de Oklahoma? –le pregunto.

–Pues sí, de allí soy.

–¿Tiene veintidós años?

---

Cuando se ven treinta personas al día y se les pregunta la edad, cualquiera se convierte en experto.

1. En realidad, resulta que el tatuaje de mi hombro izquierdo –báculo alado, dos serpientes– es el símbolo de Hermes, y por tanto del comercio. El símbolo de Asclepio, y en consecuencia de la medicina, es un báculo sin alas con una serpiente.

–Ojalá. Tengo veinticuatro.

–Se ha tomado dos años de vacaciones.

–Sí, pero qué historia tan aburrida, Dios mío.

–Hasta ahora no va mal. ¿Cómo se llama?

–«St*aaaaa*cey –contesta, acercándose más, con los brazos a la espalda.

Debería decir aquí que el padecer una falta crónica de sueño produce un estado cuya similitud con la borrachera es tan evidente que los hospitales muchas veces parecen gigantescas e interminables fiestas navideñas de oficina. Sólo que en un jolgorio de Navidad el zopenco que tienes al lado no está a punto de cortarte el páncreas en filetes con un instrumento llamado «termocauterio».

Cabría añadir quizá que las visitadoras médicas, de las que en Estados Unidos hay una por cada siete doctores en medicina, cobran por flirtear. O por acostarse directamente con alguno, nunca he estado muy seguro.

–¿En qué empresa trabaja? –le pregunto.

–En Martin-Whiting Aldomed.

–¿Tiene Moxfane?

Moxfane es el medicamento que dan a los pilotos de bombarderos que tienen que despegar de Michigan, bombardear Irak, y hacer el vuelo de regreso sin escalas. Se pueden tragar o utilizarse para que el motor siga en marcha.

–Pues sí, tengo. Pero ¿qué va a darme a cambio?

–¿Qué es lo que quiere?

Se me ha puesto justo debajo de la barbilla.

–¿Que qué *quiero?* Si me pongo a pensarlo, me pondré a soltar el trapo. No me diga que desea verme llorar.

–Es mejor que ir a trabajar.

Hace como que me da un bofetón y se agacha para abrir el maletín. Si lleva ropa interior, no es de ningún tejido que yo conozca.

–De todos modos –explica–, son cosas que tienen que ver con una *carrera.* O con no tener tres compañeras de piso. O con que mis padres no piensen que habría hecho mejor quedándome en Oklahoma. No creo que pueda usted ayudarme en eso.

Se incorpora con un paquete de muestra de Moxfane y un par de Dermagels, los guantes de goma de dieciocho dólares de Martin-Whiting Aldomed.

–Y, mientras –añade–, podría conformarme con enseñarle nuestros nuevos guantes.

–Ya los conozco –le aseguro.

–¿Ha probado alguna vez a besar a alguien poniéndoselos en la boca?

–No.

–Ni yo. Y estoy que me muero de ganas.

Aprieta casualmente con la cadera el botón de parada del ascensor.

–¡Huy! –exclama.

Muerde el puño de un guante para desgarrarlo, y me echo a reír. ¿Saben esa sensación de no estar seguro de si te están acosando o te encuentras en presencia de un ser humano de verdad?

Me encanta esa impresión.

–La sala es una jodida pesadilla –dice Akfal, el otro residente de mi servicio, cuando por fin aparezco para relevarlo. Lo que es «Hola» para los paisanos equivale a «La sala es una jodida pesadilla» para los médicos residentes.

Akfal es un «tarjeta jota» de Egipto. Los «tarjetas jota» son doctores de facultades de medicina extranjeras cuyos visados pueden ser rescindidos en caso de no tener contento al director de residentes. Otro término válido que se

les puede aplicar es el de «esclavos». Me entrega un listado de los pacientes actuales –él también tiene uno, aunque el suyo está anotado y doblado en cuatro pliegues– y me lo va explicando. Bla, bla, Habitación 809 Sur. Bla, bla, infección de colostomía. Bla, mujer de treinta y siete años, tratamiento de quimioterapia de bla, bla. Bla, bla, bla, bla, bla. Es imposible seguirlo, aun poniendo empeño.

En vez de atender, me apoyo en el mostrador de enfermeras, lo que me recuerda que sigo llevando una especie de revólver en el bolsillo interior de los pantalones sanitarios.[1]

Necesito guardar la pistola en alguna parte, pero la taquilla está cuatro plantas más abajo. A lo mejor podría esconderla detrás de algunos manuales. O debajo de la cama de la sala de guardia. En realidad no importa, con tal de que me concentre lo suficiente para recordar luego dónde la he puesto.

Akfal deja de hablar por fin.

–¿Entendido? –me pregunta.

–Sí. Vete a casa a dormir un poco.

–Gracias –concluye Akfal.

No se irá ni a casa ni a dormir. Sino que se dedicará a hacerle el papeleo de los seguros al director de residentes, el doctor Nordenskirk, durante cuatro horas por lo menos.

Y es que «Vete a casa a dormir un poco» es «Adiós» en el lenguaje de los residentes.

Haciendo la ronda a las cinco y media de la mañana se encuentra uno a menudo con enfermos que afirman que esta-

1. Los pijamas sanitarios son reversibles, con bolsillos en ambas partes, por si hay que suministrar anestesia o cualquier otra cosa pero uno está demasiado cansado para ponerse los pantalones como es debido.

rían estupendamente sólo con que unos soplapollas dejaran de despertarlos cada cuatro horas para preguntarles cómo están. Otros se guardarán esa observación para sí, y empezarán a quejarse de que alguien se empeña en robarles el reproductor de MP3, medicinas o cualquier otra cosa. En cualquier caso, se le echa un vistazo al paciente, prestando especial atención a alguna afección «yatrogénica» (ocasionada por el médico) o «nosocomial» (originada por el hospital), que conjuntamente constituyen la octava causa más importante de fallecimientos en Estados Unidos. Luego se larga uno pitando.

Otra cosa que ocurre cuando se hace la ronda de pacientes tan temprano, es que ninguno se queja de nada.

Lo que nunca es buena señal.

La quinta o sexta habitación que visito es la de Duke Mosby, el paciente que menos aborrezco ahora. Se trata de un varón negro de noventa años, ingresado por complicaciones relacionadas con diabetes que ahora incluyen gangrena en ambos pies. Es uno de los diez norteamericanos negros que sirvieron en las Fuerzas Especiales en la Segunda Guerra Mundial, y en 1944 se fugó de Colditz. Hace dos semanas se escapó de esta misma habitación del Hospital Manhattan Catholic. En calzoncillos. En el mes de enero. De ahí la gangrena. La diabetes jode la circulación aunque se lleven, digamos, zapatos. Menos mal que Akfal estaba entonces de turno.

–¿Qué pasa, doctor? –me saluda.

–Poca cosa, señor –le contesto.

–No me llame señor. Me gano la vida trabajando –replica. Siempre dice lo mismo. Es una especie de chiste del ejército, sobre que no era oficial o algo así–. Pero deme alguna noticia, doctor.

No se refiere a su salud, que rara vez parece interesarle, de manera que me invento alguna sandez sobre el gobierno. Nunca me lleva la contraria.

Empiezo a vendarle los hediondos pies, y le digo:

–Además, cuando venía a trabajar esta mañana he visto una rata peleándose con una paloma.

–¿Sí? ¿Quién ganó?

–La rata. No era una lucha igualada.

–Bueno, no me extraña que una rata pueda con una paloma.

–Pero lo curioso era –le digo– que la paloma seguía intentándolo. Tenía las plumas completamente erizadas y estaba cubierta de sangre. Cada vez que atacaba, la rata le daba un mordisco y la tiraba de espaldas. Cosa de mamíferos, supongo, pero era bastante asqueroso.

Le pongo el estetoscopio en el pecho.

La voz de Mosby retumba por los auriculares.

–Para que la paloma insistiera de ese modo, la rata debe haberle hecho una buena faena.

–Sin duda –convengo. Le ausculto el abdomen, tratando de provocarle dolor. Mosby no parece notarlo. Le pregunto–: ¿Ha visto a alguna enfermera esta mañana?

–Claro. Han estado entrando y saliendo todo el rato.

–¿Alguna de esas de la faldita blanca, con gorrito?

–Muchas veces.

Ah, no. Ves a una mujer vestida así, y no es enfermera, sino el holograma de un striptease. Le palpo las glándulas del cuello.

–Voy a contarle un chiste, doctor –dice Mosby.

–¿Sí? ¿Cuál?

–Le dice el médico a un tío: «Tengo que darle dos malas noticias. La primera es que tiene cáncer.» El hombre exclama: «¡Dios santo! ¿Cuál es la segunda?» El médico con-

testa: «Tiene Alzheimer.» Y el tipo concluye: «¡Bueno, al menos no tengo cáncer!»

Me río.

Como siempre que me lo cuenta.

En la habitación de Mosby, la cama que hay junto a la puerta –en ésa estaba hasta que la supervisora consideró menos probable que se fugara de nuevo si lo instalaba a dos metros de la entrada– está ocupada por un paciente blanco que no conozco, gordo, con una exigua barba rubia y el pelo corto por delante y los lados y largo por detrás. Cuarenta y cinco años. Tumbado de costado con la luz encendida, despierto. Cuando consulté antes el ordenador, su «Molestia Principal» –el apartado que cita textualmente al enfermo, haciéndolo pasar por idiota– sólo decía: «Dolor en el culo.»

–¿Le duele el culo? –le pregunto.

–Sí. –Rechina los dientes–. Y ahora también me duele el hombro.

–Empecemos por el culo. ¿Cuándo empezó a dolerle?

–Eso ya lo he explicado todo. Está en la gráfica.

Probablemente sí. En la gráfica de *papel,* en todo caso. Pero como ésa es la que el enfermo y el juez pueden solicitar, esmerarse en hacerla legible no tiene mucho aliciente. La del Tío del Culo parece unas olas dibujadas por un niño.

En cuanto a la gráfica del *ordenador* –que es confidencial y contiene todas las informaciones que el médico puede recibir–, lo único escrito junto a «MP: *Dolor en el culo»,* es *«¿Paquete? ¿Ciática?».* Ni siquiera sé si se refiere al paquete vasculonervioso o a que es algo «de cojones».

–Lo sé –le digo–. Pero a lo mejor nos ayuda que lo vuelva a repetir.

No se lo cree, pero ¿qué le va a hacer?

–Me empezó a doler el culo –explica, lleno de resentimiento–. Y así estuve durante dos semanas, cada vez con más dolor. Hasta que me decidí a ir a Urgencias.

–¿Acudió a Urgencias porque le dolía el culo? Debe tener dolores de verdad.

–Me están matando, joder.

–¿Ahora también? –digo mirando al gotero de calmantes que tiene el tío. Con tanto Dilaudid, se pasa un pelador de zanahorias por la mano y ni se entera.

–Incluso en este momento. Y no soy ningún drogadicto. Y ahora el jodido hombro también.

–¿Dónde?

Se lleva el dedo hacia la mitad de la clavícula derecha. No es precisamente el hombro, pero qué más da. No se aprecia nada a simple vista.

–¿Duele? –le pregunto, dándole unos suaves golpecitos. Se pone a gritar.

–*¡¡Quién está ahí!!?* –grita Duke Mosby desde la otra cama.

Retiro la cortina para que me vea.

–Soy yo, señor.

–No me llame señor –contesta. Dejo caer la cortina.

Echo un vistazo al registro de constantes vitales del Tío del Culo. Temperatura 36,6; presión arterial 120/80; ritmo respiratorio 18; pulso 60. Todo absolutamente normal. Y los mismos datos que en la gráfica de Mosby y el registro de las constantes de todos los pacientes que he visto en la sala de guardia esta mañana. Le pongo la mano en la frente como si fuera su madre. Está ardiendo.

Joder.

–Voy a pedir que le hagan una tomografía –le digo–. ¿Ha pasado últimamente alguna enfermera por aquí?

–Desde anoche, no.

–¡Joder! –exclamo en voz alta.

No hay duda, cinco puertas más allá se ha muerto una mujer, con una desgarradora expresión de horror en el rostro y un registro de constantes vitales que dice: «Temperatura 36,6; presión arterial 120/80; ritmo respiratorio 18; pulso 60». Aunque se le ha bajado la sangre de tal manera que parece que la han tumbado en una bañera con cinco centímetros de tinta azul.

Para calmarme me empiezo a pelear con las dos supervisoras. Una jamaicana obesa que está muy atareada extendiendo unos cheques. Y una bruja irlandesa que no para de navegar por Internet. Las conozco, y me caen bien: la jamaicana porque a veces trae comida, y la irlandesa porque tiene una barba poblada que lleva afeitada en forma de perilla. Si en el mundo hay un *jódete* mejor que ése, de verdad que no lo conozco.

–No es problema nuestro –asegura la irlandesa cuando me quedo sin nada que decir–. Y no hay nada que hacer. Esta noche hemos tenido a ese montón de gilichichis letonas. Lo más seguro es que ahora estén vendiendo por ahí el teléfono móvil de esa señora.

–Pues despídanlas –sugiero.

Con eso se ríen las dos.

–En estos momentos andamos un poco escasos de enfermeras –observa la jamaicana–. Por si no se ha dado cuenta.

Sí que lo he notado. Por lo visto hemos agotado el cupo de enfermeras del Caribe, las Filipinas y el Sudeste Asiático, y ahora estamos a punto de consumir el de la Europa del Este. Cuando la secta supremacista blanca que la hermana de Nietzsche fundó en Paraguay salga de la selva, a sus miembros no les resultará difícil encontrar trabajo.

–Pues yo no voy a extender el certificado –declaro.

–Cojonudo. Y que se joda el paquistaní, ¿eh? –observa la irlandesa. Tiene la cara casi pegada a la pantalla del ordenador.

–Akfal es egipcio –la corrijo–. Y no voy a pasarle a él el marrón. Sino a las cabronas de sus letonas. *Stat.*

La jamaicana sacude la cabeza con aire de melancolía.

–Eso no va a resucitar a la señora –observa–. Si les pide que extiendan ellas el certificado, se limitarán a activar un código.[1]

–Me importa un huevo.

–¿Párnela? –dice la jamaicana.

–A mí también –contesta la irlandesa que, casi entre dientes, añade–: Auténtico coñazo.

Por la forma de reaccionar de la jamaicana se sabe que su compañera se refiere a mí, no a ella.

–Díganselo de todos modos –les ordeno, y me marcho.

Ya me siento mejor.

Pero incluso después de eso necesito hacer una pequeña pausa. Con la Moxfane que me he tomado hace media hora junto con una Dexedrina que me encontré en un sobre en el bolsillo de la bata y que ingerí por si la primera tardaba en hacerme efecto, me resulta un poco difícil concentrarme. Me empieza a dar un subidón tremendo.

Me encanta la Dexedrina. Tiene forma de escudo, con una línea vertical en medio, de manera que parece una vul-

1. «*Stat*» es la abreviatura, aunque no siempre, de *statim.* «Activar un código» es lo que se hace cuando se pretende ignorar que un paciente ha fallecido.

va.[1] Pero, incluso sin tomar nada más, con la Dexedrina las cosas resultan a veces demasiado esquivas y es difícil centrarse en ellas, o siquiera mirarlas. Y con una Moxfane encima, hasta llegan a difuminarse.

Así que voy a la sala de guardia de residentes para relajarme, y quizá tomarme de paso unos benzodiacepanes que tengo escondidos en el bastidor de la cama.

En cuanto abro la puerta, sin embargo, sé que hay alguien en la oscuridad. La habitación apesta a sudor y mal aliento.

–¿Akfal? –digo, aun sabiendo que no es él. El olor de Akfal me acompañará hasta la tumba. Éste es aún peor. Peor que el de los pies de Duke Mosby.

–No, tío –contesta débilmente una voz desde el rincón de la litera.

–Entonces, ¿quién coño eres? –pregunto con un gruñido.

–El fantasma de Cirugía[2] –dice la voz.

–¿Por qué estás en la sala de guardia de Medicina Interna?

–Porque... necesitaba un sitio para dormir, colega.

Quiere decir: «En donde a nadie se le ocurriría buscarme.»

Fenomenal. No sólo está apestando la sala de guardia, sino que utiliza la única litera disponible, porque la de arri-

1. En realidad, suele decirse que el vello púbico tiene una disposición triangular o de «escudo», aunque entre los seres humanos sólo el de las mujeres tiene esa forma. Naturalmente, los hombres lo tienen en forma de rombo, apuntando hacia el ombligo por arriba y a las ingles por abajo. Razón por la cual las mujeres que se afeitan el vello púbico en forma de rombo te están estafando subconscientemente.

2. Es un trabajo que existe realmente, aunque no vale la pena entrar en detalles.

ba está cubierta con una colección completa de la revista *Oui* de 1978 a 1986, que según sé por experiencia resulta un incordio quitar de ahí.

Considero la posibilidad de dejar que se quede, porque la habitación será inutilizable en el futuro próximo debido al olor. Pero como estoy bajo el influjo de Moxfane Edge[MR], siempre puede recurrirse a la disuasión.

–Te doy cinco minutos para largarte cagando leches de aquí –le digo–. Si no quieres que te vierta un frasco de orina en la cabeza.

Enciendo la luz al marcharme.

Ahora me siento un poco más centrado, pero no lo suficiente para hablar con los enfermos, así que voy a ver resultados de laboratorio en el ordenador. Akfal ya ha copiado la mayoría en las gráficas. Pero hay un informe de Patología sobre un paciente del doctor Nordenskirk que efectivamente tiene seguro de enfermedad, de manera que ése no lo ha tocado. El doctor Nordenskirk sólo permite que blancos o asiáticos se ocupen de pacientes asegurados.

Así que echo un vistazo al informe en pantalla. Es un montón de malas noticias para un hombre llamado Nicholas LoBrutto. El nombre italiano dispara la alarma en mi cabeza, pero estoy prácticamente seguro de que nunca he oído hablar de ese tío en mi vida. Y en todo caso los miembros de la mafia –como la mayoría de la gente que puede elegir– no acuden al Manhattan Catholic. Por eso me permito el lujo de trabajar aquí.

La frase clave del informe de Patología es «positivo en células en anillo de sello». Una célula en anillo de sello es como un solitario de diamantes (o un sello, para el que siga

cerrando los sobres con lacre), porque su núcleo, que tendría que estar en el centro, se ha desplazado hacia la pared por la acción de las proteínas que no puede dejar de producir debido al cáncer. En concreto, o cáncer de estómago o cáncer que *era* de estómago y ahora se ha metastatizado, digamos, al cerebro o los pulmones.

Cualquier cáncer de estómago es una putada, pero el de las células en anillo de sello es el peor. Mientras la mayor parte de cánceres de estómago sólo perforan la pared del estómago, de modo que se puede extirpar la mitad y cabe la posibilidad de que el paciente siga viviendo, aunque no sea capaz de cagar mierda sólida, el de células en anillo de sello se infiltra en el estómago por la superficie, produciendo una afección llamada «linitis plástica». Hay que extirpar el órgano entero. Y aun así, cuando se diagnostica, suele ser demasiado tarde.

La tomografía del abdomen de Nicholas LoBrutto no es concluyente sobre si el cáncer se le ha extendido o no. (Aunque, con suerte, ahora dispone de una entre mil doscientas probabilidades de contraer otro tipo de cáncer sólo por la radiación del escáner. Si es que vive para contarlo.) Sólo operándolo se sabrá con seguridad.

Y entretanto, a las seis y media de la mañana, tengo que ir a explicarle todo eso.

*¿Señor LoBrutto? Tiene una llamada por la línea uno. No lo ha dicho. Pero parecía la Parca.*

Incluso para mí, es demasiado pronto para una copa.

LoBrutto está en una cama del Ala Anadale, la pequeña sala de lujo del hospital. La Anadale intenta parecerse a un hotel. La recepción tiene el suelo de linóleo con dibujos de parqué y un carapijo con esmoquin tocando el piano.

Aunque si fuese un hotel de verdad, habría mejor asistencia médica.[1] El Ala Anadale incluso cuenta con enfermeras macizas de los años sesenta. No me refiero a que estén buenas ahora. Sino que lo estaban en los sesenta, cuando empezaron a trabajar en el Manhattan Catholic. Ahora están sobre todo histéricas y amargadas.

Una de ellas me pregunta a gritos adónde coño voy cuando paso por el mostrador, pero no le hago caso y sigo mi camino hacia la «suite» de LoBrutto.

Al abrir la puerta no tengo más remedio que admitir que, para tratarse de una habitación de hospital, es muy bonita. Tiene una mampara en forma de acordeón, ahora plegada casi en su totalidad, que la distribuye entre «salón» –adonde la familia puede cenar con el paciente en una mesa octogonal con tablero de vinilo que parece fácil de limpiar en caso de vómitos– y «dormitorio» con cama articulada. A lo largo de la estancia hay ventanales del suelo al techo, con vistas, en este momento, al río Hudson iluminado por la primera luz del Este.

Deslumbrante. Son las primeras ventanas por las que miro desde que he entrado a trabajar. Y me dejan a contraluz, de manera que LoBrutto, en la cama, me reconoce a mí antes que yo a él.

–¡Hay que joderse! –exclama, encogiéndose en la cama para apartarse de mí, pero sujeto por el gotero y las sondas del monitor–. ¡Pero si es Zarpa de Oso! ¡Te han enviado para matarme!

1. ¿Creen que con más dinero no van a recibir una mala asistencia sanitaria? Olvídense de los ocho mil estudios que demuestran que Estados Unidos gasta el doble *per capita* que cualquier otro país, con resultados que no lo incluyen entre los treinta y seis primeros. Fíjense en Michael Jackson.

## 2

Cuando estaba en la universidad me fui un verano a El Salvador para colaborar en el empadronamiento de las tribus indígenas. A un chico de una aldea que visité le arrancó un brazo un tiburón mientras pescaba lanzando un sedal con la mano, y se habría muerto delante de mis narices si no hubiera sido por otro de los cooperantes norteamericanos, que era médico. En ese mismo momento decidí pasarme a la facultad de medicina.

Eso nunca llegó a ocurrir, gracias a Dios, y en una primera época apenas fui a la universidad, pero es de esas cosas que aconsejan decir cuando se solicita el ingreso en medicina. Eso o que tenías una enfermedad que fue empeorando hasta que te la curaron de forma tan increíble que ahora eres capaz de trabajar ciento veinte horas semanales y encima estar contento.

Lo que *no* te aconsejan decir es que quieres ser médico porque tu abuelo lo era y siempre lo has admirado mucho. No sé por qué. Se me ocurren peores razones. Además, mi abuelo sí era médico, y yo siempre lo he respetado mucho. Por lo que yo sabía, mi abuela y él habían protagonizado una de las más grandes historias de amor del siglo XX, ade-

más de ser las últimas personas verdaderamente decentes del planeta.

Poseían una grave dignidad a la que yo nunca he logrado aproximarme, y una infinita preocupación por los oprimidos en la que no quiero ni ponerme a pensar. Guardaban además una gran compostura, y parecían disfrutar mucho jugando al Scrabble, viendo la televisión pública y leyendo voluminosos e instructivos libros. Incluso se vestían de etiqueta. Y aunque pertenecían a una clase desaparecida, mostraban condescendencia hacia quienes no eran como ellos. Por ejemplo, cuando mi drogota madre me dio a luz en un *ashram* de la India en 1977 y luego quiso ir a Roma con su novio (mi padre), mis abuelos cogieron el avión y se presentaron allí para llevarme con ellos a New Jersey, en donde me criaron.

Con todo, sería deshonesto situar los orígenes de mi vocación por la medicina en el amor y respeto que me inspiraban mis abuelos, porque no creo que considerase siquiera matricularme en la Facultad hasta ocho años después de que los asesinaran.

Los mataron el 10 de octubre de 1991. Yo tenía catorce años, me faltaban cuatro meses para cumplir los quince. Llegué de casa de un amigo a las seis y media, lo que en West Orange es lo bastante tarde en octubre como para tener las luces encendidas. Estaban apagadas.

En aquella época, mi abuelo no se dedicaba a la cirugía, pero prestaba asistencia médica en calidad de voluntario, y mi abuela trabajaba también como voluntaria en la biblioteca pública de West Orange, de modo que a esa hora los dos debían estar en casa. Además, el cristal de la puerta de entrada –del tipo que llaman «esmerilado»– es-

taba roto, como si hubieran querido introducir la mano para abrir el pestillo.

Si les pasa eso alguna vez, llamen a la policía. Aún puede haber alguien dentro. Entré, porque temía que hicieran daño a mis abuelos si me quedaba fuera. Ustedes probablemente hubieran hecho lo mismo.

Estaban entre el salón y el comedor. En concreto, mi abuela, que había recibido un balazo en el pecho, yacía de espaldas en la sala de estar, y mi abuelo, que se había encogido cuando le dispararon en el abdomen, estaba boca abajo en el comedor. Mi abuelo tenía la mano sobre el brazo de mi abuela.

Llevaban muertos algún tiempo. La sangre de la alfombra se me pegaba a los zapatos, y después, cuando me tendí en ella, a la cara. Llamé a la policía antes de tumbarme y poner la cabeza entre las suyas.

Todo permanece en mi memoria en colores vívidos, cosa interesante, porque ahora sé que, en realidad, en situaciones poco emotivas no vemos colores. Nuestra mente los imagina y los aplica después.

Sé que les pasé los dedos entre los canosos cabellos y junté sus cabezas con la mía. Cuando por fin llegó la ambulancia, lo único que pudieron hacer los técnicos sanitarios fue apartarme de allí para que los polis pudieran fotografiar la escena del crimen y dejar que los servicios municipales retiraran los cadáveres.

La especial ironía de la historia de mis abuelos es que cincuenta años antes habían sobrevivido a un intento de asesinato mucho más complejo. Se habían conocido, legendariamente, en el bosque de Białowieża, en Polonia, en el invierno de 1943, cuando tenían quince años, sólo unos

meses más que yo cuando los encontré muertos. Junto con una pandilla de adolescentes recién asilvestrados acechaban entre la nieve a las partidas de polacos que salían a perseguir judíos para ver si matando a todos los que pudieran los dejaban en paz. Nunca me contaron lo que hacían exactamente, pero debía de ser algo bastante brutal, porque en 1943 Hermann Göring tenía una casa de campo en la parte sur de Białowieża, en donde sus huéspedes y él se disfrazaban de senadores romanos, y es de suponer que estuviera al tanto de la situación. También está el asunto de un pelotón rezagado del Sexto Ejército de Hitler que desapareció en Białowieża aquel invierno camino de Stalingrado. En donde sus miembros, a decir verdad, habrían muerto de todos modos.

Mis abuelos acabaron cayendo en una trampa. Por medio de un individuo de Cracovia llamado Wladislaw Budek les llegó noticia de que habían capturado al hermano de mi abuela, que actuaba en esa ciudad como espía del obispo de Berlín,[1] y lo habían enviado al «gueto» de Podgorze, que era un centro de internamiento junto al ferrocarril de los campos. Budek afirmaba que podía sacar al hermano de mi abuela por dieciocho mil zlotis, o como coño se llamase la moneda que utilizaran por entonces. En vista de que no tenían dinero, y de que en cualquier caso tampoco se fiaban, fueron a Cracovia para comprobar personalmente las cosas. Budek los traicionó, llamó a la policía y los mandaron a Auschwitz.

1. Se trataba de Konrad Preysing, alias «el Buen Alemán». Preysing presentó trece testimonios distintos sobre la existencia del Holocausto al papa Pío XII, que en 1941 había declarado que la política nazi no entraba en conflicto con la doctrina católica. Cuando santifiquen a Pío, supongo que le atribuirán ese milagro.

Típico de mis abuelos era que después consideraban su internamiento en Auschwitz como un golpe de suerte, porque no sólo era preferible a que los racistas polacos los hubiesen matado a tiros en el bosque, sino que era mucho mejor que un campo de la muerte.[1] En Auschwitz tuvieron oportunidad de ponerse en contacto en dos ocasiones mediante notas pasadas de contrabando; lo que, según contaban, hizo que la supervivencia resultara fácil hasta la liberación.

Su funeral se celebró cerca de donde vivía mi tío Barry. Era el hermano de mi madre, que un día se quedó flipado y se hizo judío ortodoxo. Por supuesto, mis abuelos se consideraban judíos –habían visitado Israel, por ejemplo, y lo apoyaban, lamentando la prontitud con que el mundo se había apresurado a demonizarlo–, pero para ellos el ser judío significaba asumir determinadas responsabilidades morales e intelectuales, aunque la religión no fuera otra cosa que una patraña manchada de sangre. Mi madre se había entusiasmado con todas las formas de rebelión tradicionales antes de que Barry pudiera iniciarse siquiera, de manera que su único recurso probablemente consistía en vestirse como si viviera en una aldea judía de la Polonia de 1840.

Mi madre asistió al funeral y me preguntó si hacía falta que se quedara en Estados Unidos, y que si quería irme a vivir a Roma. Mi padre me hizo el favor de no hacer el

1. En Auschwitz *había* un campo de la muerte –Birkenau–, pero también estaba Monowitz, que era un campo de trabajo de esclavos. Lo que hacía que las probabilidades de supervivencia en Auschwitz fueran de una entre quinientas, razón por la cual hemos oído hablar de Auschwitz. La probabilidad de sobrevivir en los campos de la muerte era de una entre setenta y cinco mil.

paripé: se limitó a enviarme una carta incoherente, un tanto conmovedora, sobre su relación con mis abuelos y acerca de que por mucho que pasen los años uno nunca llega realmente a sentirse viejo.[1]

Barry me adoptó para quitarme de encima a los Servicios de Protección de la Infancia, pero no resultó difícil convencerlo de que me dejara quedarme en casa de mis abuelos. A los catorce años, yo era físicamente enorme y tenía maneras de médico judío polaco entrado en años. Me gustaba jugar al bridge. Además, a Barry y su mujer no les entusiasmaba que sus cuatro hijos estuvieran en contacto con un chico abandonado al nacer que un día volvió a casa y se encontró a sus padres adoptivos asesinados. ¿Y si me volvía peligroso?

Buena pregunta. ¡Qué decisión tan acertada tomasteis tu mujer y tú, Barry!

Aspiré a la peligrosidad, y la perfeccioné. Como habría hecho cualquier otro chico norteamericano, tomé como modelo a Batman y a Charles Bronson en *El justiciero de la ciudad*. Yo no disponía de sus recursos, pero tampoco incurría en muchos gastos. Ni siquiera cambié las alfombras.

Consideré que no tenía más remedio que ocuparme personalmente del asunto. Y sigo pensando lo mismo, en realidad.

Sé por experiencia, pongamos, que si te metes en el

1. Mis padres ya se habían divorciado mucho tiempo atrás. Mi madre trabajaba en una agencia inmobiliaria, y mi padre, que era italiano –aunque no siciliano, cabe añadir–, se había trasladado a Riverside, en Florida. Las últimas noticias que tengo es que tenía una franquicia de un restaurante de prestigio que no voy a nombrar. Los dos se llaman ahora de otra manera, y no tengo contacto con ninguno.

bosque a matar a unos cuantos proxenetas pedófilos que cultivan la política supremacista –gente que ha destrozado la vida literalmente a *centenares* de niños–, la policía se pondrá hecha una furia y tratará de encontrarte. Inspeccionarán las alcantarillas por si te has lavado las manos después de pasártelas por el pelo. Buscará huellas de neumáticos.

Pero si las dos personas que más quieres en el mundo son brutalmente asesinadas por algún hijoputa que desvalija un par de armarios y se lleva el vídeo, todo será un puto misterio.

*¿Tenían enemigos?*

*¿Alguno que necesitara el vídeo?*

*Probablemente ha sido un chalado.*

Un chiflado con coche, guantes, y un montón de puta suerte para que no lo viera nadie.

*Preguntaremos por ahí.*

*Ya le diremos.*

Y entonces te queda claro cómo se hace justicia: por la propia mano o de ningún modo.

¿Qué clase de alternativa es ésa?

Las diversas artes marciales tienen en común una interesante peculiaridad. (Pasé del *taekwondo* al *karate sho ryu* y al *kempo,* de un *dojo* con olor a pies a otro muy parecido, mientras seguía la tradicional directriz japonesa de estar más tiempo entrenándome que durmiendo.) Se supone que hay que actuar como un animal. No lo digo en sentido abstracto: hay que trabajar las estrategias imitando el comportamiento de criaturas reales y concretas. Utilizar, por ejemplo, el «estilo grulla» para ataques a distancia precisos, rápidos, o el «estilo tigre» para dar zarpazos en un

agresivo cuerpo a cuerpo. La idea subyacente es que el último animal al que se debe emular en una situación violenta es el hombre.

Lo que resulta acertado, dicho sea de paso. La mayor parte de los seres humanos son unos luchadores pésimos. Retroceden, se debaten inútilmente, dan media vuelta y se escabullen. Normalmente peleamos tan mal que ello ha revertido en una ventaja evolutiva, porque antes de la producción masiva de armas la gente tenía que pensar en cómo hacerse daño de verdad, de manera que el más listo contaba con buenas posibilidades para ganar la pelea. Un hombre de neandertal podría dejar molido a cualquiera de ustedes y luego comérselo, pero intenten encontrar a un neandertal para comprobarlo.

O si no, piensen en los tiburones. La mayoría de las especies de tiburón se gestan en el vientre de su madre y allí mismo empiezan a matarse unos a otros. El resultado es que su cerebro ha permanecido en las mismas condiciones a lo largo de sesenta millones de años, mientras que el nuestro fue incrementando su complejidad hasta hace ciento cincuenta mil, momento en el cual adquirió la facultad del habla, convirtiéndose por tanto en humano, y nuestra evolución se hizo entonces tecnológica en vez de biológica.

Hay dos maneras de considerar la cuestión. Una es que los tiburones son superiores a los humanos desde el punto de vista evolutivo, porque si ustedes piensan que vamos a durar sesenta millones de años, están locos. La otra es que somos superiores a los escualos, porque desde luego se extinguirán antes que nosotros, y la culpa de su desaparición, al igual que de la nuestra, sólo la tendremos nosotros. Hoy en día es mucho más probable que un humano coma tiburón que viceversa.

Utilizando el voto de calidad, sin embargo, los escualos ganan. Porque mientras nosotros disponemos de la mente y de la capacidad de transmitir su contenido a lo largo de las diversas generaciones, y los tiburones cuentan con la aptitud de utilizar sus enormes y buenos dientes, no parece que ellos se sientan muy agobiados por esa situación. Y desde luego a los humanos los atormenta un montón.

Los hombres *odian* ser mentalmente fuertes y físicamente débiles. El hecho de que debamos destruir este planeta a la vez que a nosotros mismos no nos llena de alegría. En cambio admiramos a los atletas y a las personas que ejercen la violencia física, y *odiamos* a los intelectuales. Un puñado de gilipollas lanzan un cohete a la puñetera *luna,* y ¿a quién mandan? A un tipo rubio llamado *Arms*trong, incapaz de decir lo que debía al alunizar.

Es una extraña maldición, cuando uno se pone a pensarlo. Estamos hechos para el pensamiento y la civilización, más que cualquier otro bicho viviente que conozcamos. Y en el fondo sólo queremos ser asesinos.

Entretanto, en torno a Acción de Gracias del 91 me empiezo a follar a la agente Mary-Beth Brennan del Departamento de Policía de West Orange. En su Crown Victoria, porque estaba casada y a los polis no les gusta salir de sus coches «patrulla» cuando están de servicio. El suyo estaba infestado no sólo de cucarachas sino de ratas, porque los mamones de los otros turnos tiraban los huesos de pollo frito a la parte de atrás, alojándolos entre los duros asientos de cuero. Aquello parecía un habitáculo de roedores domésticos.

No es que no me gustaran las relaciones que manteníamos. Era la primera vez que lo hacía, y desde luego re-

sultaba agradable. Además, no tenía motivos para pensar que aquella experiencia sexual pudiera mejorarse, porque era muy diferente de todo lo que había visto en el cine o leído en los libros.

Pero comprendía que debía haber algo más que aplastarse la cabeza contra la radio mientras una tía que me parecía increíblemente blanda y vieja (era más joven de lo que yo soy ahora, y todos los pechos tienden a ablandarse, pero ¿quién sabía eso?) se retorcía encima de ti con los pantalones del uniforme por debajo de las rodillas, al tiempo que yo me preguntaba cuánto más podría insistir para que sonsacara a los detectives de grado tres y cuatro, que seguramente sabían *algo* sobre el asesino de mis abuelos, y me transmitiera información práctica y fiable. Además era invierno, de modo que, cuando no la tenía a mi lado, todo era helador.

Lo que la agente Brennan acabó averiguando fue lo siguiente:

Los detectives no creían que fuesen nazis, ni «neo» ni de ninguna clase, porque esa gente suele dedicarse a los *hasidim.* Tampoco se trataba exactamente de un robo, porque se llevaron poca cosa, y los ladrones evitan a la gente mayor en razón de que está casi siempre en casa y no suele guardar dinero en ella. Lo poco que *robaron,* como el aparato de vídeo, probablemente constituía un impulso de última hora o un calculado intento de despiste.

–Entonces, ¿quién ha sido? –pregunté a Mary-Beth Brennan.

–No me lo han dicho.

–Mentira.

–Es que no quiero que sufras.

–Eso no me importa, coño.

Me lo dijo. Lo más probable era que hubiesen conce-

bido todo el asunto con el único objeto de matarlos. Los ancianos quizá no sean las mejores víctimas de un robo con allanamiento de morada, pero son fantásticos para fines homicidas. Se mueven con lentitud, pueden pasarse varios días tendidos antes de que los descubran, y, como he dicho, suelen estar en casa. Quienquiera que piense cometer un asesinato y le importe poco quién sea la víctima, se decidirá por personas como mis abuelos. Y ese tipo de criminal se incluye en una de las categorías siguientes: asesinos en serie y mafiosos en prueba.

A principios de 1992, en West Orange, estado de New Jersey, había que ser tonto del culo para apostar por los asesinos en serie.

Así que lo más probable era que hubiese sido alguien deseoso de demostrar su valía para matar, y brindar a la mafia una ascendencia estratégica sobre él a guisa de cuota de entrada. O puede que fueran dos personas, puesto que había dos víctimas y las balas que asesinaron a mis abuelos eran de pistolas diferentes.

Según uno de los detectives a quienes la agente Brennan sonsacó información para mí, eso significaba que había bastantes posibilidades de que acabaran atrapando a aquellos tíos. Esa gilipollez de la mafia, la *omertà,* funciona en ambos sentidos: los antiguos chantajean a los nuevos, y los nuevos delatan a los antiguos. De manera que la policía acabaría enterándose de que dos capullos en concreto habían entrado en la mafia al mismo tiempo, y entonces identificarían a los sospechosos.

Pero eso podría ocurrir dentro de diez años, y para entonces se habrían evaporado las pruebas, o el interés. Y eso suponiendo que aquellos tipos hubieran «aprobado» y no los rechazaran, si es que simplemente no decidieron seguir trabajando en los almacenes Best Buy o donde fuese.

El asunto tenía poco cuerpo. Era endeble. A lo mejor había sido obra de un asesino en serie después de todo. O de unos yonquis.

Pero los perros no rehúyen al zorro porque esté sarnoso. La teoría de la mafia era lo único que tenía, de modo que seguí adelante con ella.

Y además dejé de recibir información. Un día presioné demasiado a Mary-Beth, y se me puso a llorar en el pecho diciendo que sospechaba que no la quería de verdad.

Cuando uno se cría en la parte norte de New Jersey, oye muchas sandeces acerca de la mafia y de que el padre de tal o cual anda metido en ella. Pero también conoce la existencia de una academia militar diurna en Suffern, y cada vez que se tropieza con alguien que asiste a ella resulta que es un gilipollas con un deportivo Iroc-Z y un collar de oro macizo con el que puede romperse el espejito para la cocaína. Y cuando se consultan los personajes de las Cinco Familias en el *Who is Who* de New Jersey, resulta que mogollón de ellos ha ido a esa escuela.

No voy a nombrarla. Baste decir que se llama igual que una de las más famosas academias militares de Inglaterra, pese a que su fundación data de ciento cincuenta años después de la guerra de Independencia.

Contaba con ir a un instituto católico, pero en realidad daba lo mismo. Ya estaba haciendo flexiones.

Hice el traslado durante el verano. Era cara, pero con la herencia y la liquidación del seguro me sobraba dinero. Y, como ya he dicho, no tenía muchas necesidades.

Como escuela militar era una filfa. «Toque de diana» a

las siete y media y a las dos y media, cuarenta minutos diarios de instrucción, desfile una vez al mes. Había un grupo de tarados que se lo tomaban muy en serio, y se apuntaban a los equipos deportivos y todo eso, pero los demás fumaban mandanga en los lavabos y salían a escondidas al Pizza Hut de la autopista para retozar con las chicas del instituto femenino, que estaba al otro lado de las pistas de tenis y el bosque. En los servicios del Pizza Hut había enseñanza mixta.

Tenías que hacer cola.

Decidí entablar amistad con Adam Locano porque era muy popular, no por sus relaciones con la mafia. No me enteré de que las tuviera hasta después, cuando le pregunté cómo le habían puesto su mote, que era «Skinflick».

Según me habían dicho, lo llamaban así porque había hecho una película porno con la canguro cuando tenía doce años.

–Qué más quisiera –me contó–. Fue con una puta en Atlantic City. Ni siquiera me acuerdo, tío, estaba como una cuba. Entonces un capullo del club de mi padre robó la cinta y se puso a hacer copias para todo el mundo. De pena.

Oí campanas, y comprendí que me había metido hasta el cuello en la mafia. Pero antes de eso no tenía ni idea, porque Locano era diferente de los demás chicos mafiosos.

Tenía quince años, como yo. A diferencia de mí, era regordete, de pezones hinchados con pliegues diagonales y una cara parecida a la del perro Droopy, con carrillos colgantes y bolsas en los ojos. Tenía el labio inferior demasiado carnoso. También a diferencia de mí, era un gallito. Era como si se tomase muy en serio el hecho de parecer –in-

cluso con el pijama de tarados que teníamos que llevar en el desfile– que se había pasado toda la noche bebiendo. En Las Vegas. En 1960.

Otra particularidad de su encanto (que no dejaba de maravillarme) era que por lo visto siempre hablaba con absoluta franqueza y libertad. Soltaba con aire despreocupado que iba a cagar o hacerse una paja, o que estaba enamorado de su prima hermana, Denise. En cuanto se enfadaba o se sentía contrariado, te lo hacía saber, incluidas las ocasiones en que le daba rabia que yo fuese tan superior a él en los deportes o peleando.

Yo hacía lo posible por evitar esa clase de situaciones, pero, como chicos que éramos, y en particular alumnos de una presunta academia militar, surgían continuamente. Y siempre me impresionaba la gracia con que Skinflick se enfrentaba a ellas. Se ponía a aullar de cólera, reía luego a carcajadas, y no cabía duda de que ambas reacciones habían sido sinceras. Encima de lo cual, pese a la manera en que se comportaba, y su pretensión de no haber leído en la vida más que un libro de cabo a rabo, era el chaval más listo que había conocido.

Tenía además la suficiente seguridad en sí mismo para caer bien a toda clase de gente –horteras, empleados de la cafetería, todo el mundo–, lo que hacía posible intimar con él. No es que no me costara trabajo. Corté con los antiguos hábitos europeos y empecé a vestirme al estilo pijo descuidado, con unas Vuarnet y collar de coral. Empecé a hablar más despacio y en voz más baja, abriendo la boca lo menos posible. En el instituto, todo chico solitario debe encontrar un estímulo lo bastante poderoso para integrarse. Así es más fácil enrollarse.

También empecé a vender drogas. Tenía un contacto a través de un memo que conocí en mi antiguo instituto, an-

tes de que asesinaran a mis abuelos y de que todos mis amigos dejaran de hablarme porque no sabían qué decir. El hermano mayor del memo se dedicaba al trapicheo, y me pasó ocho bolsitas de treinta gramos de hierba y unas cuantas de cocaína a buen precio. Creo que los dos pensaban que me estaba automedicando.

De todos modos, al final no tuve más remedio que venderlo a menos del precio de coste –resulta que comprar amigos no es la inversión más extraordinaria del mundo–, pero dio buen resultado. Fue por la mandanga por lo que Skinflick y yo empezamos a conocernos.

Un día me pasó en clase una nota que decía: «Hermano, ¿puedes pasarme algo?»

Seguro que soy el mayor gilipollas de la creación: un mono en unas ruinas mayas, cagándose en todo lo que no comprende, peor que un neandertal. Pero de todas las cosas vergonzosas que he hecho, la que más fácilmente entiendo es la de encariñarme con Adam Locano y su familia a los quince años.

Años después, los agentes federales intentaron llevarme al huerto con eso: cómo sólo un completo gilipollas podía pasar de encontrar a sus abuelos asesinados por unos hijoputas de la mafia a vivir y trabajar para ellos, lamerles el culo y no poder estar sin su compañía. Pero las razones eran evidentes.

Hay polis que se tuercen por setenta mil dólares y medio kilo de cocaína. Los Locano me acogieron en su *familia.* Literalmente, sin las chorradas de las películas de la mafia. Me llevaban a *esquiar,* joder. Una vez me invitaron a *París,* y luego Skinflick y yo nos fuimos a Ámsterdam en tren. No eran esencialmente simpáticos, pero sabían com-

penetrarse con la gente, y se portaban muy bien conmigo. Además de Skinflick y sus padres, en la familia había dos chicos menores. Ninguno tenía aire atormentado, ni aspecto de pensar continuamente en matanzas. Todos parecían mirar hacia delante, hacia un mundo lleno de vida, y no hacia atrás, a un ámbito peligroso que no podían explicar. Y por lo visto querían que los acompañase.

Yo no era ni por asomo lo bastante fuerte para dejar escapar la oportunidad.

David Locano, el padre de Skinflick, era abogado en un bufete cercano a Wall Street. Luego me enteré de que era el único de los cuatro socios que se dedicaba a asuntos de la mafia, aunque también era el que mantenía el despacho a flote. Llevaba trajes caros con aire descuidado y tenía un pelo negro que le sobresalía a los lados del cogote. Nunca logró ocultar plenamente lo listo y competente que era, pero cuando estaba con la familia parecía aturdido, como intimidado. Siempre que necesitaba saber algo –del ordenador, de si debía empezar a jugar al squash o hacer régimen o algo así–, nos preguntaba a *nosotros.*

La madre de Skinflick, Barbara, era delgada y tenía gracia. Hacía canapés con frecuencia, y o bien le interesaban realmente los deportes profesionales o se le daba bien fingirlo. *«Oh, por favor»,* le gustaba decir. En frases como: *«Oh, por favor, Pietro, ¿es que ahora vas a llamarlo Skinflick?»*

(Pietro era mi nombre auténtico, a propósito. Pietro Brnwa, pronunciado «Brawno».)

Y luego estaba Skinflick. Andar con él no era exactamente como si te hicieran un lavado de cerebro, en el sentido de que el lavado de cerebro suele tener el objeto de

que se acepte como deseable una realidad que, en el fondo, es una cagada, mientras que salir con Skinflick era divertido. Pero tenía el mismo efecto.

Contéstenme a esto, por ejemplo:

¿Qué valor puede darse a una fiesta nocturna alrededor de una hoguera en la playa? ¿Qué pasa si entonces tienes dieciséis años? ¿Y notas el fuego en una mejilla y el viento en la otra, y el frío de la arena desde los tobillos hasta el fondillo de los vaqueros, pero los labios de la chica que estás besando casi a oscuras abrasan y están húmedos y saben a tequila, y sientes como si te comunicaras telepáticamente con ella, y además no te acosan ni los remordimientos ni las decepciones de la vida, porque por lo que te imaginas el futuro va a ser una sorpresa, aunque sufrirás reveses, desde luego, pero cabe esperar que también haya beneficios con el correr del tiempo?

¿A qué puede renunciarse por algo así? ¿Y cómo se contrapone eso a la obligación que se tiene con los muertos?

No es complicado: echas una mirada y te marchas. Sacudes la cabeza y vuelves a ser el tipo gigantesco y solitario que no tiene abuelos. Estás contento de conservar el alma.

Yo no hice eso. Me quedé con los Locano mucho después de conseguir lo que me había propuesto sacar de ellos, hasta que mi vida se convirtió en una burla de lo que había sido mi misión en un principio. Cabría decir que el hecho de que me criaran mis abuelos me había dotado de pésimas defensas contra personas para quienes la mentira y la manipulación era una manera de vivir y entretenerse. Pero también podría alegar que estar con los Locano me volvió loco de felicidad, y no quería que aquello terminase.

Y lo cierto es que he hecho cosas mucho peores desde entonces.

## 3

El paciente que está en la cama del Ala Anadale es un individuo que conocí con el nombre de Eddy Squillante, alias Eddy Consol.

–Pero ¿qué *coño?* es esto? –exclamo con un gruñido, agarrándolo de la pechera del camisón. Vuelvo a comprobar su gráfica–. ¡Aquí dice que te llamas LoBrutto!

Parece confuso.

–Así me llamo.

–Creí que era Squillante.

–Eso sólo es un apodo.

–*¿Squillante?* ¿Qué clase de apodo es *Squillante?*

–Viene de Jimmy Squillante.

–¿De ese cabrón de la industria de la basura?

–Del hombre que dio *nuevo impulso* a la industria de la basura. Y cuidado con lo que dices. Era amigo mío.

–Espera un momento. ¿Te llaman Squillante porque eras amigo de Jimmy Squillante?

–Sí, aunque su verdadero nombre era Vincent.

–*¿De qué cojones estás hablando?* Una vez conocí a una chica que se llamaba Barbara y no digo a la gente que me llame Babs.

–Haces bien.

–¿Y qué me dices de «Eddy Consol»?

–Ése es otro mote que tengo. Viene de «Consolidado». –Ríe entre dientes–. ¿Crees que alguien se puede llamar de verdad «Consolidado»?

Lo suelto.

–No, eso lo entiendo, gracias.

Se frota el pecho.

–Joder, Zarpa de Oso...

–No me llames así.

–Vale... –Se le va la voz–. Espera un momento. Si no sabías que era Squillante, ¿cómo me has encontrado?

–No te he encontrado.

–¿Qué quieres decir?

–Eres un paciente del hospital. Yo soy médico.

–Vas vestido de médico.

–No. *Soy* médico.

Nos quedamos mirándonos. Luego exclama:

–¡Vete a tomar por culo de aquí!

Me doy cuenta de que no le voy a hacer caso.

–No es nada del otro mundo.

–¡Qué chorrada! ¡Enhorabuena, chaval! –Sacude la cabeza–. Estos cabrones de judíos. ¿Qué pasa, que no dejan ser abogados a los sabelotodos?

–Nunca he sido un sabelotodo.

–Lo siento.

–No te he pedido que te disculpes.

–Ha sido un descuido. No he pretendido ofenderte.

Había olvidado que los mafiosos hablan de ese modo: como si estuvieran en una reunión estructurada y democrática a la que asistieran todos.

–No te preocupes –le digo–. La mitad de los tíos que me cargué por orden de David Locano eran sabelotodos.

Traga saliva, lo que no es fácil cuando se reciben líquidos por el brazo.

–¿Vas a matarme *a mí,* Zarpa de Oso?

–Todavía no lo sé.

Lanza una rápida mirada al gotero.

–Si te mato, no voy a meterte aire en el tubo del gotero –le garantizo.

Si una pequeña cantidad de aire en el tubo del gotero realmente matara a la gente, la mitad de los pacientes del Manhattan Catholic ya estarían muertos. En la vida real, la DL50 de aire –la dosis que sería letal en el cincuenta por ciento de los casos– es de dos centímetros cúbicos por cada kilogramo de peso. Para LoBrutto, o comoquiera que se llame, sería de unas diez jeringuillas.[1]

A lo mejor debería meterle un corcho en la garganta. Las maderas ligeras son invisibles a los rayos equis, y ningún patólogo del Manhattan Catholic va a tomarse la molestia de diseccionar la laringe de Squillante. Pero ¿dónde voy a encontrar un corcho?

–¡Deja de pensar en eso! –me dice.

–Tranquilo. Ahora mismo ni siquiera estoy seguro de que vaya a matarte.

Al cabo de un momento me doy cuenta de que es cierto, porque ya he resuelto cómo hacerlo si no hay otro remedio.

Sencillamente lo mandaré al diablo con potasio. Si lo

1. La cantidad exacta que afecta a cada individuo en concreto es sumamente variable, porque el treinta por ciento de la gente tiene un agujero en la pared del corazón entre el lado izquierdo y el derecho capaz de enviar una burbuja (que de otro modo iría a los pulmones y de ahí a la atmósfera) directamente al cerebro. Pero la mayor parte de los goteros son mucho más difíciles de limpiar que una jeringa, de manera que casi nadie se molesta en hacerlo.

hago con la suficiente lentitud, se le parará el corazón sin desbaratarle el EKG,[1] y después de que muera se le reventarán tantas células que el cuerpo entero se le inundará de potasio.

–Joder –dice–. De todos modos tengo cáncer, según me han dicho.

–Tienes cáncer –le confirmo.

–¿Qué quieres decir?

–Acabo de leer el resultado de tu biopsia.

–¡Por Dios! Cáncer ¿Es malo?

–No, es fantástico. Por eso lo está esperando todo el mundo.

Squillante, con lágrimas en los ojos, sacude la cabeza.

–Qué jodido sabiondo. Desde que eras un chaval. –Me coge la acreditación–. ¿Y cómo te llamas ahora, vamos a ver? ¿«Peter Brown»? –Exclama al leerlo, atónito–. ¿Como en la canción de los Beatles?

–Exacto –contesto, impresionado.[2]

–¿Te han cambiado el nombre de Pietro Brnwa a *Peter Brown?* ¿Es que nos toman por tontos?

–Creen que sois más estúpidos que el copón, por lo visto.

Los altavoces del techo emiten un aviso: *«Código Azul. Todo el personal médico disponible acuda a la 815 Sur.»* Lo repiten un par de veces.

1. La abreviatura de electrocardiograma es «EKG» porque «ECG» suena muy parecido a «EEG», que es un electroencefalograma. Y porque Willem Einthoven, su inventor, era holandés (aunque nacido en Java) y lo llamó «electro-kardiogram».

2. *La balada de John y Yoko:* «Peter Brown ha llamado para decir: / "Podéis hacerlo perfectamente, / podéis casaros en Gibraltar, cerca de España".» Peter Brown fue el técnico de montaje que más tiempo estuvo con los Beatles.

Squillante comprende lo que ocurre.

–No diré nada, Zarpa de Oso. Te lo prometo.

–Si se te escapa, volveré y te mataré en el acto. *¿Capichis,* capullo?

Asiente con la cabeza.

Al salir cojo el cable del teléfono y lo desenchufo de un tirón.

Acudo a la habitación del código. Al pasillo, en cualquier caso.

Los códigos le encantan a todo el mundo, porque hay que actuar como si estuvieras en la tele. Aunque no llegues a gritar «¡Fuera!» con las palas del desfibrilador, tendrás que apretar la bolsa de la máscara de oxígeno, o inyectar medicamentos que te dan las enfermeras directamente del carro de parada. Además, viene gente de todo el hospital –no sólo de medicina interna, para quienes es obligatorio–, de modo que es una gran oportunidad para tener trato social. Y si la persona que ha activado el código lo ha hecho porque el paciente se encuentra verdaderamente en estado crítico, incluso se podría salvar una vida, y justificar la horrible carrera que has elegido.

Sin embargo, ésta no es una de esas ocasiones, recuerdo en cuanto llego allí. Es una de esas veces que el paciente lleva horas muerto, y alguna enfermera letona intenta salvar el culo.

–¿Quién lleva el tiempo? –pregunto.

Una enfermera llamada Lainie se da la vuelta con un cronómetro y la lista de quienes deben estar allí.

–Ah, hola, doctor Brown –me dice, guiñando un ojo–. Ya le he apuntado.

–Gracias –contesto. Lainie está buena, pero tiene ma-

rido. Sí, vale, es un tío que parece que tenga doce años, lleva un jersey tan largo que podría pasar por un vestido de noche, pero mi menda no quiere líos.

Lo que *quiere* el menda es volver a la habitación de Squillante. Para matarlo, o si no, decidir lo que se debe hacer con él.

La elección no parece estar muy clara. Si lo dejo vivir y le dice a David Locano dónde estoy, me veo muerto o poniendo pies en polvorosa. Por otro lado, se supone que trabajo en un hospital para *compensar* mis crímenes.

O algo así.

–¿Señor? –dice una vocecita a mi espalda. Me doy la vuelta.

Mis estudiantes de medicina. Dos tacitas de miseria humana con dos breves batas blancas. Chico y chica, y tienen nombres. Eso es todo lo que recuerdo de ellos.

–Buenos días, señor.

–No me llaméis señor –contesto–. Me gano la vida trabajando. Mirad a ver si han llegado resultados de laboratorio.

Eso no hace sino confundirlos, pero él dice:

–Ya lo hemos hecho.

–Entonces quedaos aquí.

–Pero...

–Lo siento, chicos. Después os enseñaré algo.[1] Nos veremos en la reunión de las siete y media.

Naturalmente, tres metros más allá me suena el busca y es Akfal, que está en la Unidad de Cuidados Intensivos.

1. Esta conversación elemental –Buenos días, señor/Lo siento, chicos. Después os enseñaré algo– constituye la principal actividad de los dos últimos años en la facultad de medicina. La actividad principal de los dos primeros es una presentación en PowerPoint a cargo del amargado y no retribuido doctor que no anduvo lo bastante listo para evitar que el decano se lo encargara por la mañana.

–¿Tienes un momento? –me dice cuando lo llamo por teléfono.

En vez de «No», le contesto:

–¿Es grave?

Lo que es una pregunta estúpida porque no me llamaría al busca si no lo fuese. Akfal no tiene tiempo para perderlo de esa manera.

–Necesito que me ayudes en una toracotomía.

La leche.

–Ahora mismo voy –le aseguro.

Me vuelvo a mis estudiantes.

–Cambio de planes, chicos –les anuncio–. El tío Akfal tiene una intervención quirúrgica para nosotros.

Al encaminarnos a la escalera de incendios, uno de los estudiantes hace un nervioso gesto con la cabeza hacia el código.

–¿No es una paciente nuestra, señor?

–Esa señora ya es paciente de Dios.

La toracotomía consiste en insertar un tubo afilado por la pared torácica. Se practica cuando la cantidad de sangre –de pus, aire o cualquier otra cosa– en el tórax empieza a presionar uno o ambos pulmones, dificultando la respiración del paciente. Hay que evitar los órganos vitales –pulmones, bazo, hígado– y la parte de abajo de las costillas, pues por ahí discurren venas, arterias y nervios. (Eso pueden observarlo en un costillar, incluso después de hacerlo a la parrilla. Luego no tienen más que comérselo.) Pero por lo demás introducir el tubo en el pecho es fácil, con tal de mantener quieto al paciente.

Lo que nunca se consigue. Ahí es donde entro yo. Aunque el hecho de admitirlo no me llene de alegría, la tarea

médica que ejecuto casi a la perfección es la de inmovilizar a la gente. Mis estudiantes van a tener un raro atisbo de genialidad.

De manera que me llevo una sorpresa al llegar a la Unidad de Cuidados Intensivos y encontrarme con que el paciente está de costado, con los ojos abiertos y la lengua fuera. En realidad me inquieta que haya muerto mientras Akfal hablaba por teléfono conmigo, pero entonces le palpo la carótida y tiene buen pulso, aunque no da señales de enterarse de que lo estoy examinando.

–¿Estaba así antes? –pregunto.

Akfal está disponiendo una mesa para la intervención, utilizando equipo de Martin-Whiting Aldomed.

–Por lo visto siempre está así. ACV[1] masivo hace seis años.

–Entonces, ¿para qué nos necesitas?

–El historial dice que de pronto puede hacer movimientos violentos.

Doy unos golpecitos en el globo ocular del tío. Sin reacción.

–Te están tomando el pelo. Este tío es una mala imitación de Barbie.

–Puede. –Abre un paquete de Dermagels en la sábana de papel azul que ha extendido sobre la mesa, y saca primero uno y luego otro, sin tocar la parte de dentro, hasta que se los pone y dice–: Listo.

Subo la cama con la manivela, y los estudiantes lo cogen cada uno de una pierna. Desato el camisón al pacien-

1. «ACV» significa «accidente cerebrovascular», o infarto cerebral. Una arteria del cerebro se obstruye (normalmente por un coágulo procedente del corazón) o estalla directamente. Visita de la Parca: constituye la segunda causa de fallecimiento en Estados Unidos.

te y se lo bajo hasta la cintura. El tío está fofo de la grasa acumulada en el coma.

Akfal le pasa una esponja con tintura de yodo por la parte inferior izquierda de la caja torácica, y luego coge el tubo. Sujeto al paciente por los brazos y la parte superior del pecho.

Akfal lo pincha. El tío grita y patalea con tal fuerza que despide a los estudiantes contra la pared. Uno de ellos derriba además una especie de monitor.

Pero el tubo ha entrado. Lo que puede ser cuestión para debate es en *qué,* porque el fluido que salpica por todos lados –además de en el pecho y la cara de Akfal antes de que pueda echar mano de una cuña para recogerlo– parece sangre de color vino oscuro. Al cabo de unos momentos empieza a salir despacio, con normalidad.

El paciente emite un suspiro y vuelve a relajarse en mis brazos.

–¿Estáis bien, chicos?

–Sí, señor –contestan ambos, con voz trémula.

–¿Akfal?

–Estupendamente. Ten cuidado: hay sangre en el suelo.

Más tarde, cuando los estudiantes y yo salimos de la UCI, nos para un individuo que parece una versión más joven y menos zombi del paciente.

–¿Cómo está mi padre? –pregunta.

–Va muy bien –le contesto.

En la escalera de incendios, subiendo otra vez a planta, pregunto:

–¿Qué lección hemos aprendido, chicos?

–NMR –contestan al unísono.

–Ya lo creo que sí.

La petición de No Me Resucitéis. El *dejadme morir por amor de Dios.*

Lo que, si los médicos se lo explicaran a los pacientes, y los pacientes lo suscribieran, podría salvar el sistema sanitario de Estados Unidos, que en la actualidad gasta el sesenta por ciento de sus fondos en gente que nunca más volverá a salir del hospital.

¿Y no creen que eso es hacerle el trabajo a la Parca? Avance informativo: llegados a ese punto, la Parca ya ha hecho su trabajo. «Muerte cerebral» no significa que el cerebro esté muerto, aunque así sea. Quiere decir que el cerebro está tan perdido que el *cuerpo* ha muerto efectivamente. Lo mismo daría que el corazón del paciente latiera dentro de una cuba.

Hablando de no hacerle el trabajo a la Parca, decido volver a la habitación de Squillante, seguro ahora de que haré todo lo posible para silenciarlo a base de meterle miedo antes de pensar siquiera en matarlo.

Prácticamente seguro, en cualquier caso. Envío a los chicos a la reunión de las rondas del asistente –asunto tan odioso que incluso en esas circunstancias me siento un tanto culpable– por lo que pueda pasar.

Pero, efectivamente, cuando llego me encuentro a Squillante hablando por un móvil.

–Termino en un momento –me dice, tapando el aparato–. ¿Crees que soy un puto dinosaurio, que no sé utilizar el teléfono móvil?

Luego alza un dedo y sigue hablando por teléfono.

–Jimmy –dice–. Te llamo luego. Acaba de venir Zarpa de Oso.

# 4

En el cine los sicarios siempre usan un calibre veintidós con silenciador, que abandonan en la escena del crimen. Yo entendía eso de dejar la pistola en el lugar de los hechos, dado que Michael tira la suya en *El padrino,* película de los años setenta que trata de los cincuenta y que los mafiosos han tomado como modelo de vida hasta el día de hoy.[1] Pero cuando me puse a pensarlo, utilizar una veintidós me pareció de idiotas.

Evidentemente, las balas más pequeñas tienden a ir más deprisa, y la velocidad es el elemento principal de la energía cinética, y por tanto de la onda expansiva que un proyectil bien colocado envía por los humores corporales hasta disolver las paredes que normalmente los mantiene separados. Pero la cantidad de energía cinética que realmente se traslada de una bala a un cuerpo resulta difícil de calcular, porque depende de la velocidad de rotación y del

1. Michael suelta la pistola después de matar al poli porque en *La batalla de Argel* el chaval hace lo mismo. En donde al menos tiene sentido, porque durante la revolución argelina los franceses realizaban controles prácticamente en cada esquina.

«impulso», que es lo que los físicos denominan cantidad de tiempo que dos objetos pasan efectivamente en contacto.

El mantenimiento del *impulso,* en cambio, es fácil de determinar. Por ejemplo, cuando un proyectil que pesa 230 granos (15 gramos, el peso de una bala del calibre 45, que mide 0,45 pulgadas de sección) va a la velocidad del sonido (despacio para una bala) y penetra en un cuerpo hasta detenerse por completo (lo que con una bala grande se consigue antes que con una pequeña), hace que 15 gramos del cuerpo se aceleren a la velocidad del sonido para compensarlo. Y si se trata de 150 gramos, la aceleración será de una décima parte de la velocidad del sonido, y así sucesivamente. Pensarlo resulta bastante menos traumático.

Dije al tío de la Feria de Armamento del Nassau Coliseum, de la que tenía información por revistas como *Tiro al Judío, Vuélate la Tapa de los Sesos* o publicaciones así, que quería dos automáticas idénticas del cuarenta y cinco.

Ésa fue la parte fácil. Las pistolas que acabé comprando no eran gran cosa –con cachas de nogal y un cañón reluciente como un espejo–, pero tenían un mecanismo impecable, parecían de fiar y pensé que siempre podría pintarlas después. Además, se supone que la empuñadura de madera absorbe parte del retroceso.

Lo difícil fue comprar los silenciadores.

La simple posesión de un silenciador es delito grave desde la guerra de Vietnam. No sé por qué. Cierto que el silenciador sólo se utiliza en asesinatos, pero lo mismo cabe decir de los fusiles de asalto, y en la Asociación Nacional del Rifle se pueden adquirir sin dificultad y a buen precio. Tras comprar las pistolas, tuve que deambular durante ho-

ras por la Feria de Armamento antes de que un vendedor picara el anzuelo.

Era un tío de pelo blanco, con gafas y camisa de poliéster. Ni mucho menos con pinta de supremacista blanco, aunque tenía todos los signos expuestos en el mostrador: memorias de nazis de alto rango, pistolas y machetes de extraño aspecto. Le pregunté si tenía supresores.

El supresor es una versión chapucera del silenciador, que se utiliza en el fusil de asalto para que uno no se quede sordo cuando acribilla a los compañeros de clase o lo que sea.

–¿Supresores para qué? –me preguntó. Cuando dejó de hablar, su lengua, que era gris, permaneció descansando sobre su labio inferior.

–Arma corta.

–¿Arma corta? No hay supresor que valga para un arma corta.

–Estoy buscando supresores muy potentes –le expliqué.

–Supresores muy potentes.

–Muy *silenciosos.*

Pareció incomodarse.

–¿Acaso tengo pinta de federal? –inquirió.

–No.

–Entonces hable claro. ¿Qué tipo de munición piensa utilizar?

–Gran calibre de punta hueca.

–¿Cosa seria?

–Sí.

–¿Son ésas las pistolas?

–Sí.

Le entregué la bolsa que llevaba. Sacó las dos armas y las puso sobre un ejemplar de *Los protocolos de los sabios de Sión.* Se quedó mirándolas un momento.

–Hum –dijo al fin–. No es tan fácil. Pero venga dentro.

Pasé al interior del tenderete, en donde había dos sillas plegables. El fanático de las armas cogió del suelo una caja de aparejos de pesca y la abrió bajo los faldones del paño que cubría el mostrador. Estaba llena de silenciadores.

–Hum –dijo, escarbando entre el montón–. ¿Necesita uno para cada una?

–Sí.

Sacó un par de ellos.

–No sé si éstos irán bien.

Eran largos: más de treinta centímetros, un tubo fino de quince centímetros metido en otro más grueso de igual medida.

–¿Qué es esto? –pregunté, señalando la parte fina.

–Un cañón. Fíjese. –En unos diez segundos, a cubierto de todas las miradas, desarmó una de mis automáticas y volvió a montarla. Sólo que, en lugar del cañón original, que dejó sobre la mesa, el tubo fino del silenciador estaba integrado ahora en la pistola–. Así podrá cambiarlos y no habrá modo de identificar las balas. Claro que si quiere que los proyectiles sean imposibles de rastrear, tendrá que cambiar la pieza de la recámara. O lijarla, por lo menos.

–Ah.

–Deje el original en el arma cuando no la utilice, por si aparecen los federales. Y manténgala cargada, también, por si se ponen nerviosos. –Me guiñó un ojo, aunque podía ser un tic–. ¿Me entiende?

–Sí.

–Bien. Son cuatrocientos dólares.

Hacia mediados de diciembre de 1992, la señora Locano me dijo:

–Pietro, ¿qué quieres para Navidad?

Y entonces decidí hacer mi jugada. Estábamos todos cenando.

–Soy judío –contesté.

–Oh, por favor.

–Lo único que siempre he querido –dije, mirando fijamente a David Locano– es saber quién mató a mis abuelos.

Todos guardaron silencio. Pensé: *Todo esto. Y la he cagado.*

Y cuando mi petición pareció caer en el olvido, sentí alivio.

Pero unos días después me llamó David Locano preguntándome si podía acompañarlo a la tienda de deportes Big 5 para comprar a Skinflick un regalo de Navidad. Pasaría a recogerme.

Así que fuimos. Compró a Skinflick un *punching-ball,* lo que era ridículo –Skinflick era incapaz de tener las manos levantadas por encima de la cabeza durante diez minutos *sin* estar dando puñetazos a algo al mismo tiempo–, pero Locano no parecía querer realmente mi consejo.

En el coche, de vuelta a casa, me preguntó:

–¿Dijiste en serio eso de coger a los cabrones que mataron a tus abuelos?

Me quedé tan acojonado de la sorpresa que tardé un minuto entero en contestarle.

–Ésa es la razón de mi vida –dije al cabo.

–Es una verdadera gilipollez –sentenció–. Sé que fue por eso por lo que fuiste a Sandhurst,[1] y por lo que enta-

1. Vaya, ya lo he dicho.

blaste amistad con Adam. Pero es una chorrada. Puedes echarte atrás. *Debes* hacerlo. Y sé que lo estás deseando.

–¿Y qué me pasará si no lo hago?

Locano giró hacia el arcén de la calle en donde estábamos y pegó un frenazo.

–Corta esa mierda de tipo duro. Yo no amenazo a la gente. Soy abogado, coño. Y aunque lo hiciera, no te amenazaría a ti.

–Vale –repuse.

–Sólo te digo... que tienes muchas razones para vivir. Y para no meterte en líos. Adam te tiene afecto. Te respeta. Deberías tener en cuenta eso.

–Gracias.

–¿Me estás escuchando?

–Sí.

Era cierto, pero seguía aturdido.

–¿Y sigues empeñado?

–Sí.

Suspiró. Asintió con la cabeza.

–De acuerdo, entonces.

Introdujo la mano en la chaqueta.

Casi se lo impedí. Llevaba trece meses entrenándome ocho horas diarias en artes marciales. Habría sido fácil inmovilizarle el brazo con el que manejaba la pistola, echarle la barbilla hacia atrás y romperle el cuello.

–Tranquilízate –me dijo. Sacó la agenda y un bolígrafo–. Voy a ver si te busco un encargo.

–¿Qué quiere decir?

–Que voy a ver si encuentro a alguien para que te pague por el trabajo.

–No quiero recibir dinero por eso.

Me miró.

–Sí, lo aceptarás. Si no, serás un solitario, y acabarán

contigo como un perro. Haremos correr el rumor de que esos mamones, sean quienes sean, se están yendo de la lengua, atrayendo más atención de la que merecen. Puede que sean los sobrinos del sobrino de alguien o algo así, pero no será muy difícil. ¿Entiendes lo que te digo?

–Sí.

–Bien. ¿Te hace falta una pistola?

Eran hermanos. Joe y Mike Virzi. Tal como sospechaba la pasma, lo habían hecho para entrar en la mafia.

No me fiaba mucho de la palabra de Locano. Para empezar, los estuve siguiendo durante semanas.

Los hermanos Virzi eran un par de violentos gilipollas que se volvían prácticamente locos de aburrimiento por la noche, así que lo pagaban con el primero que encontraban. Sacaban a un pobre desgraciado de un club nocturno o unos billares arrastrándolo por los pelos, diciendo a todos los demás que cerraran el puto pico, que aquello era un asunto de la mafia, y luego dejaban al tío en un callejón en medio de un charco de sangre salpicado de dientes. A veces le daban tal paliza que lo dejaban medio muerto o paralítico, o la tomaban con una mujer, y entonces yo llamaba a la poli anónimamente.

Y esto es lo más curioso: *vi cómo entraban.* Venía siguiéndolos desde hacía bastantes noches, pero encontrarme con aquello fue una verdadera sorpresa.

Fue en la iglesia de San Antonio de Paramus, en el sótano del edificio de actividades parroquiales. Se veía el interior entre los barrotes de la ventana del semisótano, que estaba abierta para ventilar la sala. Había tres mesas con un bufé de mierda unidas en forma de «U», con viejos mafiosos sentados a un lado y Joe y Mike Virzi de pie en el cen-

tro, desnudos, repitiendo lo que decía el vejete del extremo de abajo.

No se oía mucho, pero había partes en italiano, latín e inglés, y los Virzi prometían una y otra vez que irían al infierno antes que traicionar a la Mafia. En un momento dado, los dos vejetes de los extremos de arriba, que tenían un aspecto especialmente ridículo con medallones y el sombrero puesto, prendieron fuego a unos papelitos y los soltaron en la palma de las manos de los Virzi. Lo probé luego en casa. No hacía el menor daño.

La sordidez de todo el asunto me sacó de quicio. No podía creer que hubieran asesinado a mis abuelos por aquella gilipollez. Me marché antes de que acabaran y di una vuelta con el coche por las inmediaciones de la casa de los Virzi.

Era pequeña, de una planta, con un garaje adjunto. Como siempre que salían, la puerta del garaje estaba abierta.

Porque ¿quién iba a robarles?

A la mañana siguiente, antes de ir a la escuela –era a principios de marzo y estaba helando–, fui al bosque cerca de Saddle River a practicar el tiro al blanco, y descubrí por qué los asesinos a sueldo utilizan un calibre veintidós.

El primer disparo de cada pistola sonó como cuando se cierra de golpe una grapadora. El segundo pareció el ladrido de advertencia de un perro. El sexto y el séptimo, como aviones a reacción en vuelo rasante, y para entonces el interior de ambos silenciadores estaba literalmente ardiendo, con un humo negruzco y llamas azuladas saliendo por el cañón. La pintura de los cañones burbujeaba.

Sin embargo, el efecto que hacían aquellas balas era intrigante. La única vez que logré acertar con ambas manos

en un tronco de árbol –cosa nada fácil cuando el retroceso me daba la impresión de que subía la escalera de una piscina cada vez que apretaba el gatillo–, en la corteza había astillas de unos diez centímetros en torno al agujero de las balas.

Y serrín en forma de dos antenas parabólicas de sesenta centímetros por la parte de atrás.

Elegí un fin de semana justo antes de las vacaciones de primavera de tercer curso.

Volví a montar los silenciadores. No siento especiales deseos de divulgar cómo se hace, pero baste decir que tener los cilindros metálicos facilita las cosas, así como un aislante de fibra de vidrio y unas cuantas juntas de cuero. Y para eso, incluso antes de la era de Internet, no era muy difícil encontrar instrucciones.

Sabía que los Virzi nunca cerraban la puerta de comunicación entre el garaje y la cocina. Había pasado por ella y recorrido una docena de veces la casa de aquellos mamones, con todos sus pósters de Cindy Crawford y grabados de ese tío que hacía las carátulas de los álbumes de Duran Duran.

La noche que decidí matarlos, los seguí a un club, luego me dirigí a su casa y cerré la puerta de la cocina. Después me quedé a un lado de la puerta abierta del garaje y esperé a que llegaran a casa.

Un profesor mío de la facultad de medicina aseguraba que las glándulas sudoríparas de las axilas y la ingle están controladas por partes enteramente independientes del sistema nervioso, de manera que los sobacos sudan por nerviosismo, mientras que el calor es lo que hace que te suden

las ingles. No sé si será cierto o no, el caso es que puedo decirles que estando allí de pie a la espera de que volvieran los Virzi, me chorreó sudor de las ingles y de las axilas en cantidad suficiente para empaparme los zapatos. Sentía el cuerpo resbaladizo bajo el sofocante abrigo. Resultaba difícil distinguir el calor del nerviosismo.

Finalmente hubo un estrépito en la acera y el Mustang de los Virzi, con una franja de coche de carreras pintada en el flanco, surgió frente a mí en el garaje quemando neumáticos y despidiendo una oleada de calor por el tubo de escape.

Se bajaron torpemente, haciendo mucho ruido, y el conductor pulsó el mando a distancia que llevaba en la visera del parabrisas y la puerta del garaje empezó a cerrarse. El del asiento del pasajero dio dos aparatosos pasos hacia la puerta de la cocina, tiró del picaporte, y luego lo sacudió.

–Pero ¿qué mierda...? –exclamó, alzando la voz por encima del ruido que hacía la puerta del garaje.

–¿Qué? –preguntó el otro.

–Que está cerrada, coño.

La puerta del garaje se detuvo al fin.

–No digas chorradas.

–¡Lo está!

–Pues ábrela, joder.

–¡No tengo llave, Dick!

–¿Qué tal si os dais la vuelta? –intervine yo–. Despacito.

Mi voz sonaba lejana, incluso para mí. Algo –el tubo de escape, la tensión– me había mareado, y tenía la impresión de que iba a caerme.

Se volvieron. No parecían asustados. Sólo tenían cara de idiotas.

–*¿Qué?* –dijo uno de ellos.

–¿Quién coño eres tú? –preguntó el otro.

–Si cooperáis no os pasará nada –les aseguré.

Ninguno dijo nada de momento. Entonces el primero repitió *«¿Qué?»* y los dos se echaron a reír.

–Oye, mamón –dijo el otro–, te estás equivocando de tíos.

–Me parece que no –repuse.

–*¿Cooperar?* –dijo el primero.

–Asaltasteis una casa en West Orange, en octubre del año pasado –expliqué–. Matasteis a una pareja de viejos. Lo único que quiero es la cinta que estaba dentro del vídeo que os llevasteis.

Se miraron. Sacudieron la cabeza, incrédulos.

–Serás gilipollas –dijo el primero–. Si nos llevamos un vídeo de casa de esos desgraciados cabrones, ten la seguridad de que no nos quedamos con la puta cinta.

Respiré hondo para no tener que hacerlo durante un rato. Luego empecé a apretar los gatillos.

Permítanme decirles algo de la venganza. Sobre todo de la sangrienta.

No es buena cosa. En primer lugar, no dura mucho. La razón por la que dicen que la venganza se sirve en plato frío no es con idea de aplazarla para luego tomársela cumplidamente, sino para prolongar su aspecto más divertido, que es la planificación y la espera.

En segundo lugar, aun cuando te salgas con la tuya, asesinar no es nada bueno. Mata algo en tu interior, y tiene toda clase de consecuencias imposibles de prever. A modo de ejemplo: ocho años después de matar a los hermanos Virzi, Skinflick me destrozó completamente la vida y lo arrojé de cabeza por la ventana de un sexto piso.

Pero aquella noche de principios de 1993 sólo pude sentir júbilo.

Disparar a los hermanos Virzi con mis cuarenta y cinco silenciadas fue como tener en las manos su fotografía y luego romperla por la mitad.

## 5

Le arrebato a Squillante el teléfono móvil y se lo hago pedazos con las manos.

–Habla, capullo –lo conmino.

–¿Qué quieres que diga? –contesta, encogiéndose de hombros–. Mientras siga vivo, Jimmy, mi muchacho, no llamará a Brooklyn.

–¿No va a llamar a quién en Brooklyn?

–A un tío que trabaja para David Locano y que puede hacerle llegar la noticia a Beaumont.

Cierro el puño.

–¡Tranquilo! –exclama Squillante–. ¡Sólo si me muero!

Lo incorporo en la cama tirándole del pellejo que le cuelga entre la mandíbula y el cuello. Está seco, como el de un lagarto.

–¿Sólo si te *mueres?* ¿Es que estás *chaveta,* coño? ¡Tienes una enfermedad en fase terminal! ¡Ya estás muerto!

–Espero que no –balbucea.

–¡Con la esperanza adelantaremos una mierda tú y yo!

Babea algo. Lo suelto y su cabeza vuelve a caer sobre la almohada.

–¿Qué dices?

–Me va a operar el doctor Friendly. Asegura que es posible ganar la partida a esa cosa.

–¿Quién coño es el doctor Friendly?

–¡Un cirujano famoso!

–¿Y opera en el Manhattan Catholic?

–Opera en toda la ciudad. Se lleva su propio personal de quirófano.

Me suena el busca. Pulso el botón de «apagar».

–Él y yo vamos a vencer juntos al cáncer –afirma Squillante.

Le doy un bofetada. Floja.

–Vais a vencer una mierda –le digo–. El hecho de que te estés muriendo no significa que yo tenga que acompañarte. Cancela tu contacto con Locano.

–No –responde con voz queda.

Lo abofeteo algo más fuerte.

–Oye, tarado. Tus posibilidades de vivir son una verdadera mierda. No hagas que te mate ahora.

–No puedes.

–¿Por qué no, si da lo mismo?

Empieza a decir algo, pero en cambio se pone a parpadear. Intenta hablar de nuevo. Luego rompe a llorar. Ladea la cabeza y se encoge en posición fetal tanto como se lo permiten sus diversos tubos y sondas.

–No quiero morir, Zarpa de Oso –dice entre lágrimas.

–Sí, bueno, nadie te está pidiendo permiso. Así que espabílate.

–El doctor Friendly asegura que tengo una posibilidad.

–Eso es lo que dicen los cirujanos en lugar de «Necesito un yate algo más grande».

Me suena otra vez el busca. Lo apago de nuevo. Squillante se aferra a mi antebrazo con su mano de chimpancé.

–Ayúdame, Zarpa de Oso.

–Haré lo que pueda –le prometo–. Dile al tío ese que lo olvide.

–Sólo encárgate de que supere la operación.

–Lo haré si puedo. Dile que lo deje.

–Si salgo de la operación y me voy de aquí por mi pie, te prometo que lo haré. Me lo llevaré a la tumba. No es que quiera vivir para siempre.

–¡Pero bueno! –exclama una voz detrás de mí–. ¿Qué clase de conversación es ésa?

Me vuelvo y veo a dos médicos que entran en la habitación. Uno es un residente larguirucho, de aspecto agotado, con pijama azul de sanitario; el otro, un tío gordo de unos cincuenta y cinco años. No conozco a ninguno de los dos. El individuo grueso tiene un rostro rubicundo, y una calva que trata audazmente de ocultar pasándose un mechón por encima: dándose dos vueltas al cráneo, para ser más exactos. Pero lo curioso no es eso.

Lo interesante es la bata blanca del tío, que le llega al muslo. Está cubierta de etiquetas, como si se dedicara a las carreras de coches. Y es de *cuero.* Más aún, son anuncios de fármacos y están pegados a aquellas partes del cuerpo en las que surten efecto: *Xoxoxoxox* (pronunciado «zoZOXazox») sobre el corazón, *Rectilify* a la altura del colon sigmoide, y así sucesivamente. Encima de la bragueta –cortado por la mitad porque lleva la bata abierta– se ve el conocido logotipo de *Propulsatil,* el medicamento que facilita la erección.

–Es una bata asombrosa –observo. El gordo me mira, intentando decidir si lo digo con sarcasmo, pero yo mismo no lo sé, así que él tampoco.

De manera que se limita a decir:

–¿Es usted el de medicina interna?

–Sí.

–Yo soy el doctor Friendly.

Genial. A este tío no le dejaría ni que hurgara en mi coche.

–Esta mañana me llevo al paciente al quirófano –anuncia–. Ocúpese de que esté preparado.

–Lo está –aseguro yo–. No va a hacer petición de NMR.

El doctor Friendly me pone una mano en el hombro. Buena manicura, al menos.

–Pues claro que no –conviene–. Y no me lama el culo. Eso ya lo hace mi residente.

Me quedo mirándolo.

–Si necesito hablar con usted, haré que lo llamen al busca.

Pienso en poner una excusa para no marcharme, pero no se me ocurre ninguna. Estoy distraído; primero porque cuando el doctor Friendly se da la vuelta, veo que en la bata lleva parches de *Marinir* sobre los riñones, y luego por el olor de su residente.

Al que, de pronto, reconozco. Los ojos enrojecidos del residente, orlados de oscuros círculos, se me quedan mirando cuando me vuelvo.

–¿El fantasma de Cirugía? –le pregunto.

–Sí –contesta. Le sigue apestando horriblemente el aliento–. Gracias por dejarme descansar.

Al marcharme giro la cabeza hacia Squillante y le digo:

–Procura no morirte hasta que vuelva.

Al salir del Ala Anadale, siento un agudo zumbido en el oído izquierdo.

Trato de imaginar lo que el Profesor Marmoset –el Más Grande– me aconsejaría. Le pregunto, casi en voz alta: *¡¡¡Profesor Marmoset!!! ¿¿¿Qué coño debo hacer???*

Lo imagino sacudiendo la cabeza. No tengo ni pajolera idea, Ishmael.[1]

Hay que joderse. Saco el móvil. Digo «Marmoset» y pulso «llamar».

Me cruzo con una enfermera, que me dice:

–Aquí no se puede utilizar el móvil.

–Lo sé –le digo.

Por el teléfono, una voz femenina ridículamente velada y sexual anuncia: *«Hola. Soy Firefly, el servicio automatizado de contestador. ¿A quién quiere localizar?»* Es como si le saliera de la vagina.

–A Marmoset.

*–En estos momentos el Profesor Marmoset no contesta al teléfono. ¿Desea que lo localice?*

–Sí –digo a la puta cosa.

*–Diga su nombre, por favor.*

–Ishmael.

*–Un momento, por favor* –dice Firefly–. *¿Le apetece oír música mientras espera?*

–Váyase a la mierda –la conmino.

Pero como si nada. Suena una canción de Sting.

*–No he podido localizarlo* –dice Firefly, al cabo–. *¿Quiere dejar algún recado?*

–Sí –contesto, tragando lágrimas de amargura por tener que conversar con esa monstruosidad.

*–Como guste. Ya puede dejar su mensaje.*

–Profesor Marmoset –empiezo a decir. Hay un pitido.

Luego, silencio. Espero unos segundos. No pasa nada.

–Profesor Marmoset –prosigo–. Acabo de oír un piti-

1. Ishmael era mi nombre en clave en el PFPT, aunque nadie me llama así aparte del Profesor Marmoset. PFPT es la abreviatura del Programa Federal de Protección de Testigos.

do. No sé si significa que ha empezado a grabar o que ya ha terminado. Soy Ishmael. Necesito hablar urgentemente con usted. Por favor, llámeme por teléfono o al busca.

Le dejo ambos números, aun cuando tengo que leer el del móvil en la etiqueta de mi estetoscopio. Ni me acuerdo de la última vez que se lo di a alguien.

Luego pienso en llamar a Sam Freed, que fue quien me metió en el PFPT. Pero se ha jubilado, y no tengo idea de cómo localizarlo. Y no me apetece lo más mínimo hablar con quien se ocupe ahora de sus asuntos.

Cuando me suena el busca otra vez, lo miro por si es Marmoset.

Pero sólo es un recordatorio alfanumérico de que, por mal que vayan las cosas, siempre pueden empeorar:

«¿DND STA? S NO VIENE YA RNDA ASNTE STA DESPEDDO.»

Incluso en un buen día prefiero hablar con un agente de seguros antes que tragarme las rondas del asistente. Ahora, cuando un capullo de quien me he olvidado hace años hace lo posible para que me maten o me pongan de nuevo en fuga, resulta exasperante.

Porque, tanto si VOY YA como si no, lo más probable es que esté JDDO.

# 6

Ahí tienen algo divertido que hacer la próxima vez que viajen a Sicilia: Váyanse a tomar por culo de allí. Corriendo.

Ese sitio ha sido una mierda desde que los romanos quemaron los bosques y allanaron las colinas para disponer de campos de trigo cerca de la península italiana pero lo bastante lejos de la costa para que no llegaran plagas de langostas. Hasta los Camisas Rojas de Garibaldi, cuando liberaron Italia, dejaron a Sicilia encadenada. Era demasiado valiosa para soltarla.

Los propios sicilianos, a lo largo de los siglos, quedaron estratificados en tres clases distintas. Estaban los siervos, de quienes qué se puede decir, la verdad. Luego, los terratenientes, que poseían mansiones en la isla pero iban lo menos posible. Y por último los capataces: una clase de sanguijuelas que, con tal de mantener el ritmo de producción, podían hacer lo que quisieran con los siervos.

Los capataces vivían en las mansiones cuando sus dueños estaban fuera. En la época otomana los llamaban *maifa,* que significa «fanfarrones». De ahí vino más adelante el término *mafia.*

Cuando los sicilianos empezaron a emigrar a Estados

Unidos a principios del siglo XX, para dedicarse principalmente a recoger papel de la basura en el Lower East Side de Manhattan, la mafia siguió chupándoles la sangre. Durante la Prohibición, podría decirse que la mafia hizo algo socialmente provechoso, pero a su término volvió a dedicarse a chantajear a la gente con la amenaza de una violencia implacable. Un fetichista de la historia de Roma llamado Sal Manzaro, «el Pequeño César», llegó a formar un ejército particular, utilizando términos latinos italianizados como *capodecini* o *consiglieri,* y entonces la vida se hizo tan difícil en Nueva York que los federales acabaron tomándose interés. Lo único que salvó a la mafia en aquellos momentos fue la industria de la basura.

Por motivos que siguen sin estar claros, pero que probablemente tienen que ver con que a las compañías privadas les resulta más fácil que a las públicas realizar vertidos ilegales de basura cruzando las fronteras estatales, el Ayuntamiento de Nueva York interrumpió en 1957 la recogida de basura a *todo* el sector privado. De la noche a la mañana dejó de servir a las empresas comerciales. Por primera vez en cien años. De pronto todas las compañías de la ciudad se dedicaron a la exportación de un producto sólido, en putrefacción, que sólo podía transportarse en camiones.

La mafia manejaba camiones desde la época de recogida de papel, y le gustaba ese modo de transporte. Los camiones van despacio y se los localiza enseguida, y el personal que los maneja es poco numeroso y fácil de neutralizar. Hacia mediados de los años sesenta, la mafia se ocupó de que los sindicatos de los trabajadores de la basura, controlados por ella, se declarasen periódicamente en huelga contra las empresas de transporte de basura, que ella dirigía, a la espera de que el alcalde se decidiese a subir las tasas de recogida para impedir la subsiguiente epidemia de ratas y enfermedades.

Eso ocurrió en el decenio de los noventa. Se habla mucho de trajes de Armani, «padrinos elegantes» y *respeto,* y de que *Ja, ja, Tony Soprano finge dedicarse al negocio de la basura* y esas cosas, pero lo que durante años mantuvo vivas a las Cinco Familias fue la basura. Drogas, crímenes, putas –hasta el juego, antes de los casinos indios– no eran sino actividades suplementarias.

Finalmente, sin embargo, Rudy Giuliani decidió que ya estaba bien y contrató a Waste Management, una compañía multinacional tan aterradora que a su lado la mafia parecía un grupo de niñas de esos concursos en que participaba JonBenet Ramsey.* Los delitos de la Waste Management eran lo bastante graves como para forzar cambios en la Comisión de Cambio y Bolsa, entre otras cosas, pero su aparición en el sector de la basura de Nueva York inspiró a la mafia otra ronda de notificaciones funerarias.

Pero, una vez más, la legislación impidió que se materializaran los asesinatos. Esta vez a escala estatal.

A lo largo de varios años la mafia había venido haciendo una serie de chanchullos con gasolineras que abría mediante testaferros, y que luego cerraba a la hora de pagar los impuestos estatales. Como las tasas ascendían a unos siete centavos por litro, eso equivalía a echar del negocio a todo competidor honrado, lo que resultaba bastante lucrativo pero suponía un largo periodo de inactividad, puesto que cada estación de servicio debía estar cerrada durante un mínimo de tres meses entre una declaración de quiebra y la siguiente. Entonces el estado cambió la ley, requiriendo los impuestos sobre la gasolina a los mayoristas en vez de a los minoristas.

* Reina de belleza infantil asesinada en 1996, a los seis años de edad. *(N. del T.)*

La idea era acabar con el negocio ilícito del impuesto sobre la gasolina, pero resultó mucho más lucrativo el Nuevo Chanchullo, el cual, aunque parezca increíble, fue un invento de Lawrence Iorizzo al alimón con el gángster ruso Igor Roizman, «el Pequeño»: algo así como Newton y Leibniz inventando conjuntamente el cálculo matemático.

Con el Nuevo Chanchullo de la Gasolina se abrían y cerraban falsas empresas *mayoristas,* dejando las estaciones de servicio abiertas todo el año, lo que era una mina de oro. Resulta notorio y ridículo, pero con ese método a finales de 1995 los sicilianos y los rusos habían robado en comandita unos cuatrocientos millones de dólares sólo en Nueva York y New Jersey.

A la larga, sin embargo, resultó que trabajar con los rusos no era buen negocio para los sicilianos. Tras dos mil años de cultura carroñera, los sicilianos se habían vuelto tan perezosos como los británicos, con el mismo sueño de vivir en un castillo atendidos por numerosa servidumbre. Los rusos, a quienes acababan de arrebatarles toda ilusión de vivir en una sociedad organizada, quizá desearan lo mismo, pero estaban dispuestos a partirse el culo por conseguirlo.

Cualquiera podía ver adónde iban a parar las cosas. Los rusos acabarían adueñándose del Nuevo Chanchullo de la Gasolina, igual que de Coney Island, otra posesión en disputa. Sólo era cuestión de tiempo, de la cantidad de complicaciones y de la rentabilidad que la operación tuviera para los sicilianos.

Aquellos sicilianos que veían las cosas con claridad comprendieron que convenía hacerlo cuanto antes, porque una salida negociada mientras aún conservaban poder de la época de la basura era preferible a una derrota aplastante.

A quienes no llegaron a entenderlo, sin embargo, les cos-

tó más trabajo decir adiós, y causaron problemas. Pero los rusos disponían de su propia nómina de alborotadores. Así que mientras se completaba la venta de los negocios ilícitos en Nueva York, siempre había alguna aspereza que limar.

Limar asperezas era la tarea de David Locano.

Terminé el penúltimo año de instituto esperando que me detuvieran por el asesinato de los hermanos Virzi. Ése fue en parte el motivo por el que decidí no ir a la universidad, aunque principalmente era simple pereza. Tal como veía las cosas, ya era bastante mayor y tenía demasiado mundo para pasarme el tiempo en una residencia de estudiantes leyendo a Faulkner mientras algún cretino tocaba la guitarra acústica. Y aunque sabía que el hecho de dejar los estudios habría escandalizado a mis abuelos, también era consciente, en todo momento, de que ya no andaban por aquí para llevarse decepciones por nada.

Me tomé unas breves vacaciones de los Locano. No fui con ellos a Aruba, por ejemplo, aunque me apetecía, y me quedé en casa de mis abuelos mientras ellos estaban fuera. Aparte de ése, realicé otros débiles y efímeros intentos de examinar y justificar el hecho de seguir en su compañía.

Por ejemplo, una vez que estábamos los dos colocados, pregunté a Skinflick si pensaba entrar en la mafia él también. Íbamos caminando hacia el Jack in the Box, porque Skinflick y yo éramos bastante propensos a lo que los fumetas llamaban «la pájara».[1]

–Ni hablar, tío –me contestó–. Y si quisiera, mi padre me mataría.

1. Expande la mente, y el cuerpo hará lo propio, cabría decir; pero yo nunca me puse gordo, y Skinflick ya lo estaba.

–Ah. A propósito, ¿a quién mató tu padre para entrar en la organización?

–A nadie. Él estaba exento porque era abogado.

–¿Y tú te lo crees?

–Por supuesto que sí. –Eructó–. El tío no me miente.

Por lo visto Skinflick mantenía una relación increíblemente buena con su padre, aunque afirmaba que el único libro que había leído de cabo a rabo era *La rama dorada,* de James Frazer. Que, aparte de ser una elección muy rara para el único libro que se ha leído en la vida, trata fundamentalmente del parricidio y de cómo la lucha entre generaciones está en los orígenes de la civilización. Cuando quieren desafiar al rey en duelo a muerte, los jóvenes esclavos de la sociedad primitiva descrita por Frazer, recogen una rama dorada y, si ganan, se ciñen la corona.

Skinflick, sin embargo, negaba que eso mostrara hostilidad alguna hacia su padre. Aseguraba que se decidió por *La rama dorada* únicamente porque era el libro que Kurtz leía en *Apocalypse Now,* y que siguió adelante con él porque lo atraían sus ideas sobre libertad y modernidad.

–Por ejemplo –me dijo una vez, cuando por casualidad íbamos juntos con su padre en el coche–, la gente siempre anda quejándose de lo reprimido que está su primitivo instinto de la caza, y de lo deprimente que resulta. Pero yo soy capaz de disparar una *escopeta* mientras voy *conduciendo* por la autopista. Nadie ha sido tan libre en la historia.

–Tú no sabrías disparar una escopeta ni estando parado –sentenció su padre.

Mi propia relación con David Locano parecía irreal. Había insistido en darme cuarenta mil dólares por matar a los Virzi –«Tíralos si quieres», me dijo–, pero luego nunca volvió a mencionar el incidente, ni siquiera cuando estábamos a solas.

En una ocasión, sin embargo, cuando fui a su casa y Skinflick había salido a alquilar una película, y la señora Locano estaba fuera haciendo no sé qué, nos sentamos a la mesa y me preguntó si quería ocuparme de otro asunto.

–No, gracias –le contesté–. Creo que no haré más esa clase de trabajo.

–No es de ese tipo.

–¿De qué se trata?

–Sólo tienes que hablar.

No lo interrumpí.

–Los rusos, que son unos paranoicos, no quieren negociar por teléfono –prosiguió–. Necesito que vayas a ver a un tío a Brighton Beach y le preguntes qué es lo que quiere decirme.

–No conozco Brighton Beach.

–Te será fácil –dijo Locano–. Desde luego más que a mí. Es un sitio pequeño. Vas hasta el final de Ocean Avenue, preguntas en un bar que se llama Shamrock, y allí conocen a ese tío. Es un pez gordo.

–¿Peligroso?

–No más que ir en coche hasta allí, probablemente.

–Ah.

Debo detenerme un momento para mencionar una obsesión que comparten muchos delincuentes: la idea de *colocar* a alguien.

Un ejemplo es el típico aspirante a chulo de putas que

necesita encontrar una mujer que trabaje para él. No ha de ser profesional, porque ésas ya tienen macarra. De manera que se decide por una de su barrio, lo más idealista y alejada de la realidad posible, y empieza a cortejarla. Simula un gran idilio, y un día le dice que se verá en un tremendo apuro si no consigue rápidamente cierta cantidad de dinero, y que un amigo suyo está dispuesto a pagar cien dólares por echarle un polvo. La mujer acepta, y después él hace como que está enfadado con ella, le da una paliza, la degrada y luego le administra un narcótico para aliviarle el dolor. Una vez que ella hace la calle y trabaja con regularidad, es decir, cuando «está colocada», él se muda a la segunda fase de la urbanización Bachelorette. Pertenecemos a una maravillosa especie.

En la actualidad hay personas para *colocar* en toda una serie de ambientes. El más literal es el de la cárcel, en donde la idea consiste en progresar lo más rápidamente posible empezando por dar un cigarrillo al compañero de celda para luego vender sus favores a grupos amplios a cambio de una pila AA o un poco de caballo. Aunque en la mayoría de los casos es más sutil, y tiene que ver con las muchas formas en que la gente pasa, o la hacen pasar –o creen que la hacen pasar–, al mundo de la delincuencia.

Yo sabía todo eso. Había leído *Daddy Cool.* Era consciente de que David me estaba colocando. Y aun cuando el encargo que acababa de aceptar no suponía recurrir a la violencia, aceptarlo significaba que estaría dispuesto a utilizarla más adelante.

Simplemente me permití ignorar esos aspectos.

Un sábado que hacía sol cogí el coche y me fui a Coney Island. Me guardé en el bolsillo interior del anorak una

de mis cuarenta y cinco plateadas con cachas de madera, sin silenciador, y con el Nissan de mis abuelos crucé primero el puente de George Washington y luego el de Manhattan. Atravesé Brooklyn por la autovía, y me permitieron aparcar en el Aquarium, en pleno centro de Coney Island, con sólo dejar caer el nombre de David Locano. Ni siquiera miraron en la lista.

De niño había estado en el Aquarium, y también había recorrido el paseo marítimo en dirección oeste hasta el viejo parque de atracciones. Brighton, hacia el este, era un misterio.

Estaba atestado de gente. Jóvenes rubios con pinta de malhechores y chándales fluorescentes de colores tan vivos que hacían daño a los ojos, y viejos con bañador sentados en los bancos, los calcetines puestos y toallas sobre los hombros aunque estaban a doscientos metros del agua. Y también familias numerosas de hispanos con ropa de verano y judíos ortodoxos vestidos de invierno. Adondequiera que mirase, había alguien pegando a un niño.

A la entrada de la Pequeña Odessa la playa describía una curva y se perdía en la distancia. Los edificios parecían un decorado para una película de casa de vecinos. Sobre Ocean Avenue se elevaban las vías del metro, a cuya sombra, abajo, se veían algunas tiendas antiguas con sus letreros originales y otras con rótulos nuevos en cirílico. Un par de calles más allá encontré el Shamrock. Tenía una enseña de neón en forma de hoja de trébol, pero estaba apagado. Entré.

El Shamrock tenía un mostrador de madera de cedro, el parqué astillado, y un rancio olor a cerveza que probablemente venía de cuando el bar era irlandés, pero estaba mejor iluminado de lo que cabía esperar, y sobre las pequeñas mesas cuadradas había manteles plastificados de

cuadros rojos y blancos. Había dos ocupadas, una por un hombre y una mujer y otra por dos hombres.

La barra empezaba nada más pasar la puerta. Detrás del mostrador, apoyada contra la pared, había una chica rubia que no parecía mucho mayor que yo. Tenía unos cercos oscuros bajo los ojos y era tan delgada que tal vez se había saltado unos años de nutrición fundamentales allá en la madre patria.

Aunque hablaba buen inglés.

–Si quiere comer puede sentarse a una mesa.

–Sólo una gaseosa –le pedí–. Estoy buscando a Nick Dzelany.

Se retiró de la pared, y vino hacia mí.

–¿A quién?

–A Nick Dzelany –repetí, acentuando esta vez la «D». Sentí que me ruborizaba. «Dzelany» es bastante difícil de pronunciar cuando se quiere decir bien.

–No lo conozco –me contestó. Al cabo de un momento, preguntó–: ¿Sigue queriendo la gaseosa?

–Sí, claro. ¿Hay otro bar por aquí que se llame Shamrock?

–No sé.

Cuando me trajo la bebida, en un vaso ridículamente estrecho, le sugerí:

–¿Hay alguien a quien se lo pueda preguntar?

–¿Preguntar qué?

–Nick Dzelany –dije lo bastante alto para que me oyeran en las mesas, por si los que estaban sentados sabían algo–. Me han dicho que aquí lo conocían.

La camarera pareció pensar, luego se acercó a la caja registradora y sacó un lapicero. Volvió con una servilleta.

–¿Me lo deletrea, por favor?

Lo hice. Estaba prácticamente seguro de que lo dije tal

como lo había escrito David Locano, aunque no del todo, y a cada momento tenía más dudas. A lo mejor se lo habían dicho mal a Locano.

Se dirigió con el papel a un teléfono al final de la barra e hizo una llamada. Estuvo hablando varios minutos, en ruso. En cierto momento alzó la voz, luego adoptó un tono de disculpa. No me miró una sola vez.

–Vale –dijo al volver–, he averiguado quién es. Me han dicho que lo acompañe. Aunque esté trabajando.

–Lo siento –le dije. Me bajé del taburete–. ¿Qué le debo?

–Cuatro cincuenta.

Lo que fuese. Era dinero de los Virzi. Dejé un billete de diez. La camarera ni lo miró, sólo levantó la abertura de paso y salió del mostrador.

–Por aquí –me indicó, conduciéndome a la parte de atrás.

Pasamos por una cocina diminuta en donde una mujer gruesa y rubia estaba sentada sobre un cubo de plástico vuelto del revés, fumando y leyendo un libro de tapa dura en cirílico. No alzó la vista. La camarera abrió los tres cerrojos de la puerta que había al fondo y me condujo al callejón.

Casi inmediatamente metió el pie en un bache y se cayó al suelo, chillando y agarrándose el tobillo. Me incliné hacia ella, tratando de cogerla. Pensando, pero no lo bastante rápido.

Hubo un ruido a mi espalda, y sentí un golpe en la nuca. Logré darme la vuelta mientras me precipitaba sobre la camarera, y frené la caída plantando una pierna en el suelo.

Había tres tíos frente a mí, y uno de ellos ya me estaba sacudiendo con un puño de hierro.

Perdí el conocimiento tan deprisa que apenas sentí el encontronazo con la pared.

Me desperté, empecé a parpadear y los ojos se me llenaron de lágrimas. No veía nada. Tuve la sensación de estar colgado cabeza abajo de los brazos y las piernas. Estaba increíblemente sediento. Sentía también como si alguien me estuviera pisoteando la cabeza, tratando de aplastarme la nuca.

Lo único que resultó cierto fue lo del dolor de cabeza y la sed. Cuando soplé por la nariz para limpiarme los mocos y apreté los párpados para aclararme la vista, vi que me encontraba en la planta baja de un edificio calcinado. Frente a mí, por el hueco que había dejado una pared derruida, vi un páramo de dunas de ladrillos y cascotes de cemento, deslumbrantes a la luz del cielo azul.

Y no estaba cabeza abajo, sino que tenía el torso inclinado hacia delante. Me encontraba en una silla de madera, con las manos y las piernas amarradas con cinta aislante.

Oí unas palabras en ruso, y alguien me pegó en la horrorosa brecha de la nuca. Un estúpido dolor –estúpido porque aun sabiendo que sólo era superficial, me hizo gritar de todos modos– me sacudió hasta el tobillo y me recorrió la cabeza percutiéndome en el interior del ojo. Oí más frases en ruso.

Aparecieron en mi campo de visión. Los tres individuos del callejón –uno todavía con trocitos de mi cuero cabelludo en el puño americano– más otro nuevo.

En particular, el nuevo tenía tal aire de extranjero que me hizo preguntarme si sus facciones eran diferentes por el hecho de hablar otro idioma, o de beber agua con mucho

cadmio o algo así. Tenía una barbilla puntiaguda y una frente ancha y despejada, de manera que su rostro era un triángulo con el vértice hacia abajo.[1]

Me tapaba la luz con el cuerpo, y cuando los ojos se me habituaron a la penumbra pude apreciar que tenía en el rostro unas arrugas muy marcadas para un individuo de tan joven aspecto. Otra muestra de un decaimiento generalizado.

–Hola, hombre –me dijo–. ¿Me buscabas?

Me eché hacia atrás para mirarlo de frente. La silla crujió y se removió bajo mi peso, y de pronto me sentí mucho mejor.

–Estoy buscando a un tío que se llama Nick Dzelany –le contesté.

–Pues ese tío soy yo.

–¿Querías decirle algo a David Locano?

–¿David Locano?

–Sí.

Dzelany miró a los demás y soltó una carcajada.

–Dile que se vaya a tomar por culo. En realidad, se lo diré yo mismo, enviándole tu cabeza. Es algo que me apetece. ¿No te lo ha dicho él?

–No, no me lo ha dicho.

Tampoco me había fijado, por lo que fuese, hasta aquel momento, en que Dzelany tenía un machete en la mano. Se golpeaba el muslo con el plano de la hoja. Lo alzó despacio y me lo puso en el cuello, a un lado.

Esto es lo que pasó a continuación:

Pensé: *Tengo que hacer algo.*

Sentí que esa idea me corría velozmente por la espina

1. Como el «escudo» de una mujer, si es que han prestado atención.

dorsal. Traté de refrenarla. No estaba preparado. Entonces me di cuenta de que era demasiado tarde para dominarla, y comprendí que si intentaba contenerla sería una cagada. Así que la puse en práctica.

Me incorporé, impulsando los brazos hacia delante y las piernas hacia atrás, y rompí la silla. Me encontré con Dzelany frente a mí, su cabeza justo debajo de mi esternón. Le di una triple bofetada.

Es una técnica que pertenece a la encantadora arte marcial del *kempo.* Se juntan las manos como si se fuera a aplaudir, pero con la derecha un poco más alta que la izquierda y efectuando un movimiento algo más rápido. De manera que un instante después de abofetear a Dzelany en una mejilla con la mano derecha, lo sacudí en la otra con la izquierda. Lo que se hace luego es volver la mano derecha y cruzar la cara con un revés. La velocidad de los tres golpes desorienta: es demasiado para pensar en ello, como cuando a un león se le paraliza el cerebro ante las cuatro patas de la silla que esgrimen contra él.

Aunque, en realidad, a Dzelany no llegué a aplicarle la triple bofetada. Después de atizarlo dos veces no le di un revés con la mano abierta en la mejilla, sino un puñetazo en la sien. No se les ocurra hacer eso. Está garantizado que tumba a cualquiera, y hasta puede causar la muerte. Con ello me quité inmediatamente de en medio a Dzelany.

Así que di un salto, precipitándome hacia el individuo del puño de hierro. Como seguía en vena demoledora, le lancé la mano cerrada a la cara como si fuera una maza.

Intentó esquivarlo, pero eso es lo bonito de un golpe de martillo: si el contendiente se echa hacia atrás, el puño (el pie, o lo que sea) prosigue su avance tanto hacia delante como hacia abajo, de modo que siempre se termina golpeando algo. En este caso fue la clavícula derecha, que ni

siquiera llegó a combarse, sino que se partió en tres trozos: el del medio se le clavó en el pecho, y el tío se cayó redondo al suelo.

Desde el punto de vista estratégico podría haberlo hecho mejor, porque ahora tenía uno a la izquierda y otro a la derecha, y ninguno estaba lo bastante cerca. Pero el simple hecho de que fueran dos constituía una ventaja. Los que no han recibido entrenamiento para el combate conjunto casi siempre pelean peor en grupo, porque tienden a mantenerse a cierta distancia esperando a que su compañero haga lo más difícil.

Me volví hacia el de la izquierda. Me aparté de él saltando hacia atrás sobre los restos de la silla y di una coz en el plexo solar[1] al que ahora tenía a la espalda, tomando puntería hacia la pared que estaba a sesenta centímetros de él.

El que seguía teniendo enfrente echó mano a la pistola, sacándola de la chaqueta de cuero justo cuando le clavaba en la garganta el antebrazo, todavía con un resto de la silla pegado, con lo que nos precipitamos los dos hacia la pared que estaba a su espalda. Cuando lo solté, cayó de rodillas y se puso a emitir unos sonidos horrorosos, pero no por mucho tiempo.

Recogí del suelo su pistola, una extravagante Glock, y, tras comprender que no estaba libre de riesgo, descerrajé un tiro en la cabeza a aquellos cuatro gilipollas. Les cogí la cartera para saber quiénes eran, y cuando los registraba me encontré mi cuarenta y cinco en el bolsillo del tío con el puño americano. ¡Ya me parecía a mí! No se pierde fácilmente nada tan feo.

1. Para los que estén comprobando su *Anatomía de Gray,* hace unos decenios que en medicina viene denominándose plexo celiaco al plexo solar. Tanto tiempo como la gente lleva leyendo ese libro.

En quitarme la cinta aislante y los trozos de madera tardé más que en triplicar el número de gente que había matado.

A las cuatro de la tarde estaba llamando al timbre de los Locano. Me abrió la señora Locano, que dio un grito. Yo sabía por qué, puesto que me había echado un vistazo en el retrovisor al coger el coche, después de volver andando al Aquarium desde las Flatbush Flatlands, procurando apartarme del paseo marítimo. Parecía como si me acabaran de matar a hachazos.

–¡Ay, Dios mío, Pietro! ¡Entra!

–No quisiera manchar nada de sangre.

–¡Y qué más da eso!

David Locano apareció ante mi vista.

–¡Joder, chico! –exclamó–. ¿Qué te ha pasado?

Entre los dos me ayudaron a entrar en la casa, y se lo agradecí porque así no tendría que tocar las paredes.

–¿Qué ha ocurrido? –repitió Locano.

Miré a su mujer.

–Discúlpanos, cariño –le dijo Locano.

–Voy a llamar a una ambulancia –repuso ella.

–No –dijimos a la vez Locano y yo.

–¡Necesita un médico!

–Diré al doctor Campbell que venga a casa. Prepara la habitación, lleva algunas cosas.

–¿Qué clase de cosas?

–No sé, cielo. Toallas y esa mierda. Por favor.

Se fue. David Locano me acercó la silla del escritorio de madera que había en el vestíbulo, sobre el que depositaban el correo, de manera que no tuviera que sentarme en los muebles del salón.

Se agachó a mi lado y musitó.

–¿Qué coño ha pasado?

–Pregunté por Dzelany. Me tendieron una trampa. Tres tíos y él. Les cogí la cartera.

–¿Les cogiste la...?

–Los maté.

Se me quedó mirando un momento, luego se encogió de hombros, con cautela.

–Lo siento, Pietro. Lo lamento mucho. –Se retiró un poco para mirarme a los ojos–. Pero hiciste bien.

–Lo sé.

–Te prometo que te pagarán por esto.

–Eso no me importa.

–Has hecho bien –insistió–. Joder. Me parece que esto se te va a dar de perlas.

Fue un momento interesante en mi vida. La ocasión en que debía haber dicho: «Me voy de aquí» o «Estoy cagado de miedo», y «Nunca volveré a hacer esto». Pero en cambio me dejé llevar por mi patética necesidad de los Locano, iniciando así mi rápida adicción al derramamiento de sangre.

–No se le ocurra mentirme otra vez –le advertí.

–No te he mentido... –protestó Locano.

–Y una mierda. Si vuelve a hacerlo, y acabo matando a un inocente, el siguiente será usted.

–Por supuesto –concluyó él.

Ya estábamos negociando.

# 7

A las siete cuarenta y dos ya estoy otra vez dormido en mi butaca y mi cabeza choca contra la pared. Lo que demuestra, curiosamente, que por muy agobiado que estés nada puede mantenerte despierto en una reunión de las rondas del asistente.

Las rondas del asistente sirven para que un amplio número de gente se reúna y repase la lista de pacientes para asegurarnos de que «hablamos de lo mismo» y satisfacer el requisito legal de que alguien realmente cualificado para adoptar decisiones sobre el tratamiento que debe darse a los pacientes se entere al menos de cuáles son tales decisiones una vez que se han tomado.

Esa persona es el «médico asistente», un doctor de verdad que cada año viene a supervisar el pabellón durante una hora diaria a lo largo de un mes, a cambio de lo cual puede atribuirse el título de catedrático de una prestigiosa facultad de medicina de Nueva York que, por lo que yo sé, no guarda ninguna otra relación con el Manhattan Catholic. De acuerdo con los objetivos de claridad que marca la terminología sanitaria, el «asistente» es la persona menos presente en la planta.

Este asistente en concreto es alguien que conozco. Tiene sesenta años. Siempre lleva unos zapatos soberbios que deben de ser carísimos, pero lo que realmente le ha valido mi admiración es su habitual respuesta a mi pregunta de cómo le va la mañana. «Estupendamente. Me vuelvo a Bridgeport en el de las nueve.»

En este momento tiene la cabeza apoyada en la mano, con las mejillas colgando como las esquinas de un mantel. Mantiene los ojos cerrados.

Los demás que están en la sala son: una residente, colega de Akfal y mía, aunque trabaja en un pabellón al otro extremo del edificio (es una joven china llamada Zhing Zhing, que a veces se siente tan deprimida que hay que enderezarle los brazos), los cuatro estudiantes de medicina que tenemos entre los tres, y nuestra jefa de residentes. Tenemos la sala para nosotros solos, porque hemos echado a patadas a la multitud de pacientes en bata que estaban viendo la tele con la esperanza de morir en cualquier sitio menos en la cama del hospital. Lo siento, amigos. Siempre os quedará el pasillo.

Pero tengo un cansancio de tres pares de cojones.

Uno de los estudiantes –no mío, sino de Zhing Zhing– está leyendo una lista increíblemente larga de oscuros resultados de funciones hepáticas, palabra por palabra. El enfermo padece insuficiencia cardiaca. Por lo que en primer lugar, no debían haberse solicitado las pruebas. Y como están dentro de la normalidad, cabría esperar que el estudiante nos ahorrara al menos el tener que escucharlas.

Y, sin embargo, nadie da un grito.

Al despertarme tengo la alucinación de que está creciendo musgo en una de las paredes, luego noto que me estoy quedando dormido otra vez. De manera que hago el truco de mantener abierto un ojo –el único que alcan-za a ver la jefa de residentes esperando que eso procure algo de

reposo a la mitad de mi cerebro. Mi cabeza vuelve a rebotar contra la pared. Me debo haber quedado traspuesto.

Ahora son las siete cuarenta y cuatro.

–¿Lo estamos aburriendo, doctor Brown? –pregunta la jefa de residentes.

La jefa de residentes ha concluido su residencia pero ha decidido quedarse en el ManCat un año más, en una manifestación de lo que creo que sigue llamándose «síndrome de Estocolmo». Lleva un vestido con falda bastante corta bajo la bata, pero no se le borra del rostro su habitual expresión, que acompañaría muy bien a sus palabras si dijera: ¿Se ha *cagado* usted en mis *zapatos?»*

–No más que de costumbre –contesto, tratando de despertarme a base de frotarme la cara. Observo que de verdad está creciendo musgo en una de las paredes, aunque mi doble visión está exagerando las cosas.

–A lo mejor le apetece hablarnos del señor Villanova.

–No faltaba más. ¿Qué les gustaría saber? –le digo, preguntándome quién será el señor Villanova. Por un momento me preocupa que pueda ser otro apodo de Squillante.

–Por lo visto ha solicitado usted escáneres tomográficos de tórax y glúteos.

–Ah, sí. El Tío del Culo. Será mejor que les eche un vistazo.

–Hágalo después.

Vuelvo a retreparme en la butaca. Me sueno la nariz con la mano izquierda para encubrir el lento movimiento de la derecha hacia el busca.

–El paciente tiene dolores localizados en la nalga derecha y por debajo de la clavícula, a pesar de AIV[1] –le digo–. Parece que tiene fiebre, además.

1. Como si les importara a ustedes lo que significa eso.

–Sus constantes vitales son normales.

–Sí, ya lo he observado.

Con el pulgar derecho pulso el botón de «prueba» con tal rapidez que ni yo mismo me habría dado cuenta. Cuando suena el maravilloso timbrazo, echo un vistazo a la pantalla de LCD y me pongo en pie de un salto.

–Mierda. Me tengo que ir.

–Quédese hasta el final de la ronda, por favor –me indica la jefa de residentes.

–No puedo. Un paciente –contesto. Que no es tanto una mentira como una incoherencia.

A mis estudiantes les digo:

–Que uno de vosotros consulte las estadísticas de gastrectomía relacionadas con las células en anillo de sello. Ya os veré más tarde.

Y así, por las buenas, estoy libre.

Pero pienso demasiado despacio para ocuparme del problema de Squillante, de modo que aplasto una Moxfane con la yema de los dedos, estiro el pulgar lo más posible y esnifo el polvo en el declive que se me forma al final de la muñeca.

Las fosas nasales me pican como locas, y se me va la visión durante un segundo. Lo que me devuelve a la realidad es el estómago, que empieza a emitir una serie de acelerados ruiditos metálicos, como los de un muelle.

Necesito comer algo. Martin-Whiting Aldomed está ofreciendo probablemente un desayuno gratis en alguna parte del hospital, pero no tengo tiempo para eso, ni soñarlo.

Junto al montacargas, en el estante de bandejas de comida ya servidas, encuentro un cuenco de plástico sin abrir

de copos de avena y una cuchara razonablemente limpia. No hay leche de verdad, pero veo media botella de leche de magnesia. Lo que, lamento decir, en determinadas circunstancias es mejor que nada.

Me lo llevo todo a una habitación donde hay una cama vacía junto a la puerta, y me siento a comer en el colchón manchado de orines.

Empiezo a atacarlo cuando una voz de mujer dice al otro lado de la cortina:

–¿Quién está ahí, por favor?

Termino primero –tardo unos cuatro segundos–, masco otra Moxfane, me pongo en pie y me dirijo a la otra cama.

Es una joven. Guapa, veintiún años.

La belleza es rara en un hospital. Y la juventud también.

Pero no es eso lo que me detiene.

–Joder –exclamo–. Te pareces a alguien que conocí.

–¿Una novia?

–Sí.

La semejanza es ligera –los ojos negros o algo así–, pero en mi estado actual me conmociona.

–¿Separación dolorosa? –pregunta la mujer.

–Murió.

Por la razón que sea, cree que estoy de broma. Son las Moxfanes, que me gastan jugarretas con la expresión de la cara o algo así.

–De modo que ahora te has metido a trabajar en un hospital para salvar vidas, ¿no es eso?

Me encojo de hombros.

–Eso es bastante cursi –observa.

–No, si se ha matado a tanta gente como yo -respondo. Pensando: *Ah. Quizá deba salir de la habitación y dejar que la droga se quede charlando aquí.*

–¿Errores médicos, o más bien cuestión de asesino en serie?

–Un poco de las dos cosas, probablemente.

–¿Eres enfermero?

–Soy médico.

–No tienes aspecto de médico.

–Ni tú de enferma.

Y es verdad. A simple vista, al menos, es la salud personificada.

–Pronto lo pareceré.

–¿Por qué?

–¿Tu no eres mi médico?

–No. Sólo soy un curioso.

Aparta la vista.

–Me van a amputar la pierna esta tarde.

Lo pienso durante un momento. Luego digo:

–La vas a donar, ¿eh?

Se ríe, con aspereza.

–Sí, al cubo de la basura.

–¿Qué te pasa en la pierna?

–Tengo cáncer de huesos.

–¿En dónde?

–En la rodilla.

Territorio por excelencia del osteosarcoma.

–¿Puedo verla?

Aparta las sábanas. Retirándose al mismo tiempo el borde del camisón, lo que deja ante mi vista un parrús resplandeciente. Tipo moderno: chumino mexicano sin pelo. Le veo el cordón azul del tampón. Me apresuro a ponerle de nuevo las sábanas sobre la entrepierna.

Le miro las rodillas. Tiene la derecha sensiblemente hinchada, y aún más por la corva. Pastosa al tacto.

–¡Puaj! –exclamo.

–Dime algo.

–¿Cuándo te han hecho la última biopsia?

–Ayer.

–¿Qué han encontrado?

–Dijeron que era «Tejido glandular amorfo y hemorrágico».

Doble puaj.

–¿Desde cuándo lo tienes?

–¿Esta vez?

–¿Qué quieres decir?

–La primera vez que lo tuve me duró unos diez días. Pero eso fue hace tres meses.

–No entiendo. ¿Se te pasó?

–Sí. Hasta hace una semana. Cuando me volvió.

–Ah –le digo–. Nunca he visto algo así.

–Me dijeron que era bastante raro.

–¿Y no quieren esperar a ver si desaparece otra vez?

–Este tipo de cáncer es muy peligroso.

–¿Osteosarcoma?

–Sí.

–Es verdad.

Si *es* un osteosarcoma.

Aunque ¿cómo coño voy a saberlo?

–Lo miraré –le digo.

–No te molestes. Sólo estaré un par de horas aquí.

–Lo haré de todos modos. ¿Necesitas algo más?

–No. –Hace una pausa–. A menos que quieras darme un masaje en el pie.

–Te lo puedo dar.

Se pone tan colorada como una sirena policial, pero no aparta sus ojos de los míos.

–¿En serio?

–¿Por qué no?

Me siento al borde de la cama y le cojo el pie. Le paso con fuerza el filo del pulgar por el ligamento del arco.

–¡Ay, joder! –exclama. Cierra los ojos, y se le empiezan a saltar lágrimas.

–Lo siento –le digo.

–No pares.

Sigo. Al cabo del rato, con una voz apenas audible, dice:

–¿Quieres lamérmelo?

Alzo la cabeza y me quedo mirándola.

–¿Lamerte el qué?

–El pie, no seas pervertido –replica, aún sin abrir los ojos.

Así que le levanto el pie y le paso la lengua por el arco.

–Y la pierna –añade.

Suspiro. Le lamo la cara interna de la pierna, casi hasta el coño.

Luego me pongo en pie. Preguntándome, por un momento, cómo sería mi vida de médico en caso de que alguna vez adoptara un comportamiento profesional.

–¿Te encuentras bien? –le digo.

Está llorando.

–No. Me van a cortar la pierna.

–Lo siento. ¿Quieres que pase a verte luego?

–Sí.

–Entonces, vendré.

Pienso en añadir: «si es que todavía ando por aquí», pero me decido en contra. No me gusta deprimir a nadie.

# 8

En el invierno de 1994 los Locano fueron de nuevo a esquiar, esta vez a Beaver Creek o algo parecido, en Colorado, y me invitaron a ir con ellos. Dije que no, y en cambio hice un viaje a Polonia. Pero juro por Dios que no fui para matar a Wladislaw Budek, el hombre que traicionó a mis abuelos y los mandó a Auschwitz.

Sino por algo mucho peor. Fui porque creía que existía un ente llamado «Destino», y que si no hacía muchos planes, esa entidad podría o bien ponerme a Budek en el punto de mira, o bien apartarlo de mi camino, mostrándome así si debía convertirme en un sicario extraoficial de David Locano. Alguien que él pudiera utilizar indistintamente contra italianos y rusos, y servir al mismo tiempo como una especie de guardaespaldas para Skinflick. Entretanto, aprovecharía las rechazadas vacaciones de esquí para demostrarme a mí mismo que no estaba tan apegado a los Locano como antes a mis abuelos.

Hablando desde el punto de vista médico, lo curioso de dejar que una entidad ficticia y sobrenatural decidiera el rumbo de mi vida –como si el universo dispusiera de una especie de conciencia, o agente– es que por tal decisión no

se me podía considerar loco. El *Manual de Diagnóstico y Estadística,* que trata de clasificar los caprichos de las disfunciones psiquiátricas hasta el punto de poder facturarlas, es muy claro a este respecto. Afirma que para que una creencia tenga carácter delirante debe ser «una convicción falsa basada en una inferencia incorrecta sobre una realidad externa que sigue manteniéndose *a pesar de lo que cree la mayoría de la gente* y de la prueba o testimonio incontrovertible de lo contrario». Y teniendo en cuenta la cantidad de gente que compra billetes de lotería, toca madera para evitar la mala suerte, o considera que todo ocurre por alguna razón, es difícil etiquetar *cualquier* creencia mística como patológica.

Por supuesto, el *Manual* ni siquiera intenta definir la «estupidez». Mi impresión personal es que existen unas once clases distintas de inteligencia, y cuarenta tipos diferentes de estupidez.

La mayoría de las cuales he experimentado directamente.

Como parecía improbable que alguna vez acabara encontrando a Wladislaw Budek, decidí dedicarme al menos a ver las atracciones turísticas. Mi primer destino fue el bosque virgen en el que se ocultaban mis abuelos cuando Budek se puso en contacto con ellos. Fui en avión a Varsovia, me alojé una noche en la mierda de hotel ex comunista de la Ciudad Vieja (se llama literalmente así, como si fuera la capital de la Patria Vieja), desayuné en el restaurante unos tubos de carne de extraña forma, y luego subí a un tren con destino a Lublin. Allí cogí un autobús lleno de chicas católicas de dieciséis años con la cara llena de espinillas, que se pasaron todo el trayecto hablando de felacio-

nes. Mi vocabulario en polaco, que era una mierda –aunque lo pronunciaba bien–, me permitía entender un poco.

Entretanto, todos los sitios por donde pasábamos eran fábricas o vías de ferrocarril. De haber sido polaco, podría haber intentado decir: *«¡Pues claro que no sabía que se estuviera produciendo el Holocausto! ¡Todo el puto país parece un campo de concentración!»*

Como que me hubiera importado, de haber sido polaco.

Por fin llegamos a una ciudad tan poco desarrollada que sólo tenía cuatro fábricas, y me bajé del autobús. Había un camino de tierra que salía de la ciudad y pasaba frente al bosque. Comprobé por dos veces el horario de vuelta, dejé la mochila a la encargada de la estación, y eché a andar por el camino.

¿He mencionado el puñetero frío que hacía en Polonia? Un frío de cojones. De esos que te hacen llorar muy seguido para que no lleguen a helársete las lágrimas, estirándote las mejillas y tensándote los labios, y lo único que te mantiene caliente es la imagen de las botas claveteadas del Sexto Ejército de Hitler desplazando al suelo el calor de los cuerpos. Casi no se podía respirar de lo helado que estaba el aire.

Escogí al azar un punto de partida desde el camino y me encaramé por un montón de nieve acumulada por la ventisca tan profundo y blando que al cruzarlo tuve la impresión de ir nadando. En la superficie había una capa de hielo cristalino que se cuarteaba y deslizaba en capas tectónicas mientras trataba de internarme en el bosque.

A los cincuenta metros de marcha, se me habituaron los ojos a la penumbra. El ruido y el viento habían desaparecido. Árboles extraños y gigantescos que era incapaz de identificar (no es que supiera distinguir, digamos, un ro-

ble) extendían sus ramas en todas direcciones. A veces tropezaba con las que estaban a ras del suelo, bajo la nieve.

Avanzaba con tanto cuidado que no reparé en los cuervos hasta que uno dejó caer una rama justo delante de mí. Otros dos me observaban desde más arriba. Me tumbé sobre la nieve y me quedé mirándolos. Eran las aves silvestres más grandes que había visto nunca. Al cabo del rato empezaron a acicalarse como si fueran gatos.

Aspiré el limpio y cortante aire y me pregunté si los cuervos vivían tanto como los loros, y en caso afirmativo si aquéllos habrían andado por allí durante la Segunda Guerra Mundial. O la Primera, ya puestos. Me pregunté si mis abuelos habrían intentado comérselos alguna vez.

Y si no habían comido cuervos, ¿de qué se habrían alimentado? ¿Cómo se las arreglaba uno siquiera en un sitio así? ¿Cómo se lavaba uno la ropa, por no hablar de combatir a los nazis? Aquel lugar era una especie de ultratumba.

Finalmente, uno de los cuervos dio un graznido, y los tres emprendieron el vuelo. Poco después, oí ruido de máquinas.

Lo lógico era volver al camino, porque la nieve me empezaba a calar las botas. Pero sentí curiosidad: no sólo por el origen del sonido, sino por saber la celeridad con que podía uno desplazarse por el bosque cuando necesitara dirigirse a algún sitio. Así que, yendo hacia el ruido, me adentré aún más en el bosque.

A medida que se hacía más fuerte, se iba percibiendo el rumor de otras máquinas. Pronto distinguí la parte superior de unas grúas. Poco después di un traspiés cruzando otro muro de nieve y fui rodando hasta caer de pie en un claro.

Lo era en el sentido de «recién despejado». Habían pe-

lado el terreno en una extensión de unas cuarenta hectáreas, y hombres con anoraks y cascos de colores crudos manejaban máquinas gigantescas con las que seguían quitando árboles de los bordes, abatiéndolos y cortándoles luego un trozo para poder izarlos a unas plataformas. Un humo negro procedente de media docena de vehículos ensuciaba un cielo de color lechoso.

Intenté hablar con uno de los trabajadores. Creo que era de *Veerk,* una compañía maderera finlandesa, pero por lo visto no teníamos ninguna lengua en común, así que acabamos los dos riendo y encogiéndonos de hombros, porque qué coño se podía hacer, si no.

Aunque no era muy divertido. Białowieża constituye el último vestigio de un bosque que antiguamente cubría el ochenta por ciento del territorio europeo. Al ver cómo le arrancaban otro trozo se tenía la impresión de que aplanaban el ombligo del mundo. Con eso se cerraba otra puerta de entrada al pasado: el de nuestros abuelos. Se borraba otra señal de que en un principio habíamos sido humanos.

Y otro episodio histórico volatilizado, en el cual puede verse todo lo que uno quiera, o nada en absoluto.

Volví a Lublin y me dirigí al sur para el asunto principal. Cogí el Expreso Telón de Acero hasta Cracovia, un tren nocturno con literas, algo que nunca había hecho y que probablemente nunca volveré a hacer, aunque el viaje no fue tan malo. En la litera de arriba, retiré la manta, en donde parecía haber una exagerada cantidad de vello púbico incrustada en el tejido, y me tumbé sobre las sábanas con el abrigo puesto, leyendo a la luz de la bombilla que casi me rozaba la cabeza.

En Lublin había comprado una pila de libros. Los tex-

tos de la época comunista eran divertidos pero triviales. *(«¡Se invita a los turistas a visitar la Acería Lenin, la fábrica de cigarrillos Czyżyny, y la planta Bonarka de abonos químicos!»)* La mayor parte de los textos polacos modernos era odiosa y estúpida, con centenares de páginas sobre cómo Lech Walesa era un santo, y ninguna acerca de que debía estar comiendo mierda como el buen cerdo mamón que es.[1] Y los que parecían fiables resultaban igualmente deprimentes.

*¡Se culpó del incendio a los judíos! ¡Se echó la culpa de la peste a los judíos! ¡Se achacó a los judíos la responsabilidad de que toda Europa estuviera regida por cabrones que odiaban a los judíos!*

Los judíos constituían una tercera parte de la población de Cracovia en 1800, una cuarta parte en 1900, y nada en absoluto en 1945.

Por la mañana, camino del hotel desde la estación, saqué un billete de autobús para Auschwitz.

Les ahorraré la mayor parte.

Cuando estaba en pleno funcionamiento, Auschwitz se componía en realidad de tres campos diferentes: el de la muerte (Birkenau, también conocido como «Auschwitz II»); el de la fábrica I. G. Farben («Auschwitz III», o Monowitz), en donde trabajaban los esclavos, y el campo combinado de concentración y exterminio, situado entre los

1. Mi historia favorita sobre Lech Walesa data de poco antes de mi viaje a Polonia. Al darse cuenta de que estaba a punto de perder la presidencia, Walesa anunció que su rival, aunque no lo confesaba, era judío. Seguidamente negó que fuera un fundamentalista, alegando: «En realidad yo desearía ser judío. Porque entonces tendría mucho más dinero.» ¡Qué tío tan gracioso!

dos anteriores («Auschwitz I», o simplemente Auschwitz). Como los alemanes bombardearon Birkenau en su huida –demostrando la afirmación de Platón de que la vergüenza humana surge exclusivamente de la amenaza del descubrimiento– y luego los polacos se llevaron los ladrillos que quedaban entre los escombros, el museo principal se encuentra en Auschwitz I.

Para llegar allí hay que coger uno de esos autobuses que, merced a una especie de pirueta histórica, son más modernos que cualquiera de los que se ven en Estados Unidos. Los polacos llaman a esa zona *Oświęcim:* no se ve un solo letrero que diga «Auschwitz». Los alrededores están enteramente industrializados y poblados, con edificios de viviendas frente a la entrada del campo de concentración, aunque la guía advierte en polaco que de no haber sido por el jaleo armado por la militancia judía internacional, a estas alturas lo habrían demolido para construir un supermercado. Miré alrededor para ver quién se molestaba por tal aseveración, pero los únicos que rechinaban los dientes eran los miembros de una familia hasídica que iba en la parte de atrás del autobús.

Se cruza un patio exterior. Los nazis fueron ampliando el campo siempre que tenían oportunidad, de manera que para llegar a las famosas verjas del *«Arbeit Macht Frei»* hay que pasar por un edificio con una cafetería, un quiosco de carretes para cámaras fotográficas, y las taquillas que expenden las entradas. Ése era antes el edificio en donde se tatuaba y rapaba la cabeza a los prisioneros, y en donde los nazis tenían encerrados a los esclavos sexuales. Huele a alcantarilla porque no limpian los servicios, y los tatuajes que se ven en las fotos ni siquiera se parecen a los que tenían nuestros abuelos.

Pasando las verjas, hay una cruz de madera de seis me-

tros con un enjambre de monjas y cabezas rapadas alrededor que entregan panfletos en donde se cuenta la histeria con que el judaísmo internacional intenta prohibir los oficios católicos en Auschwitz, que está en un país católico. Eso hace que te entre hormiguillo en las manos, y te preguntes si romperle la crisma a un cabeza rapada justificará la afirmación de Freud de que lo único que puede hacernos felices es la realización de los deseos infantiles.

Pero haces lo que has venido a hacer. Observas los barracones rodeados de alambre de espino, la horca, las torres de los guardias que distribuían la muerte al azar. El edificio de los experimentos médicos. Los hornos crematorios. Te haces ciertas preguntas: ¿limpiaría yo las cámaras de gas para seguir con vida un mes más? ¿Llenaría los hornos?

Te sientes jodidamente mal.

Al final acabas preguntándote por qué hay un barracón dedicado a las víctimas de todas las nacionalidades de que hayas oído hablar –eslovenos, por ejemplo–, pero no hay una sola mención a los judíos en parte alguna. Preguntas a un guarda. Señala al otro lado de la calle.

Cuando encuentras el Barracón 37, compruebas que el guarda tenía razón a medias. Es un barracón conjunto, el único de Auschwitz: eslovacos (la exposición original; se ve por los letreros) y ahora también judíos. Aunque la instalación está cerrada a cal y canto, con una cadena en torno al picaporte de la puerta. Después te enteras de que ese barracón en concreto ha pasado más tiempo cerrado que abierto: por ejemplo, entre 1967 y 1978 no abrió un solo día. La familia hasídica del autobús se queda contemplando tristemente la cadena.

Como es lógico, das una patada al puto candado y abres las puertas de un empujón, dejando pasar primero a la familia hasídica.

Dentro, se ve un horroroso montón de mierda. Tantos judíos murieron en Auschwitz que las cosas que dejaron –el pelo, las piernas de madera de los veteranos que habían luchado por Polonia en la Primera Guerra Mundial, los zapatos de los niños, etcétera– llenan las vitrinas de habitaciones enteras, dentro de las cuales se pudren y apestan. Comparado con eso, las placas del museo, de indiferente malignidad –en las que se ha tachado la palabra «Polacos» del letrero que decía «Judíos Polacos», y se afirma que los nacionalsocialistas «reaccionaron ante una presencia excesiva de los judíos en la economía y el gobierno–, apenas te afectan. Aun cuando lo de «presencia excesiva» sea el estereotipo favorito de los antisemitas, porque cada vez que exterminan a la mitad de los judíos del planeta, como hicieron en la Segunda Guerra Mundial, los supervivientes adquieren de pronto una doble «presencia excesiva».

Al cabo del rato, vuelves a subir al autobús con destino a Birkenau, el campo de la muerte. (Lo siento: Brzezinka. En Polonia, «Birkenau» tampoco aparece escrito.) Allí, en las extensas ruinas de los baños romanos convertidos en fábrica de muerte, hasta los europeos lloran. En ese lugar la tristeza es prácticamente algo que se oye, una sensación chirriante en los oídos.

Finalmente, la guía se te acerca y te da unos golpecitos en el hombro, anunciando con voz queda que ya es hora de volver a Cracovia.

–Pero ¿no paramos en Monowitz? –le preguntas.

Dice que no conoce «Monowitz».

–*Monowice,* dicen ustedes. Dwory. El campo de I. G. Farben. Auschwitz III.

–Ah. Ahí no vamos –informa.

–¿Por qué no? –preguntas entonces. La mitad de los supervivientes de Auschwitz pasaban a ser esclavos en Mo-

nowitz. No sólo los abuelos de cada cual: gente como Primo Levi y Eli Wiesel.

–Yo sólo soy la guía de la excursión –responde ella.

En última instancia amenazas con ir andando si no te llevan allí en el autobús, y ella te toma la palabra. Tras encontrarlo, sigues el camino durante media hora. Llegas a una verja con alambre de espino: nueva, con guardias de verdad provistos de ametralladoras. Uno de ellos dice que únicamente se admiten visitas «con autorización especial».

Mirando por encima de su hombro, comprendes por qué. Monowitz está lanzando hollín al cielo *en este mismo instante.* Sigue funcionando, nunca lo han cerrado.[1]

Tras hablar con los risueños guardias de las puertas, te vuelves andando a Auschwitz para coger un taxi, desgarrándote la palma de las manos con las uñas.

De vuelta en Cracovia *–¡La hostia puta! ¡Los pitufos construyeron un pueblo medieval en una colina! ¡Y sigue siendo encantador, con detalles tan delicados y precisos como un reloj, porque el gobernador nazi de Polonia vivía en el casti-*

1. I. G. Farben, la empresa de productos químicos que dirigía el campo de trabajo en Auschwitz –«I. G. Farben» no era el nombre de nadie, sino las abreviaturas en alemán de «Compañía Internacional de Pinturas»–, siguió en actividad después de la guerra alegando que quería pagar compensaciones a sus antiguos esclavos, de quienes en un momento dado había utilizado a ochenta y tres mil. Luego se presentó a sí misma durante decenios como objeto de una injusta, codiciosa y vengativa persecución por parte de los judíos. En 2003 estuvo a punto de tener realmente que pagar doscientos cincuenta mil dólares (en total, no por persona), y para evitarlo se declaró en quiebra. Pero no antes de haber lanzado Agfa, BASF, Bayer y Hoechst (ahora dueña al cincuenta por ciento de Aventis, el gigante farmacéutico), empresas todas que siguen prosperando hoy en día.

*llo y preservaba los edificios!*–, fui a cenar a la Koffee House, un local de la era *Kommunist* con una estufa de leña, y luego me dirigí a la trastienda a hojear el antiguo y gigantesco listín telefónico.

Todos los clientes del local parecían tener labios prensiles y una ostensible falta de dientes, y aquellos cuyas conversaciones alcancé a escuchar se quejaban de cosas con aire de tener mucha razón. Con un sobresalto, me di cuenta de que podía haberme cruzado con Wladislaw Budek.

Siempre me había imaginado a Budek como un Claus von Bülow entrado en años: un risueño e impenitente león con una Luger en el bolsillo del esmoquin. Pero ¿y si se había convertido en un absoluto cretino que caminaba arrastrando los pies, con los párpados de abajo colgando y vueltos del revés y un pastillero de plástico con los días de la semana escritos en sus diversos compartimientos? ¿Y si además estaba demasiado sordo y senil para entender siquiera de lo que le acusaba?

¿Qué es lo que iba a hacer, gritarle: *«HACE CINCUENTA AÑOS ERAS UN INFAME CABRÓN»?* ¿O bien: *«PROBABLEMENTE LO SIGUES SIENDO, AUNQUE PARECE QUE TE FALTA ENERGÍA PARA RECONOCERLO»?*

Bueno, estaba a punto de averiguarlo. Sentí la chispa en los dedos antes de que mis ojos procesaran siquiera la imagen: la dirección de Budek venía en el listín, estaba a seis manzanas de allí.

Era el piso superior de una vivienda de dos plantas en una hilera de casas similares que daba a un jardín alargado y estrecho con una verja privada. Consideré pasar por el jardín y entrar por la parte de atrás, pero antes de pensar-

lo bien me encontré frente a los escalones y llamé al timbre girando una llave.

De pronto sudaba por todas partes, como si toda el agua de mi cuerpo intentara evaporarse para convertirme en una sombra de mí mismo. Procuré tranquilizarme, y luego desistí. ¿Para qué molestarse?

Se abrió la puerta. Un rostro marchito. De mujer. O al menos la bata que llevaba era rosa.

–¿Sí? –dijo, en polaco.

–Estoy buscando a Wladislaw Budek.

–No está.

–Hable despacio, por favor. El polaco no se me da bien. ¿Sabe cuándo va a venir?

Me estudió.

–¿Quién es usted.

–Soy norteamericano. Era un conocido de mis abuelos.

–¿Sus abuelos conocían a Wladis?

–Sí. Lo conocían. Ya han muerto.

–¿Quiénes eran?

–Stefan Brnwa y Anna Maisel.

–¿Maisel? Suena a judío.

–Y lo es.

–Usted no parece judío.

Tuve la impresión de que debía decir: «Gracias.»

–¿Es usted la señora Budek?

–No. Soy la hermana de Wladis, Blancha Przedmieście.

De pronto todo era surrealista. Mis abuelos me habían hablado de aquella mujer. La leyenda decía que se había pasado la guerra acostándose con un nazi y con otro hombre cuya mujer tenía contactos con la resistencia judía, facilitando así la trama de su hermano.

Dijo algo que no entendí.

–¿Disculpe? –le dije.

–La policía me conoce muy bien –repitió, más despacio.

–¿Por qué iba usted a necesitar a la policía?

–No sé. Usted es americano.

Buena respuesta.

–¿Puedo entrar? –le pedí.

–¿Para qué?

–Sólo para hacerle unas preguntas acerca de su hermano. Si no le gustan, puede llamar a quien quiera.

Lo pensó. El odio a los judíos puede ser una maravillosa urgencia primordial para cualquier racista, pero la soledad se remonta a la ameba.

–De acuerdo –dijo al cabo–. Pero no voy a darle nada de comer. Y no toque nada.

Por dentro, el apartamento era anticuado pero sin florituras, con muebles rectangulares de los sesenta y una televisión de pantalla protuberante. Sobre un par de mesitas auxiliares había fotografías enmarcadas.

En una de ellas se veía a dos jóvenes frente a un muro cubierto de hiedra: una mujer que podía ser aquélla y un hombre de cabello negro y aspecto sombrío.

–¿Es él? –pregunté.

–No. Es mi marido. Murió cuando nos invadieron los alemanes.

Mediante una serie de palabras y gestos me dio a entender que murió porque estaba en artillería, entonces tirada por caballos, y que los alemanes habían empleado la aviación.

–Wladis es ése –dijo, señalando con el dedo.

Era un hombre rubio, con aire impertinente, que estaba en lo alto de una montaña con esquís, exhibiendo una risa dentona bajo el sol.

Era un hombre muy guapo.

Parecía desafiarme a que dijera lo contrario.

–Ha dicho: «Era.» ¿Es que ha muerto?

–Murió en 1944.

–¿En *1944?*

–Sí.

–¿Qué pasó?

Sonrió con amargura.

–Lo asesinaron unos judíos. Entraron por la ventana. Con pistolas.

Tardé un poco en entender lo que dijo a continuación. Por lo visto, los judíos a los que se refería la ataron en la cocina y mataron a tiros a su hermano en el cuarto de estar, cerca de donde yo permanecía en pie, al extremo del sofá. Utilizaron una almohada para que nadie lo oyera.

–Pero la policía ya venía de camino –prosiguió–, y los cogió al salir.

–Vaya.

Así que se le adelantaron. Por un estrecho y provechoso margen.

–Eran un chico y una chica –añadió–. Adolescentes.

–¿Cómo ha dicho?

Lo repitió.

–¿Está de broma?

–¿Qué quiere decir? –repuso.

Sentí náuseas. Me senté en el sofá por si se me notaba y le daba por echarme de su casa.

Necesitaba más información.

–¿Qué aspecto tenían? –le pregunté.

Se encogió de hombros.

–De judíos.

Probé con otra táctica.

–¿Por qué venía la policía de camino?

–¿A qué se refiere?

Se sentó en la butaca, pero al borde del asiento, a la defensiva, como dispuesta a lanzarse al teléfono en cualquier momento.

–¿Cómo se enteró la policía de que iba a haber jaleo?

–No sé, Wladis ya la había llamado.

–¿Antes de que llegaran el chico y la chica? –le pregunté.

–Sí.

–Pero ¿cómo sabía él que iban a venir?

–No tengo ni idea. A lo mejor los oyó. Fue hace mucho tiempo.

–¿No lo recuerda?

–No. No me acuerdo.

–Dos judíos entran por la ventana, la atan en la cocina, ¿y no se acuerda de cómo sabía su hermano que iban a venir?

–No.

–¿No sería porque usted y él les habían sacado dinero asegurándoles que podían salvar a unos familiares suyos?

Se puso muy tiesa.

–¿Por qué me hace esas preguntas?

–Porque quiero saber lo que pasó.

–¿Por qué tendría que hablar de eso con usted?

Lo pensé.

–Porque usted y yo somos las dos únicas personas en el mundo a quienes les importa, y no tiene usted aspecto de que vaya a vivir mucho tiempo.

Dijo algo parecido a «Por qué no se muerde la lengua».

–Sólo dígame lo que ocurrió. Por favor.

Iba perdiendo la palidez y poniéndose colorada.

–Sacamos dinero a la esperanza de los judíos. Dios sabe que se lo podían permitir.

–¿Salvaron a alguno?

–Era imposible salvar judíos durante la guerra. Aunque se quisiera.

–Y si se les acercaban demasiado, hacían que los mataran.

Apartó la cabeza.

–Márchese ya –me ordenó.

–¿Por qué los odiaba tanto? –quise saber.

–Dominaban todo el país –contestó–. Igual que ahora controlan Estados Unidos. Salga de mi casa.

–Lo haré. Si me dice cómo se llamaban aquellos judíos.

–¡No tengo la menor idea! –exclamó–. ¡Váyase!

Me puse en pie. Comprendí que jamás podía estar más seguro que ahora.

Me dirigí a la puerta. Al abrirla entró un viento helador.

–Un momento –dijo–. Dígame otra vez el nombre de sus abuelos.

Me volví hacia ella.

–Me parece que no se lo voy a decir. Simplemente me pregunto por qué la dejaron con vida.

Se me quedó mirando.

–Yo siempre me lo he preguntado –respondió.

Al marcharme, cerré la puerta de golpe.

Para que conste, lo que decidí fue lo siguiente:

Nada de objetivos femeninos (lo que era lógico), pero tampoco víctimas cuyos crímenes se remontaran exclusivamente al pasado. Sólo casos de amenaza inminente. No había modo de saber por qué mis abuelos dejaron con vida a Blancha Przedmieście, pero se trataba de una mujer, y matar a su hermano quizá fuese suficiente para dar por terminada la operación. Así que ahí lo tienen.

Entretanto, cuando David Locano quisiera que me ventilara a algún asesino cuya muerte fuese un alivio para el mundo, yo comprobaría su información y luego decidiría –aunque obligadamente– si emprender su búsqueda para matarlo.

Ni una sola vez pensé que, de haber aprobado esa línea de actuación, mis abuelos quizá me hubieran soltado menos sermones sobre la paz y la tolerancia y me habrían contado más detalles sobre su misión de asesinar a Budek. No me hacía falta considerar tales cuestiones. El destino mismo me había dictado lo que debía hacer.

Ah, la juventud. Es como heroína fumada en vez de esnifada. Evaporada tan deprisa que resulta increíble que hayas tenido que pagarla.

## 9

Me dirijo a poner una sonda a un par de pacientes cuando mis estudiantes salen a mi encuentro.

–La supervivencia *post status*[1] de una gastrectomía a lo largo de cinco años es del diez por ciento –me dicen–. Pero sólo el cincuenta por ciento sobrevive a la operación.

–Ah –contesto.

El aspecto positivo de esa información es que si Squillante supera la cirugía, sus probabilidades de vivir otros cinco años se acercan más al veinte que al diez por ciento, porque es de suponer que esta última cifra incluya a los pacientes que mueren durante la operación. El negativo es que Squillante tiene el cincuenta por ciento de posibilidades de morir *hoy,* en el quirófano. Con lo que David Locano recibiría información sobre mi paradero.

Las puertas del ascensor se abren frente a nosotros: sacan en una camilla con ruedas al Tío del Culo. Más que

1. *«Post status»,* abreviado en «p/s», es un término médico corriente que significa «posterior a» e implica «pero no necesariamente causado por». En latín quiere decir: «Intenta denunciarme ahora, so cabrón.»

nada para que parezca que hago algo, me pongo a caminar a su lado.

–¿Qué tal se encuentra? –le pregunto.

Aún sigue tumbado de costado.

–Me estoy muriendo, joder, pedazo de cabrón –me dice. O algo por el estilo. Le castañetean demasiado los dientes para entenderlo bien.

Eso me despierta el interés. Desde luego parece que se está muriendo.

–¿Es alérgico a algún medicamento? –le pregunto.

–No.

–Bien. Aguante.

–Que le den por saco.

Lo sigo hasta su unidad y extiendo rápidamente unas recetas para que le administren todo un *collage* de antibióticos y antivíricos, poniendo «STAT» en cada una de ellas. Pensando*: ¿Tengo que amenazar un poco más a Squillante? ¿Con qué, y con qué objeto?* Luego echo un vistazo en el ordenador al escáner de la tomografía del Tío del Culo.

Es tranquilizador, en cierto sentido. Si sabes lo que estás haciendo, resulta agradable seguir una tomografía con el ratón. Y si no lo sabes, probablemente también. Al recorrer en sentido ascendente o descendente centenares de cortes transversales, los diversos óvalos –pecho, pulmones, corazón, cámaras, aorta– se expanden y contraen como agitados mapas del tiempo, superponiéndose unos a otros y estrechándose en diversas capas. Pero incluso entonces siempre sabes dónde estás, porque en el interior del cuerpo humano prácticamente no hay dos centímetros cúbicos que sean iguales. Lo que se aprecia incluso observando la diferencia entre el lado izquierdo y el derecho. El corazón y el bazo están a la izquierda, mientras que el hígado y la vesícula se encuentran a la derecha. El pulmón izquierdo

tiene dos lóbulos, mientras que el derecho dispone de tres. En el colon, el lado izquierdo y el derecho son de distinta anchura, y sus trayectorias tienen diferente forma. La vena de la gónada derecha va directamente al corazón, mientras que la de la izquierda se une con la del riñón izquierdo. En el caso del hombre, la gónada izquierda está más baja que la derecha, para tener en cuenta el movimiento de tijera de las piernas.

De manera que en el escáner del Tío del Culo se distinguen inmediatamente dos abscesos del tamaño de una pelota de golf, uno tras la clavícula derecha y el otro en la nalga izquierda. En una inspección más detenida se aprecia en torno a los bordes lo que podría ser una especie de pelusa: un hongo o algo así. Son algo parecido a lo que se presenta en los alcohólicos cuando pierden el conocimiento y se tragan su propio vómito, con lo que luego se les forman colonias en los pulmones. Estoy prácticamente seguro de que nunca he visto nada igual en un músculo.

Mando a mis estudiantes que llamen con el busca a Patología. Suele ser difícil sacar a esa gente de sus pequeñas y desagradables guaridas, cubiertas de frascos con órganos humanos como la casa de esos asesinos en serie que muestran en la tele, pero es preciso hacer una biopsia al Tío del Culo. Les digo también que de paso avisen a Enfermedades Infecciosas, aunque es probable que ninguno de los dos servicios responda.

Y una vez que desaparecen de mi vista cierro la pantalla del escáner en el ordenador y busco en Google al cirujano de Squillante, John Friendly, sólo para escarbar un poco más en la mierda en que ando metido.

Pero sorpresa: da resultado. El hombre que busco, Friendly, ha ceñido o reducido el estómago a toda celebridad obesa de que haya oído hablar. De hecho, la revista *New York*

–que debe saberlo bien, porque su función principal consiste en transmitir agentes patógenos entre las manos de los que se sientan en las salas de espera– lo cita como uno de los cinco mejores cirujanos de la ciudad. Incluso tiene un libro que no se vende mal del todo en Amazon: *El ojo de la aguja: Cocina para operados del tracto digestivo.*

Sigo buscando hasta encontrar una fotografía que confirma que esas menciones se refieren efectivamente al individuo que he conocido sólo hace un rato, porque menuda mañanita llevo. De pasada encuentro artículos más alegres. Por lo visto, Friendly acaba de hacer una colostomía al tío que hacía el papel de padre en *Paternidad virtual.*

Como si ese tipo hubiera dicho: qué alivio tan cojonudo.

Trato de imaginar hasta qué punto será un alivio. ¿Significa eso que Squillante tiene en realidad un setenta y cinco por ciento de probabilidades de superar la operación? Y en tal caso, ¿qué posibilidades hay de que cumpla su palabra y no me traicione si sobrevive? Me llaman al busca desde una habitación en donde no suelo tener pacientes.

Miro el número en la pantalla y me pregunto si será el nuevo del que me ha hablado Akfal hace unas tres horas. Entonces me doy cuenta de que es la habitación en donde está la Chica del Osteosarcoma, y echo a correr hacia la escalera de incendios.

Lo primero que me salta a la vista al encontrarme de nuevo frente a ella es que, aunque es preciosa, sus ojos no se parecen en nada a los de mi perdida Magdalena. Luego me siento molesto ante esa decepción.

–¿Qué ocurre? –le pregunto.

–¿A qué te refieres?

–Me han llamado al busca.

Deja de morderse la uña del pulgar y señala hacia el otro extremo de la habitación, cerca de la puerta.

–Me parece que ha sido por la chica nueva –dice.

Ah, claro. La cortina está echada, y a través de ella se oyen unas voces. Doy una palmadita a la Chica del Osteosarcoma en la pierna buena, llamo luego en la pared con los nudillos y abro la cortina.

Hay tres enfermeras instalando a una nueva paciente en la cama que antes estaba vacía.

Es otra mujer joven, aunque es difícil saber su edad exactamente porque tiene el cráneo rasurado y vendado, y le falta la cuarta parte de la frente. En el lado izquierdo, sólo hay una hendidura en la gasa.

Bajo el vendaje me mira con ojos azules e incoherentes.

–¿Quién es? –pregunto.

–Nueva paciente, doctor Brown –dice la enfermera de más rango–. Acaban de enviarla de Neurocirugía.

–Hola –digo a la paciente–. Soy el doctor Brown.

–Yo ooy ooy ooy –contesta ella.

Naturalmente. En todas las personas diestras, y en la mayoría de las zurdas, la personalidad radica en el lóbulo frontal izquierdo. O radicaba. El vendaje empieza a palpitar por la parte que le falta debido al esfuerzo que hace al hablar.

–Relájese ahora. Voy a leer su gráfica –le digo, y me voy antes de que pueda contestar.

O responder al estímulo, como quieran llamarlo.

La gráfica de la Chica de la Cabeza es breve. Dice: *«p/s cranectomía por absceso séptico meníngeo p/s absceso lingual*

*p/s intervención estética voluntaria + p/s laparotomía para implante craneal».*

En otras palabras, se le infectó un *piercing* que se había hecho en la lengua, y la infección se le pasó al cerebro. Luego le abrieron la cabeza para llegar a él, y después cogieron el trozo de cráneo que le había quitado y se lo implantaron bajo la piel del abdomen para mantenerlo vivo mientras esperaban a ver si le volvía la infección.

Llamar «intervención estética» a un *piercing* en la lengua es un poco elástico, habida cuenta de que no se lo ha hecho para estar más guapa. Se lo ha hecho porque está tan falta de cariño que no duda en causarse un grave perjuicio a sí misma para anunciar lo bien que chupa la polla.

*Joder,* pienso: *sí que estoy de mala leche.*

Sólo para concluir mis investigaciones en la casa de la alegría que es la Habitación 808 Oeste, pido la gráfica de la Chica del Osteosarcoma.

No me entero de nada nuevo: un montón de «atípico» esto y «grandes probabilidades de» lo otro. A veces le sangra el fémur derecho, justo por encima de la rodilla. Pero no siempre. Y dentro de unas horas le van a amputar la pierna a la altura de la cadera.

A la gente le pasan las peores, las más increíbles putadas.

Relleno el papeleo de admisión de la Chica de la Cabeza sin mirarlo, pero antes de terminar vuelven a llamarme por el busca, esta vez a la habitación compartida por Duke Mosby y el Tío del Culo.

A propósito, el acuerdo que tenemos es el siguiente: Akfal y yo debemos admitir en sala a treinta pacientes por semana. El tiempo que pasen en el hospital depende de no-

sotros. Evidentemente disponemos de un incentivo para darles rápidamente el alta, y no tener que seguir atendiéndolos. Por otro lado, si vuelven a Urgencias en menos de cuarenta y ocho horas después de que los hayamos largado, debemos readmitirlos en nuestro servicio. Mientras que si acuden, digamos, cuarenta y *nueve* horas después del alta, se los distribuye al azar, como si fuera su primera visita, y hay cinco probabilidades contra una de que se conviertan en problema de otro médico.

El truco consiste en detectar el momento exacto en que el paciente se encuentra lo bastante bien como para pasar cuarenta y nueve horas fuera, y mandarlo enseguida a la calle. Parece algo fuerte –y en realidad, lo es–, pero en cuanto Akfal y yo dejemos de hacerlo, nuestro trabajo resultará imposible.

Ya lo es. Un directivo de seguros estableció hace mucho la línea precisa tras la cual no se nos puede exigir más –el tope de cuarenta y nueve horas, si ustedes quieren– y está haciendo un trabajo de primera para mantenerla ahí. Entre admitir nuevos pacientes y dar de alta a los antiguos, cosas ambas que son pesadillas burocráticas, apenas tenemos tiempo para ocuparnos de los enfermos que aún siguen con nosotros.

Lo que significa que visitar a cualquiera de los pacientes que ya hayamos visto a lo largo del día –como el Tío del Culo y Duke Mosby– es una pura y simple pérdida de tiempo. A menos que el enfermo tenga un problema puntual, que pueda arreglarse.

Lo que siempre es una remota posibilidad, y en ese caso me precipito hacia la escalera de incendios, y luego voy corriendo por el pasillo a su habitación.

Hay una multitud nada más pasar la puerta: el médico asistente (nada menos), Zhing Zhing, nuestros cuatro estudiantes y la jefa de residentes. Veo además a dos residentes que no conozco. Uno de ellos, sombríamente atractivo y con aspecto enloquecido, tiene una gigantesca jeringuilla en la mano. El otro es como un pajarito y parece estar molesto.

–Imposible –dice la jefa de residentes al de la jeringa–. Ah, no, doctor.

La jefa está entre la cama y el de la hipodérmica.

–Hola –digo, alargando el puño para que Tío del Culo lo choque con los nudillos, pero se limita a fulminarme con la mirada. Luego pregunto a los residentes–: ¿Quiénes sois vosotros, tíos?

–EI –contesta el de la hipodérmica. Enfermedades Infecciosas.

–Patología –dice el otro–. ¿Me has llamado con el busca?

–Hará una hora, más o menos –respondo–. ¿Me has llamado tú *a mí?*

–He sido yo, señor –dice uno de mis estudiantes.

–Éste quiere hacer una biopsia de las lesiones –me informa la jefa de residentes, refiriéndose al tío de EI.[1]

–De acuerdo –digo.

–*¿De acuerdo?* –inquiere la jefa de residentes–. Este paciente tiene un agente patógeno desconocido que se está *extendiendo,* ¿y quiere correr el riesgo de propagarlo aún más?

–Quiero averiguar de qué se trata.

1. «Lesión» es un término nada específico pero sumamente útil (porque suena como a cráter de pus) para designar cualquier anormalidad.

–¿Ha pensado en informar al Centro de Control de Infecciones?

–No.

Y es verdad.

–Le ha subido del glúteo a la parte superior del tórax –me comunica el de EI–. ¿Cuánto más puede extenderse?

–¿Qué le parece toda mi puñetera sala del hospital? –le pregunta la jefa de residentes.

–¿Por qué me han llamado *a mí?* –tercia el pajarito de Patología.

La jefa de residentes no le hace caso y se vuelve hacia el asistente.

–¿Qué opina usted?

El asistente consulta su reloj y se encoge de hombros.

–Voy a inyectarle –avisa el tío de EI.

–Espere... –dice la jefa de residentes.

Pero el de EI la aparta con el codo y se acerca con la jeringa al Tío del Culo. Le da dos golpecitos en la parte superior del pecho, suscitando un grito con el segundo. EI mantiene el dedo en ese punto y clava la aguja justo al lado, tirando rápidamente del émbolo. El aullido del Tío del Culo sube de intensidad, y la cámara de la hipodérmica se llena de sangre mezclada con un líquido amarillento.

–¡Maldita sea su estampa! –grita la jefa de residentes.

El tío de EI saca la aguja de un tirón y se vuelve hacia ella, con aire de suficiencia, pero calcula mal la distancia que los separa. En realidad no hay ninguna. La jefa de residentes recibe un empujón que la echa hacia atrás, y el tío de EI y ella se enredan el uno con el otro, agitando los brazos como aspas de molino, pierden el equilibrio y empiezan a caerse los dos juntos.

Justo hacia mí.

Me aparto, pero tengo a un estudiante encogido a mi

lado, aullando bajo uno de mis zuecos. Me doy contra la pared, e intento protegerme la cara levantando el brazo. Que es donde se me clava la hipodérmica, justo hasta el plástico.

Todo el mundo se queda paralizado.

Luego empiezan a incorporarse, apartándose de mí. Me pongo en pie a mi vez. Bajo la cabeza y me miro el brazo. Sigo teniendo la hipodérmica clavada, vacía, el émbolo hasta abajo. Empiezo a sentir ese dolor que dan los pinchazos importantes, cuando separan las capas de tejido. Con un súbito movimiento de torsión, me arranco la jeringa del brazo.

Rompo la aguja y la tiro al contenedor de las hipodérmicas usadas, que está en la pared, detrás de mí. Luego cojo al tío de EI por la pechera de la bata del uniforme y le meto en el bolsillo la cámara de la hipodérmica.

–Raspa lo que puedas de ahí y analízalo –le digo–. Llévate al de Patología.

–Ni siquiera sé lo que estoy haciendo aquí –gime el aludido.

–No me obligues a hacerte daño –le advierto.

–Doctor Brown –me dice el asistente.

–¿Sí, señor? –le contesto, sin quitar los ojos del tío de EI.

–¿Me da cinco minutos de ventaja?

–Usted se ha marchado hace diez minutos –lo tranquilizo.

–Es usted buena persona, muchacho. ¡Salud! –dice al marcharse.

Todos los demás se quedan paralizados.

–*¡Stat,* gilipollas de mierda! –les digo.

Estoy casi fuera de la habitación cuando me doy cuenta de que algo va mal. Algo más, quiero decir.

La cama de Duke Mosby está vacía.

–¿Dónde está Mosby?

–A lo mejor se ha ido a dar una vuelta –sugiere un estudiante a mi espalda.

–Mosby tiene gangrenados los dos pies –le recordé–. Ese tío no puede andar, ni cojeando.

Pero por lo visto puede correr.

## 10

Me parece haber dicho ya que Skinflick estaba enamorado de su prima hermana, Denise. Siempre lo había estado.

Era dos años mayor que él. Skinflick hablaba todo el tiempo de ella, con frecuencia en el contexto de sus gilipolleces de *La rama dorada.* De la injusticia de que Denise y él no pudiesen estar juntos sólo por un estúpido prejuicio norteamericano que no tenía base científica ni tampoco realidad histórica, y de que la expresión siciliana de «los primos para los primos» se ajustaba más a la historia además de brindar un excelente consejo.[1] «A los americanos les encantan las soplapolleces de los paletos», repetía en tono de queja.

1. Desde el punto de vista médico no está nada claro. Una mujer que forma pareja con su primo hermano añade un dos por ciento a sus probabilidades de tener un niño con un defecto de nacimiento. (En comparación, una mujer que conciba a los cuarenta años tendrá un diez por ciento de probabilidades de que el feto nazca con el síndrome de Down.) Por otro lado, los hijos de primos hermanos podrán beneficiarse de mayores probabilidades de estabilidad familiar. En cualquier caso, el genoma humano es mucho más «conservador», es decir, endogámico, que el de cualquier otro mamífero conocido, de manera que hasta el momento hemos follado más entre primos que, digamos, las ratas.

Cuando Skinflick y yo acabamos el bachillerato, cruzamos el país en coche hasta Palos Verdes, al sur de Los Ángeles, para ir a verla.

El padre de Denise, Roger, era hermano de la madre de Skinflick. Empezó a desconfiar en cuanto llegamos, y no arregló las cosas el hecho de que Skinflick y Denise aprovecharan la menor oportunidad para escabullirse –fuera, o al piso de arriba– y echar un polvo.

La madre de Denise, Shirl, daba menos problemas, al menos en ese sentido. Pero en lo que se refiere a tirarme *a mí* los tejos, cuando se ponía cachonda al pensar que su sobrino se estaba follando a su hija a cada momento, constituía un problema gordo. No es que yo fuera un santo, precisamente.

Menos mal que fue a Skinflick y Denise a quienes Roger sorprendió en el pabellón de huéspedes, no a Shirl y a mí. Roger desterró de la casa a Skinflick. Denise sollozó. En cierto sentido, un tanto indecente, fue bastante romántico.

Skinflick y yo bajamos directamente a Florida, como si el objeto de nuestro viaje hubiera sido estar en la playa. Cenamos con mi padre un par de noches seguidas, cosa que fue muy agradable. Por entonces Silvio vendía barcos y bienes raíces, y se encontraba en una etapa de su vida en que no hacía más que sonreír, abrir las manos y decir: «Y eso ¿quién lo puede saber? Ya me dirás.» Puede que siga en esa fase. La última vez que hablé con él fue cuando vino a verme a la cárcel durante el juicio.[1]

Skinflick, entretanto, continuó dando la lata y gimien-

1. Debo reconocer en este punto que la falta de comunicación con mis padres ha sido algo más que una formalidad del Programa de Protección de Testigos. Está permitido intercambiar mensajes e incluso hablar por teléfono con la familia a través del centro de intercam-

do por Denise durante el resto del verano; incluso, lo que tenía su encanto, cuando salíamos con otras chicas.

También siguió sin hacer progresos en atletismo. Su padre no dejaba de instarme a que le enseñara a pelear, pero a Skinflick, por naturaleza, se le daban muy mal los deportes de combate. Intentaba protegerse la cara y el estómago girando el torso, dejándose así al descubierto la espina dorsal, los riñones y la nuca. Tenía buenos reflejos, pero sin autodisciplina sólo le valían para retroceder.

Para entonces, ya habíamos cambiado de opinión sobre continuar en la escuela, y nos matriculamos en la Universidad Northern Community de New Jersey. Vivíamos juntos en un piso de Bergen County. Los dos nos seguíamos riendo de lo patoso que era él, aunque yo seguía respetándolo por otros motivos.

Vi a Denise en otras tres ocasiones. Una vez, en el vestíbulo de un hotel del centro de Manhattan antes de que Skinflick y ella subieran a echar un polvo. No recuerdo en qué año fue. Las otras dos, en agosto de 1999, el día de su boda y la noche anterior.

Eso fue cuatro años y medio después de mi viaje a Polonia. Entretanto, tras acabar mis dos años de diplomatura en la Northern Community (que Skinflick había abandonado al final del primer curso), lo ayudé a llevar una «Casa discográfica» (financiada por David Locano) a la ruina (se llamaba «Antecedentes Penales»: con suerte llega a

---

bio de información de Virginia, y si se hace con suficiente frecuencia los agentes acaban «descuidándose» y dan información a la familia para que se ponga directamente en contacto contigo. Pero yo no me molesté.

tenerse de todo), y luego fui a trabajar de pasante con él al gabinete jurídico de su padre, formado por cuatro socios, del cual fuimos posteriormente expulsados con el voto de los otros tres socios, al parecer por no hacer nada aparte de gastar demasiado invitando a los clientes. Bastante justo.

En aquella época David Locano seguía repitiéndonos que no quería que Skinflick entrara en la mafia. Lo que quizá era incluso cierto, en la medida en que todo padre pueda querer que su hijo sea superior o diferente a él. Pero con el fin de ilustrarnos sobre lo que era la vida, y como castigo por que nos hubieran echado del gabinete, nos mandó a trabajar a Brooklyn, a unas instalaciones de donde salían los camiones de basura. Y es difícil no considerarlo como una Pésima Decisión.

En primer lugar, porque no era ningún castigo. Monótono y aburrido, pero fácil. Te dejaba mucho tiempo libre. Y resultaba imposible que te despidieran, porque nos pagaban sólo por estar relacionados con David Locano.

Además, algunos de aquellos delincuentes, sobre todo los nostálgicos, eran interesantes. Hombres hechos y derechos, con nombres como Sally Melones o Joey Piante,[1] que se encogían de miedo ante unos mamones de pelo ahuecado que pasaban *doos, trees veces por semana* a recoger la mitad de la recaudación. Algunos de esos cabrones también tenían su interés.

Recuerdo a Kurt Limme, que era unos diez años mayor que nosotros. No podía negarse que era atractivo, e iba bien vestido de verdad, nada hortera. Podía pasar por un tío tuyo de Manhattan que se estaba forrando como agente de bolsa y se acostaba con un montón de mujeres. En

1. Supuestamente por la expresión «piarlas». No hacía más que quejarse a todas horas.

realidad, pesaba sobre él una serie de acusaciones por ciertas tramas de extorsión relacionadas con la instalación de torres de telecomunicaciones para teléfonos móviles, pero hasta eso parecía relativamente prestigioso.

Skinflick se obsesionó con él, lo consideraba tan elegante, cínico y despreocupado –aunque no muy listo– como él mismo. Y además había *entrado.* Limme, por su parte, al ser el miembro sobresaliente de una familia que tradicionalmente pertenecía a los escalones inferiores de la mafia, apreciaba la adoración que el hijo de David Locano sentía por él.

Limme empezó a llevarse a Skinflick de acompañante en sus interminables quehaceres por la ciudad, aunque a mí me parecía que principalmente iba de tiendas. Yo sabía que debía impedir que Skinflick saliera con él tan a menudo, porque entre otras cosas le daba mucho a la cocaína cuando estaba con Limme, pero había empezado a hacer trabajos con cierta frecuencia para David Locano, y me alegraba de que Skinflick tuviera a alguien con quien entretenerse en mi ausencia.

En lo que se refiere a los trabajos en sí, no voy a decir nada. No puedo.

*Diré* que *si* efectivamente he matado a una buena docena de personas –objetivos que ahora no estoy en condiciones de mencionar, porque el fiscal del distrito no sabía nada sobre ellos y en consecuencia no se incluyeron en el acuerdo de inmunidad–, debió de ser por entonces. No digo que lo hiciera. Sólo digo *si.*

Además, *si* maté a esa gente –siempre el puñetero *si*–, antes tuve que haberme asegurado de que todos y cada uno de ellos eran unos auténticos y verdaderos hijos de puta. Individuos que, de saber que andaban sueltos por ahí, te habrían dado ganas de meter a tu familia en la cámara aco-

razada del banco. David Locano sabía muy bien que no podía encargarme otra cosa.

Y –por último– tales trabajos se habrían llevado a cabo a la perfección. Ni casquillos de bala, ni indicios, ni fisuras en la coartada. Ni cadáveres, siquiera, en la mayoría de los casos. De modo que ni lo intenten.

Pero dejémoslo.

Seguíamos trabajando en el transporte de basura, al menos sobre el papel, cuando Skinflick se enteró de que Denise se iba a casar.

Elisabeth Kübler-Ross afirmó en cierto momento que nuestra comprensión de la muerte pasa por cinco etapas distintas: negación, ira, negociación, depresión y aceptación.[1] Cuando Skinflick recibió la noticia sobre Denise, se volvió directamente huraño e irritable, y luego empezó a perder peso y a pasar mucho tiempo solo.

Con la vida que llevábamos, entre las chicas, las drogas, Kurt Limme y el hecho de que los dos vivíamos en sitios distintos (yo seguía teniendo la casa de mis abuelos, y él la de sus padres), no nos veíamos mucho de todos modos, aun cuando conservábamos nuestro piso de dos habitaciones en Demarest. Pero la semana antes de la boda de Denise Skinflick no se presentó ni una vez al trabajo, y tampoco me encontré con él en ninguna parte. Y la noche antes de la boda me llamó Kurt Limme.

–Pietro, ¿has visto a Skinflick? –me preguntó.

1. Digo «en cierto momento» porque es en esa progresión en la que pensamos cuando Kübler-Ross nos viene a la memoria. Pero lo que evitamos considerar es que Kübler-Ross cambió de opinión más adelante y decidió que nuestro destino era la reencarnación. Ojalá les estuviera tomando el pelo.

–No. Esta semana no ha venido a trabajar.

–Lo vi hace unos tres días.

Daba la casualidad de que yo había almorzado con David Locano el día anterior, porque él estaba preocupado por la influencia que Limme ejercía sobre Skinflick, de modo que yo estaba al tanto de que él tampoco había visto a su hijo últimamente.

–Estará con alguna chica, lo más seguro –aventuré.

–Con Denise casándose, no creo –afirmó Limme.

–Buena observación.

–Estoy preocupado por él, Pietro.

–¿Por qué? –quise saber–. ¿Cuánta coca tenía encima?

–Yo no consumo cocaína ni conozco a nadie que lo haga.

–Tranquilo. Sólo quiero saber si está metido en algún lío.

Hubo una pausa.

–Sí, podría estarlo –dijo Limme.

–De acuerdo. Si me entero de algo, te llamaré.

–Gracias, Pietro.

–Vale.

Veinte minutos después sonó el teléfono. Me imaginé que sería Limme otra vez, pero era Skinflick.

–¿Donde estás? –dijo, arrastrando las palabras.

–En casa. Estás llamando tú.

–Sí, he estado llamando a todos los números. Ponte guapo. Voy en una limusina. Te traigo una chica.

Miré el reloj. Sólo eran las nueve, pero fuera lo que fuese, no pintaba nada bien.

–No sé –contesté–. ¿Oye?

Había colgado.

El interior de la limusina era como un club nocturno iluminado con linternas de bolsillo, y cuando subí tardé un momento en habituarme a la penumbra. En el mullido y amplio asiento trasero iban Skinflick –reluciente y pálido salvo en el cerco de los ojos– y Denise. A mi lado, frente a ellos, venía una chica rubia de buena apariencia, cuello ancho y hombros extrañamente musculosos, que llevaba al descubierto. Luego me enteré de que había participado en campeonatos universitarios de natación, y que había terminado los estudios tres meses antes.

Skinflick llevaba un esmoquin con la camisa abierta. Denise, un vestido de cóctel. El de la rubia era más increíble: tafetán verde.

–Coño –dije, inclinándome para dar un beso a Denise cuando el coche se ponía en marcha–. No sabía que íbamos a un baile de fin de curso.

–Vas bastante bien, cariño –me dijo Denise–. Ésta es Lisa.

–Hola, Lisa.

Lisa me besó en la mejilla, echándome un aliento cálido, impregnado de alcohol y diciéndome que había oído hablar mucho de mí.

–Ah, tú también –mentí.

–Lisa es la madrina –explicó Skinflick.

–No jodas.

Skinflick pulsó el interfono.

–Georgie..., ¿sabes adónde vamos?

–Sí, señor Locano.

–¿Adónde vamos? –pregunté cuando arrancamos.

–Es una sorpresa –dijo Skinflick.

Miré a Lisa, que tenía «punto débil» escrito en toda su persona en lo que se refería a sonsacar información, pero simplemente me miró, se encogió de hombros y luego se

inclinó hacia Denise, que le ofrecía una cucharita de coca. Fue un momento extraño.

La limusina torció en dirección norte en el primer cruce, de manera que el túnel del centro de Manhattan quedaba descartado. Denise sacó de una bolsita un poco de coca para mí mientras Skinflick terminaba de liar un porro pasando la lengua por el borde del papel.

–Dejadme tomar una copa primero –dije.

Cuando llegamos a Coney Island yo estaba completamente borracho y colocado, y los demás andaban peor. Skinflick hablaba de las cucharitas de coca. Quién las fabricaba, y si venían como parte integrante de una cubertería enana. El conductor, Georgie –un tío que yo conocía, con cola de caballo y uniforme de chófer al completo–, aparcó en el mismo sitio que yo cuando maté a los rusos en 1993. Una vez que nos ayudó a salir, se metió de nuevo en el coche, a esperar.

Dije a Skinflick que no quería ir a la Pequeña Odessa.

–No vamos allí –me aseguró. Cogió del brazo a Denise y cruzó el paseo marítimo, hacia el océano.

El paseo marítimo entarimado de Coney puede que sea de los más anchos del mundo. Cuando se está tan perdidamente colocado como estábamos nosotros, resulta interminable. Y eso yendo por arriba. Cuando bajamos a la playa por las escaleras, y las chicas se quitaron los zapatos de tacón, Skinflick se sacó una pequeña Maglite del bolsillo de los pantalones y anunció que íbamos a volver sobre nuestros pasos, pero *por debajo* del paseo.

Como en la puñetera canción de la Motown.

–Ni hablar, coño –dijo Denise–. Me puedo cortar en los pies. Y mañana me caso.

–No te preocupes –repuso Skinflick–. Si él no te acepta, lo haré yo.

–Puedo pisar una aguja de crack.

–Valdrá la pena.

–Para ti, puede.

–Procura poner el pie por donde yo piso.

Skinflick echó a andar sin mirar atrás, y Denise lo siguió. De no haberlo hecho, se habría quedado sin el auxilio de su linterna. Lisa fue detrás de ella, conmigo cerrando la marcha.

Allá abajo, a cada momento surgía algo desagradable. En cierto modo, la canción de la Motown no menciona a los vagabundos casi invisibles, ni la rapidez con que, arrastrando los pies, se apartan de los visitantes como si se asustaran de algo que sólo ellos ven.

Sin embargo, a pesar de la oscuridad y las sombras en movimiento, e incluso de todos aquellos pilares, Skinflick nos condujo enseguida a la otra parte. Era como si conociese el camino. Entonces pensé que estaba tan deprimido por la boda de Denise que le importaba una mierda lo que le pasara, a él y a todos los demás, pero cuando llegamos al fondo y nos encontramos frente a una cerca –con largas tiras de plástico entretejidas en sentido vertical– él ya sabía dónde había una juntura suelta. Mientras Denise y Lisa se quejaban de lo fría que estaba la arena, Skinflick empujó hacia dentro un trozo de alambrada y la mantuvo abierta. Denise pasó primero, y de pronto nos vimos de nuevo bajo el resplandor del cielo nocturno de Nueva York.

Pisábamos asfalto, por la parte de atrás de una especie de complejo que parecía un cruce entre instituto y central eléctrica. Una quebrada línea de cilíndricos edificios de cemento, de dos o tres plantas de altura, conectados entre sí a nivel del suelo por pasillos cubiertos. Sin ventanas, sólo

tuberías surgiendo a través de los muros. Había un zumbido, y un extraño olor a podrido.

Y también, curiosamente, se veía un anfiteatro a lo lejos. Se distinguían las tribunas de aluminio, vistas desde abajo.

–¿Qué es eso, una planta de tratamiento de aguas residuales? –pregunté. Ni siquiera sabía en dónde nos encontrábamos en relación con el aparcamiento.

–Frío, frío –me contestó Skinflick. Se dirigió en línea recta hacia los edificios más grandes. Denise y Lisa aún se estaban poniendo los zapatos, y soltaron unos tacos mientras lo seguían dando saltitos.

Cuando nos pusimos a su altura, Skinflick estaba frente a una entrada que sobresalía del edificio. Y tenía *llave.*

Abrió la puerta, y salió una andanada de aire cálido como una exhalación. Olía a mar. Como a mar concentrado.

A la luz de la linterna de Skinflick, vimos un corredor que seguía la curva del muro exterior. Aquel lugar parecía un submarino por dentro: tubos metálicos recién pintados de azul y cemento húmedo, con un montón de instrumentos y dos extraños depósitos.

–Cerrad la puerta al entrar –nos dijo Skinflick mientras pasaba el umbral. El olor a mar era mucho más intenso que en la playa.

–Skinflick, ¿estamos en el Aquarium?

–Algo así –me contestó. Esperó a que cerrara la puerta.

–¿Algo así? ¿Qué quieres decir?

–Es una especie de puerta trasera.

Se acabó el corredor, y en su lugar surgió una escalera metálica pintada de amarillo que ascendía por la curva del muro hasta desaparecer en la oscuridad.

–Aquí dentro huele que *da asco* –observó Lisa.

–A mí me parece que huele a coño –opinó Denise. Ya

se había metido en el rollo, asumiendo la enloquecida disposición de ánimo de Skinflick. Lo cogió de la mano y empezó a tirar de él escaleras arriba.

No olía a coño. Sino como a la entrada de una cueva en cuyo interior durmiera un gigante.

–Esto no me hace mucha gracia –manifestó Lisa.

Denise bajó la cabeza, la miró y se llevó un dedo a los labios.

–Chishh. Pietro se ocupará de ti.

Volviéndose hacia mí, formó una «V» con los dedos y metió la lengua entre ellos. Luego Skinflick y ella siguieron subiendo la escalera con gran estrépito y se perdieron de vista, aunque todavía distinguíamos su linterna ascendiendo por la curva del muro.

–Me cago en la leche –dijo Lisa.

–Podemos quedarnos aquí, si quieres –le sugerí.

–Sí, vale. –Volvió la vista hacia el corredor, sumido ahora en la penumbra. Se apartó de la cara el sedoso y lacio pelo y añadió–: ¿Pasas tú primero?

–Claro.

Empecé a subir la escalera.

Pronto se hizo una completa oscuridad, y cuando aflojé el paso Lisa se acercó a mí y me pasó el brazo por la cintura. Tenía unos brazos macizos. Pero justo cuando empezaba a excitarme, el pie se me quedó en el aire y comprendí que habíamos llegado al final de la escalera.

–*¡Denise!* –susurró Lisa.

–Por aquí –contestó la aludida con voz gutural, resonante. Lisa y yo seguimos el eco por un pasillo de techo bajo en forma de arco, procurando no darnos en la cabeza, y de pronto hubo luz otra vez, aunque Skinflick había apagado la linterna. Porque la estancia en donde nos encontrábamos tenía claraboyas en lo alto.

«Estancia» quizá no sea la palabra apropiada, pero fuera lo que fuese, era enorme y hexagonal, y la pasarela de rejilla metálica por donde pisábamos la recorría en toda su extensión como un balcón, dejando un espacio abierto en el centro de unos diez metros de ancho.

A metro y medio de la pasarela, no sólo en el centro sino también por debajo de la rejilla del piso, había agua. Agua que relucía por donde le llegaba la luz de las claraboyas, pero completamente negra por los demás sitios.

Estábamos sobre una cisterna gigantesca.

Todo el puto edificio era un depósito de agua.

Skinflick y Denise estaban inclinados sobre la barandilla, él detrás de ella, rodeándola con los brazos.

–¿Qué te parece? –me dijo.

–¿Qué es este sitio? –le pregunté. Todo resonaba como en una iglesia.

–El tanque de los tiburones.

–¿El que tiene dentro el cofre del *Andrea Doria?*

–Sí, pero ya hace años que lo sacaron.

Me quedé pasmado. Había visto el tanque de los tiburones desde abajo, a través del cristal, una buena docena de veces, aunque no había vuelto desde que era niño. Pero el Aquarium me había dado entonces la impresión de un único espacio cubierto de proporciones gigantescas. Y ahora comprendí que aquello era una ilusión, causada por los corredores en forma de túneles que discurrían entre los diversos depósitos.

El tanque más grande era el que ahora teníamos bajo los pies. Lo recordaba como una vorágine de gigantescos animales de pesadilla girando frente al cristal con ojos muertos, sin necesidad manifiesta de darse impulso. En medio del tanque, sobre la arena, se veía el cofre del tesoro del *Andrea Doria*.

–¿Qué ha pasado con el cofre del *Andrea Doria?* –pregunté.

–Unos gilipollas lo abrieron en directo en la tele nacional. Antes de que hubiera cable.

–No jodas. ¿Qué había dentro?

–¿Qué quieres que hubiera? Lo tuvieron en el fondo del tanque de los tiburones durante toda nuestra infancia. Estaba lleno de barro.

Lisa carraspeó y dijo:

–¿Hay ahora tiburones ahí dentro?

–Es el tanque de los tiburones, Lisa –le recordó Denise.

Skinflick volvió a encender la Maglite y la enchufó hacia abajo. La luz de la linterna se reflejó en la superficie, volviendo en buena parte hacia nosotros.

–¿No podemos encender las luces? –sugerí. Enganchados a unas vigas de soporte había pesados focos justo por debajo de las claraboyas.

Skinflick dirigió hacia ellos la luz de la linterna, que apagó enseguida.

–No creo. Tienen un temporizador.

Lisa bajó la vista hacia el piso.

–¿Es resistente esta cosa? –preguntó.

Skinflick dio un salto y cayó pesadamente con los pies, haciendo vibrar y resonar la rejilla.

–Parece sólida –afirmó.

–Gracias, Adam –repuso Lisa–. Ahora voy a vomitar.

–Esto se pone bien –observó Skinflick. Avanzó por el saliente, pasando por un armario metálico abierto que contenía unos amontonados trajes de neopreno y un par de botellas de inmersión. Llegó a una sección de la pasarela que no tenía barandilla, sólo una cuerda amarilla de nailon. Desenganchó un extremo.

–¿Qué estás haciendo, Adam? –le preguntó Denise.

Di un paso atrás. Fue algo instintivo: no se podía mirar a aquella sección de la pasarela sin que viniera a la cabeza la idea de caerse.

–Estoy bajando la rampa –explicó Skinflick.

La rampa estaba plegada hacia arriba sobre la pasarela. Skinflick la soltó, dejándola caer sobre el agua.

El estruendoso sonido metálico que la rampa hizo al quedar en su posición –no en sentido horizontal, sino apuntando hacia el agua, en un ángulo de cuarenta y cinco grados– duró una eternidad, y pareció que la vibrante pasarela iba a arrojarnos al depósito.

–Mirad, hay trajes de neopreno –indicó Skinflick–. ¿A quién le apetece un baño?

Nadie abrió la boca.

–¿No? –prosiguió–. Bueno, voy a meter el pie.

Y dio efectivamente un paso hacia la rampa.

–¡No lo hagas, Adam! –gritó Denise.

–Déjate de bromas –dijo Lisa.

–Skinflick –intervine yo–. Quítate ahora mismo de ahí, joder.

Me estaba preparando para cogerlo, pero el solo hecho de acercarse a la parte sin barandilla daba pánico.

Skinflick se agachó, puso el culo en la rampa y empezó a deslizarse hacia abajo.

–Que alguien me coja de la mano –pidió–. Esto da mucho miedo.

–De eso, nada –dije.

–Yo lo haré –se ofreció Denise. Se tumbó junto al arranque de la rampa, y alargó el brazo hacia Skinflick. Luego tuvo que mirar a otro lado. Cogido a ella, él empezó a bajar el pie por el borde de la rampa.

–No lo hagas, Skinflick –insistí.

Emitió un gruñido. Había sus buenos veinticinco cen-

tímetros de espacio entre el final de la rampa y la superficie del tanque, de manera que para meter el pie en el agua mientras seguía cogido de la mano de Denise tenía que estirarse lo más posible.

Dio una patadita con la punta del zapato en el agua, y volvió a poner el pie en la rampa.

–¿Lo veis? No es nada del otro mundo.

Casi al momento hubo una explosión en el agua justo por donde había metido el pie, y luego otra. En unos segundos, la superficie del tanque se convirtió en un hervidero de enormes y viscosos cuerpos. Parecían serpientes gigantescas enroscándose dentro de un cubo.

–¡Ay, coño! ¡Joder! ¡La hostia! –exclamó Skinflick, gateando apresuradamente por la rampa hasta la misma pared, en donde abrazó fuertemente a Denise.

Ahora, con el agua agitándose y haciendo olas, se veían tiburones por todas partes. Uno de ellos se dio la vuelta y sacó a la superficie una aleta, húmeda y reluciente bajo la luz de los cristales del techo.

Finalmente se aquietó el agua, y los tiburones desaparecieron.

Skinflick se echó a reír.

–Me cago en la leche puta –dijo–. No he pasado más miedo en la vida.

Denise le dio un puñetazo en el pecho, y él volvió a abrazarla y la besó.

El corazón me latía con fuerza, y me di cuenta de que Lisa y yo también estábamos abrazados.

Skinflick deslizó las manos por la espalda de Denise.

–Venga –nos dijo a Lisa y a mí–. ¿Qué lado preferís vosotros?

–Ah, ¿es que ahora tenemos que *follar?* –inquirió Lisa.

–Es una despedida de soltera. Así que, bueno.

–Hay que joderse.

–No tiene por qué ser algo romántico –observó Skinflick–. Sino primitivo, más bien. Y lo es. ¿Verdad, Denise?

–Pues claro, coño.

–Bueno, ¿qué lado queréis? –insistió él.

–Denise... –empezó a decir Lisa.

Denise la miró y gritó:

–¡Elige sitio, joder!

Así que lo eligió. Dentro del armario, entre los trajes de buceo.

Allí había espacio para sentarse, abrazar a la pareja y, en su caso, echar un polvo, sin tener que mirar por la rejilla y ver el agua. Aunque se siguiera oliendo.

¿Qué joven o inmaduro hay que ser, qué loco se debe estar para ponerse a follar en un sitio que parece suspendido sobre el ojo mismo de Satanás?

No puedo justificarlo. Lo único que cabe señalar es que veinticuatro horas después conocí a Magdalena, y mi vida cambió por completo.

## 11

En el mostrador de enfermeras, frente a la habitación del Tío del Culo y Mosby, se me acerca un chico con pijama de «voluntario». Es un estudiante del barrio que cree que después de dos cursos preparatorios irá a la facultad de medicina para hacerse neurocirujano. Quiere llegar a ser ese abuelo que a fuerza de pasarse la vida trabajando establece la fortuna familiar. Y quizá lo consiga.

Sé todo eso porque una vez le pregunté por qué llevaba un peinado afro recortado en forma de cerebro.

–Hola, doctor Brown.

–No tengo tiempo –le advierto.

–No importa, sólo quería decirle que he bajado a ese paciente a UR.

UR significa unidad de rehabilitación. Me detengo.

–¿Qué paciente?

El chico echa un vistazo a su tablilla.

–Mosby.

–¿Quién te ha dicho que lleves a Mosby a UR?

–Usted. Estaba en las órdenes.

–¿Órdenes? Joder. ¿Cómo lo has llevado hasta allí?

–En silla de ruedas.

¡La leche!

Me vuelvo hacia el mostrador de enfermeras.

–¿Ha llevado alguien a Mosby su gráfica, y luego la ha traído y la ha puesto en la bandeja de las órdenes?

Las cuatro personas que trabajan allí eluden mi mirada, como hacen siempre que algo va mal. Es como una escena de esos documentales de naturaleza.

–¿Lo has dejado dentro de la unidad? –pregunto al muchacho.

–No. Me dijeron que lo dejara en la sala de espera mientras miraban a ver qué hora tenía.

–Vale. ¿Quieres venir a dar una vuelta?

–¡Sí!

Me vuelvo hacia mis estudiantes, que salen ahora de la habitación de Mosby y el Tío del Culo.

–Bueno, chicos –les digo–. Si preguntan dónde está Mosby, decidle que en Radiología. Si añaden que ya han mirado allí, decid que queríais decir UR. Entretanto, robadme unos antibióticos cuando el laboratorio informe de esa mierda que me he inyectado. Quiero una cefalosporina de tercera generación, un macrólido y una fluoroquinolona. Y también algunos antivíricos...,[1] de todo lo que podáis echar mano. Pensad en alguna combinación que no llegue a matarme. Si no podéis, traedme lo que he recetado al Tío del Culo, pero doblad la dosis. ¿Entendido?

–Sí, señor –dice él.

1. Los antivíricos no son antibióticos porque los virus, a diferencia de las bacterias, no son «bióticos»: no están vivos. Sólo son elementos del código genético que el organismo interpreta como instrucciones para crear otros componentes y propagarlos después. El organismo incluso llega a insertar directamente en el ADN algunos virus, como el VIH, para realizar una copia más precisa, convirtiéndolos en parte integrante de la propia identidad.

–Bien. No alucinéis.

Me vuelvo hacia el chico con el cerebro afro y le digo:

–Ven conmigo.

En el ascensor le pregunto otra vez cómo se llama.

–Mershawn –me contesta. No le pido que me lo deletree.

Le he hecho ponerse el abrigo. Yo llevo una bata de laboratorio que lleva bordado en la pechera «Doctora Lottie Luise». No sé quién es la tal Lottie Luise, pero deja la bata muy a mano. O la dejaba.

–Mershawn, nunca te hagas un *piercing* en la lengua –le aconsejo mientras llegamos a la planta baja.

–Eso es una *mierda,* coño –me contesta.

Nieva frente al hospital, es aguanieve y todo está hecho un asco. La visibilidad, como suele decirse, es escasa.

No sé lo que esperaba –bueno, pues huellas de silla de ruedas entre la nieve fangosa, ahora que lo pienso–, pero han echado sal en la acera, por donde pasan treinta personas cada minuto. Además hay un enorme letrero metálico que se extiende a lo largo de cincuenta metros sobre la fachada principal. La acera es un charco de agua negra.

–¿Por dónde habrá ido? –pregunto. Pensando: *En caso de que haya salido efectivamente por aquí, porque por lo menos hay una entrada en cada fachada del edificio.*

–Por ahí –indica Mershawn.

–¿Por qué?

–Es cuesta abajo.

–Ah. Me alegro de haberte traído.

A la vuelta de la esquina, la calle lateral desciende hacia el río de forma más pronunciada que la avenida en que nos encontramos ahora. Mershawn la señala con la cabeza, de modo que empezamos a bajar por ahí.

A un par de manzanas, hay un tramo de ocho metros con nieve medio derretida en donde puede haber dejado rastro. Lo sabemos al ver que está plagado de huellas que parecen de silla de ruedas. Las rodadas tuercen hacia una puerta metálica llena de pintadas en un edificio de ventanas cerradas con tablas, pero mueren justo antes de llegar a ella.

Voy y llamo a la puerta con el puño. Mershawn observa con recelo el edificio.

–¿Qué es este sitio? –pregunta.

–El Pole Vault.

–¿Qué es eso?

–¿Lo preguntas en serio?

Se me queda mirando.

–Es un bar de homosexuales –le informo.

Abre la puerta un negro fornido, de unos cincuenta años y pelo entrecano. Lleva bifocales y una áspera camisa de franela.

–¿Queréis algo? –dice, inclinado la cabeza hacia atrás para mirarnos.

–Estamos buscando a un negro entrado en años que va en silla de ruedas –le explico.

Por un momento, el hombre se queda allí parado, silbando una melodía que no reconozco. Luego pregunta:

–¿Por qué?

–Porque no nos han regalado uno en Navidad –replica Mershawn–, y en los almacenes Negros Viejos en Silla de Ruedas los han vendido todos.

–Es paciente del hospital, y se ha escapado –digo yo.

–¿Enfermedad mental?

–No. Tiene gangrena en los pies. Aunque no está en su sano juicio.

El hombre se queda pensando un momento. Silbando otra vez.

–No sé por qué, pero me parece, pedazo de idiotas, que tenéis buenas intenciones –dice al fin–. Se fue por ahí abajo, hacia el parque.

–¿A qué ha venido aquí? –le pregunto.

–A pedir una manta.

–¿Se la ha dado?

–Le di una chaqueta que se había dejado un cliente. Se la puse sobre los hombros.

Mira alrededor y, con un súbito escalofrío, interrumpe una nueva serenata de silbidos.

–¿Eso es todo?

–Sí –le digo–. Pero le debo una. Tiene que venir a que le veamos el enfisema.

Con los ojos entornados, mira desdeñosamente la pechera de mi bata blanca, con el monograma de «Doctora Lottie Luise».

–Gracias, doctora Luise –me dice.

–Me llamo Peter Brown. Éste es Mershawn. Lo examinaremos gratis.

El hombre suelta una espasmódica carcajada que termina en un jadeo.

–Me parece que hoy voy a pasarme *sin* ir al hospital –decide.

–Como quiera –no tengo más remedio que decir.

Camino del parque me pregunta Mershawn cómo sabía que el tío tenía enfisema, y le enumero los síntomas visibles que mostraba. Luego le digo:

–Lección de hoy, Mershawn. ¿Quiénes silban?

–¿Los gilipollas?

–Vale. ¿Quién más?

Mershawn reflexiona un instante.

–La gente que está pensando en algo y que, de manera subliminal, lo asocia con una canción. Como cuando examinas un nervio craneal once y empiezas a silbar «Mantén la cabeza erguida».

–Bien –apruebo–. Pero mucha gente también silba porque subconscientemente intenta incrementar la presión de aire en los pulmones, para hacer que pase más oxígeno entre los tejidos.

–No joda.

–Sin joder. ¿Te acuerdas de los enanitos de Blancanieves, que trabajan en la mina?

–Sí, vale.

–Si tienes silicosis, también te dejas el culo silbando.

–La hostia.

–Eso.

Hasta llegar a la esquina me siento como el Profesor Marmoset.

Cuando lo encontramos, Duke Mosby está en un pabellón de piedra, contemplando el río Hudson desde las alturas de Riverside Park. Es una vista asombrosa, pero el río pasa factura, escupiendo ráfagas de viento húmedo. De los que entran por la ventilación de los zuecos de plástico. Copos de nieve saltan del suelo al tiempo que caen en remolinos del cielo. A Mosby se le han depositado en el pelo y las pestañas.

–¿Qué pasa, señor Mosby? –le grito por encima del ruido del viento.

Vuelve la cabeza y sonríe.

–No mucho, doctor. Y usted, ¿qué tal?

–¿Conoce a Mershawn?

–Claro que sí –dice sin mirarlo–. Dígame una cosa, doctor. ¿Por qué es tan importante contemplar un río de vez en cuando?

–Pues no sé –le digo–. Me parece que me perdí esa clase en la facultad.

–Supongo que es porque todos sentimos alguna vez la necesidad de ver algo creado por Dios. Como cuando en un campo de prisioneros de guerra se plantan flores, y entonces a la gente no le da por escaparse tanto.

–Si tengo que contemplar algo creado por Dios –terció Mershawn–, preferiría mirar un coño.

–¿Ves alguno por aquí? –le pregunta Mosby.

–No, señor.

–Entonces tendremos que conformarnos con el río. –Mosby se fija en el pelo de Mershawn y le pregunta–: ¿Qué demonios llevas en la cabeza?

Se me ocurre que debo estar volviéndome loco.

–¿Podemos volver ya al hospital? –propongo.

En el vestíbulo trato de localizar de nuevo al Profesor Marmoset, es como un reflejo. Aprieto los dientes esperando a Firefly, pero contesta él personalmente.

–Sí, hola, Carl... –dice al teléfono.

–¿Profesor Marmoset?

–¿Sí? –inquiere, confuso–. ¿Quién es?

–Soy Ishmael. Espere un momento.

Me vuelvo hacia Mershawn.

–¿Puedo dejar esto en tus manos? –le pregunto.

–Yo me ocupo –asegura.

–Eso espero –le digo, mirándolo a los ojos, lo que a veces inspira a la gente–. Llévalo a UR, espera veinte minutos, pregunta por qué no lo han llamado para su cita. Cuando te digan que no tiene, vuelve a llevarlo a planta y di que UR se ha equivocado de hora. ¿Lo has comprendido?

–Entendido.

–Eso espero –repito. Luego vuelvo la cabeza y destapo el teléfono–. ¿Profesor Marmoset?

–¡Ishmael! No puedo hablar mucho, espero una llamada. ¿Qué ocurre?

¿Qué ocurre? Estoy tan contento de hablar con él al fin que no recuerdo exactamente por dónde había pensado empezar.

–¿Ishmael?

–Tengo un paciente con cáncer de células en anillo de sello.

–Mala cosa. Sí.

–Sí. Un tal Friendly le va a hacer una laparotomía. He consultado...

–¿John Friendly?

–Sí.

–¿Y se trata de un paciente *tuyo?*

–Sí.

–Procura que lo haga otro –me aconseja.

–¿Por qué?

–Porque supongo que querrás que viva.

–Pero Friendly es el cirujano gastrointestinal mejor considerado de Nueva York.

–Puede que en las revistas –contradice el Profesor Marmoset–. Se dedica a inflar sus estadísticas. Hace cosas como llevar al quirófano sus propias reservas de sangre para que así no consten las transfusiones. En términos reales, es una amenaza.

–Joder –me asusto–. No quiso que el paciente firmara la orden de no reanimación.

–Exacto. Si tu enfermo se queda hecho un vegetal, Friendly no tendrá que dar parte de un fallecimiento.

–¡La leche! ¿Y cómo hago para que no opere?

–Vamos a ver –dice el Profesor Marmoset–. Bueno. Llamas a un gastroenterólogo llamado Leland Marker, a Cornell. A lo mejor está esquiando, pero en su consulta podrán dar con él. Di a quien le organiza las intervenciones que Bill Clinton tiene que hacerse una laparotomía y se ha ocultado en el Manhattan Catholic para evitar a la prensa. Di que Clinton utiliza un nombre falso, y dale el de tu paciente. Marker se cabreará como un mono cuando lo descubra, pero para entonces será demasiado tarde, y no tendrá más remedio que realizar la intervención.

–Me parece que no tengo tiempo para eso –le explico–. Creo que Friendly va a operar dentro de un par de horas.

–Bueno, pues échale un anestésico en el café, aunque por lo que me han dicho ni siquiera lo notará.

Me apoyo en la pared. Me pita un oído, y empiezo a sentir vértigo.

–Profesor Marmoset –insisto–. Necesito que ese paciente viva.

–Parece que alguien necesita técnicas de distanciamiento.

–No. Lo que *necesito* es que ese paciente viva.

Hay una pausa, al cabo de la cual pregunta el Profesor Marmoset:

–Ishmael, ¿va todo bien?

–No. Tengo que ocuparme de que ese enfermo sobreviva a la operación.

–¿Por qué?

–Es una larga historia. Pero tengo que conseguirlo.

–¿Debo preocuparme?

–No. No serviría de nada.

Hay otra pausa mientras resuelve lo que ha de hacer.

–De acuerdo –dice al cabo–. Pero sólo porque espero un par de llamadas. Quiero que me llames cuando puedas contármelo. Deja un mensaje. Entretanto, creo que debes intervenir tú también.

–*¿Intervenir?* No he operado desde la facultad. E incluso entonces se me daba muy mal.

–Vale, lo recuerdo –asegura–. Pero no puedes hacerlo peor que John Friendly. Buena suerte.

Y cuelga.

## 12

Conocí a Magdalena la noche en que se casó Denise, el 13 de agosto de 1999. Tocaba la viola en el sexteto de cuerda. Normalmente actuaba con un cuarteto, pero su agencia artística trabajaba con dos cuartetos distintos, de modo que cuando pedían un sexteto, normalmente para alguna boda, la agente montaba uno. En la ceremonia de Denise tocó un sexteto y, después del banquete, un pinchadiscos.

Fue una boda a lo grande. Se festejó en un club de campo de Long Island al que pertenecía la familia del novio, porque Denise había decidido celebrarla en el Este, en donde vivía la mayor parte de su clan familiar. Skinflick y yo nos sentamos a un kilómetro de ella.

En cierto modo todo el mundo pensaba que mi misión consistía en hacer de niñera de Skinflick, y que debía mantenerlo o bien completamente sobrio o borracho perdido para evitar que hiciera algo realmente lamentable. Era una tarea bastante vergonzosa, y pronto me desentendí de ella. Yo estaba tan resacoso como él, y me tenía harto con sus gimoteos. A ratos pensaba que si iba en serio, *debía* hacer una escena y secuestrar a Denise. No hacer caso de las im-

posiciones de la tradición y la familia y ser fiel por una vez a su parida de *La rama dorada.*

Pero los rituales nos vuelven idiotas a todos. Como esos pájaros que duermen con la cabeza del revés porque sus ancestros la metían bajo el ala. Plutarco dice que el coger en brazos a la recién desposada para cruzar el umbral es una estupidez, porque no recordamos que ese acto se remonta al rapto de la Sabinas; y hablo del puñetero *Plutarco,* de hace dos mil años. Seguimos caracterizando a la Parca con una guadaña. Deberíamos representarla conduciendo un John Deere para la Archer Daniels Midland.*

De manera que se comprende que Skinflick se sintiera incapaz de interrumpir la marcha de una procesión que se remontaba a milenios atrás. Pero no por eso dejaba de revolverme las tripas, y el calor húmedo no mejoraba las cosas. En un momento dado me alejé del bar todo lo que pude para estar un rato sin su compañía.

Entonces fue cuando vi a Magdalena.

No estoy seguro de que sea de su incumbencia, pero si realmente quieren que hable de ella, ahí va.

Físicamente: Tenía el pelo negro. Con un pico entre las entradas. Los ojos sesgados. Era menuda. Estaba en los huesos, salvo en la parte inferior del cuerpo, musculoso de correr. Antes de conocerla siempre me gustaban las rubias altas. Ella les dio una buena patada en el culo.

La blusa blanca que se había para puesto tocar la viola le venía grande, de modo que la llevaba remangada y abierta en el cuello. Se le veía la clavícula. Cuando tocaba se recogía ha-

* Multinacional de Illinois que cultiva cereales y los transforma en productos utilizados en la industria alimentaria. *(N. del T.)*

cia atrás el pelo con una cinta de terciopelo, pero siempre se le escapaban mechones arqueados hacia delante, sobre las entradas. Cuando la vi por primera vez parecían antenas.

Aquella noche estaba pálida, pero siempre que tomaba un poco el sol se ponía morena, como si fuera de Egipto, o de Marte. La cintura de la parte de abajo del bikini se le tensaba entre las afiladas caderas dejándole frente al estómago un vacío de un centímetro, de modo que se podía introducir fácilmente la mano por ahí abajo. Tenía unos labios carnosos. Por esa boca volvería a matar a todos los que me he cargado.

Pero todo eso no dice nada de ella. Ni siquiera da una idea de cómo era.

Era rumana. De nacimiento. Trasladada a Estados Unidos a los catorce años, lo bastante tarde como para que conservara un poco de acento extranjero. Ferviente católica. Iba a la iglesia todos los domingos y al rezar se le perlaba de sudor el labio superior.

Puede parecerles raro que la mujer –la única– a quien amaba fuese tan religiosa. Pero de ella me encantaba incluso eso. Resultaba difícil argumentar en su presencia que no existía *una especie* de magia en el mundo, y era absolutamente antidogmática. Bajo su punto de vista, el hecho de que fuera católica y yo no, había de ser un designio divino, igual que todo lo demás. Dios quería que estuviéramos juntos, y jamás la haría querer a alguien que Él no amara también.

En cierta ocasión reconocí ante Magdalena que cuando pensaba en el catolicismo me venían a la cabeza imágenes polvorientas, papas corruptos y *El exorcista*. Pero donde yo imaginaba escalofriantes estatuas de madera de Santa Margarita, ella veía a la santa en persona, en las praderas de Escocia, con las mariposas. Lo que Magdalena era para mí,

la Virgen María era para ella. Eso nunca me infundió celos. Simplemente hacía que me sintiera agradecido de estar a su lado.

Hablando de las Sabinas, a propósito, lo que más me gustaba era llevar a Magdalena en brazos. En la época en que tenía el piso en Demarest y Skinflick no aparecía por allí, solía hacerlo durante horas enteras. La llevaba desnuda en brazos, al estilo de *La mujer y el monstruo,* o sobre el codo doblado, sentada frente a mí y agarrada a mi cuello. A veces estiraba los brazos, me apoyaba con las manos en la pared y Magdalena me ponía los muslos encima de los hombros, de modo que podía pasarle la lengua por el coño y luego por el cuello, y por las caderas y las costillas.

Sigo sin explicar claramente las cosas.

Lo supimos en el mismo momento en que nos vimos. ¿No es eso deprimente? ¿No está muy lejos de todo lo que pueda pasarme otra vez, a mí o a nadie?

La vi y no pude dejar de mirarla, y ella era incapaz de apartar los ojos de mí. Me preguntaba si por casualidad no me encontraría justo en el sitio hacia donde gravitaba su mirada cuando estaba tocando, así que me cambiaba de lugar, y sus ojos me seguían. En los momentos en que no tocaba, cuando dejaba descansar la viola, sus labios se abrían sólo un poco.

Entonces Skinflick se me acercó por detrás y dijo:

–Oye, ese sarasa se ha ido por ahí.

–¿Quién? –dije, sin apartar la vista de Magdalena.

–El «marido» de Denise.

*Sarasa* era una graciosa muletilla que Skinflick había adquirido saliendo con Kurt Limme. Empezó a utilizarla irónicamente, para reírse de los matones beatos, pero se le

quedó grabada. Al menos no empleaba el término para referirse a los homosexuales.

–Pues vale –le dije.

–Vamos a seguirlo.

–No, gracias.

–Como quieras, gilipollas. Iré yo solo.

Unos momentos después dije: «Joder», y haciendo un esfuerzo me aparté de allí y fui tras él.

Vi que Skinflick se metía por detrás de la carpa en donde servían el banquete. Lo seguí.

El marido de Denise estaba allí de pie, solo, fumándose un canuto. Era un tío rubio con cola de caballo y gafas sin montura que trabajaba en Los Ángeles haciendo dibujos animados por ordenador o algo así. Me parece que se llamaba Steven, aunque en realidad qué más da.

–Pero si es un jodido *fumeta* –exclamó Skinflick.

El tío andaba por los veintiséis, lo que le hacía cuatro años mayor que nosotros, y seis mayor que Denise.

–¿Tú eres Adam?

–Pues claro, coño –contestó Skinflick.

–¿Eres tú el primo mafioso?

–¿El *qué?*

–Me habré confundido de tío. ¿Tú a qué te *dedicas?*

–¡A mí no me hablas con esa *impertinencia!* –gritó Skinflick.

El tío tiró los restos del canuto y se metió las manos en los bolsillos. Me quedé impresionado. Si Skinflick hubiera estado solo, podría haberle zurrado la badana, pero iba con otro.

–¡Haré que Pietro te sacuda hasta que se te salgan los ojos por el culo! –amenazó Skinflick.

–Pietro no va a hacer nada –le advertí, poniéndole una mano en el hombro. Y dirigiéndome al marido de Denise, añadí–: Está un poco borracho.

–Ya lo veo –dijo el tío.

Skinflick me apartó el brazo de un manotazo.

–Iros a tomar por saco los dos.

Lo cogí del brazo, con la fuerza suficiente para que no pudiera soltarse.

–A tu disposición. Dale la enhorabuena.

–Que te den –me dijo Skinflick. Al tío, le advirtió–: Procura tratarla bien.

El otro fue lo bastante listo como para no contestarle mientras yo me llevaba a Skinflick de vuelta a la boda.

Lo conduje a nuestra mesa y le hice tragar dos Xanax. Me quedé observándolo, y cuando vi que le hacían efecto lo dejé allí y me fui a ver al sexteto.

A las nueve en punto dejaron de tocar y el pinchadiscos tomó el relevo para que la gente bailara. Los integrantes del grupo se pusieron en pie y recogieron sus instrumentos y atriles.

Me acerqué al borde del escenario. Magdalena se ruborizó y eludió mi mirada mientras recogía.

–Hola –le dije.

Se quedó paralizada. Los demás nos miraron.

–¿Puedo hablar contigo? –le pedí.

–No nos está permitido hablar con los invitados –apuntó una del sexteto. La que tocaba el violonchelo. Tenía los dientes de abajo montados sobre los de arriba.

–Entonces, ¿puedo llamarte? –pregunté a Magdalena.

Negó con la cabeza.

–Lo siento.

Era la primera vez que oía su acento.

–¿Puedo darte *mi* número? ¿Quieres llamarme *tú?*

Se me quedó mirando.

–Sí.

Más tarde, estaba dando vueltas como un tonto por allí, y se me acercó Kurt Limme.

–He visto que andabas ligando con el servicio –me dijo.

–No sabía que te hubieran invitado.

–He venido a dar apoyo moral a Skinflick. Esto es duro para él.

–Sí, lo sé. Llevo toda la noche con él.

Limme se encogió de hombros.

–Tenía que hacer. Estaba follándome a su tía en uno de los váteres portátiles.

–¿A Shirl?

Pareció incómodo.

–Sí.

–Allá ella –observé–. Espero que estuviera borracha.

Pero no me importaba si Shirl estaba borracha o no. El amor había llamado a mi puerta.

Me pasé los tres días siguientes en Demarest, matando a hostias al saco de entrenamiento y esperando su llamada. Cuando David Locano me llamó en vez de ella y me pidió que me reuniera con él en los antiguos Baños Rusos de la calle Diez de Manhattan, acudí al vuelo a la cita, como para tener algo que hacer.

Por aquel entonces Locano utilizaba los baños con frecuencia, basándose en el supuesto de que el FBI era inca-

paz de fabricar un micrófono que funcionara en una sala de vapor. Lo que parecía excesivamente optimista –era antes del 11 de Septiembre, cuando todos nos enteramos de lo incompetente que en realidad era el FBI de Louis Freeh–, pero nos lo tragábamos.

En cuanto a mí, me gustaban los baños. No estaban muy limpios, pero daban a las reuniones cierto aire a la antigua Roma.

–Adam se va a vivir solo a un apartamento de Manhattan –anunció Locano en cuanto llegué. Parecía deprimido. Estaba inclinado hacia delante con una toalla a guisa de falda.

–Sí –le contesté, sentándome a su lado.

–¿Ibas a decírmelo?

–Supuse que usted ya lo sabía.

–¿Lo has visto?

–Sí, fui con él a echarle un vistazo.

Hizo una mueca.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–No sé. Es usted quien debía habérselo preguntado.

–Sí, claro. Apenas puedo hablar con él. Incluso cuando consigo verlo.

–Está en un momento difícil.

Y era cierto. Skinflick se pasaba todo el tiempo con Kurt Limme. Pero eso no me preocupaba mucho. Yo tenía mi propio rollo, y, curiosamente, el hecho de que se rebelara contra mí al tiempo que contra su padre resultaba halagador. Eso demostraba que reconocía la influencia que yo ejercía sobre él, igual que él la había tenido sobre mí.

Pero su padre lo veía de otro modo.

–Es ese cabrón de Kurt Limme. Quiere meter a Adam en la organización.

–Skinflick no pasará por ahí –afirmé.

Asintió despacio con la cabeza. No nos lo creíamos ninguno de los dos.

–Yo no quería que ocurriera esto –dijo Locano.

–Ni yo.

Bajó la voz.

–Ya comprenderás que eso significa que tiene que matar a alguien.

Dejé que la información se asentara durante un momento, y luego dije:

–¿Por qué no hacer una excepción con él?

–No me toques las pelotas –replicó Locano–. Sabes que no hay excepciones.

Sí, supongo que lo sabía.

Pero no por eso dejé de flipar al oírselo decir.

–¿Y qué podemos hacer?

–No se lo podemos permitir.

–Sí, pero ¿cómo?

Locano apartó la vista y susurró algo. No lo oí.

–¿Cómo dice?

–Quiero que mates a Limme.

–¿*Qué?*

–Te pagaré cincuenta de los grandes.

–Ni hablar. Sabe muy bien que no puede pedirme eso.

–Cien mil. Lo que me pidas.

–Es una cagada, yo no lo hago.

–No sólo por Adam. Limme no es trigo limpio.

–¿Que no es trigo limpio? ¿A quién coño le importa eso?

–Es un asesino sin escrúpulos.

–¿Qué ha hecho?

–Mató de un tiro en la cara al empleado de una tienda de comestibles rusa.

–¿Para entrar?

–¿Qué importa eso?

–Pues un montón, coño. Me dice que Limme mató a alguien hace cuánto, ¿cinco años? Mal hecho. Merece que se lo carguen por eso, y espero que al menos lo pague con la cárcel. Pero eso no me da derecho a matarlo. Ni tampoco a usted. Si se lo ha tomado tan a pecho, llame a la pasma.

–Sabes que no puedo hacer eso.

–Pues yo no puedo asesinar a alguien por ser un mal ejemplo para Skinflick. ¿A quién mató *usted* para entrar?

Endureció el tono de voz.

–Eso no es asunto tuyo, joder.

–Lo que usted diga.

–Pero ¿qué coño te pasa? –inquirió. Luego, al cabo de un momento, añadió–: Me han dicho que Limme y tú estuvisteis un buen rato juntos en la boda de Denise.

–Estuvimos unos treinta segundos insultándonos mutuamente. Odio a ese cabrón.

–Pero Adam lo adora, coño –prosiguió Locano–. Eso le va a costar que lo maten o lo manden a la cárcel.

–Sí –convine–. Bueno, quizá debiera haber pensado en eso hace veinte años.

¿Qué puedo decir?

El padre de tu mejor amigo. En cierto momento te da por pensar que es como tu propio padre, o la idea que tienes de cómo debería ser tu progenitor. Se te llega a ocurrir que le caes bien, que puedes confiar en él, e incluso hablar de chorradas con él.

Nunca llegas a pensar: *Ese tío es un asesino, y es listo. Si le cabreas, se volverá contra ti. Así, por las buenas.*

Nunca lo piensas a tiempo, quiero decir.

Cuando volví a mi apartamento había un mensaje en el contestador.

«Hola, soy Magdalena.» Con voz entrecortada, como si se esforzara por no hablar alto. Luego hizo una pausa, y después colgó. Nada más. Ningún número.

Me dejó planchado. Lo escuché cinco o seis veces más, luego llamé a Barbara Locano, y después a Shirl, con la que me sentí raro por su asunto con Limme. Shirl me dio el nombre de la organizadora de la boda en Manhattan, que era quien había contratado al sexteto.

La organizadora de la boda me dijo por el teléfono de su coche que no daba números de nadie, «para respetar la intimidad de las personas». Y añadió: «O sea, estoy segura de que si organiza personalmente su propia boda encontrará usted una orquesta fenomenal.»

Concerté una cita para ir a verla al día siguiente a su oficina para que me diera presupuesto, y cuando se puso a coquetear y a querer guerra no perdí tiempo en averiguar si iba en serio, sólo me limité a hacerle rápidamente todo lo que me pedía. Apenas me enteré.

Más fácil resultó conocer el calendario de actuaciones de Magdalena. Marta, su agente artística, divulgaba esa información como haciendo publicidad, y al parecer el riesgo valía la pena: para ella, al menos. Por lo visto, a las agencias artísticas no les preocupa el acoso.

La mayoría de los festejos que amenizaba el cuarteto se celebraba en casas particulares, alguna de las cuales podía ser lo bastante grande para colarse sin llamar la atención, de manera que elegí una boda en el parque Fort Tryon, al norte de Manhattan, que no empezaba hasta el anochecer. Al llegar me encontré con que se festejaba en una sola carpa adosada a la tapia de piedra de un restaurante en medio del parque. No era un gran acontecimiento, pero como se

celebraba en un sitio apartado, pude colarme en cuanto empezó a llegar gente. Iba de traje, pues había supuesto, correctamente, que nadie celebraría una boda de etiqueta en Fort Tryon.

Magdalena llevaba la misma blusa blanca y los mismos pantalones negros de la otra vez. Procuré apartarme de su vista hasta que el grupo hizo una pausa para fumar en la carretera que subía por la colina, y entonces me acerqué a ella. Estaba cerca de la furgoneta, hablando con la que tocaba el violonchelo.

–Hola –las saludé.

–Hola –contestó la del chelo. El desafío de su voz empeoraba la impresión de su prominente mandíbula.

–No pasa nada –la tranquilizó Magdalena.

La del chelo dijo algo en un idioma que ni siquiera pude determinar, y Magdalena le contestó en la misma lengua, según supuse.

–Estaré por aquí –nos dijo la del chelo, marchándose.

Magdalena y yo nos quedamos mirándonos.

–Se preocupa por ti –dije al cabo.

–Sí. Cree que tiene que comportarse así. No sé por qué.

–Lo comprendo.

Sonrió.

–¿Es una frase para ligar?

–No. Podría ser. Quiero conocerte.

Ladeó la cabeza y cerró un ojo.

–¿Sabes que soy rumana?

–No. No sé nada de ti.

–No es probable que diera resultado, con una rumana y un norteamericano.

–No soy en absoluto de esa opinión.

–Tampoco yo –confirmó ella

Por si acaso no la había entendido bien, le pregunté:

–¿Cuándo puedo verte?

Apartó la vista. Suspiró.

–Vivo con mis padres.

Durante un horrible momento pensé en si tendría dieciséis años o algo así.

Desde luego era posible. Claro que la misma posibilidad había de que tuviera treinta, porque desprendía la misma sensación intemporal que cabría imaginar de un vampiro, o un ángel.

A decir verdad, el hecho de que hubiera tenido dieciséis no me habría detenido.

–¿Cuántos años tienes? –le pregunté.

–Veinte. ¿Y tú?

–Veintidós.

–Pues, entonces –sonrió–, perfecto.

–Vamos, vente conmigo –le dije.

Me pasó sus esbeltos dedos por el dorso de la mano. Volví la palma hacia arriba para entrelazarlos.

Más adelante, cuando ella dormía con mis pelotas entre aquellos dedos, que apenas podían abarcarlas, me gustaba recordar aquella noche en el parque. Pero entonces me dijo:

–No puedo.

–¿Cuándo te veré, entonces?

–No sé. Te llamaré.

–*Necesito* que me llames.

–Lo haré. Pero nosotros sólo tenemos un teléfono.

–Llámame desde cualquier parte. Cuando sea. ¿Sigues teniendo mi número?

Lo recitó de memoria, y supe que tendría que conformarme con eso.

Pero pasó otra semana entera sin que me llamase. La locura. Desvié las llamadas de mi casa al trabajo, y al volver conducía como un loco para estar allí cuando llamara. En el piso me llevaba el inalámbrico a todas partes. Cuando no era ella, colgaba.

Llamó un domingo por la noche, tarde. Yo estaba haciendo flexiones cabeza abajo, apoyado contra la pared, y gritando. Por la ventana veía que estaba lloviendo. Me impulsé hacia delante y caí de pie con el teléfono en la mano.

–¿Diga?

–Soy Magdalena.

Me quedé mudo. Estaba completamente empapado de sudor. Las pulsaciones se me salían por la punta de los dedos, y no recordaba si un momento antes el corazón me palpitaba de esa manera.

–Gracias por llamar –dije con voz ronca.

–No puedo hablar. Estoy en una fiesta. En una habitación. Todo el mundo tiene el bolso aquí. Pensarán que he venido a robar algo.

–Necesito verte.

–Lo sé. Yo también quiero verte. ¿Puedes venir a recogerme?

–Sí. Si tú quieres.

La fiesta era en una casa de piedra rojiza en Brooklyn Heights. Me esperaba bajo el toldo del edificio de apartamentos de la acera de enfrente, para guarecerse de la lluvia. Llevaba la viola en una funda de nailon. En cuanto la vi, giré el volante y me puse en el espacio de la boca contra incendios, frente al portal. Vino corriendo, dejó el instrumento en el asiento trasero y se sentó delante. Yo ya me había quitado el cinturón de seguridad.

Nos besamos durante largo rato. Era difícil porque necesitaba mirarla a toda costa, pero al mismo tiempo estaba ansioso de sus labios.

Finalmente dejó caer la cabeza sobre mi pecho.

–Te deseo pero no puedo acostarme contigo –declaró.

–No importa.

–Soy virgen. He besado a un par de chicos, pero eso es todo.

–Te quiero –le dije–. No me importa.

Me cogió la cara entre las manos y me miró fijamente para ver si lo decía en serio, luego empezó a besarme otra vez, mil veces más fuerte. Oí una cremallera, me cogió la mano y se la puso en la entrepierna, apartándose luego el borde de las bragas de algodón.

Tenía el coño ardiendo, y empapado. Cuando apretó los muslos, se me hundieron los dedos.

A Skinflick le pareció bien, a propósito. Magdalena era absolutamente sincera y nunca ponía en duda su propia integridad, y aunque mi amigo ya no era exactamente así, seguía respetando esa virtud en los demás, y reconocía su rareza. Una vez, cuando él y yo estábamos a solas, me dijo:

–Es perfecta para ti. Como Denise lo era para mí.

A veces fumábamos hierba los tres juntos. Magdalena anunciaba que no sentía nada, luego se le empezaban a cerrar los párpados, me besaba en el cuello y me pedía que la llevara a la habitación. Skinflick solía decir:

–Por mí, vale. Yo me quedo aquí viendo la tele por cable.

Pero eso fue después, cuando Skinflick ya vivía conmigo otra vez.

Lo que pasó fue lo siguiente:

Una noche de octubre llegué a casa y me lo encontré en la sala de estar con un arma en la mano. Un voluminoso revólver del treinta y ocho. Yo había salido a correr, algo que había empezado a hacer en compañía de Magdalena, pero en aquellos momentos ella estaba tocando con el cuarteto o en clase, porque estudiaba contabilidad por la noche.

Cuando entré por la puerta, Skinflick no me apuntó con la pistola. Pero tampoco la guardó.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

–¿Lo has matado tú?

Tenía un aspecto horroroso de cojones. Estaba pálido, y parecía esmirriado y fofo a la vez.

–¿A quién? –pregunté. Pensando: *Ay, coño. David Locano está muerto.*

–A Kurt.

–¿Kurt *Limme?*

–No conoces a nadie más que se llame Kurt.

–¿Y qué coño sabes tú? Hace semanas que no hablo contigo.

–¿Has sido tú?

–No. Yo no lo he matado. Ni siquiera sabía que estaba muerto. ¿Qué ha pasado?

–Alguien le pegó un tiro en la cara en la puerta de su apartamento –me informó Skinflick. El apartamento de Limme estaba en Tribeca–. Parece que abrió al asesino con el portero automático.

–¿Qué dice la policía?

–Aseguran que no fue un robo.

–A lo mejor ha sido tu tío Roger –sugerí. El marido de Shirl.

–¿Crees que eso tiene gracia?

–Sí, supongo. Lo siento. –Por un momento me pregunté si yo había matado a Kurt Limme, olvidándolo después sin saber cómo–. ¿Y qué dice tu padre?

–Dice que él no te lo encargó, de manera que si ha sido cosa tuya lo has hecho por tu cuenta.

–Estupendo –observé. Retiré una silla de la mesa–. Ahora me voy a sentar. No me dispares.

Mientras me sentaba, Skinflick tiró pesadamente el revólver sobre la mesa auxiliar.

–Vete a tomar por culo. No iba a dispararte –confesó–. Sólo estoy preocupado por si vienen por mí.

–¿Quiénes?

–No sé. De eso se trata.

–Ah –dije–. Siento lo de Kurt.

–Eso no va a detenerme.

–¿No va a detenerte de qué?

Apartó la vista.

–De entrar en la organización.

–No sabía que eso estuviera en el orden del día.

–Sí, lo sabías.

–Tienes razón: puede que sí. Pero es una cagada, y quizá no deberías pensar en eso por ahora.

–No me hace falta pensarlo. Lo voy a hacer.

–¿Vas a asesinar a alguien para impresionar a una pandilla de cabrones?

–Es lo que Kurt habría querido.

–Kurt está muerto.

–Exacto. Y voy a mandar a tomar por el culo a quien lo haya matado.

–¿Crees que a quien se haya cargado a Limme va a importarle si entras o no?

–¡No tengo ni puta idea! –exclamó–. ¡Ni siquiera sé quién

ha sido! –Guardó silencio un momento, resentido–. De todos modos, ¿quién eres tú para juzgarme? Tú ya te has vengado por lo de tus abuelos.

–Eso no quiere decir que estuviera bien.

–Pero lo estuvo, ¿verdad?

–Bueno, eso no significa que en tu caso sea lo mismo.

–¿Qué diferencia hay?

–¿Entre el tuyo y el mío?

–Eso es.

–Joder. –Sinceramente no quería entrar en eso–. En primer lugar, yo sabía a quién tenía que cargarme. No maté simplemente para que me admitieran.

En el rostro de Skinflick hubo un destello de alivio.

–Hay que joderse, tío –me dijo–. No voy a matar a ningún inocente. No soy gilipollas. Ya encontraré algún cabrón por ahí. Como los que te busca mi padre. Algún hijoputa de mierda que lo esté pidiendo a gritos.

–¿Sí?

–Sí. Te lo contaré todo primero, si quieres.

–Vale –dije al fin.

Eso es lo único que dije: Vale.

Y ahora ya me dirán.

¿Era eso una especie de promesa?

## 13

Primero subo a Medicina Interna a recoger los antibióticos y antivíricos, que mis estudiantes han tenido la amabilidad de poner en un envase de plástico de capacidad apenas suficiente para contenerlos.

–Señor, será mejor que compruebe...

–No hay tiempo –lo interrumpo. Con el número de identificación de un paciente que me viene de pronto a la cabeza abro una vitrina de bebidas y saco una botella de agua con un cinco por ciento de dextrosa.[1] Quito el tapón con los dientes y me trago las pastillas.

¿Y si mis estudiantes se han equivocado, y me tomo una sobredosis?

De todos modos, no me acortará mucho la vida, probablemente.

Al subir al despacho del cirujano visitante, miro el reloj y me cago de miedo.

1. En los hospitales, la mayor parte de las botellas de agua contiene un cinco por ciento de dextrosa. Es para evitar que la frase «Un puto litro de agua: 35 dólares» aparezca en la factura.

Frente a la puerta del despacho, el malhumorado residente del doctor Friendly está apoyado contra la pared. Me lanza una hosca mirada, se endereza y se marcha.

En el intervalo entre mi llamada y la respuesta del doctor Friendly –«¿Qué?»–, me dan ganas de dar un cabezazo a la puerta. No contesto, entro directamente.

El despacho del cirujano visitante está pensado para dar la impresión de una oficina de verdad. Hay un escritorio de roble tras el cual puede sentarse el médico para dar las malas noticias, y sobre el empapelado cuelga toda una repetitiva serie de diplomas que desde lejos da mejor impresión de lo que cabría esperar.

Friendly está tras el escritorio. Stacey, la visitadora médica, sentada al borde de la mesa, muy cerca de él, se sorprende al verme. Al ver que me la quedo mirando, Friendly se inclina un poco y le pone la mano en el muslo, justo por debajo del borde de su corta falda. Por donde se desliza mi mirada.

–¿Qué ocurre? –pregunta Friendly.

–Me gustaría intervenir en la operación del señor Lo-Brutto.

–No. ¿Por qué?

–Es paciente mío. Quisiera ayudar en la medida de mis posibilidades.

Friendly se lo piensa.

–Como quiera. Si no es usted, tendrá que ser mi residente, de manera que no se pierde nada. Tendrá que avisarlo de que lo va a sustituir.

–Voy a buscarlo.

–Empiezo a las once, tanto si está usted como si no.

–De acuerdo.

Stacey me mira con una peculiar expresión en la cara, pero estoy demasiado perplejo para tratar de descifrarla.

Me limito a marcharme.

Con objeto de poder asistir a la operación de Squillante calculo que en las siguientes dos horas tendré que ventilarme cuatro horas de trabajo, y luego otras cuatro en las dos siguientes. Me doy cuenta enseguida de que eso requiere asignar a mis estudiantes más responsabilidad de lo habitual o permitido, aparte de estar continuamente con una Moxfane debajo de la lengua. Para dar un equilibrio ético al asunto, no doy Moxfane a mis estudiantes.

Empezamos. Vamos a visitar enfermos. Ah, no sé ni a cuántos. Los vemos, los despertamos les ponemos luces frente a los ojos y les preguntamos si siguen vivos, todo con tal rapidez que hasta los que hablan inglés no entienden qué coño decimos ni se enteran de lo que hacemos. Luego les cambiamos el gotero, les pinchamos en las arterias y les metemos medicamentos por las venas. Después nos ocupamos del papeleo a toda pastilla. Si están en una sala de aislamiento para tuberculosos, adonde no se puede entrar sin monos ni máscaras especiales, mandamos a tomar por culo los procedimientos sobre materias peligrosas y entramos y salimos lo más deprisa que podemos.

Hablando de materias peligrosas, esquivamos a los dos equipos del hospital –Salud y Seguridad en el Trabajo y Control de Enfermedades Infecciosas– que intentan localizarme para hacerme preguntas sobre la inyección de la muestra del Tío del Culo. Ahora mismo apenas me duele el pinchazo, y no tengo tiempo para esa mierda.

Mientras vamos de un lado para otro por el hospital, nos vemos obligados a recordar, una y otra vez, la fascinante mezcla que estas instituciones pueden ofrecer de gente muy apresurada y personas tan lentas que uno no puede apartarlas de su camino.

Incluso salvamos un par de vidas, si es que puede llamarse así a corregir un error en la prescripción de medicamentos. Normalmente es cuestión de una enfermera que se dispone a administrar a un paciente cierta cantidad de miligramos por libra de peso en vez de por kilogramo, pero alguna que otra vez se trata de algo menos corriente, como una enfermera que va a dar *Combivir* a alguien que necesita *Combivent.*

En un par de ocasiones los enfermos nos piden ayuda para adoptar decisiones difíciles, de cuyo resultado dependerá si viven o mueren. Eso también lo hacemos rápido. Si hay una solución clara, ya se habría presentado por sí sola, pero como no ha sido así, no hay mucho que decir a esas personas. Para eso están los chiflados de Internet.

–Marchaos a casa –digo a mis estudiantes cuando terminamos.

Nos sobran, digamos, noventa segundos.

–Señor, nos gustaría ver la operación –declaran.

–¿Por qué?

Pero me viene bien la ayuda.

Vamos los tres corriendo a Preparación.

El anestesista ya está allí, pero Friendly no ha llegado. La enfermera pregunta por qué, y si yo me voy a encargar del papeleo y de traer al puñetero paciente.

«Hago» el papeleo con la velocidad y legibilidad de un sismógrafo.

Luego mando a mis estudiantes a mirar unas tonterías sobre cirugía abdominal, mientras yo voy a buscar a Squillante.

–Te tengo por las pelotas, Zarpa de Oso –me dice de pronto mientras esperamos el ascensor. Sigue en su cama articulada.

–No me jodas.

–Yo diría que te he jodido más de lo que pensaba.

Vuelvo a pulsar el botón.

–¿Ah, sí?

–Sí. Creía que Skingraft estaba en Argentina.

–No entiendo.

–Está aquí, en Nueva York. Ahora mismo. Me lo acaban de decir.

–No. Quiero decir que quién coño es Skingraft.

Me figuro que será uno de los dos hermanos pequeños de Skinflick, aunque no tienen lo que hace falta para dar miedo a la gente.

O se trata de alguna otra parida con eso de los motes.

–Lo siento –dice Squillante–. Skin*flick*. Se me había olvidado que fuisteis amigos.

–¿Cómo?

Llega el ascensor. Está a tope.

–Espera un segundo –digo a Squillante, ordenando a los de dentro–: Todo el mundo fuera. Este paciente tiene la pasterelosis del conejo.

Cuando se han largado todos y estamos dentro él y yo solos con las puertas cerradas, aprieto el mismo botón que utilizó Stacey para detener el ascensor.

–Pero ¿de qué coño estás hablando?

–Skinflick –insiste Squillante–. Ahora lo llaman «Skingraft»* por la cara que le han puesto.

–Skinflick está muerto. Lo tiré por una ventana.

–Lo tiraste por la ventana.

* En inglés, «Injerto de piel». *(N. del T.)*

–Sí. Eso hice.

–Pero no se mató.

Por un momento me quedo mudo. Sé que no es cierto, pero mis tripas no parecen estar muy seguras.

–Chorradas –contesto–. Estábamos en un sexto piso.

–No digo que le gustara.

–No me toques los huevos.

–Lo juro por Santa Teresa.

–¿Skinflick está *vivo?*

–Sí.

–¿Y está *aquí?*

–En Nueva York. Creí que seguía en Argentina. Se fue a vivir allí, para aprender a pelear con la navaja. –Squillante baja aún más el tono de voz, incómodo–. Para cuando te encontrara.

–Bueno, pues de puta madre –digo al cabo.

–Sí. Lo siento. Pensaba que las pasarías moradas en caso de que yo muriese. Pero ahora puede que no, eso es lo que te quiero decir. Si me muero, probablemente tendrás un par de horas para largarte de la ciudad.

–Gracias por tu consideración.

Para no abofetear a Squillante, doy otra vez al botón de «parada» con la palma de la mano, y subimos rápidamente a Cirugía.

## 14

A principios de noviembre Magdalena me llevó a conocer a sus padres. Vivían en Dyker Heights, en Brooklyn. Un barrio en el que nunca había estado antes de que empezara a acompañarla a su casa.

Ya conocía a su hermano, un chico larguirucho y desgarbado que siempre llevaba camisetas de fútbol y era extrañamente tímido, aunque hablaba media docena de lenguas y había nacido a ocho mil exóticos kilómetros de distancia. Christopher era su nombre de pila, pero sus amigos lo llamaban Rovo, porque el apellido de su familia era Niemerover.

Como digo, ya conocía al hermano. Pero los padres eran una incógnita.

Eran rubios y altos como Rovo, pero también robustos. Al lado de los tres, Magdalena daba la impresión de haber sido criada por galgos.[1] El padre trabajaba en el me-

1. Magdalena parecía *roma,* individuos a quienes los europeos del medievo llamaban gitanos o «egiptanos» porque creían que los *roma* eran originarios de Egipto. En realidad proceden de la India. Es una espléndida ironía que Rumania, que históricamente constituye

tro, era jefe de turno de la línea IRT en la estación Grand Central, aunque en Rumania había sido dentista. La madre trabajaba en la panadería de un amigo de la familia.

Cenamos espaguetis en vez de comida rumana, por «cortesía» y para subrayar lo distintos que éramos Magdalena y yo. La cena se celebraba en el comedor de la mitad de la casa adosada, de tres pisos e increíblemente estrecha, en donde vivía la familia. Los enseres de la habitación –las alfombras, los relojes de madera oscura, los muebles, las amarillentas fotos y sus marcos– absorbían toda la luz. Magdalena y yo nos sentamos a un lado de la mesa, frente a Rovo, con sus padres en los extremos.

–¿Cuándo se sintió interesado por los rumanos? –me preguntó el padre poco después de que empezáramos a cenar. Tenía bigote, llevaba corbata y lo que parecía un cuello postizo, aunque no podía ser.

–Cuando conocí a Magdalena –contesté.

Intentaba mostrarme amable y respetuoso, pero me faltaba experiencia y no lo estaba haciendo muy bien. Además, Magdalena no dejaba de arrimarse a mí hasta casi sentarse encima de mis piernas para demostrar a sus padres lo en serio que íbamos.

–¿Y dónde fue eso, exactamente? –prosiguió su padre.

–En una boda –dije.

–No sabía que el cuarteto fuera tan sociable.

No puntualicé que aquella noche había sido un sexte-

---

uno de los países más racistas del mundo –cuando se formaron sus primeros partidos políticos basados fundamentalmente en el odio a los judíos, en 1910, tanto el partido liberal como el conservador ya eran oficialmente «antisemitas»–, también sea uno de los que tienen más mezcla de razas, pues se encuentra en un paso de montaña utilizado por todos los ejércitos de la historia. A menos que piensen que la ironía ha de ser siempre divertida.

to. No quise corregirle, y tampoco quería decir «sexteto» delante de él.

–Era un sexteto –dijo Magdalena.

–Entiendo.

La madre de Magdalena sonrió y pareció apenada. Rovo puso los ojos en blanco. Estaba tan derrumbado en la silla que parecía que iba a caerse al suelo en cualquier momento.

–¿Habla usted algo de rumano? –preguntó el padre de Magdalena.

–No.

–¿Sabe siquiera quién es el presidente de Rumania?

–¿Ceausescu? –Estaba prácticamente seguro de haber acertado.

–Espero que esté de broma, sinceramente –repuso él.

No pude evitarlo, y dije:

–Lo estoy. Hacer comedia sobre Rumania es una de mis actividades subsidiarias.

–Como el sarcasmo, evidentemente –apostilló el padre–. Sabe usted, nuestra Magdoll no es una chica norteamericana cualquiera, de esas que mantendrían relaciones sexuales con usted en el coche.

–Por Dios, papá –terció Rovo–. Es vergonzoso.

–Eso ya lo sé –contesté.

–No parece que tenga usted nada en común con mi hija.

–Nadie tiene nada en común con ella. Ojalá no fuera así.

–Eso es verdad –convino la madre, en tono de aprobación. El padre la fulminó con la mirada.

Magdalena simplemente se levantó, se acercó a su padre y lo besó en la frente.

–*Papa,* te estás poniendo en ridículo –le advirtió–. Ahora me voy a casa con Pietro. Volveré mañana o pasado.

Los dejó pasmados a los tres.

A mí también, pero no tanto para no dejar que me cogiera del brazo y me sacara cagando leches de allí.

Por aquella época, David Locano volvió a pedirme que me reuniera con él en los Baños Rusos. Yo seguía teniendo pie de atleta de la última vez, pero fui.

–Gracias por decir a Skinflick que fui yo quien mató a Kurt Limme –le dije en cuanto me senté a su lado.

–No le dije eso. Sólo que no había sido yo.

–¿Ah, no?

–No. Corre el rumor de que fue un cabrón a quien estaba estropeando un negocio de torres de telecomunicaciones.

Pensé en por qué me molestaba en preguntar. Si Locano *había* matado a Limme, o contratado a alguien para que lo hiciera, ¿por qué iba a decírmelo? ¿Y qué me importaba a mí, en cualquier caso? Sólo porque me había negado a matarlo, no tenía por qué guardarle luto.

–Bueno, ¿qué hay? –le pregunté.

–Tengo un trabajo para ti.

–¿Sí?

Ya había decidido que si me ofrecía algún trabajo le diría que no. Y que seguiría negándome hasta que comprendiera que quería dejar detrás esa actividad.

Magdalena había cambiado mi manera de ver las cosas. No es que supiera que me dedicaba a matar gente. No lo sabía. Pero no ignoraba que trabajaba con individuos sin escrúpulos, y le daba miedo conocer los detalles, lo que de por sí ya era bastante malo.

–No serás capaz de rechazarlo –me advirtió Locano–. Harás un gran favor al mundo.

–Pues...

–Y es que esos tíos son repugnantes.

–Vale. Pero...

–Y será un trabajo perfecto para que lo hagas con Adam.

Me quedé mirándolo.

–¿Está de broma? –le dije.

–Quiere entrar. Debe ganárselo.

–Creí que se trataba de mantener a Adam *fuera* de la mafia –objeté.

Ante la palabra «mafia», Locano miró alrededor.

–No seas bocazas. Ni siquiera aquí.

–Mafia, mafia, mafia –repetí.

–¡Para ya, coño!

–No me interesa –declaré–. Ni siquiera hacerlo solo. He terminado.

–¿Lo dejas?

–Sí.

Sentí un alivio enorme al decirlo. Había pensado que sería mucho más difícil. Pero seguía sin estar seguro de cómo iba a reaccionar Locano.

Se quedó un momento con la mirada perdida en el espacio. Luego suspiró.

–Será una putada perderte, Pietro.

–Gracias.

–No nos dejarás tirados del todo a Adam y a mí, ¿verdad?

–¿Socialmente, quiere decir? No.

–Bien.

Nos quedamos un rato en silencio. Luego dijo:

–Vamos a hacer una cosa. Sólo deja que te lo explique.

–No me interesa, en serio.

–Ya te he oído. Pero tengo que insistir. ¿Me permitirás simplemente que te hable de ello?

–¿Por qué?

–Porque creo que no pensarás lo mismo cuando te enteres de qué va. No te digo que debas cambiar de opinión. Sólo que cambiarás.

–Lo dudo.

–Eso está bien. Deja que te lo cuente. Es como lo de los hermanos Virzi, pero cien veces peor.

En ese momento supe que en realidad no quería saber nada del asunto.

–De acuerdo –convine–. Siempre que no le importe si le digo que no.

–¿Sabes cómo colocan a las prostitutas? –me preguntó Locano.

–He leído *Daddy Cool.*

–*Daddy Cool* es una chorrada de los sesenta. Hoy las traen en masa de Ucrania. Convocan una selección de modelos y luego las mandan a México, en donde las sacuden y las violan en plan cinta transportadora. Muchas veces hay heroína de por medio, para que las chicas no piensen en escapar. Estamos hablando de niñas de catorce años.

–¿Y tú andas metido en ese asunto?

–Ni hablar, coño –niega él–. De eso se trata. La gente con quien trato no tolera esa mierda, pero no podemos hacer gran cosa cuando el asunto se trama en el extranjero.

Todo aquello me sonaba a puro cuento, pero me limité a decir:

–Vale.

–Pero ahora hay un tío que se dedica a eso dentro del país. En *New Jersey.* ¿Sabes dónde está Mercer County?

–Sí.

–Te daré un mapa de todos modos.

Se abrió la puerta de la sala de vapor y entró un latido de aire frío. Y después un individuo sujetándose una toalla en torno a la cintura.

–Discúlpenos un momento –le pidió Locano.

–¿Qué quiere decir? –dijo el hombre. Tenía acento ruso.

–Que vuelva dentro de diez minutos, por favor. Entonces ya habremos terminado.

–Son unos baños públicos –protestó el hombre. Pero se marchó.

–¿Dónde estaba? –me preguntó Locano.

–No sé.

–Mercer County. Allí hay tres tíos: un padre con sus dos hijos. Lo llaman la Granja. Las chicas siguen llegando a México en avión y luego las traen de contrabando en camiones del Tratado de Libre Comercio, pero aquí es donde las zurran y las violan. Así hay más chicas que sobreviven al viaje. Pero al final, con lo que esos tipos acaban haciéndoles, no creas que quedan muchas.

–¿Es que estamos hablando de cuotas de producción, David?

Me miró y dijo:

–No. Ni por asomo. Se trata de que mi trabajo consiste en afrontar los problemas antes de que la mierda empiece a salpicar. Nada más enterarme de esto, decidí ponerle fin. Y en cuanto se lo conté a la gente con quien trabajo, me dijeron: «Adelante.» –Hizo una pausa y concluyó–: Pagan ciento veinte mil dólares.

–Eso me da lo mismo.

–Lo sé. Sólo intento explicarte la seriedad con que se está tomando esto todo el mundo. Son ciento veinte mil dólares para ti solo. Lo de Adam lo pago yo.

Casi había conseguido olvidar ese detalle.

–¿Por qué ibas a meter a Adam en un lío como ése? –le pregunté.

–Porque tengo la Granja controlada.

Lo que Locano quería decir con «controlada» era lo siguiente:

Un par de meses atrás, el dueño de la Granja, Karcher el Viejo, de nombre Les, había llamado a una empresa de fontanería para que le llevaran las cañerías de agua de la cocina hasta un cobertizo que sus hijos y él habían construido junto a la casa. Los fontaneros pensaron que aquel chamizo podría ser un laboratorio de metadona, así que echaron una mirada a ver qué podían afanar, orientándose sobre todo con el olfato. Eso los condujo a otra edificación exterior, en un rincón del jardín, en donde hallaron lo que parecía una adolescente desnuda en estado de descomposición, aunque tenía demasiadas moscas encima para saber con seguridad si era una chica.

Al volver a su camión, completamente flipados, uno de los fontaneros echó una mirada por la ventana del despacho de Karcher y vio algo que le recordó a un potro de tortura, como el de una cámara de los horrores medieval.

La cuadrilla de operarios se alarmó tanto por aquel asunto que pensó en llamar a la pasma. Entonces se impuso la disciplina, y pasó la información al mundo del hampa, de donde finalmente llegó a Locano. De creer su historia –cosa que a mí me habría gustado mucho–, era la primera vez que alguien se enteraba de lo que estaban haciendo los Karcher, aunque la Granja llevaba suministrando un producto de primera calidad desde hacía casi dos años.

Pero eso no importaba. Ahora la mafia quería matar a

Karcher, ya fuera porque alguien que antes no sabía nada se había enterado de todo y no le parecía bien, o porque ese alguien hubiera decidido que una operación que podía descubrir una cuadrilla de fontaneros sistemáticamente drogados, constituía un riesgo que no valía la pena correr.

Por el motivo que fuese, Locano había decidido enseguida que aquél era el trabajo para que yo hiciera pasar a Skinflick su prueba de iniciación. Había mandado a los fontaneros que volvieran a la casa a terminar la instalación, pero diciéndoles que utilizaran cartón en vez de mampostería para tapar el agujero entre la casa y el cobertizo recién construido.

Según informaron, los fontaneros habían cubierto el cartón con papel parafinado antes de pintarlo para evitar que se combara, y el panel quedó tan pegado al suelo y era tan difícil de ver desde el interior de la casa, que los Karcher no tenían prácticamente manera de descubrirlo. Una vez que Skinflick y yo entráramos en el cobertizo, sería de lo más sencillo pasar a través de la pared y matar a Les Karcher y a sus hijos mientras dormían.

Locano incluso tenía un plan para introducirnos en el cobertizo. Por cinco de los grandes y un empujoncito en la organización, el chico que llevaba todas las semanas el pedido de la tienda a los Karcher estaba dispuesto a llevarnos en la parte de atrás de su camioneta de reparto. Tanto ese chico como los fontaneros habían informado de que no había perros en la propiedad.

Cómo llegué a suscribir ese plan –el primero que ejecutaba sin haberlo concebido yo mismo, en el que participaban otros, que conocía bastante gente, y que presentaba importantes variables sobre las cuales yo sabía muy poco–,

continúa siendo un misterio para mí. Cuando ahora recuerdo esa época, me da la impresión de que andaba un poco en las nubes. Aunque puede que no me funcione bien la memoria.

Quería a Magdalena y estaba dispuesto a renunciar. Y sabía que ambas cosas exigían un sacrificio. Además me odiaba a mí mismo de manera bastante marcada, y comprendía que la libertad, por no hablar de Magdalena, eran cosas que no podía en modo alguno merecer.

O puede que siguiera confiando en David Locano; si no en sus intenciones respecto a mí, sí en su inteligencia y en su afán de proteger a Skinflick. Tenía que creer que nadie con la experiencia de Locano nos pondría a los dos en una situación apurada.

Y mucho menos tan jodida como resultó la de la Granja.

Se lo conté todo a Magdalena.

No había más remedio. El hecho de que me quisiera sin conocerme era en realidad como si estuviese con otro, y los celos me estaban matando. Soñaba todo el tiempo con una vida diferente, y otro pasado. Incluso con ser algún cabronazo de la industria de la basura.

Pero la realidad no era ésa. De modo que se lo dije. Aun cuando la idea de que pudiese abandonarme resultara horrible de cojones.

No me dejó. Lloró durante horas, haciendo que le hablara una y otra vez sobre los tipos que había matado. Que le explicara su grado de maldad, y si era probable que hubieran vuelto a asesinar. Como si buscara un argumento para seguir queriéndome.

Entre lo que le dije figuraba la promesa de que después

de acabar con aquel individuo de la Granja y sus dos hijos, nunca más volvería a matar a menos que *ella* estuviera amenazada. Cerrar la Granja sería un favor a Locano que me facilitaría la salida de aquel negocio. Y estaría justificado por las vidas que salvaría.

–¿No puedes llamar simplemente a la policía? –preguntó.

–No –contesté, con más certidumbre de la que sentía.

–Entonces tendrás que hacerlo enseguida.

Creí que se refería a la necesidad de terminar cuanto antes con todo aquello para que así dejara de compartirme con el Diablo, y empezara a tratar de perdonarme.

–Para evitar que mueran más chicas –concluyó.

Ése puede ser el aspecto más bochornoso de todo el asunto. No que me pareciera que no podía traicionar la «confianza» de David Locano llamando a la policía. Sino que aún no se me hubiera ocurrido que cada día que pasaba era uno más de infierno para las chicas que, supuestamente, iba a salvar.

Pero indica algo: si has de portarte como un desalmado, al menos debes descargar tu conciencia en otra persona.

–Tiene que ser un jueves –le dije–. Es el día del reparto de la tienda a los Karcher.

Magdalena se limitó a mirarme. Para el jueves quedaban cuatro días. Apenas había tiempo para prepararse.

Otra norma infringida. Otro paso dado entre la niebla. Uno entre muchos.

–Lo haré este jueves –decidí.

# 15

Entre el personal de enfermería, el anestesista y yo cogemos la sábana de abajo de Squillante y lo trasladamos de la cama con ruedas a la mesa fija en el centro del quirófano. No es que pese mucho, pero la mesa de operaciones es tan estrecha que hay que dejarlo perfectamente colocado para que no se caiga. En realidad, se le desploman los brazos hasta que le pongo debajo un par de apoyos.

–Lo siento –dice cuando los atornillo a los pasamanos de la mesa.

–Cierra la puta boca –ordeno a través de la mascarilla. Squillante es el único de la sala que no lleva pijama, mascarilla ni gorro de ducha.

El anestesista lanza a Squillante una andanada inaugural por uno de los goteros. Una mezcla de analgésicos, paralizantes y amnésicos. Los amnésicos son por si los paralizantes funcionan pero los analgésicos no surten efecto, y Squillante se pasa toda la operación consciente pero incapaz de moverse. Al menos no recordará su derecho a denunciarnos.

–Voy a contar hasta cinco al revés –anuncia el anestesista–. Cuando acabe, estará usted dormido.

–¿Qué se cree, que soy un niño de teta? –protesta Squillante.

Dos segundos después está tieso y el anestesista le introduce en la garganta un laringoscopio metálico que se curva como el pico de una grulla. Poco después también tiene metido el tubo de la máscara de oxígeno, y Squillante, según palabras del anestesista, ya está «chupando la polla de plástico». El anestesista comprueba la circulación del aire, echa una especie de colirio en los globos oculares de Squillante, y le cierra los párpados con esparadrapo. Luego le tapa la cabeza de forma que le sobresalga el tubo de la máscara. Squillante parece entonces uno de esos cadáveres de la facultad de medicina, cuando se les cubre la cabeza durante los primeros meses de la clase de anatomía para que no se seque antes de meterles mano.

Saco al pasillo la cama vacía de Squillante, de donde la robarán enseguida para dársela a otro paciente, probablemente sin cambiar las sábanas. Pero ¿qué voy a hacer, ponerle un candado de bicicleta? Luego vuelvo y le sujeto con velcro brazos y piernas a la mesa de operaciones, como a un monstruo del cine.

–¿Es eléctrica esta mesa? –pregunto. Alguien se ríe. Encuentro una manivela, le doy vueltas y le incorporo un poco la espalda.

El enfermero termina de cortar con unas tijeras el camisón de Squillante, revelando el hecho de que el escroto se le extiende hasta la mitad de los muslos, como un delantal. El enfermero coge una afeitadora eléctrica. La enfermera le envuelve los brazos y las piernas en lo que parece un colchón inflable. Si alguien se acuerda de ponerlo después en marcha, se llenará de aire caliente y evitará que se congele.

–Señor –dice a mi espalda el estudiante.

–¿Quieres intervenir? –pregunto.

–¡Sí, señor!

–Adelante. –A la estudiante le digo–: Ve a mirar la DL50 de defenestración.

Luego pido a la enfermera circulante que llame por teléfono al doctor Friendly.

Friendly contesta al cabo de cinco tonalidades, jadeante. En lugar de «Diga», o cualquier otra fórmula aceptable, se oye:

–Yo no soy el padre. Es broma. Friendly al habla. ¿Quién llama?

–Soy el doctor Brown. Su paciente está casi preparado.

–Creí que había dicho que estaba preparado –objeta Friendly, cuando por fin aparece. Stacey viene tras él, avergonzada, con máscara y gorro. Friendly lleva las manos en alto, chorreando, con el dorso de las manos hacia delante.

Squillante *está* preparado. No sólo dispuesto.

Un paciente está dispuesto cuando lo tiene todo tapado menos la zona exacta donde se va a operar. La mayoría de los cirujanos quiere estar presente en ese momento, para comprobar que no lo han colocado, digamos, boca abajo, por error.

Por otro lado, en su mayor parte los cirujanos no llevan botas de goma hasta la rodilla para una gastrectomía, como Friendly ahora. No puede ser buena señal.

Lavarse las manos, a propósito, que es lo que Friendly acaba de hacer y lo que yo he hecho hace cuarenta y cinco minutos, es lo mejor de la operación. Se hace en el pasillo, sacudiendo la parte delantera del lavabo de acero con la cadera para abrir el grifo. Pese al frío reinante, el agua sale absolutamente caliente. Se coge del dosificador una esponja previamente humedecida (en yodo o en un esterilizador

sintético de ocho sílabas fabricado por Martin-Whiting Aldomed: lo que se prefiera, aunque el yodo huele mejor), y se lava uno la *mierda* de las manos, uñas incluidas. Siempre hay que hacerlo hacia arriba, desde la punta de los dedos hacia el codo, asegurándose de que el agua no vuelva a resbalar hacia los dedos. Hay que estar cinco minutos lavándose. Pero normalmente se está tres, como si se cogieran vacaciones, y luego se cierra el agua de golpe. La esponja se tira simplemente en el lavabo. Porque en las próximas horas no se va a realizar ninguna tarea *menor*.

Ahora mismo, los cuatro que estamos en la sala, los que «intervenimos» –el doctor Friendly, el enfermero de quirófano, el enfermero instrumentista, mi estudiante y yo–, no podemos literalmente rascarnos el culo. De hecho, no podemos pasarnos la mano por encima del cuello ni por debajo de la cintura, ni tocar nada que no sea azul.[1]

El doctor Friendly se seca las manos con una toalla azul, luego ejecuta la pequeña danza en la cual introduces los brazos en la bata de papel que despliega el enfermero de quirófano, luego en los guantes, y después arrancas la tarjeta de cartón de la pechera de la bata (tocando únicamente la mitad azul) y se la entregas al enfermero, que la sujeta mientras giras una vez sobre ti mismo para que se suelte el cinturón de la bata y te lo puedas anudar. Friendly hace lo que puede por parecer aburrido durante esa ceremonia, pero yo no me creo su expresión. Puede que todo este asunto nunca pierda interés.

–Usaré cota de malla –anuncia. El enfermero instru-

1. Lo que suscita la evidente paradoja de que si todo lo azul de un quirófano se ha esterilizado, nuestros pijamas, que son azules, han estado en al menos un restaurante de comida rápida desde la última vez que los lavaron. ¿Qué puedo decir? Es una ciencia imperfecta.

mentista abre un par de guantes de cota de malla y los deja caer sobre la amplia mesa azul del enfermero de quirófano, de donde Friendly los coge para ponérselos encima de los de caucho.

Junta la punta de los dedos, haciéndolos resonar.

–Y ahora otro par de Dermagels. –Me guiña un ojo–. Riesgo de VIH. El paciente llevaba un anillo en el meñique la primera vez que lo vi. A mi modo de ver, si no es marica que venga Dios y lo vea.

El enfermero de quirófano, un filipino menudo, pone los ojos en blanco.

–Ah, ¿qué? –dice Friendly–. ¿Te has molestado? ¿Es que no se puede decir la palabra «marica»? Preocúpate de eso en tu tiempo libre. Vamos a trabajar. –Y ordena a la enfermera circulante–: Música, por favor, Constance.

La enfermera circulante se acerca a la minicadena instalada en un carro, y poco después suena la canción de U2 sobre el asesinato de Martin Luther King a primeras horas de la mañana del 4 de abril. A Martin Luther King le dispararon al anochecer, aunque uno se rija por la hora de Dublín, pero el álbum de grandes éxitos de U2 es algo con lo que se acostumbra uno a vivir en la profesión médica. Todo cirujano blanco de más de cuarenta años lo pone. Acabas dando gracias de que no sea Coldplay.

El enfermero y yo desplegamos una sábana de papel azul por encima de Squillante y arrancamos la sección correspondiente al abdomen. Entonces, sobre la piel que se le ha quedado al descubierto, dejamos caer un polímero empapado de yodo. Que se le funde con las arrugas.

Friendly, entretanto, da la vuelta a la mesa con una grapadora, uniendo la sábana de papel a la piel de Squillante. El procedimiento de las grapas resulta espeluznante la primera vez que se ve. Pero comparado con la cirugía el daño

es menor, y los partidarios de la vieja escuela le tienen una fe ciega. De manera que quienes quieren intervenir al estilo de la vieja escuela, también lo utilizan.

Cuando Friendly está a punto de terminar, entra mi estudiante y me susurra:

–La DL50 de defenestración son cinco pisos, señor.

Como recordatorio, «DL» es «dosis letal», y la DL50 es la dosis mortal correspondiente al cincuenta por ciento de los casos. Defenestración es arrojar a alguien por la ventana. Así que la estudiante me dice que si tiramos a cien personas por la ventana de un quinto piso, la mitad de ellas sobrevivirá.

–Hostia puta –exclamo. Si tiré a Skinflick de un sexto piso, ¿cuál será el porcentaje?

¿Y por qué no puedo respirar?

–¿Cuál suele ser la causa de la muerte? –le pregunto.

–Rotura de la aorta –contesta la estudiante.

–Vale. –La aorta, nuestra arteria principal, es básicamente un globo estrecho y alargado, semejante a los que los pedófilos retuercen para hacer con ellos formas de animales.[1] Como está llena de sangre, es lógico que reviente al hacer impacto–. ¿Y después?

–Heridas en la cabeza, luego hemorragia por desgarro orgánico.

–Buen trabajo.

Al pensarlo se me llena la boca de bilis. Aunque en realidad la tengo así desde hace media hora, cuando me tragué las últimas cuatro Moxfanes. Por lo menos estoy bien despierto.

–Aún no tenemos los resultados del laboratorio del pinchazo con la hipodérmica, señor –añade la estudiante.

1. Por lo visto esperan que el ruido chirriante ahuyente a los padres.

–No te preocupes.

Ciertamente tengo un dolor punzante en el antebrazo, pero probablemente hace mucho que han tirado la muestra del Tío del Culo. Si es que han llegado a enviarla al laboratorio. Hay mucha gente que tendría que alargar cinco minutos su jornada de trabajo si esa muestra alcanzara su destino.

–Manos a la obra –dice Friendly. Pone con el pie un taburete metálico al lado derecho de Squillante, y se instala. El estudiante interviniente coloca otro taburete un poco más allá. Yo me sitúo al lado izquierdo de Squillante. El enfermero instrumentista ya está en un taburete junto a la cabeza del paciente, con las bandejas preparadas en diversos brazos articulados.

–Vamos a ver, todo el mundo –dice Friendly–. El paciente es DPN. Sé que a todos nos gustaría darle un trato especial justamente por eso, como si fuera un poli y trabajáramos en un restaurante para coches. Pero trabajamos en otro sitio. Así que seamos profesionales.

–¿Qué quiere decir «DPN»? –pregunta mi estudiante.

–Demanda Post-Negligencia –explica Friendly–. Presentó una querella hace nueve años.[1]

Agradezco la pregunta de mi estudiante, porque yo

1. La gente cree (animada por su abogado) que una demanda por negligencia es una movida sin riesgos porque en el noventa por ciento de los casos se llega a un acuerdo antes del juicio. Pero no se puede simplemente amenazar con una querella por negligencia. En la mayor parte de los estados la ley de prescripción sobre daños personales es tan ajustada (dos años y medio en Nueva York) que ninguna compañía de seguros tomará en serio a un demandante a menos que formalice la demanda y se avenga a declarar. Y en ese momento quedará marcado de por vida: como querellante litigioso, posiblemente fraudulento, o como (de interés aún mayor para los patronos, que son los principales consumidores de ese tipo de datos) persona que realmente tiene continuos problemas de salud.

tampoco sabía de qué estaba hablando el cirujano. Pero empiezo a distraerme. La Moxfane acaba de darme una sensación de lo más raro. Como si hubiera perdido el conocimiento, pero sólo durante una milésima de segundo.

–*¿Signor?* –dice Friendly.

Me sacudo la sensación con un estremecimiento.

–Rotulador –pido.

Un instante después tengo un rotulador sin capuchón en la mano. No sé si se lo ha quitado el enfermero antes de pasárselo al instrumentista con increíble rapidez, o si me he vuelto a quedar un momento en blanco. En cualquier caso, me da un repeluzno.

Me quedo mirando el abdomen de Squillante. Supongo que la incisión va a ser vertical, porque sólo he visto incisiones transversales en el abdomen en secciones de tomografías. Sencillamente no tengo idea de la longitud que debe tener el corte, ni de su punto de arranque.

Así que muevo despacio el rotulador en el aire por encima de la cintura de Squillante, como si tratara de decidirme, hasta que al fin me dice Friendly:

–Ahí mismo está muy bien. Venga, ya.

Entonces trazo una línea a partir de ese punto, justo por debajo de las costillas hasta el hueso púbico, describiendo una curva en torno al ombligo, pues si se corta es prácticamente imposible de reconstruir.

Devuelvo el rotulador al enfermero instrumentista y le digo:

–Bisturí.

## 16

El día que Skinflick y yo asaltamos la Granja, quedé con el chico de la tienda para que me recogiera a las dos y media de la tarde en una estación de servicio a unos quince kilómetros más al norte. Llegué allí a las seis de la mañana. Cuando apareció, el chico fue al teléfono público a esperar la llamada que, según mis instrucciones, iba a recibir. Me acerqué a él por detrás y le clavé el codo izquierdo en el pecho, agarrándolo de la barbilla. Se quedó rígido.

–No pasa nada –le dije–. Sólo quédate tranquilo. Pero no te des la vuelta ni me mires. Vamos a hacerlo exactamente como hemos dicho.

–Sí, señor.

–Ahora voy a soltarte. Vamos a la camioneta.

Cuando llegamos al vehículo, yo seguía pegado a sus talones.

–Baja la ventanilla y pon a cero el cuentakilómetros –le indiqué–. Avísame cuando esté a punto de marcar nueve.

Luego salté a la plataforma, y me senté de espaldas al cristal con los pies entre las cajas de comestibles. Llevaba una gorra de béisbol de la Universidad de Massachusetts, una sudadera con la capucha puesta, y un abrigo largo de

cachemira. La idea consistía en tener pinta de universitario pijo y que no me pudieran identificar.

Cuando torcimos por un camino de tierra el chico me gritó que casi habíamos llegado a la indicación de los nueve kilómetros. Le dije que aflojara la marcha y Skinflick salió de entre los árboles que teníamos delante. Iba vestido como yo, pero no tenía aspecto de estudiante gilipollas. Parecía un *jawa*.* Y había disimulado muy bien nuestro coche robado entre la maleza, a un lado del camino.

Le di la mano para ayudarlo a subir a la camioneta, y nos acurrucamos en el lado izquierdo de la plataforma, porque sabíamos que la cámara de seguridad estaba a la izquierda. El camino se fue haciendo cada vez más accidentado. A mi lado, el cuerpo de Skinflick parecía un talego de marinero forrado de cachemira.

Llegamos a la verja. Se oía el zumbido de la cerca electrificada. Al cabo de poco se oyó una voz de hombre por un altavoz:

–Sí, ¿quién es?

La voz tenía ese acento nasal de falso sureño que los blancos resentidos imitan ahora por todo el país.

–Mike. Del Cost-Barn –dijo el chico.

*–Asómate, para que te vea.*

Supongo que Mike sacó la cabeza por la ventanilla. Sonó un motor eléctrico, y la verja se abrió ruidosamente hacia un lado. Cuando pasamos, vi que la cerca estaba coronada por alambre de espino sujeto a una barra inclinada hacia dentro.

* Miembro de una de las especies del universo de *La guerra de las galaxias,* originaria del planeta Tatooine. De aspecto humanoide y un metro de estatura, visten una túnica marrón que los hace indistinguibles. *(N. del T.)*

La camioneta subió durante un rato por una cuesta, traqueteando y derrapando, y luego se detuvo. El chico se bajó y fue a abrir la compuerta, procurando no mirarnos cuando cogió una caja que contenía un montón de grandes latas de conservas y envases de detergente. Parecía nervioso, pero no tanto para que me preocupara la posibilidad de que fuera a cagarla.

En cuanto se perdió de vista, me bajé sigilosamente por la parte de atrás de la camioneta, seguido de Skinflick.

La fachada de la casa estaba cubierta de tablas marrones superpuestas, al estilo de un tejado de madera. Cuatro ventanas en la parte delantera, una a cada lado de la puerta y otras dos en la planta alta. A la izquierda de la casa se veía el cobertizo verde de fibra de vidrio adonde los fontaneros de Locano habían llevado las cañerías. La parte trasera de la camioneta estaba en ángulo frente a ella, lo que nos daba otros sesenta centímetros de cobertura.

Cuando el conductor tocó el timbre, corrí hacia la casa, agachándome al llegar bajo la ventana de la esquina y pegando la espalda contra la fachada. Skinflick aterrizó pesadamente a mi lado justo cuando se abría la puerta. Me llevé un dedo a los labios, molesto, y él me miró con los pulgares en alto, en un gesto de disculpa. Cuando el chico desapareció en el interior, dimos corriendo la vuelta a la esquina.

Ésa era la parte que, según nuestros cálculos, iba a resultar difícil. Por el otro lado la casa tenía la misma disposición que la fachada delantera, dos ventanas arriba y dos abajo, aunque la última de la planta baja estaba tapada por el cobertizo. La puerta del chamizo, en cambio, daba al jardín. Si nos dirigíamos a ella por el flanco de la pequeña construcción, nos verían desde por lo menos dos ventanas y el jardín.

Así que, en vez de eso, corrimos agachados a lo largo del muro lateral de la casa. La impresión de que nos estaban viendo era muy marcada, pero advertí a Skinflick que no levantara ni volviera la cabeza. Para entonces yo ya sabía que la gente es capaz de mirar cualquier cosa sin ver nada, pero que a nadie se le escapa el rostro humano. La mitad del córtex visual se ilumina al verlo. De manera que no levantamos la cara, y llegamos al cobertizo sin saber si nos habían descubierto. Cogí dos placas de fibra de vidrio de la pared trasera del cobertizo y las aparté lo suficiente para que pudiéramos pasar.

Dentro del cobertizo todo estaba verde, porque el techo era de la misma fibra de vidrio traslúcida que las paredes. La puerta que daba al jardín era simplemente una abertura tapada con una lona impermeabilizada de color azul colgada por la parte de fuera. Tal como nos habían dicho, de la pared que compartía con la casa sobresalía un grifo. Había un cubo metálico, una manguera con boquilla y un sumidero en el suelo embarrado.

Retiré un poco la lona y eché una mirada al exterior. El jardín se extendía a lo largo de trescientos metros hasta llegar a la cerca de alambre de espino. Había unas mesas con bancos y una barbacoa de obra. Vi un extremo de otro cobertizo de fibra de vidrio. Me pregunté si era en donde habían encontrado la chica muerta.

Intenté no preguntarme si la muerta había existido en realidad, o si la habían encontrado en otro sitio. Era un trabajo con muchos puntos oscuros. Eso ya lo sabía antes de venir, y no tenía sentido abrir los ojos ahora. Lo más que podía esperar era que surgiera algún indicio claro antes de que empezara la matanza.

La compuerta de la camioneta se cerró de golpe, y cuando arrancó el motor oímos una voz de hombre que

hablaba con el chico de reparto en un tono lo bastante natural como para pensar que no nos habían descubierto.

Lo que significaba que habíamos superado lo más peligroso de la operación. Ahora empezaba la parte aburrida: las doce horas de espera antes de introducirnos por el agujero en la pared y liarnos a tiros. Fui a sentarme junto al grifo, sobre los faldones de mi abrigo nuevo de cachemira.[1]

Skinflick se quedó de pie, empezó a deambular en torno a las paredes, y al cabo del rato empecé a sentirme un tanto incómodo. Como si hubiera dicho que ocupaba un puesto burocrático de mucha alcurnia pero no fuera verdad, y ahora hubiese venido mi chaval a visitarme y no tuviera más remedio que revelarle que papá se pasaba las horas muertas sentado en el barro para luego entrar a escondidas en las casas y pegar un tiro en la cabeza a sus habitantes.

Luego me puse a pensar en cómo era posible que mi vida se hubiera convertido en aquello.

En que en otra época leía libros, y tenía una ardilla como animal de compañía.

–Pietro –musitó Skinflick, sobresaltándome–. Tengo que echar una meada.

Eso no era algo insólito en una espera de doce horas. Pero sólo llevábamos cinco minutos.

–¿No podías haber meado en el bosque?

–Allí ya lo hice.

–Pues mea –le dije.

Skinflick se fue a un rincón y se desabrochó la bragueta. Cuando la orina dio contra la pared, la fibra de vidrio empezó a vibrar como un bidón de chapa. Dejó de mear.

1. Regla número uno del *Manual del sicario:* No pensar en cuidar la ropa.

Miró alrededor. Dejó escapar unas cuantas gotas a guisa de experimento, apartándose un poco de la pared. Salpicaron en el barro, haciendo un ruido apagado, y volvió a parar. Empezó a poner una expresión desesperada.

–Agáchate –susurré.

Intentó diversas posturas, inclinado y arrodillado, y acabó tumbándose de costado sobre el barro, meando hacia la pared con un movimiento de abanico.

Me quedé preocupado. Skinflick era el tío más inmune a la vergüenza que había conocido, pero hasta él tenía sus límites. Y del bochorno al resentimiento no hay mucho trecho.

Pero cuando se sacudía la minga, Skinflick dijo:

–Hay que joderse. Espero que el FBI no recoja muestras de orina para analizar el ADN.[1]

Un momento después añadió:

–La leche puta. Fíjate.

Me acerqué a mirar. Casi no se veía entre la verduzca penumbra, pero había huellas de pisadas por el piso embarrado. Por *todas* partes; incluso donde yo me había sentado.

Huellas de tamaño adolescente. De muy distintos pies.

No era una prueba, pero al menos ponía los pelos de punta.

Entonces se abrió la puerta principal y una voz de muchacho gritó:

–¡Papá..., voy a sacar a los perros!

1. Resulta que no lo hacen, porque la orina sana no tiene células. Si ustedes *sueltan* las células suficientes para que un laboratorio tan malo como el del FBI pueda extraerlas del barro, no tendrán que preocuparse por el juicio.

Dada la lentitud con que unas cosas salen a la luz, sorprende la rapidez con que se aclaran otras. Como el hecho de que, si se tienen perros pero hay que guardarlos mientras anda por allí el fontanero o el chico de la tienda, es que deben ser unos cánidos con mucha mala leche.

La sensación de surrealismo, pasividad y velado embotamiento, me abandonó al instante. Estaba allí por propia voluntad. Ahora tenía que sobrevivir.

Saqué la pistola de un bolsillo y el silenciador de otro, y mientras los iba enroscando, oí ruido de pasos que se acercaban a la carrera. Dos sombras, semejantes a enormes Doberman, se proyectaron sobre la pared de fibra de vidrio.

Más adelante me enteré de que eran de una especie llamada «King Doberman», que se logra cruzando a un Doberman con un Gran Danés, volviéndolos luego a cruzar hasta que todo lo que queda del Gran Danés es el tamaño.

–Joder. –Fue mi comentario en aquel momento.

Como a toda persona en sus cabales, me encantan los perros. Es mucho más difícil volver cruel a un perro que a un ser humano. Y estaba claro que teníamos que matarlos.

Se pusieron a olisquear a lo largo de la base de la pared sobre la que Skinflick acababa de mear. Luego, uno de ellos empezó a presionar contra el panel mientras el otro se quedaba atrás, gruñendo.

La puerta principal de la casa se cerró de golpe. Lo que significaba que quien la había cerrado estaba ahora fuera, y había que despacharlo enseguida, o si no, que estaba dentro y a lo mejor no oía lo que iba a ocurrir de un momento de a otro.

En cualquier caso, era hora de hacer algo.

El perro que se había quedado rezagado, emitió un sordo gruñido. Pronto empezaría a ladrar. Le metí dos tiros en la cabeza a través de la pared, tumbándolo de espaldas,

para luego disparar en el pecho al que estaba más cerca. Se derrumbó chillando.

Cambié rápidamente el cargador, aguzando el oído. El silenciador había amortiguado los cuatro disparos, pero al atravesar la fibra de vidrio habían hecho un fuerte ruido, y el cobertizo entero seguía vibrando.

En torno a los agujeros de bala, la pared estaba deshilachada, como un trapo.

Volvió a abrirse la puerta de la casa.

La misma voz adolescente llamó:

–¿Ebay? ¿Xena?

Me acerqué hacia la puerta tapada con la lona al fondo del cobertizo.

–¡Ebay! –gritó la voz, más cerca.

–Ése es mío –anunció Skinflick.

–¡No! –susurré.

Pero Skinflick ya iba corriendo hacia la pared del cobertizo, con la pistola en la mano.

–¡No! –grité.

Fue como una de esas chorradas de película de acción. Skinflick dio un salto, embistió con el hombro contra la pared y separó dos paneles de fibra de vidrio lo suficiente para ver, y disparar, a través de la abertura en forma de «V». Pero la pared retrocedió de golpe, lanzándolo de nuevo al centro del cobertizo.

En una película, sin embargo, no habría fallado. Ni se habría olvidado de poner el silenciador.

La detonación sonó como si se hubiera estrellado un coche. Para alguien que viajara en el maletero. Me retumbaba en los oídos cuando salí por la puerta tapada con la lona y me dirigí a la parte delantera del cobertizo, casi resbalando sobre la sangre de los perros, justo a tiempo de ver cómo se cerraba de golpe la puerta de la casa.

–¿Le he dado? –preguntó Skinflick cuando llegó a mi lado.

–No creo. Ha vuelto a entrar en la casa.

–Me cago en la leche. ¿Y ahora qué hacemos?

Como si el hecho de que acabara de jodernos los planes fuera cosa mía.

–Salir zumbando –le dije.

Pero no hacia el jardín. Con la excepción del falso muro, aquellos tíos conocían su casa mejor de lo que nunca la conoceríamos nosotros.

Volví a entrar corriendo en el cobertizo. Pateé la pared en torno al grifo y aplasté con el pie el cartón pintado.

La abertura que había quedado era ridículamente estrecha. Cuarenta y cinco centímetros en diagonal, más o menos. Y eso después de que, a base de retorcerlo, arrancara el grifo.

Encogiendo los hombros y metiendo primero la cabeza, apenas había sitio para pasar por el hueco. Y cuando lo conseguí, tapé toda la luz. Me agarré a unas cañerías y me impulsé hacia delante en la oscuridad, avanzando entre un fuerte olor a mohoso.

Di con la cara contra un montón de botellas de plástico medio llenas, y entonces olí a cloro y jabón de lavar los platos. Casi solté una carcajada. Luego empujé la puerta del armario y salí por debajo de la pila de fregar.

La luz era cegadora. Había una cocina grande a un lado y un bloque de madera maciza al otro. Me puse rápidamente en pie.

El bloque de madera no era ningún adorno pijo: estaba manchado de sangre y tenía un cuchillo de carnicero clavado en el borde. Además, en torno a él había dos mujeres de pie, que me miraban fijamente.

Una tendría alrededor de cincuenta años, y la otra la

mitad de esa edad. Parecía que les hubieran roto todos los huesos de la cara por lo menos una vez dejando luego que se recompusieran solos sin atención médica. Aunque la que estaba peor era la más vieja.

Iban armadas, por así decir. La mayor blandía un cuchillo de trinchar, con ambas manos, y la más joven mantenía en alto la pesada placa de hierro de uno de los fogones. Pero las dos estaban aterrorizadas.

Sin dejar de apuntar a las mujeres ayudé a Skinflick a incorporarse cuando salió del pequeño túnel.

–Cuidado –le advertí–. Tenemos dos espectadoras. No dispares.

Cuando las vio, sacó la pistola.

–¿Espectadoras? –inquirió–. ¡Una tiene un cuchillo!

–Pon el silenciador –le ordené, y luego pregunté a las mujeres–: ¿Dónde están las chicas?

La más joven señaló al suelo. La mayor la miró con el ceño fruncido, luego vio que yo la estaba observando y apartó la cabeza.

–¿En el sótano?

La joven asintió con la cabeza.

–¿Cuántas personas hay en la casa aparte de ellas?

–Tres –contestó ella, con voz ronca.

–¿Incluidas vosotras dos?

–Tres aparte de nosotras.

–¿Son de la policía? –preguntó la mayor.

–Sí –contesté.

–Gracias a Dios –dijo la más joven, rompiendo a sollozar.

–Vamos a ello –dije a Skinflick. A las mujeres, les advertí–: Vosotras dos quedaos aquí. Si os movéis, os mataremos.

No era un comportamiento muy policial, pero qué más

daba. Salí de espaldas a un pasillo enmoquetado que arrancaba de la cocina, me di la vuelta y eché a correr.

El pasillo, que daba claustrofobia, torcía dos veces y estaba repleto de estanterías llenas de sacos de dormir a cuadros y viejos juegos de mesa. Olía a humo de tabaco. Cerca del final había un tablón de anuncios de corcho con fotografías amarillentas de vacaciones familiares y, según me pareció, gente follando, aunque no me paré a verlo bien.

El pasillo terminaba en un vestíbulo atestado de cosas con la puerta principal al fondo. Había dos habitaciones a los lados y un tramo de escaleras que llevaba a la planta alta. A la estancia de la derecha se pasaba a través de un arco, pero la de la izquierda tenía puerta, y estaba cerrada. Skinflick apareció detrás de mí.

Cubrí con la pistola el arco y la parte de arriba de la escalera y me dirigí de espaldas hacia la puerta cerrada. Me puse en cuclillas y la abrí.

El armario de la ropa. Montones de botas de goma. La volví a cerrar.

Entre el armario y la puerta principal había un cuadro de Jesucristo que resultaba tan incongruente que lo levanté. Controles para el interfono y la verja de entrada.

Pensé en si podría llegar corriendo hasta allí. Abrir la verja desde donde estaba y tratar de alcanzar el bosque nada más salir.

Pero había que recorrer un montón de terreno al descubierto, y era un movimiento fácil de detectar. Y fueran cuales fuesen mis posibilidades, Skinflick tenía la mitad. Le hice señas para que saliera del pasillo y me siguiese, y crucé el arco.

Conducía a la habitación de la esquina derecha de la casa. Habíamos pasado bajo la ventana de aquel cuarto cuando bajamos de la camioneta. Por la ventana se alcan-

zaba a ver el cobertizo. En la habitación había un televisor de pantalla grande, un sofá, un banco de pesas, y una estantería con algunos trofeos y placas conmemorativas, la mayoría de ellas, al parecer, de competiciones de monopatín. Sobre el sofá había un póster de Arnold Schwarzenegger, de su época culturista.

Mientras lo miraba, mi visión periférica captó movimiento por la ventana, y me agaché rápidamente tirando de Skinflick para que hiciera lo mismo.

Era un tipo alto y delgado que venía por el cobertizo hacia la fachada delantera de la casa con ese paso rápido y cruzado que sólo se aprende en el ejército o en los vídeos de los fanáticos de las armas. Empuñaba una escopeta de aluminio con la que apuntaba al cobertizo.

–¡Despejado por atrás! –gritó, refiriéndose al parecer a la parte trasera del cobertizo.

Tenía una voz siniestra. Además era extrañamente delgado, y en las mejillas y la frente tenía esa clase de acné que se ve a siete metros de distancia.

*Joder,* pensé. No podía tener más de catorce años.

Alcé la vista a tiempo de desviar de un manotazo la pistola de Skinflick cuando estaba a punto de disparar a través del cristal de la ventana por encima de mi cabeza.

–*Pero ¡qué coño...!* –masculló.

Tiré de él para que se agachara por debajo de la repisa de la ventana.

–No aprietes el gatillo sin avisarme, no dispares al cristal que tengo delante de la cara, y si tu objetivo está hablando con alguien, espera hasta ver quién es. Y no mates a ningún niño. ¿Entendido?

Skinflick eludió mi mirada, y asqueado, lo tiré de espaldas de un empujón.

–Y quédate agachado, coño –le ordené.

–¡Randy..., a cubierto! –gritó una voz de hombre. Parecía el mismo que había hablado por el altavoz de la verja.

El estrépito de una ametralladora llegó hasta nosotros a través del muro. Skinflick y yo nos tapamos los oídos todo lo que pudimos sin soltar las pistolas.

Me incorporé lo suficiente para atisbar por encima del borde de la ventana.

El cobertizo había desaparecido. Desgarrados islotes verdes de fibra de vidrio caían sobre el terreno como hojas muertas, rodando hacia el jardín. Era como si hubieran hecho desaparecer el cobertizo con un soplador de hojas.

Fui a la ventana de la fachada delantera. Allí estaba el chico de la escopeta, a un metro de distancia, de perfil. Si en aquel momento hubiera mirado, me habría visto. Pero echó a andar hacia el sitio en donde había estado el cobertizo.

Por el lado de atrás de la casa aparecieron otros dos hombres y se reunieron con él.

Uno de ellos era otro chaval, pero algo mayor: dieciocho o diecinueve años. Empuñaba un fusil de asalto Kalashnikov.

El otro era un individuo de mediana edad y aspecto desagradable, con una gorra de béisbol rellena de gomaespuma por delante y gafas de aviador sin tintar. Medía uno ochenta, con montones de esa especie de grasa dura que no mencionan los libros de medicina, pero que se ve continuamente en los tíos que buscan pelea en los bares. Llevaba algo que parecía una motosierra, sólo que con un cañón de ametralladora en donde debía haber estado la hoja. Despedía humo y vapor en toda su extensión. Nunca había visto nada igual.[1]

1. Para los chalados de las armas: resultó ser una «Predator» GE M134, arma motorizada de calibre sesenta que dispara munición de uranio enriquecido únicamente disponible en China.

Los dos hombres y el chico empezaron a dar patadas a los restos de fibra de vidrio, y luego el de mediana edad se fijó en el agujero que había en el muro de la casa.

–¡ME PARECE QUE NO LES HEMOS DADO! –gritó. Se me ocurrió que ninguno de ellos llevaba protección en los oídos.

Era evidente que se disponían a acercarse a la fachada de la casa, momento en el cual tendríamos que asomarnos por la ventana para dispararles.

Skinflick, de rodillas a mi lado, dijo:

–Hay que empezar a disparar.

Tenía razón. Tomé una decisión táctica.

–Ocúpate del gordo. Yo me encargaré de los chicos.

Abrimos fuego, y la ventana se vino abajo frente a nosotros.

Lo que pensaba al repartir los objetivos era que yo dispararía a los hijos en la pierna –preferiblemente en la pantorrilla–, porque Papi estaba tan gordo que hasta Skinflick le acertaría.

El problema fue que *yo* fallé una y otra vez. No es tan fácil dar a alguien en la pierna. Gasté prácticamente el cargador entero en acertar al hijo mayor de Karcher en la espinilla y volar el pie al chaval más joven.

Entretanto, Skinflick agotó el cargador sin dar a Karcher una sola vez. Y entonces Karcher volvió la ametralladora motorizada hacia nosotros.

En el momento en que tiré de Skinflick hacia atrás, el fragor estalló de nuevo. Trozos enteros del rincón de la pared frente al cual habíamos estado agachados se evaporaron en el aire, igual que en esas películas en que un viajero del tiempo aparece de pronto en el futuro y las cosas del presente empiezan a desvanecerse.

El aire se llenó de polvo y metralla y no se veía nada. Skinflick se me escurrió de la mano y lo perdí de vista. Me arrastré hacia el centro de la habitación, alejándome del rincón, situándome luego detrás de un trozo de muro caído. Sólo cuando empecé a toser me di cuenta de que casi me había quedado sordo.

Al cabo de un tiempo que no pude estimar, una ráfaga de viento de noviembre bombeó la casa, y el aire se aclaró. Por donde había estado la pared de enfrente y la lateral entraba la luz del día. Faltaban grandes trozos de techo, que dejaban al descubierto una habitación sobre nuestras cabezas y unas cañerías salpicando agua por los restos de una pared. Se veía todo hasta el vestíbulo. El cuadro de Jesucristo y los controles que ocultaba, eran escombros.

Karcher estaba junto a lo que quedaba del arranque de la escalera. Skinflick había caído de espaldas a sus pies.

Seguía empuñando la pistola, pero la guía estaba echada completamente hacia atrás, mostrando lo vacía que estaba.

–AH, EN QUÉ PUTO LÍO TE HAS METIDO, CHAVAL –le gritó Karcher. Por lo visto, recuperar la audición le estaba costando mucho más que a mí.

–VOY A MATARTE TAN DESPACIO, QUE QUERRÁS DEVORARTE A TI MISMO.

*Deliverance* es *El padrino* de los paletos chiflados.

Se me ocurrió que Karcher no se había enterado de que éramos dos.

Me puse en pie con mucha calma, y le metí un balazo limpiamente en la cabeza.

Lo demás ya lo han leído en los periódicos. Es probable que hayan visto reconstrucciones de los hechos en algún programa de televisión.

El hijo mayor de Karcher, Corey, a quien yo había disparado en la espinilla, murió desangrado. Al pequeño, Randy, le hice un torniquete. Podría haberse salvado, pero cuando me fui a buscar el coche, Skinflick lo mató de un tiro en la cabeza. Bienvenido a la mafia, Adam Locano, alias «Skinflick».

Cuando cargamos los tres cadáveres en el maletero, las mujeres salieron al jardín delantero y se quedaron mirándonos, la mayor berreando de rodillas y la más joven en silencio. Aquella misma noche los cadáveres ocuparon media docena de ataúdes infantiles, diseccionados por un técnico de la Oficina del Forense de Brooklyn que estaba en deuda con la organización por una apuesta sobre los Oscar, y los seis féretros fueron enterrados en una fosa común.

Antes de largarnos de allí, localicé a tantas chicas ucranias como pude. Había una en el potro de tortura del «despacho» de Karcher, a la que fue imposible reanimar, y a quien habría llevado con nosotros de haber creído que podríamos dejarla en un hospital antes que la bofia.[1]

Había una chica aún con vida encadenada en la planta de arriba, en la habitación de uno de los chicos; por pura suerte no la que estaba encima de la habitación del televisor. Y otras dos muertas colgando de unas cadenas en otro cobertizo.

La entrada al sótano, en donde se encontraba el resto de las muchachas, estaba en la parte de atrás. No había olido una peste como aquélla desde que ingresé en la facultad de medicina.

1. Es cierto, a propósito, que desde cerca aún se podía leer el troquel de los almacenes «Home Depot» en las planchas de madera del potro. En las que no estaban demasiado cubiertas de sangre y mierda.

Skinflick y yo nos detuvimos en el mismo teléfono público en el que yo había quedado con el chico de reparto, y llamé a la poli para explicarles adónde tenían que ir y con lo que se iban a encontrar. A Locano lo llamamos por el móvil. Tras depositar los cadáveres de los Karcher, nos fuimos a casa, nos duchamos, Skinflick se emborrachó y se colocó, y yo me marché a buscar a Magdalena.

Desde que empezó el tiroteo apenas había cruzado palabra con Skinflick. Los dos estábamos muy afectados, pero también sabíamos que su decisión de cargarse a un chaval herido de catorce años era suficiente para dar por terminada nuestra amistad, aunque así habría sido igualmente en caso de que aquel día no hubiera salido mal ninguna otra cosa.

Y dos semanas después me detuvieron por el asesinato de las dos mujeres de Les Karcher.

## 17

El enfermero instrumentista me entrega un escalpelo de punta diminuta. Lo aprieto ligeramente sobre el punto central de la línea recién trazada con rotulador en el abdomen de Squillante, haciendo una súbita incisión en la piel de unos dos centímetros a lo largo de la marca de tinta y el polímero. Por un instante, antes de que la fisura se llene de sangre, las paredes de grasa parecen requesón. Luego devuelvo el escalpelo. No volverá a utilizarse en esta operación. El escalpelo hace un corte muy limpio, pero no detiene la hemorragia.

–Pinzas –pide Friendly.

–Bovie y sonda.

Un «Bovie» es un electrocauterio, un instrumento en forma de lapicero con un cable en el extremo y una tira metálica en la punta. Parece un diminuto aguijón para el ganado, así que es una pena que «Bovie» sea el nombre de su inventor, y no una abreviatura de «bovino».

Un Bovie no sólo corta sino que también quema, de manera que va cerrando los vasos sobre la marcha. (También deja un rastro de horrorosa carne carbonizada, y por eso no se utiliza para sajar la piel.) La idea consiste en as-

pirar con una sonda la sangre de la incisión, localizar luego rápidamente los puntos por donde se han abierto las arterias y pasarles el Bovie para cauterizarlas. Hay que hacerlo en el acto, porque la succión sólo deja una fracción de segundo de visibilidad. Luego todo es sangre otra vez.

Entrego la sonda a mi estudiante, a ver si aplicándose con ella se le quita el aire de estúpido. Cuando él aspira sangre, espero hasta que aparecen unas gotitas, luego elijo una vena y trato de electrocutarla antes de que vuelva a manar a chorros.

A este ritmo la operación va a durar varios días, y además mis intervalos de conciencia e inconsciencia empiezan a alternarse, con una duración de una milésima de segundo cada vez, como los picos y valles de una señal de radio. De la frente me cae sudor sobre la incisión de Squillante.

Friendly acaba aburriéndose y empieza a dar toquecitos aquí y allá con sus «pinzas», que tienen un aspecto semejante a unos alicates. Coge arterias que yo no veo, de modo que lo único que tengo que hacer es tocar con el Bovie el metal de su instrumento y cauterizar las arterias por conducción, a ciegas.

Cuando se detiene la hemorragia, Friendly pincha el asqueroso tegumento del fondo de la incisión con las pinzas y la abre, rompiendo la membrana. Luego me selecciona otros cuantos vasos para que los cauterice.

Y entretanto, echa una mirada al instrumentista, que es un enfermero negro de veintitantos años.

–Así que no puedo decir «marica» en el quirófano –le dice–. Qué gente tan delicada hay por aquí. Antes tengo que pedir *permiso.* Se me había olvidado que ahora todo se hace en *colaboración.*

El enfermero instrumentista no responde, de modo que Friendly se vuelve hacia mi estudiante.

–¿Sabes lo que significa «medicina en colaboración»?

–No, señor –contesta el chico.

–Quiere decir diez horas extra a la semana sin que te las paguen. Espero que eso te haga mucha ilusión, chaval.

–Sí, señor –afirma el estudiante.

Friendly se dirige de nuevo al instrumentista y le pregunta:

–¿Puedo decir «negro» aquí? ¿O tengo que decir otra cosa? –Hace una pausa–. ¿Qué te parece «los artistas a quienes antes se llamaba negros»? Puedo decirlo? ¿O debo solicitar *permiso* para decir eso también?

Los quirófanos, cabría decir, junto con las obras de construcción, son el último refugio de sexistas, racistas, o de quienes padezcan algo parecido al síndrome de Tourette. La cuestión es que molestar a la gente los ayuda a mantener la calma en situaciones tensas. En realidad los sociólogos podrían estudiar los quirófanos para saber cómo eran los lugares de trabajo en los años cincuenta.

–¿Qué me dices, Scott? –pregunta el doctor Friendly al enfermero.

El instrumentista lo mira con frialdad.

–¿Se dirige usted a mí, doctor Friendly?

–A lo mejor, aunque no sé por qué –contesta Friendly. Tira las sanguinolentas pinzas en medio de la bandeja del instrumental–. Ya está. Vamos a abrir.

Clava la punta de los dedos en la incisión, se inclina hacia delante y da un tirón, abriéndola como un enorme monedero de cuero. Quedan a la vista los músculos abdominales de Squillante, rojos como la remolacha y ahora con una luminosa franja blanca en el centro, que es por donde haremos la siguiente incisión ya que por ahí apenas hay flujo sanguíneo.

–Nódulo de Sister Mary Joseph, negativo –anuncia

Friendly a la enfermera circulante, que ahora está frente al ordenador–. Tampoco hay nódulo de Virchow, podéis estar seguros.[1]

Paso el Bovie a lo largo de la franja blanca.

–¿Qué directrices va a utilizar con respecto al nódulo linfático, japonesas o americanas? –quiere saber mi estudiante.

–Eso depende –contesta Friendly–. ¿Estamos en Japón?

–¿Y eso qué más da, señor? –pregunta la estudiante, al fondo de la sala.

–En Japón se pasan todo el día buscando ganglios para su extirpación preventiva –responde Friendly–. Porque allí tienen seguridad social.

Separa las dos bandas de músculo.

–Separador –pide–. Estamos en el abdomen.

El enfermero instrumentista empieza a montar el separador, un arco de ancho diámetro que puede acoplarse a la incisión para mantenerla abierta.

Mientras esperamos, Friendly se vuelve a mirar a la estudiante, que no está interviniendo, y le dice:

–No te preocupes, aquí no tardaremos mucho en implantar la seguridad social. Stacey, ¿quieres comprobar mi busca?

–Pues claro, doctor Friendly –dice Stacey–. ¿Dónde lo tiene?

–En el pantalón.

De pronto, todo el mundo baja la vista en la sala. Stacey se acerca a Friendly con paso animoso y le tantea el culo.

–Bolsillo delantero –indica él.

Como creo haber dicho en otra parte, las blusas y pantalones de pijama sanitario son reversibles. De modo que

1. ¡Jerga del cáncer!

mientras el bolsillo trasero del pantalón está a la derecha, por fuera, el bolsillo delantero se encuentra a la izquierda, *dentro* del pantalón.

Stacey mete la mano bajo la bata quirúrgica de Friendly en torno a la entrepierna. Me mira y arruga la nariz en un gesto que resulta francamente encantador.

–Aquí no hay nada –anuncia finalmente.

–*Eso* ya lo sabíamos –tercia el enfermero de quirófano.

Todo el mundo suelta una ruidosa carcajada. Friendly se pone colorado, y luego se le llena la cara de manchas en torno a la mascarilla. Arranca el separador de las manos del instrumentista y lo encaja bruscamente en el abdomen de Squillante.

–¿Queréis que os diga una cosa? –dice cuando ya lo ha colocado–. Que os den por culo. Vamos a trabajar.

Y eso hacemos. Durante un rato, lo único que se oye es la señal del EKG de Squillante. A mí, cada pitido me parece el timbre del despertador tras una eternidad de agitado sueño. Me empieza a temblar el antebrazo por la inyección del Tío del Culo.

Pero vamos avanzando, al menos. Primero apilamos los intestinos de Squillante, amarrando cada espiral a una tenue lámina de tejido que le facilita sangre y todo eso. De manera que al tiempo que se deslizan unos sobre otros, como tiburones en un tanque, no se pueden desenrollar igual que una cuerda. Hay que hojearlos, como las páginas de un archivo giratorio, o una guía telefónica.

–Quiero un Trendelenburg inverso –pide Friendly.[1]

1. «Trendelenburg inverso» significa que hay poner al paciente con los pies más bajos que la cabeza, y «Trendelenburg», que los pies están más altos que la cabeza. Pero a ningún cirujano del mundo se le pillará ni muerto diciendo «cabeza arriba» ni «cabeza abajo». Eso por si se preguntan por qué su apendicectomía duró cuatro horas.

El Trendelenburg inverso nos ayuda a terminar de plegar los intestinos para quitarlos de en medio, lo que al fin nos revela el estómago de Squillante.

Lo mismo que con la incisión inicial, lo difícil aquí no será extirpar el estómago, cosa que cualquier sacerdote azteca podría hacer cinco veces y estar a mediodía en el campo de golf. La dificultad consiste en detener la hemorragia –encontrar y seccionar docenas de arterias que penetran en el estómago como radios de una rueda–, para evitar que Squillante muera. Friendly coge otro Bovie y empieza a seleccionar arterias por su lado mientras yo trabajo en el mío.

–Fijaos qué curioso, gilipollas –empieza Friendly de nuevo, sin venir a cuento–. ¿Cuántos años de capacitación tengo? ¿Once? ¿Quince? Más, si contamos hasta el instituto. ¿Y para qué? Para que pueda pasarme el día entre un montón de retrasados mentales sin cultura, respirando partículas de verrugas genitales en el Bovie y viendo cómo mi salario va a parar a manos de mi ex mujer y a la mitad de los directivos de la organización para el mantenimiento de la salud de Estados Unidos. Bueno, vosotros también respiráis esas partículas. Pero aun así.

Sus movimientos se vuelven un tanto espasmódicos. O a lo mejor es mi acelerado ciclo de duermevela.

–Ah, pero *eso está* bien –prosigue Friendly–. Tengo que *salvar* vidas. De gente como este capullo del anillo en el meñique, que se ha pasado la vida comiendo carne de buey y fumando cigarrillos, sin levantar el culo del asiento.

–Sutura –aviso yo, empezando a coser las arterias más grandes. Se me rompe la puntada entre los dedos. Pido otra.

–La puta industria cárnica y el asqueroso negocio de la OMS –continúa Friendly–. Al-Carneda y la OMSama. Convierten mi vida en un infierno mientras otros se lo pa-

san bomba. Supongo que el tabaco es muy agradable. Todas las cosas que nunca he hecho son probablemente divertidas. Como cuando yo estudiaba en la facultad, y vosotros os pasabais el día en el parque fumando hierba, escuchando a Marvin Gaye y follando como conejos.

Esta vez doy la puntada con más suavidad, y se mantiene. Me sorprende la rapidez con que recuerdo cómo se hace el nudo, sobre todo cuando lo del antebrazo empieza a agarrotarme los dedos. Pero algo que te enseñan a hacer primero con manitas de cerdo, luego con un pie de un ser humano muerto, y finalmente con el pie de una persona viva, probablemente se te queda para siempre en la memoria.

–Sutura –dice Friendly. El enfermero instrumentista le da hilo, pero se le enreda y agita los dedos con furia hasta soltarlo en el abdomen abierto de Squillante–. ¿Sabéis lo que debería haber sido? –prosigue Friendly–. Tenía que haberme hecho encantador de serpientes. El trabajo es el mismo pero la paga es mejor. En cambio, salvo la vida a gente que espera morir en mi mesa de operaciones para que luego me pongan una demanda de cojones. Porque eso es lo que todo el mundo quiere: la oportunidad de comerse la reina con un peón.

–¿Doctor Friendly? –pregunta el enfermero de quirófano.

–*¿Qué?* –replica Friendly.

–¿Quién es la reina en esa situación?

Hay otra ronda de risas ocultas tras las mascarillas.

–¡A tomar por culo! –exclama Friendly, cogiendo el enredado hilo de sutura y tirándoselo a la cara al enfermero. Pero como pesa muy poco para recorrer esa distancia, cae al suelo describiendo un arco.

Por un momento ninguno nos damos cuenta de que,

con la otra mano, Friendly ha metido el Bovie en el bazo de Squillante.

No es que lo haya introducido, simplemente. Lo ha movido de arriba abajo, *rebanándoselo.* Vemos cómo la incisión se cubre de gotas de sangre, que pronto sale a borbotones.

–¡Hay que joderse! –se queja Friendly, sacando el Bovie de un tirón.

El bazo es básicamente una bolsa de sangre del tamaño de un puño, situada en la parte izquierda del estómago. En focas, ballenas y caballos de carreras es de mayor tamaño y contiene más provisión de sangre oxigenada. En los seres humanos, su función principal es filtrar los glóbulos rojos viejos o en mal estado, además de albergar un espacio en donde los anticuerpos pueden clonarse a sí mismos cuando se ven activados por una infección. Se puede vivir perfectamente sin bazo, como tanta gente que tiene accidentes de coche o anemia causada por células falciformes. Pero es malo que se desgarre de pronto. Porque casi todas las arterias que pasan por el bazo también van al estómago, de modo que una hemorragia en el bazo puede conducir rápidamente a la muerte.

Friendly desconecta con gesto brusco el Bovie de su fuente de alimentación y lo arroja al suelo, gritando:

–¡Dame unas pinzas!

–El Bovie está en el suelo –advierte con calma el enfermero de quirófano, echando un puñado de pinzas a la bandeja. Friendly coge un par de ellas y trata de unir los bordes de la herida del bazo.

Las pinzas desgarran el tejido, llevándose consigo la mayor parte de la superficie del órgano.

La sangre de Squillante empieza a brotar a chorros.

–¿Qué pasa? –grita el anestesista desde el otro lado de

la cortina–. ¡La presión sanguínea ha descendido diez puntos!

–¡Vete a tomar por saco! –exclama Friendly, mientras ambos nos ponemos en acción.

Cojo unas pinzas yo también y empiezo a buscar arterias. Sólo las grandes, porque son las únicas que se ven entre el surtidor de sangre.

Friendly no me da la bronca cuando sujeto la arteria gastroepiploica, que se extiende hacia el bazo desde la zona inferior del estómago. No sé si se da cuenta siquiera. Pero cuando voy por la arteria esplénica propiamente dicha, que sobresale de la aorta como un grifo, me aparta el brazo de un manotazo, haciendo que casi me cargue a Squillante en el acto.

–¡Qué coño estás haciendo! –grita.

–Hemostasia –le explico.

–¡Jodiéndome las arterias, más bien!

Me lo quedo mirando.

Entonces me doy cuenta de que en realidad cree que puede salvar el bazo de Squillante, en vez de ligarlo y extirparlo.

Porque si lo salva no tendrá que incluir en el informe la complicación de habérselo abierto.

Salta la alarma en el monitor de la presión arterial.

–¡Controladlo! –grita el anestesista.

Adelantando el hombro por si Friendly se pone bravucón de nuevo, intento sujetar de nuevo la arteria esplénica, y esta vez la cierro a unos dos centímetros por debajo de la aorta. La pérdida de sangre del bazo aminora hasta convertirse en un espaciado goteo, y se apaga la alarma de la presión sanguínea.

–Sutura y aguja –pide Friendly entre dientes.

Empieza a coser los restos del bazo de Squillante en un

bulto de horroroso aspecto. A medio camino se le rompe la aguja.

–¡Stacey! –grita Friendly–. ¡Di a los cabrones de tus jefes que aprendan a hacer suturas, o me paso a Glaxo!

–Sí, doctor –conviene Stacey desde un sitio que parece muy lejano.

La siguiente aguja aguanta mejor, o quizá Friendly no da tirones tan fuertes o lo hace de distinta manera.

–¿Puedes pasarme ya alguna de mis arterias? –me pregunta.

–No van a aguantar –le advierto.

–¡DAME LA PUTA ESPLÉNICA!

Separo las asas de las pinzas que mantienen cerrada la arteria esplénica. El bazo empieza de pronto a hincharse de nuevo.

Luego se abre por la mitad a lo largo de la incisión suturada, salpicando sangre por todas partes. Mientras Friendly arroja contra la pared las pinzas que tenía en la mano, vuelvo a cerrar la arteria esplénica.

–Pinzas en el suelo –indica el enfermero instrumentista en tono indiferente.

–Voy a extirpar el bazo –anuncio.

–Y una mierda –me contradice Friendly–. Lo hago yo.

–Quiero hacer una transfusión –interviene el anestesista.

–¡Estupendo! –aprueba Friendly con un grito–. Engánchalo, Constance.

Constance abre una nevera Coleman en la que pone «Friendly» con tinta permanente, y saca dos bolsas de sangre.

–¿Está bien comprobada esa mierda? –inquiere el anestesista.

–Tú a lo tuyo –le dice Friendly.

Mano a mano, Friendly y yo extirpamos el bazo a Squillante. Nos lleva alrededor de hora y media. Friendly ordena a mi estudiante que lo lleve a Patología, para estar luego en condiciones de alegar que lo ha extirpado a propósito, buscando un cáncer. Lo que, debo reconocer, habrá supuesto una franca mejoría.

Después de eso, el hecho de extirpar el estómago es lento pero aburrido. Ya nos hemos liquidado la mitad de las arterias del abdomen de Squillante. No hay nada que pueda causar una hemorragia. Tiene suerte de que aún le fluya sangre al hígado y al colon.

Volver a unir el esófago al intestino es más molesto, como coser dos trozos de pescado hervido. Pero hasta eso acaba haciéndose.

–Venga, ciérralo –me dice finalmente Friendly–. Me voy a redactar el informe de la operación.

Cerrar me llevará casi otra hora, y estoy más cansado que nunca en la vida. Además me ha dado un calambre en los dedos de la mano derecha y casi no puedo moverlos.

Pero prefiero cerrar solo a Squillante antes que con Friendly. Hay tantas capas en el cuerpo humano que incluso un buen cirujano se dejará algunas sin coser si la operación se prolonga demasiado. Siempre que las capas más próximas a la superficie estén en su sitio, el paciente no notará la diferencia. Sólo que después habrá más probabilidades de que se le revienten.

Y, en cuanto a mí, quiero que Squillante quede lo más sujeto posible. Bien ceñido e impermeable como un traje de goma.

Cuando al fin salgo tambaleante del quirófano, veo a Friendly en el pasillo, bebiendo una Coca *light* y tocándole el culo a una enfermera con cara de susto.

–No te olvides de moderar ese entusiasmo, chico –me dice.

Ni siquiera sé si estoy despierto. He pasado la última media hora prometiéndome que me tumbaría a la primera ocasión. De modo que a lo mejor ya lo he hecho y ahora estoy soñando.

–Está usted como una puta cabra –le contesto.

–Entonces tengo suerte de que esto no sea una democracia –replica–. Sino una dementocracia. Y yo soy el rey.

Esa última frase se la dice a la enfermera. Me importa un bledo.

Ya lo he dejado atrás en el pasillo, por el que avanzo dando tumbos.

Abro los ojos. Oigo una alarma que suena como un camión en marcha atrás. Y hay un montón de voces.

Estoy en una cama del hospital. No tengo idea de por qué ni dónde. Todas las paredes menos la que tengo atrás, son cortinas.

Entonces el busca y la alarma del reloj me suenan al mismo tiempo, y lo recuerdo: me he tumbado a echar una siesta de veinte minutos. En la sala de reanimación. En la cama contigua a la de Squillante.

Me pongo en pie de un salto y descorro la cortina que separa su cama de la mía.

Hay gente a su alrededor. Enfermeras y médicos, pero también, cerca de los pies de la cama, un grupo de visitantes. Agresivos miembros de la familia, supongo, que han

venido a ver cómo ha salido todo. El nivel de ruido es increíble.

Porque Squillante está en las últimas.

En cuanto echo una ojeada, su EKG deja de dar brincos por toda la pantalla y forma una línea plana, desencadenando otra alarma. El personal médico se pone a gritar y a pasarse hipodérmicas unos a otros, que luego le clavan en diversas partes del cuerpo.

–¡Una descarga! ¡Que le den una descarga! –grita una de las visitas.

No se la dan. Es absurdo. Se aplican descargas eléctricas a los pacientes con un ritmo cardiaco anómalo, no a quien no lo tiene. Por eso lo llaman «desfibrilar» en vez de «fibrilar».

De manera que Squillante sigue muerto. Finalmente, los lelos de la UCI se dan por vencidos y empiezan a echar a la gente para tener algo que hacer.

Intento adivinar cuál de los visitantes es Jimmy, el tipo encargado de pasar el mensaje de Squillante sobre mí a David Locano en el Complejo Penitenciario Federal de Beaumont, en Texas. Apuesto por el individuo de traje con chaleco que ya se está sacando el móvil al salir de la sala de reanimación. Pero hay un montón de aspirantes más. Demasiados para que se pueda hacer algo.

Así que me acerco a la cabecera de la cama y arranco de la máquina la impresión del electro de Squillante. En cierto modo era completamente normal hasta hace unos ocho minutos, cuando empezó a dispararse por todos lados.

Los picos ni siquiera se aproximan a lo que es normal. Forman un amasijo de «M» y «U» mayúsculas, como si intentaran deletrear la palabra «MUERTE». Cojo el cubo rojo de «riesgo biológico» y lo llevo al otro lado de la cortina, en donde he dormido la siesta. Lo vacío sobre la cama.

Incluso con todas las jeringas usadas y gasas ensangrentadas, no tardo mucho en encontrar los dos viales vacíos con la etiqueta de «Martin-Whiting Aldomed».

Que estaban llenos de potasio.

## 18

Las dos mujeres de Les Karcher se llamaban Mary, aunque la familia daba a la más joven el cariñoso apelativo de «Tetas». La pasma y los sanitarios encontraron a la Vieja Mary delante de la casa, en donde Skinflick y yo la habíamos dejado. Le habían aplastado el cráneo, sin duda con la placa de hierro del fogón que se encontró cerca de su cadáver, sin huellas (según los agentes del FBI) pero con una buena cantidad de tejido cerebral. Tetas, al igual que los tres Karcher, había desaparecido pura y simplemente.[1] A diferencia de ellos, no había dejado rastro alguno de sangre.

El hecho de que el FBI me acusara de los asesinatos de las Mary y no de los Chicos Karcher, tal como llegó a denominarse al padre y los hijos, tenía cierto sentido. Las Mary resultaban mucho más simpáticas, y los agentes tenían uno de los cadáveres. Y si la causa no cuajaba, siem-

1. Miren, lamento llamarla «Tetas», pero todo el mundo la llamaba así. Hasta en las diligencias procesales, incluso en una ocasión en la *sala* del tribunal, aunque misteriosamente no apareció en la transcripción.

pre podían imputarme más tarde los asesinatos de los Chicos.[1]

Por otro lado, juzgarme por los asesinatos de las Mary no era buena táctica en otros aspectos, porque en realidad yo no los había cometido. Cualquier prueba que presentara la acusación estaría amañada o tergiversada, y les resultaría imposible rebatir la «explicación alternativa»: que Tetas, después de Dios sabe cuántos años de malos tratos, había descerebrado a la Vieja Mary largándose con los doscientos mil dólares que, según había oído por casualidad una de las chicas ucranias, estaban ocultos en la casa.

A propósito, y para que conste, permítanme declarar lo siguiente:

Tetas, si eso es lo que pasó en realidad, no te guardo rencor. Aunque estuvieras escondida en algún sitio todo el

1. La idea de que en Estados Unidos no se puede juzgar a alguien dos veces por el mismo delito resulta ser una pamplina. Se puede juzgar dos veces a cualquiera por la misma acusación –una en un tribunal federal y otra en una audiencia estatal– y se le puede acusar cantidad de veces por el mismo delito. Por ejemplo, en el juicio federal a mí me acusaron (con dos cargos cada vez) de: asesinato en primer grado; homicidio involuntario en primer grado; asesinato con arma de fuego durante la comisión de un delito violento o de tráfico de drogas; asesinato en el curso de un secuestro; asesinato por encargo; asesinato en el marco de un delito asociado a una organización criminal; asesinato con agravante de tortura; asesinato relacionado con una empresa delictiva continuada o un delito de tráfico de drogas, o asesinato de un agente de la ley federal, estatal o local en el ámbito de tráfico de estupefacientes; asesinato relacionado con un delito de explotación sexual de la infancia; y asesinato con intención de evitar la declaración de un testigo, una víctima o un informador. La larga lista de cargos estaba concebida para que el jurado me condenara por algo, y también para elevar a cuatro cifras mi posible sentencia. Pero incluso los agentes federales se reservaron la posibilidad de juzgarme otra vez por otros cargos, y de mandarme ante un tribunal estatal.

tiempo, leyendo todos los días en el *New York Post* los detalles de mi juicio y desternillándote de risa al pensar que podías intervenir para salvarme –cosa que dudo– pero que no lo ibas a hacer, tu comportamiento es enteramente comprensible.

Aunque no puedo jurar que seguiría pensando lo mismo si las cosas hubieran resultado de otro modo.

Mi «equipo de defensa» lo constituyó el bufete de Moraday Childe. Incluía, en particular, a Ed Louvak, «el Johnnie Cochran* Triestatal»,** y a Donovan Robinson, «el Único Miembro De Su Equipo Jurídico Que Siempre Le Devolverá Las Llamadas, Aunque Cualquier Otro Le Cobraría Cuatrocientos Cincuenta Dólares La Hora, En Números Redondos, Por Escuchar Sus Mensajes».

Donovan, que ahora es adjunto especial en el Ayuntamiento de San Francisco *–¡Hola, Donovan!–,* tiene cinco años más que yo, de manera que entonces debía tener veintiocho. Era listo pero parecía estúpido *–¡Lo siento, Donovan! ¡Sé cómo son las cosas!–,* justo lo que se requiere en un abogado defensor. Hizo todo lo que pudo por ayudarme, supongo que porque creía en mi inocencia. Al menos en esos cargos concretos.

Por ejemplo, Donovan fue el primero en ver lo raro que era el cargo de asesinato con agravante de tortura, teniendo en cuenta que no se sustentaba en prueba alguna y que había testimonios directos de varias chicas ucranias de

* Abogado de famosos, más conocido por haber logrado la absolución de O. J. Simpson. *(N. del T.)*

** Se refiere a los estados vecinos de Nueva York, New Jersey y Connecticut. *(N. del T.)*

que la Vieja Mary, si no había participado directamente, al menos había prestado servicios auxiliares en un par de sesiones bastante horripilantes. De modo que era un asunto que lógicamente la acusación no querría suscitar.

Donovan vino un día a verme a la cárcel –qué curioso, no recuerdo que Ed Louvak lo hiciera en ningún momento– y me dijo:

–Tienen algo contra ti. ¿De qué se trata?

–¿A qué te refieres? –le contesté.

–Poseen alguna prueba de la que no nos han hablado.

–¿No va eso contra la ley?

–Desde el punto de vista técnico, sí. Por regla general tienen que comunicarnos, «en debida forma», todo aquello de que dispongan. Pero si se trata de algo sustancial, el juez lo permitirá de todos modos. Podemos basarnos en eso para solicitar la nulidad del juicio, pero lo más probable es que no lo consigamos. De modo que si sabes algo sobre lo que podrían tener, será mejor que pienses en contármelo.

–No tengo la menor idea –le contesté. Y era verdad.

David Locano pagaba todo aquello, a propósito, aunque no directamente. No deseaba establecer un vínculo expreso conmigo, y probablemente también pretendía estar en condiciones de cortar todo tipo de comunicación en caso de que me convirtiera en un peligro para él o para Skinflick.

Pero en aquel momento no había motivo alguno para que eso sucediera. Todos sabíamos que los agentes federales se abstendrían de acusar a Locano de incitación al asesinato hasta que demostraran, de manera fehaciente, que yo había asesinado a alguien. Y Skinflick ni siquiera era sospechoso. Locano había mantenido a su hijo al abrigo de toda sospecha. Le había prohibido atribuirse la responsabi-

lidad del trabajo hasta que hubiera cesado toda presión policial. Y él nunca había mencionado personalmente a Skinflick en relación con los Karcher fuera de la sala de vapor de los Baños Rusos de la calle Diez.

Lamentablemente, se había mostrado un poco más descuidado en lo que a mí se refería. Los federales tenían ocho horas de conversaciones telefónicas grabadas en las que Locano se refería a mí como «el Polaco». Por ejemplo: *«No te preocupes por los hermanos K. El Polaco va a hacerles una visita la semana que viene.»* Pero al menos eso le daba un poderoso incentivo para procurar que no me condenaran.

Los federales nos contaron enseguida lo de las cintas, para animarme a volverme contra Locano. También nos dijeron que ya tenían en la cárcel a un miembro de la mafia dispuesto a testificar que, en principio, yo era un conocido asesino a sueldo que trabajaba para Locano.

Pero el FBI, si es que Donovan estaba en lo cierto, mantendría la Prueba Misteriosa en secreto hasta el último momento.

Y entretanto yo me pudría en la cárcel.

La genial Wendy Kaminer dijo una vez que si un conservador es un progresista que ha sufrido un atraco, entonces un progresista es un conservador que ha estado detenido. Cabría pensar que un sicario de la mafia no es exactamente el tipo más indicado para ilustrar ese argumento, pero qué *coño,* permítanme señalar un par de cosas.

La primera es que si los acusan –y los *inculpan,* claro– de un delito castigado con la pena capital, no les ofrecerán la libertad bajo palabra. *Antes de que empezara siquiera el juicio* me pasé ocho meses en el Centro de Detención Fe-

deral Metropolitano de la Región Nordeste (CDFMRN), que está en el centro de Manhattan, frente al edificio del Ayuntamiento.

La segunda es que, a menos que seas un famoso asesino a sueldo que dé miedo con sólo mirarlo, como era mi caso, les harán en la cárcel muchas más putadas que a mí. A mí nunca me obligaron, por ejemplo, a dormir junto a la taza del váter, de aluminio y sin tapa, que en todo momento mantenía una perfecta tensión superficial de orines, mierda y vómito, a la espera únicamente de salpicar por todas partes cada vez que alguien lo utilizaba. Nunca me forzaron a «cambiarme de calzoncillos», según lo llaman, ni a degradarme de las otras mil maneras fantásticamente imaginativas que los presos inventan para demostrar su poder sobre los demás y combatir el aburrimiento. Hasta los guardias me lamían el culo.

Y recuerden: no estaba cumpliendo condena. Sólo detenido en un calabozo. En el lugar adonde se manda a los presuntos *inocentes.* En la ciudad de Nueva York, el hecho de que a uno lo envíen a Rikers Island (adonde yo habría ido en caso de que los delitos de que me acusaban no hubieran sido de carácter federal) sólo significa que tienes que responder de algunos cargos.

Y quizá pienses que nunca acabarás en ese sitio, porque eres blanco y el sistema judicial funciona a *tu favor,* o porque nunca has fumado hierba ni hecho trampas con los impuestos ni dejado resquicios para nadie que quiera perjudicarte; pero eso no significa que no vayas a parar allí. Se cometen errores, después de lo cual te verás atrapado en una maquinaria tan compleja como la del Departamento de Vehículos Motorizados, pero manejada por personal contratado con requisitos mucho menos estrictos.

Y encima –incluso en Nueva York, y seas quien seas– hay ciento cincuenta veces más posibilidades de ser detenido de que te atraquen por la calle.

Además, noticias frescas: la cárcel es una mierda.

Tal como aseguran, es *ruidosa.* Se supone que las perreras son estrepitosas porque cualquier ruido superior a los cincuenta decibelios causa dolor a los perros, de modo que una vez que un perro empieza a ladrar por eso, todos los demás siguen su ejemplo, y el número de decibelios sigue su cuenta ascendente. En la cárcel es lo mismo. Siempre hay alguien que está demasiado loco para dejar de gritar, y siempre están las putas radios, pero esas cosas sólo constituyen un aspecto del problema.

En la cárcel la gente habla continuamente. A veces lo hacen para fastidiarse unos a otros. En la cárcel, incluso internos tan estúpidos que uno se sorprende de que sepan respirar, están continuamente tratando de sacar tajada. Porque hay buenas posibilidades de que encuentren a alguien aún más imbécil que ellos: alguien que está más en tensión, o más jodido por las drogas, o que su madre bebía más alcohol cuando estaba embarazada de él, o cualquier otra cosa por el estilo.

Pero en la cárcel también se habla por hablar. La información, en un lugar tan caótico, resulta vital con independencia de su calidad.

El verdadero valor de la conversación en la cárcel, sin embargo, consiste en que *evita* pensar a la gente. No hay otra forma de explicarlo. Los reclusos prefieren mantener una charla con alguien que esté cuatro celdas más allá antes que callarse la puta boca durante dos minutos. Como si no hubiera ya bastante ruido con el tío que está acuchi-

llando o violando a un interno que no se encuentra muy lejos de ti, o afilando su jeringa de fabricación casera en la pared. La gente a quien uno amenaza de *muerte,* sigue dirigiéndote la palabra.

Lo que todo el mundo espera es que en ese ámbito sin sentido acabes diciendo algo que no debes, para luego vender la información a los guardias. En la cárcel se habla todo el tiempo de lo odiosos que son los soplones, y de que no hay que chivarse de nada, y de que hay que disculparlos un momento mientras van a dar una puñalada a alguien por *chivato.* Ésa es una de sus palabras favoritas.[1] Pero *todos* esos cipotes, por mucho que repitan que prefieren morir antes que ser un *chivato,* se pasan la mayor parte del tiempo intentando averiguar algo de que chivarse. Para reducir su sentencia, lamer el culo, o simplemente para combatir el aburrimiento.

Otro tema predilecto en la cárcel es adónde van a mandar a cada cual.

Como miembro de la mafia y asesino, estaba claro que a mí me enviarían a una de las dos instalaciones que constituían el Nivel 5, los recintos de máxima seguridad de la organización penitenciaria federal. La cuestión era a cuál: Leavenworth o Marion.

Lo interesante de Leavenworth y Marion consiste en que aunque sean los dos únicos presidios de Nivel 5, y las dos peores cárceles de Estados Unidos, son completamente distintos. En Leavenworth, las puertas de las celdas están abiertas dieciséis horas al día, durante las cuales los pri-

1. Lo que suena aún más a Doctor Seuss, el autor de libros infantiles, si pensamos que «chota» es otra de sus palabras preferidas.

sioneros son libres de «relacionarse» a su antojo con los demás. Por lo visto, esa circunstancia se vuelve especialmente grotesca de junio a septiembre, porque en ese periodo el alcaide deja apagadas las luces en las plantas superiores. No hay más remedio: en Leavenworth se suda tanto que si las encendiera, los presos las romperían para suprimir esa fuente de calor.

En Marion, en cambio, la estética es enteramente distinta. Los internos se encuentran en «SegAd», o «Segregación Administrativa», lo que significa una diminuta celda blanca, en solitario, con una luz de difusión fluorescente sobre la cabeza que nunca se apaga y que es lo único que hay para mirar. Ahí pasan los reclusos veintitrés horas al día, y en la restante toman una ducha, salen a dar una carrerita en solitario en un espacio de cuatro metros, o esperan a que les quiten y pongan los grilletes de los pies, que han de llevar cada vez que hacen algo. En la blanca fluorescencia de la celda se tiene la impresión de estar flotando entre la nada, y de que en realidad no existe nada más.

Si Leavenworth es fuego, Marion es hielo. El infierno de Hobbes contra el de Bentham. Los tarados con los que estuve en la cárcel afirmaban que preferían Leavenworth, porque en Marion uno se volvía irremediablemente loco. También decían que a mí, en particular, me iría bien en Leavenworth con su libre circulación, porque como miembro de la mafia me granjearía respeto. Por lo menos mientras fuera lo bastante joven para defenderme por mí mismo.

«Respeto», a propósito, es la tercera palabra que se oye todo el tiempo en la cárcel. Por ejemplo: *«¿Es que quieres declarar la guerra, coño? ¡Es una falta de respeto llamar Carlos a esa puta chota! Tienes que llamarla Rosalita, tío. ¡No, me refiero a que es una falta de respeto para los violadores machos*

*del pabellón!»* Cosa que una vez me dijo textualmente un guardia.

Supuse que, en principio, era preferible Marion. Pero no me preocupé mucho por eso, porque uno no es quien decide si se pasa el resto de la vida en Marion o en Leavenworth. Por extraño que parezca, eso no lo decide *nadie.* Es algo que establece el azar, sobre la base de las camas disponibles.[1]

Y en cualquier caso, yo pensaba evitar ambos sitios. Chivándome de cosas o haciendo lo que fuera.

Estaba dispuesto a contar a los federales todo lo que sabía, sobre la mafia en general y David Locano en particular. Cierto que una vez quise a Skinflick como a un hermano. Había tenido más trato con sus padres que con los míos. También era verdad que quería tanto a Magdalena que habría vendido a los Locano y a quien hubiera hecho falta con tal de poder verla un instante, de estar una hora a solas con ella, en cualquier sitio.

Simplemente no sabía cuánto tiempo podía esperar. Si al final resultaba que por lo que fuera salía libre, sería una locura entrar innecesariamente en conflicto con la mafia. Pero si esperaba demasiado, y me condenaban, resultaría mucho más difícil llegar a un acuerdo con el fiscal.

Los hombres de Locano eran lo bastante listos como para no amenazar directamente a Magdalena –ni a mí, si vamos a eso–, porque sabían que entonces yo empezaría a pensar en la manera de perjudicarlos, y ya no pararía. Pero

1. Un listillo de Brooklyn me dijo una vez que se podía ir a Leavenworth «despejando» una cama, es decir, haciendo matar a alguien. Eso me parece una chorrada.

tampoco tenían que decir mucho. Yo estaba en una celda, y ellos andaban sueltos por ahí, cerca de ella. Los que venían a verme no dejaban de mencionarla: *«Ese juicio es una parida. Una gilipollez. Enseguida volverás con tu novia. ¿Cómo se llama? ¿Magdalena? Bonito nombre. Una chica estupenda. Estarás con ella dentro de nada. Le mandaremos algo.»*

Magdalena venía a verme cuatro veces por semana.

Los derechos de visita son más flexibles en el centro de detención que en el penal –porque: *¡Oye, eres inocente!*–, y por lo visto más aún en el federal que en el estatal. No se permite el contacto físico, pero ambas personas pueden sentarse a extremos opuestos de una larga mesa de metal sin divisoria, siempre que el interno mantenga las manos a la vista sobre el tablero. La visita puede tener las manos donde quiera, y pasárselas por donde le apetezca mientras tú hablas, y al cabo de unas semanas ni siquiera piensas que los guardias están ahí cuando lo hace. Y si os dais prisa podéis levantaros al mismo tiempo y besaros, o ella puede introducirte los dedos en la boca antes de que os separéis, y entonces la echan y luego te examina el dentista. Porque la advertencia de que no se le permitirá volver es una chorrada. Y los guardias, esos pobres parias, están dispuestos a mentir por ti.

Mi amor por Magdalena crecía más y más con cada una de sus visitas y extrañas y formales cartas. *«En el cuarteto no dejan de decirme que toco fuera de compás. Es verdad, porque estoy pensando en ti. Pero eso me hace tocar mejor, no peor, porque entonces estoy mucho más viva, de modo que no creo decepcionar a nadie. Toco mejor cuando lo hago con el corazón, y tú eres mi corazón, te quiero.»*

Si esto les recuerda a una de esas jodidas relaciones carcelarias en que una tía gorda se escribe con el personaje famoso que ha matado a su mujer, no me importa. Aquello

me salvó la vida, y me mantuvo en mi sano juicio. Sus visitas borraban durante días la sordidez de aquel sitio de mierda.

Magdalena hablaba con el abogado más que yo. Cuando Donovan nos sugirió, a cada uno por separado, que si nos casábamos ella no tendría que testificar en contra mía, Magdalena me dijo que estaba más que dispuesta. Que haría cualquier cosa.

Le contesté que yo no quería, porque lo que deseaba era casarme con ella de verdad.

–No seas tonto –repuso ella–. Estamos prácticamente casados desde el 3 de octubre.

Dejaré que se hagan una idea por sí solos. Sería como describir el aspecto de la superficie del sol.

No es que nadie pensara seriamente en que citarían a Magdalena a declarar en el juicio. Habría desgarrado el corazón al jurado con sólo *mirarlo.*

Me traía libros, que resultaba difícil leer a causa del ruido. Luego me trajo tapones para los oídos.

Y, sin decírmelo, inició los trámites para hacerse funcionaria federal de prisiones, con objeto de tener la posibilidad de estar cerca de mí si las cosas salían mal.

A principios de verano de 2000, me sacaron de la celda para llevarme a un despacho del CDFMRN en el que no había estado nunca. Eso no era nada fuera de lo corriente, porque cada dos semanas o así había una «comparecencia inicial», una «vista previa» o lo que fuera, para comprobar datos como que yo era quien afirmaba ser o quien los federales decían, y si en realidad se había cometido un delito. Pero esta vez el guardia me dejó solo en el despacho y salió a esperar fuera. Lo que me pareció suma-

mente extraño, aun cuando tenía esposas en las muñecas y grilletes en los pies.

Inmediatamente me puse a buscar un teléfono para llamar a Magdalena. No había. Tanto el escritorio como las estanterías de madera estaban vacíos. La butaca de la mesa, también de madera, era de esas antiguas con listones en el respaldo. La ventana tenía un antepecho por fuera, y si hubiera querido escapar aquél habría sido un buen momento. Lo estuve pensando durante un par de minutos, y seguía mirando por la ventana cuando la puerta se abrió a mi espalda y entró Sam Freed.

Entonces tendría cerca de setenta años, llevaba un arrugado traje gris y caía bien enseguida. Cuando empecé a apartarme del escritorio, alzó la mano y me dijo:

–Siéntese.

Así que me senté en la butaca y él cogió una silla que había arrimada a la pared y se acercó a la mesa.

–Me llamo Sam Freed –anunció. Nunca había oído hablar de él.

–Pietro Brnwa.

Había algo en él que le hacía sentirse a uno, incluso con el mono naranja y los grilletes, como un ser humano.

–Trabajo en el Ministerio de Justicia –explicó–. Aunque ya estoy más o menos jubilado.

Eso es lo que dijo. Y no, por ejemplo: «Soy el inventor del PFPT», aunque habría sido verdad. No dijo: «He roto el espinazo a la mafia, y la gente a quien he procurado inmunidad tiene la tasa más baja de reincidencia que se ha registrado nunca.»

Desde luego, tampoco dijo que era una de las personas más odiadas de los cuerpos policiales. Porque, claro, había asestado un golpe de muerte a la mafia, pero sólo a costa de proporcionar una nueva vida a un montón de mamo-

nes, cosa que la mayor parte de los polis e incluso los federales consideraban imperdonable.

Era judío, por supuesto. ¿Quién más iba a luchar tan infatigablemente por la justicia, convirtiéndose además en un paria? Su padre había llevado el Mercado de Pescado de Fulton Street, pagando el cuarenta por ciento de los beneficios a Albert Anastasia.

Como he dicho, sin embargo, en aquella época nunca había oído hablar de él.

–Ah –contesté.

–Babu Marmoset me ha hablado de usted.[1]

–No sé quién es.

–Un muchacho indio. Médico. Pelo largo. Le hizo un reconocimiento hace un par de semanas.

–Ah, sí.

Ahora lo recordaba, aunque sólo alguien de la generación de Freed podría decir que tenía el pelo largo. Al tiempo que me hacía el reconocimiento, Marmoset estuvo hablando por teléfono y rellenando mis papeles. Luego me dijo: «Está usted estupendamente.» Por lo que yo sabía, hasta ahí había llegado nuestra conversación.

–Me sorprende que se acuerde de mí –dije a Freed–. Parecía un poco distraído.

–Siempre lo está –rió Freed–. Sabe Dios de lo que sería capaz si pudiera centrar la atención. Voy a contarle una historia. –Puso los pies sobre el escritorio y empezó–: Mi mujer y yo solemos ir a un restaurante con espectáculo. A uno de esos chinos en donde unos actores ponen en escena un crimen y los comensales han de resolverlo. Es ri-

1. «Babu», apodo corriente del varón más joven de una familia india, evidentemente no es su nombre de pila. El Profesor Marmoset se llama Arjun.

dículo, pero nos dan de cenar y a los actores también, así que no está mal.

»A veces nos acompaña Babu. Parece que nunca presta atención. Suele venir con alguna chica, en realidad. Se pasa la velada con la cara metida entre sus tetas o comprobando su buzón de voz. Pero al término de la función, cuando llega el momento de adivinar quién ha cometido el crimen, él siempre acierta.

–¿En serio? –le pregunté.

–Totalmente –confirmó Freed–. En cualquier caso, es la persona con más psicología que conozco. Y he conocido a unas cuantas.

No dijo: «Por ejemplo, a Jack y Bobby Kennedy», aunque podría haberlo dicho.

–Hablando de usted –continuó–, Babu aseguró que era un individuo interesante y redimible. Con lo que quería decir, supongo, no sólo que merecía una segunda oportunidad, sino que probablemente poseía información suficiente para ganársela.

Sacudí la cabeza. Tenía la sensación de que no quería decepcionar a Freed, ni tampoco mentirle.

–Apenas crucé unas palabras con ese señor. Y no estoy dispuesto a testificar.

–Muy bien. Eso puede esperar. Aunque no tarde mucho. Procure darse prisa. La oportunidad no durará eternamente.

–No me interesa entrar en el programa de protección a menos que no tenga otro remedio. No estoy preparado para eso.

–Pues no sé –repuso Freed–. La protección no es lo que usted cree. No se trata de transformarse en otra persona. Sino de convertirse en quien se estaba destinado a ser en un principio.

–Eso es algo profundo para mí.

–No me lo creo ni por un momento. Piense en lo que su abuelo hubiera deseado.

–¿Mi *abuelo?*

–Lamento entrar en asuntos personales. Pero creo saber lo que él pensaba de usted, y de lo que le parecería que ahora se encuentre aquí, y creo que usted también lo sabe.

–¿Hace esto con todos los posibles testigos? –le pregunté.

–Desde luego que no –aseguró–. Pero Babu Marmoset cree que puede usted responder.

–¡Si ni siquiera me conoce!

Freed se encogió de hombros.

–Ese hombre tiene un don. Es probable que lo conozca mejor de lo que usted se conoce a sí mismo.

–Bueno, para eso no haría falta mucho –repliqué.

–No, desde luego, tío duro –convino Freed, bajando las piernas de la mesa y poniéndose en pie–. Pero creo que ya sabe para lo que vale todo eso de la mafia. Le proporcionan un par de chicos de los recados que le lamen el culo porque les pagan y le tienen miedo, y le quitan todo lo demás. Incluida esa encantadora señorita suya.

En cierto modo, no me preocupé cuando *él* lo dijo en alta voz. Pero yo ya sabía que debía andarme con cuidado.

–Me está engatusando.

–Cree el ladrón que todos son de su condición –repuso. Abrió la puerta pero se volvió antes de salir–. Sabe una cosa, si quisiera engatusarlo, le haría esta pregunta: ¿por qué quería matar la mafia a los Karcher?

–Yo de eso no sé nada.

No me hizo caso.

–Ya vio lo aislados que vivían los Karcher. ¿A quién podrían identificar? ¿Cree que conocían a gente en los eslabones superiores de la cadena?

Me quedé mirándolo sin decir nada.

–Pues no. Trataban con gente que estaba por *debajo* de ellos. Por eso quería la mafia que desaparecieran. Para que el negocio siguiera adelante, dirigido por un subcontratista diferente. Me pondré en contacto con usted más adelante. Pero si en realidad estuviera engatusándolo, le pediría que reflexionara sobre eso, y en lo que su abuelo habría dicho al respecto.

Freed tenía razón en lo de los Karcher, desde luego. Ya se me había ocurrido a mí un montón de veces.

Pero aquella noche dormí sin los tapones de los oídos, para no tener que pensar en ello.

Del juicio ya tienen noticia todos ustedes, hijos de la Fox News.* Pero lo que no saben es lo lastimosamente aburrido que fue, incluso para mí. Los agentes federales llevaban meses trabajando en la «Operación Muñeca Rusa» antes de que yo interviniese y les jodiera el invento, y habían acumulado miles de documentos financieros que cualquier persona capaz de encontrar un empleo en el sector privado se habría abstenido de leer al jurado. Y que no tenían casi nada que ver con la mafia italiana. O, como el FBI la denomina, «la LCN».

«LCN» son las siglas de *la cosa nostra:* «nuestra cosa», o «nuestro asunto». Nunca he oído a nadie en la mafia decir una sola vez *«la cosa nostra»,* y mucho menos «LCN». ¿Por qué habrían de hacerlo? Sería lo mismo que si una banda

* Fox News Channel, canal de noticias conservador, propagandista de la derecha republicana. *(N. del T.)*

de delincuentes franceses se llamara la LJNSQ, siglas de *«le je ne sais quoi»*.[1]

De todos modos, y durante un tiempo, el juicio fue un absoluto coñazo. Entonces, unos diez días después de los alegatos iniciales –justo después de que pusieran la grabación de mi llamada a la policía desde la estación de servicio, de la que un perito dijo que la voz era la mía «con una seguridad del ochenta y cinco por ciento»–, la acusación presentó la Prueba Misteriosa, y la cosa empezó a ponerse interesante.

La Prueba Misteriosa, por supuesto, era una mano cortada, despellejada, que según el fiscal era de Tetas, afirmación que se comprometió a demostrar.

La Mano era desagradable. Había que admitir que tenía un aspecto muy delicado para no ser femenina, pero también era demasiado grande para pertenecer a una chica ucraniana. Y resultaba bastante fácil aceptar la palabra de los federales de que la habían encontrado *fuera* del recinto, cerca de donde estaba aparcado el coche en el que, según pruebas que expondrían más adelante, me había dado a la fuga. Y que las marcas de cuchillo que presentaba la Mano hacían evidente que la habían despellejado, y no, digamos, que la había mordisqueado una comadreja o

1. Según cuentan, los agentes del FBI han de decir «la LCN» porque cuando J. Edgar Hoover tuvo que explicar a la Comisión McClellan por qué se había empeñado en negar la existencia de la mafia –a pesar, por ejemplo, de las cintas que el propio Hoover tenía de Sam Giancana transmitiendo instrucciones al Senado de Estados Unidos–, decidió zanjar el asunto achacándolo a un malentendido semántico, como si todos menos él la hubieran estado llamando por otro nombre.

algo así.[1] Era una cosa que daba profundo horror. Sobre todo cuando los federales proyectaron una imagen, enorme, en una pantalla que colocaron al frente de la sala.

Como era lógico, Ed Louvak protestó, pero Donovan había estado en lo cierto: aunque la acusación no había respetado la jurisprudencia de *Brady contra Maryland* al no comunicar a la defensa la existencia de la Mano, el juez la admitió como prueba de todas formas, habida cuenta de su carácter grotesco y de la posibilidad de que despertara la atención de la prensa. Y además, suponía yo, porque era lo único con lo que podían conseguir una condena.

Hay que entender que, en términos generales, julio de 2000 era una época horrorosa para ser juzgado por asesinato. Cinco años antes, el juicio de O. J. Simpson había logrado desprestigiar el concepto de pruebas indirectas, que hasta cierto punto había servido de base para la mayoría de las condenas penales en la historia. Las pruebas indirectas incluyen todo menos las pruebas materiales y el testimonio directo de testigos oculares. Si uno compra un fusil de pesca submarina, dice a todos los del bar que va a matar a alguien con él, y vuelve al cabo de una hora con el fusil pero sin arpón afirmando que ya lo ha hecho, eso son pruebas indirectas. El juicio de O. J. consiguió que hasta las pruebas *materiales* resultaran dudosas, porque cualquier vacío en la «cadena de custodia» hacía concebible que la pasma las hubiera manipulado.

En cuanto al testimonio de los testigos presenciales, por aquella época ya hacía años que estaba en entredicho

1. A propósito, el término técnico de despellejar, intencionadamente o no, es «desollar», que también vale para arrancar la piel de cualquier parte del cuerpo. En Urgencias, por ejemplo, un caso favorito desde siempre es el del tío que mete el manubrio en una aspiradora.

por poco fidedigno. Y lo es. Aunque, de todos modos, en mi caso no había muchos; sólo Mike, el chico de los recados de la tienda, que testificaría sobre lo que pudiera haber visto o no por el espejo retrovisor de la camioneta.

Los federales, entretanto, no tenían más pruebas materiales que la Mano. La Granja estaba llena de barro, pero ninguna de las huellas era lo bastante grande para ser mía.[1]

De manera que la Mano se había sometido a una escrupulosa protección, y era de suponer que la mantuvieran en observación directa y continua desde el momento de su hallazgo. Lo que parece una estupidez. ¿Quién se encarga de *ese* trabajo? ¿Tiene que estar siempre dentro de una cámara frigorífica? Pero la Mano transmitió su mensaje.

Los federales ni siquiera tenían una prueba de ADN; lo cual había sido imposible, pues no poseían ninguna muestra fidedigna de Tetas para establecer la comparación. El juicio de O. J. había hecho que las pruebas de ADN parecieran una confabulación de unos cuantos gilipollas para engañar a unos miembros del jurado con respecto a los cuales se sentían superiores. Podía invitarse al equipo de la *defensa* a realizar una prueba de ADN a la Mano –para que sus integrantes quedaran luego como un hatajo de sabiondos elitistas, tras un resultado que de todos modos el jurado se limitaría a descartar–, pero la acusación no parecía dispuesta a hacerlo.

1. Eso se debía a que había cortado las suelas de un par de zapatos dos tallas más pequeñas que la mía, pegándolas con cola a las de un calzado de mi número, de modo que según el baremo de talla/profundidad que los federales utilizaban para extrapolar las medidas corporales a partir de huellas de pisadas, yo medía un metro sesenta y dos y pesaba ciento cuarenta kilos. No considero que eso engañara a los detectives, pero vayan a explicárselo a un jurado.

Todo eso me dejó con la picha hecha un lío.

Y es que ahí estaba. La Mano. No recordaba si Tetas tenía las uñas largas. Pero era la mano de *alguien.* Si los Chicos Karcher no la habían amputado, tenían que haber sido otros, lo que irremediablemente suponía que alguno estaba tratando de incriminarme.

Pero ¿quién, y por qué?

La acusación hacía constantes referencias a la Mano, sacando en primer plano toda una serie de detalles monótonos. Como las cintas de vigilancia, que tenían tantas interferencias que tuvieron que proyectar subtítulos en la pantalla, haciendo que la mitad de la sala –y dos tercios de los miembros del jurado– se quedaran dormidos. Hasta que el fiscal advirtió: «Tengan presente que estamos hablando de un criminal tan cruel que es capaz de hacer *esto* con la mano de una mujer.»

Y volvió a poner la imagen de la Mano en la pantalla, con lo que se despertó todo el mundo.

Las cosas se pusieron más interesantes cuando la acusación empezó a mostrar fotos de la Granja, incluido el sótano, y luego cuando al fin llamaron al estrado a Mike, el chico de la tienda, para que declarara cómo nos había llevado en su camioneta al recinto. Mike mostró una actitud imponente y sombría, arrancando una carcajada al decir: «A juzgar por lo que veían mis ojos, aquello bien podría ser el refugio del Hombre de las Nieves.» La acusación también empezó a preparar la comparecencia de los miembros renegados de la mafia que estaban en la cárcel, lo que quizá habría sido interesante.

Pero, como ya saben, el juicio concluyó antes de que eso fuera necesario.

Una noche Sam Freed vino a mi *celda.* A *medianoche.* No pudimos hablar hasta que un guardia nos condujo al despacho donde nos habíamos visto por primera vez, dejándonos a solas.

–Mira, muchacho –me dijo entonces–. Está a punto de ocurrir algo. No voy a decirte de qué se trata, porque quiero que prestes atención a lo que te estoy diciendo. Y cuando te enteres no serás capaz de concentrarte en nada.

–Oh, no me venga con gilipolleces –le contesté.

–He venido por eso, y te aguantas. Así que escucha. Te he hecho una proposición que puede ser la mejor oportunidad de tu vida. Podrías haber sido *médico,* coño, como tu abuelo. Podrías haber sido lo que te hubiera dado la gana. ¿Quieres ser miembro del club de campo? Yo podría convertirte en una persona de la clase privilegiada. ¿Me oyes?

–Nunca he querido pertenecer a la clase privilegiada.

–¿Me estás oyendo?

–Sí.

–Haré lo posible para volver a proponértelo cuando todo el mundo se calme un poco –prosiguió Freed–. Pero durante una temporada las cosas van a ser imprevisibles, y se nos escaparán de las manos. Sólo recuerda que la gente acaba entrando en razón. El hecho de que testifiques contra David Locano siempre valdrá algo para el Ministerio de Justicia. ¿Me estás escuchando?

–No estoy seguro –contesté–. No tengo la menor idea de lo que me está hablando.

–Mañana por la mañana la tendrás, créeme. Así que pasa la noche pensando en lo que te he dicho; en aceptar un trato si es que te lo puedo conseguir. Con tu permiso, voy a llamar a tu novia para darle mi número. ¿Puedo hacerlo?

–Sí..., sí, pero...

–Mañana lo comprenderás todo –aseguró–. Y cuando lo entiendas, utiliza la cabeza, por amor de Dios.

A las ocho de la mañana del día siguiente, el juez desestimó todos los cargos estatales y federales que había contra mí basándose en que, con arreglo al precedente de *Brady contra Maryland,* debían habernos comunicado la prueba de la Mano. Seis horas después me dejaron salir de los calabozos del juzgado. Donovan vino a recogerme y me llevó a comer, contándome todo lo que había pasado.

El equipo de mi defensa hizo una prueba de ADN a la Mano. Pensaban que el público ya no era tan estúpido sobre esas cosas como lo había sido durante el juicio de O. J. y además no se perdía nada. Cuando recibieron los resultados hicieron que la examinara un radiólogo. Luego un doctor en anatomía y, por último, un zoólogo.

La Mano no era una mano. Sino una zarpa. De oso. Macho. Y así, sin más, se acabó todo.

Aquella tarde, la acusación intentó que las actas del juicio se declararan secretas. Fue del todo inútil. Los titulares se sucedieron de inmediato:

«ZARPAZO AL FISCAL.» «OSADÍA LEGAL.» «LA ACUSACIÓN, DESGARRADA.»

Aquellos cabrones nunca tuvieron la menor oportunidad.

Lo que no era justo. Todo el mundo hablaba sin parar de aquella cagada colosal, y de lo estúpido que debía ser alguien que confundía una zarpa de oso con la mano de una mujer. Pero yo estuve en la sala del juicio, igual que un montón de gente más. Y nadie llegó a sospecharlo ni por un momento. En fotos, al menos, era imposible saberlo.

Incluso después de salir de la facultad me maravillaba

la semejanza que tenemos con el oso, aún más acusada si se le arrancan las uñas, cosa que suelen hacer al desollarlo. Los osos son los únicos animales fuera de la especie de los primates que pueden andar sobre las patas traseras. Se parecen tanto a las personas que los inuit, los tlingit y los ojibwa creían que los osos podían *convertirse* en seres humanos con sólo quitarse la piel. Y esos mismos indios han diseccionado más osos de lo que jamás harán algunos borrachos del FBI. Por no hablar del *New York Post.*

Qué más da.

El caso es, señores, que así fue como Zarpa de Oso recibió su nombre.

## 19

Estoy de pie en la sala de reanimación junto a la cama contigua a la de Squillante, con las cortinas echadas, dando vueltas en la mano a los dos viales de potasio vacíos. Tendría que estar haciendo la ronda de mis pacientes, y luego largarme cagando leches del hospital. O, si no, olvidarme de los enfermos y pasar directamente al capítulo de salir pitando.

Lo que no debo hacer es quedarme aquí tratando de averiguar quién ha matado a Squillante. Porque ¿qué más da, le importa a alguien? ¿Hay todavía en el hospital algún sicario a punto de recibir una llamada que le ordene: *«Espera un poco. Ya que estás ahí, supongo que no te molestará despachar también a Zarpa de Oso, ¿verdad?»* No es probable. Puede que disponga de unos noventa minutos.

Pero nadie se ha cargado nunca a un paciente mío, y no puedo permitirlo. Me cojo un cabreo de una especie muy distinta al habitual.

Me doy cien segundos para pensar.

El sospechoso más claro es un miembro de la familia de Squillante. Alguien que confiaba en que se quedara en la operación para entablar luego una demanda por negli-

gencia, y que estaba dispuesto a encargarse personalmente del asunto si Squillante salía con bien. Un beneficiario de algún seguro de vida.[1]

Pero se trata de alguien que sabía cómo utilizar los dos viales de potasio. Con una dosis menor Squillante podría seguir vivo, incluso tendría más garantías de supervivencia. Una cantidad mayor habría sido inútil, porque le habría dejado señales en la aorta demasiado llamativas en la autopsia.

Pero si esa persona quería ocultar el hecho de que era un asesinato, ¿por qué inyectarle con tanta premura y hacer que su EKG empezara a dar esos brincos? La compañía de seguros va a estar encantada. El juez no validará el testamento y nadie recibirá el dinero.

Puede que le *importara* disimularlo, pero le faltaron conocimientos o tiempo para hacerlo como era debido.

Y me pregunto otra vez, ¿qué más da? Basta de perder el tiempo. Pasaré a ver a esos pacientes que se pueden morir si no los visito, lo demás se lo dejo a Akfal.

Y, después, a hacer puñetas de aquí.

Lo sé: *Cojonudo. Y que se joda el paquistaní, ¿eh?* Pero que se vaya acostumbrando, porque dudo que yo vuelva a poner los pies en el hospital.

Al salir de la sala de reanimación, sin embargo, me encuentro con Stacey en el pasillo.

Sigue con la ropa de quirófano, y está llorando.

–¿Qué ha pasado? – le pregunto.

1. Esto es cosa de todos los días; no es que la gente mate a sus familiares directamente, sino que se lleva un chasco cuando sobreviven. Lo más normal es que alguien te pida que le quites la respiración artificial a su madre aunque la operación haya salido de perlas y mamá esté levantada, caminando y a punto de recibir el alta.

–El señor LoBrutto ha *muerto.*

–Ah –le digo, preguntándome cómo es posible andar con el doctor Friendly y sorprenderse por la muerte de uno de sus pacientes. Entonces recuerdo que Stacey es nueva en el trabajo. Le rodeo los hombros con el brazo.

–Tranquilízate, nena.

–No sé si podré hacer este trabajo –confiesa.

Se me ocurre una idea.

–Sí –le digo. Luego cuento hasta cinco cuando se pone a gimotear. Entonces le pregunto–: Stacey, ¿tienes alguna muestra de clorato potásico?

Asiente despacio con la cabeza, confusa.

–Sí... Normalmente no llevo, pero tengo dos en el maletín. ¿Por qué?

–¿Por qué ahora sí, cuando no sueles tener?

–Yo no hago los pedidos. Me mandan las muestras por mensajero y yo las traigo al hospital.

–¿Te las entregan en la oficina?

–No tengo oficina. Me las envían por mensajero a mi apartamento.

Me quedo pasmado.

–¿Trabajas en tu *casa?*

Vuelve a asentir.

–Igual que mis dos compañeras de piso.

–¿Es que todas las visitadoras médicas trabajáis en casa?

–Creo que sí. Sólo tenemos que presentarnos dos veces al año, en las fiestas de Navidad y el Día del Trabajo.

Empieza a sollozar de nuevo.

*Joder,* pienso. *Cada día se aprende algo.*

–No tendrás más Moxfanes, ¿verdad?

–No –contesta entre sollozos, sacudiendo la cabeza–. Me he quedado sin nada.

–Ve a casa a dormir un poco, nena –le digo.

Estoy poniendo la máscara de oxígeno a un paciente al que no he mencionado ni mencionaré más, mientras el tiempo se me escapa como la sangre en una hemorragia, cuando me suena el busca y veo que es Akfal. Lo llamo por teléfono.

–Tío del Culo tiene ictericia –me anuncia.

Maravilloso. Eso significa que el hígado le funciona tan mal que ha dejado de tratar como es debido las células sanguíneas muertas. A mí me empieza a molestar menos el brazo. Pero él, cuando menos, está jodido.

Debería dejarlo pasar. No tanto porque eso puede esperar, aunque parezca que a lo mejor no, sino porque no se me ocurre nada que pueda hacer por él aunque tuviera tiempo. Sé que puedo llamar al PFPT y decirles: «Tengo que salir corriendo como alma que lleva el diablo, pero hay un paciente que en menos de ocho horas ha pasado de tener dolores en el culo a fracaso hepático debido a un agente patógeno desconocido que se le está extendiendo.» Pero si ellos saben realmente lo que se traen entre manos, me contestarán: «Sal corriendo. A lo mejor salvas *una vida.»*

O quizá no. El PFPT no es la organización más simpática del mundo. Su palabra universal para testigo es «mamón»; lo que está bien para criminales de verdad como yo, pero rechina un poco cuando se habla de una joven viuda con un niño pequeño que acaba de prestar testimonio contra tres gángsters que irrumpieron en su tienda y mataron a su marido delante de ella.

Y cuando cambian de identidad, muchos testigos protegidos tienen suerte si consiguen un empleo en un Staples de Iowa. Así que pueden imaginarse lo que los agentes federales sienten por *mí,* una persona a quien, por lo que a

ellos respecta, han puesto en un Porsche dorado de camino al campo de golf, con una matrícula que dice «JODTFBI», y todo a costa del contribuyente.

Lo que ocurrió en realidad es que me mandaron a la Facultad de Bryn Mawr para que hiciera los dos cursos preparatorios de la carrera de medicina, que pagué de mi bolsillo. Pero incluso eso sólo fue porque contaba con el apoyo de Sam Freed. Sam ya está jubilado. Si alguna vez vuelven a trasladarme, será para pintar bocas de riego en Nebraska. Nunca volverán a darme un trabajo de médico.

Claro que puedo salir zumbando *sin* que me cambien otra vez de identidad. Entrar en el PFPT es algo estrictamente voluntario. En realidad, si haces algo que no les gusta te dan la patada, y entretanto no dejan de incordiarte «sin querer». Pero para conservar mi nombre, y por tanto mi título de doctor en medicina, tendré que encontrar un lugar de mierda tan alejado que la mafia no pueda enviarme una bomba *por correo.* Y hasta en esos sitios exigen requisitos sorprendentemente estrictos para ejercer. Incluso quieren saber quién eres.

El caso es que en cuanto salga del hospital me puedo despedir de la medicina, prácticamente para siempre.

Sólo con pensarlo me dan mareos. Voy corriendo a la habitación del Tío del Culo.

Al pasar por el mostrador de enfermeras, me llama la supervisora jamaicana:

–Doctor.

–Sí, señora –le contesto. A la bruja irlandesa, que se ha dormido sobre el teclado de su ordenador, se le cae la baba entre las letras AS y ZX.

–Hay una mujer que llama sin parar preguntando por usted –me informa la jamaicana–. Ha dejado un número.

–¿Cuándo empezó a llamar?

–Hace horas.

Así que puede ser de fiar.

–¿Puede darme el número?

Me lo pasa por el mostrador, escrito en un cuaderno de recetas.

–Gracias –le digo–. Tenga cuidado de que no se electrocute su amiga.

Pone mala cara y me enseña el cable desenchufado del teclado del ordenador.

–Esto es un *hospital* –me recuerda.

Hago la llamada.

–¿Diga? –contesta una mujer. Se oyen ruidos de tráfico.

–Soy el doctor Peter Brown.

–¿Es usted el médico de Paul Villanova?

–Sí, señora.

–Le ha mordido un roedor volador.

–¿Cómo dice?

Oigo el golpetazo metálico que hoy día sólo se obtiene colgando un teléfono público.

Entro en la habitación del Tío del Culo.

–¿Cómo se encuentra? –le pregunto.

–Que le den –contesta.

Le toco la frente. Sigue ardiendo. Me siento un poco culpable por el hecho de que ya casi no me duela el brazo, y por haber recuperado el movimiento de los dedos.

–¿Lo ha mordido alguna vez un murciélago?

No es que los murciélagos sean roedores: son quirópteros. Pero para ejercer la medicina correctamente a veces hay que ponerse en la piel del hombre corriente y moliente.

Además, a nadie lo muerde una ardilla voladora.

–No –responde el Tío del Culo.

Espero a que se desdiga, pero no lo hace. Sigue con los ojos cerrados, sudando.

–¿Nunca?

Al menos eso le hace abrir los ojos.

–¿Es que es usted subnormal? –inquiere.

–¿Está seguro?

–Sí, creo que me acordaría de una cosa así.

–¿Por qué? Ni siquiera recuerda quiénes fueron los cuatro últimos presidentes.

Los suelta de carrerilla.

–¿Y a qué día de la semana estamos?

–A jueves.

Así que por lo menos le funciona la cabeza. La mía, en cambio, marcha a trompicones.

–¿Está casado?

–No. Llevo el anillo para que las supermodelos no se me restrieguen en el metro.

–¿Dónde está su mujer?

–¿Cómo coño voy a saberlo?

–¿Se encuentra en el hospital?

–¿Que si es paciente, quiere decir?

–Cuando le apetezca, puede dejar de hacerse el listo.

Cierra los ojos y sonríe entre sus dolores.

–Por aquí anda, en algún sitio.

Descorro la cortina y echo un vistazo al señor Mosby. Ha conseguido quitarse las ligaduras de las manos pero se

ha dejado las de los tobillos por cuestión de cortesía. Está dormido. Le tomo el pulso en el tobillo y me voy.

Garabateo «D/ mordedura murciélago comunicada por mujer» en la gráfica del Tío del Culo,[1] luego acabo la anotación con dos líneas horizontales y una diagonal. Ni siquiera la firmo.

Porque ahora mismo me encuentro en un extraño estado de pureza. Ocurra lo que ocurra, el «doctor Peter Brown» ya no tendrá tiempo para preocuparse de si lo denuncian por negligencia, ni siquiera para echar un vistazo a los resultados de laboratorio. No queda sino hacer auténtica medicina, y sólo cuando sea estricta e inmediatamente necesario.

O lo que sea que esté haciendo. Compruebo la velocidad de dos goteros de quimioterapia, y luego dedico treinta segundos a arreglar los vendajes de la chica a quien han rebanado media cabeza.

En la cama de al lado, lívida, la Chica del Osteosarcoma, mira al techo. La bolsa que le envuelve la rodilla está llena de sangre y coágulos.

Tiene la otra rodilla en alto. Le bajo el camisón para taparle el coño, del que le sigue colgando el cordón azul del tampón, y que todo el mundo puede ver nada más entrar en la habitación.

–¿Y a quién le importa una mierda? –me dice–. Nadie va a desearme nunca más.

–Tonterías –le contesto–. Miles de tíos te desearán.

–Sí. Fracasados que se sentirán mejor follándose a una cojitranca.

Ah. Muy perspicaz, me parece.

1. «D/» es la sigla de «descartado», lo que significa: «Atención a».

–¿De dónde has sacado esa lengua? –le pregunto.

–Lo siento –se excusa, con sarcasmo–. Ningún chico va a sacarme a *bailar.*

–Pues claro que sí. En algún antro barriobajero.

–¡Serás cabrón!

Le limpio las lágrimas de las mejillas.

–Me tengo que ir.

–Dame un beso, gilipollas –me pide. Se lo doy.

Estoy todavía en ello cuando oigo que alguien carraspea a mi espalda. Son dos técnicos sanitarios que han venido a llevarla al quirófano para que le amputen la pierna.

–Ay, qué miedo tengo, joder –exclama cuando la pasan a la camilla. No me suelta la mano, que me suda en la suya.

–Vas a ponerte bien –le aseguro.

–A lo mejor me cortan la pierna que no es.

–Puede que sí. Pero la segunda vez que te operen será más difícil que la caguen.

–Que te den por culo.

Se la llevan en la cama con ruedas.

Cuando me suena el busca y veo que es la doctora no sé cuántos que trabaja en Urgencias y me pide que vaya, pienso: *No hay problema.*

*Está cerca de la salida.*

Justo enfrente de la sala de Urgencias paso frente al capullo que ha intentado atracarme esta mañana. Aún no lo han examinado, porque sometiéndola a una larga espera, hacen que la gente sin seguro se abstenga de venir por aquí. Tiene la cara cubierta de sangre, y se sujeta el brazo roto. Al verme se baja de un salto de la camilla y se dispone a salir corriendo, pero me limito a guiñarle un ojo mientras sigo mi camino a toda prisa.

En circunstancias menos extremas, me encanta la sala de Urgencias. Los que trabajan aquí tienen la lentitud y tranquilidad de una planta de interior. No tienen más remedio, si no quieren cagarla y terminar quemándose. Y en Urgencias del Manhattan Catholic siempre se encuentra al médico que te ha llamado por el busca, porque la sala se convirtió en un espacio abierto a raíz de un incidente del que más vale no hablar.[1]

La doctora está lavando una herida de navaja en la parte baja de la espalda de un paciente que no deja de gritar y retorcerse pero está bien sujeto por un par de enfermeros.

–¿Qué ocurre? –le digo.

–La sala de Urgencias es una puta pesadilla –me contesta, con calma.

–Lo siento. Tengo prisa. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Tengo un motociclista que ha sufrido un accidente con fuerte contusión en los testículos.

–Vale.

–Y es mudo.

–*¿Mudo?*

–Eso es.

–¿Y oye?

–Sí.

Así que puede que no sea mudo.

Consulto la hora, como si el reloj me fuera a decir: «Diez minutos para que aparezcan los sicarios.»

–Muéstremelo –le digo.

Deja el aerosol y me lleva a verlo.

El motociclista no es ningún soplapollas con una Har-

1. Está bien, de acuerdo. Se descubrió que un enfermero ataba a sus pacientes y las mantenía sedadas durante días mientras «experimentaba» con ellas.

ley para los fines de semana. Parece miembro de una auténtica banda de moteros, como salido de *Gimme Shelter.* Tiene tatuajes verdes y lleva gafas de sol en la sala de Urgencias. Sobre la ingle le han aplicado unas cuantas bolsas de hielo, entre las cuales le asoma el escroto, morado y negro y tan grande como una pelota de playa.

–¿Me oyes? –le pregunto.

Asiente con la cabeza.

Le tapono la nariz con los dedos. Parece sorprendido, pero no tanto como cuando se da cuenta de que no es lo bastante fuerte como para apartarme la mano de su cara.

Finalmente abre la boca para respirar, y le saco la bolsita de heroína.

Se la tiro a la doctora.

–¿Vale? –le digo.

–Gracias, Peter.

–Hasta la próxima –le contesto, deseando que así sea.

Salgo por la entrada de ambulancias.

## 20

Cuando salí de la cárcel, me importaba todo un huevo menos Magdalena.

Nos trasladamos a un apartamento de Fort Greene, cerca de sus padres pero no mucho, y pasábamos todo el tiempo juntos. Cuando tenía concierto, yo la llevaba y me quedaba esperando por los alrededores.

Dos veces por semana íbamos a ver a su familia. Sus padres se mostraban corteses, aunque siempre se les saltaban las lágrimas. Rovo, el hermano de Magdalena, parecía sentir un respeto reverencial por mí, hecho que me avergonzaba pero que también me halagaba.

A mi otra familia, los Locano, la evitaba en la medida de lo posible. Estaba en deuda con ellos y ellos conmigo, pero aparte de eso todo se había roto. No sé a cuántos amigos se les puede aguantar que hablen así de ti en las cintas, llamándote «el Polaco» y en tono de importarles un huevo el lío en que te han metido. Tampoco sé cuántos amigos podrían soportar el hecho de saber que has oído esas cintas. Empezamos a distanciarnos mutuamente, pero poco a poco, para ir sobre seguro.

Skinflick, en cambio, parecía perplejo. Lo que había-

mos pasado juntos en la Granja no le había servido de nada. ¿Qué iba a hacer, salir *ahora* diciendo que él se había cargado a los Chicos Karcher? ¿Que había *ayudado* a eliminarlos, siquiera? ¿Que había dado un tiro en la cabeza a un chaval herido de catorce años mientras yo había ido por el coche?

Todo había sido para nada, y ahora yo no sentía por él tanta vergüenza como envidia. Incluso cuando salí de la cárcel, apenas nos hablábamos.

Lo peor era que no podía evitar al más amplio mundo de la mafia. Dentro de la «comunidad LCN» y entre sus muchos adláteres, yo había logrado la peor clase de celebridad: esa en que gente que no has visto en la vida te considera un asesino sin escrúpulos, y que te adora por eso mismo. Aquellos delincuentes habían pagado mi defensa, y eran susceptibles, engreídos, inseguros y peligrosos. Podía rechazar algunas invitaciones, pero no todas. Sólo podía desairarlos hasta cierto límite.

Al menos, los tipos de la mafia no querían que volviera a matar gente. Comprendían que era más conveniente para ellos no poner a prueba el mito de que ahora yo fuera inmune porque al gobierno le resultaría difícil acusarme alguna vez de algo.[1] Pero, *coño,* aquellos capullos querían estar a mi alrededor. Fue en esa época cuando conocí a Eddy «Consol» Squillante. Entre muchos, muchos otros.

A propósito, «capullos» no les hace mucha justicia en realidad. Aquellos mamones eran repugnantes. Orgullosos de su ignorancia, repelentes como personas, estaban absolutamente convencidos de que su capacidad de contratar a

1. Intervalo transcurrido entre el momento en que John Gotti recibiera el apodo de «el Don de Teflón» y que lo condenaran a cadena perpetua: dieciocho meses.

alguien para sacar dinero de una paliza a una persona que se ganaba la vida con su trabajo constituía una especie de genialidad y la observancia de una esclarecida tradición. Aunque siempre que preguntaba a alguno de ellos por esa tradición –lo único que me interesaba oír de aquellos canallas–, solía callarse como una tumba. Nunca averigüé si era por el juramento que habían hecho o simplemente porque no sabían nada. Aunque no dejé de preguntar, porque, al menos, hacer que aquellos cabrones cerraran la puta boca era una especie de victoria.

Skinflick me invitaba a fiestas en el apartamento al que se había mudado, en el Upper East Side. Las veces que asistía, me presentaba cuando calculaba que había más gente, me dirigía a él, le estrechaba la mano y me marchaba. Él me decía algo como: «Te echo de menos, tío.» Y yo le contestaba: «Yo también»; lo que en cierto modo era verdad. Yo echaba *algo* en falta, pero fuera lo que fuese, pensaba que había desaparecido para siempre.

En realidad, con sólo haber tenido más fe en eso –en el hecho de que todo estaba verdaderamente muerto–, habría estado en condiciones de salvarnos a todos.

Era el 9 de abril de 2001. Estaba en casa, pero Skinflick me llamó al móvil. Era de noche. Estaba esperando a que Magdalena volviera de tocar en una fiesta de cumpleaños. Hacía poco que le había comprado un coche.

–Me he metido en un lío de *cojones*, tío –me dijo Skinflick–. Estoy *jodido.* Necesito que me eches una mano. ¿Puedo ir a recogerte?

–Pues no sé. ¿Van a terminar deteniéndome?

–No –contestó él–. No es eso. Nada ilegal. Es algo mucho peor, coño.

Y como aún no había acabado del todo con él, le dije:
–Vale. Pasa a buscarme.

Skinflick se pasó todo el camino a Coney mordiéndose las uñas y metiéndose chutes de cocaína: se lamía la punta del dedo, la metía en una caja de Altoids, y luego esnifaba el polvo y se frotaba las encías, como cepillándose los dientes, para aprovechar el resto.

–No te lo puedo explicar –repetía una y otra vez–. Necesito que lo veas.

–Chorradas –le dije–. Cuéntamelo.

–Por favor, tío. Ten paciencia, por favor. Ya lo entenderás.

Eso lo dudaba. Me parecía tener con Skinflick la misma conversación que había mantenido con Sam Freed la noche anterior a que los federales retiraran los cargos. Sólo que sabía que esta vez la sorpresa no iba a ser nada buena.

–¿Quieres un poco de coca? –me ofreció.

–No.

Para entonces ya no tomaba drogas. En la cárcel había tomado bastantes, para luchar contra el aburrimiento, pero esa mierda no resistía la comparación con una carrera de nueve kilómetros con Magdalena, por no hablar de echarle después un polvo, con aquel cuerpo suyo empapado de sudor frío. La cantidad que Skinflick trasegaba, sin embargo, y las veces que esnifaba mientras conducía, era algo que impresionaba y daba miedo.

Condujo hasta Coney, y aparcó en el mismo sitio de casi dos años antes. Luego dimos un paseo por el mismo inframundo bajo el paseo marítimo, aunque esta vez llevaba una Maglite de mayor tamaño.

Pasamos por el hueco de la cerca y fuimos directamen-

te al edificio del tanque de tiburones. Parecía más pequeño de lo que lo recordaba. La puerta ya estaba sin candado. Por entonces ya me había hecho a la idea de que Skinflick me había mentido sobre la legalidad del asunto, y que en realidad había matado a alguien y necesitaba ayuda para deshacerse del cadáver. Cerró la puerta de golpe, y empezó a subir por la curva escalera metálica.

Apagó la linterna cuando entramos agachados en el recinto del tanque propiamente dicho, y por un momento lo único que pude ver fue el plomizo resplandor de los lucernarios y, más abajo, su reflejo en las negras aguas.

Entonces oí el gemido: un agudo «*¡Mmmmmmm!*» El mejor modo para reproducirlo sería taparse la boca con una tira de cinta aislante y tratar de dar un grito. Porque cinta aislante era lo que Magdalena tenía en la boca.

Reconocí al momento el sonido de su garganta. La adrenalina me aumentó el tamaño de las pupilas. De pronto empecé a ver.

Había una media docena de gilipollas de la mafia en el balcón. Es difícil contar bien en esas situaciones. Reconocí a un par de ellos. Todos iban armados.

Habían quitado la cuerda tendida en la parte de barandilla que faltaba, y la rampa estaba bajada sobre el agua. Magdalena y su hermano Rovo, una figura enorme a su espalda, se encontraban de pie casi al borde de la rampa. Tenían brazos, piernas y boca amarrados con cinta aislante: desordenadamente, como tejen su tela las arañas cuando se las somete a experimentos con sustancias tóxicas. Justo detrás de ellos había un capullo con una pistola.

Un impulso se apoderó de mí. *Matar*. Por todo el recinto, ojos gargantas y rodillas se iluminaron como dianas en una galería de tiro.

Pero no me centré en Skinflick. Podría haberlo hecho:

lanzando el talón hacia atrás, y clavándoselo en el esternón para aplastarle el corazón. Pero en cierto modo aún no creía que formara parte de todo aquello. Él lo sabía, claro. Pero a lo mejor lo habían obligado a traerme allí. O *algo así*. De modo que cuando empecé a matar le perdoné la vida.

El mamón que tenía a la izquierda no tuvo esa suerte. Me apuntaba con una Glock. Me lancé sobre él por debajo de la pistola, visualizando en su pecho la parte frontal del omóplato y sintiendo luego cómo se lo trituraba con el hombro a través de la clavícula y los pulmones. Le clavé las uñas en la garganta mientras le quitaba el arma. Le retiré la mano del cuello y arrebaté a Skinflick la linterna, con la que deslumbré a otros dos cabrones. Entonces les disparé en el pecho.

Pero Skinflick, por una vez, fue *rápido.* Porque en esta ocasión lo único que tenía que hacer era dar un paso atrás y escabullirse por la entrada, y en eso de escurrir el bulto era un experto.

–*¡Disparad!* –gritó, bien a cubierto tras el arco.

Disparé a otros dos antes de que pudieran cumplir su orden. Entonces, el mamón que estaba detrás de Magdalena y Rovo los empujó por el borde de la rampa, y vi cómo se precipitaban hacia el agua. Metí al hijoputa un balazo en la frente, y salté sobre la barandilla.

Pero no caía con la suficiente rapidez. Pude distinguir que Magdalena y Rovo, además de estar atados con cinta aislante, estaban amarrados el uno al otro. Sólo con un par de tiras, pero lo suficiente para mantenerlos *juntos.* Me aproximaba al agua con tal lentitud que me daban ganas de gritar. Disparé a otro matón cuando su vientre apareció ante mi vista bajo la barandilla, sólo por hacer algo.

Alguien más empezó a dispararme. Vi que brotaba un

lento destello de la boca de una pistola desde el balcón, aunque para entonces ya no oía nada.

Entonces caí finalmente al agua, y empezaron a pasar cosas.

El agua siempre causa impresión, pero a mí no me produjo ninguna, y me pareció tan sutil como el aire mientras me movía hacia donde creía que se encontraba el paquete Magdalena-Rovo. Rocé con la rodilla algo viscoso que al principio cedió como una bolsa de cuero llena de agua, y luego se revolvió de golpe contra mí.

Tuve suerte y pude agarrar por el pelo a Magdalena. Algo se me pegó bruscamente al cuello. Cogí un extremo suelto de cinta aislante y pataleé hacia la superficie. Aspiré aire que resultó ser agua, sufrí un espasmo y al fin logré sacar la cabeza. Seguía dando patadas a cosas al mover las piernas. En cierto momento me di con el pie contra lo que parecía una piedra gigantesca y escurridiza, tan fuerte que casi me disloco el tobillo.

Pero no tenía tiempo de pensar en eso. No encontraba la cabeza de Rovo. Por fin se me ocurrió darle media vuelta en sentido contrario a Magdalena, y ambos aspiraron convulsivamente por la nariz haciendo un ruido espantoso.

Volví a sumergirme, empujándolos hacia arriba. Algo chocó contra mi estómago, con fuerza. Necesitaba encontrar un punto de apoyo. Me pregunté si habría algún sitio en donde se hiciera pie, y cómo encontrarlo en caso de que existiera.

Cuando subí de nuevo a tomar aire, estaban disparando desde el balcón. Pero eso no me preocupaba mucho. Hacía bastante que había soltado la pistola y la linterna. Lo

que necesitaba era hallar el modo de que los tres permaneciéramos a flote.

Algo me dio un tremendo golpe en la espalda lanzándonos contra una de las paredes. Pataleé en dirección al espacio en donde se unían dos paredes del tanque hexagonal, e intenté mantener a Magdalena y Rovo con la cabeza por encima del agua sirviéndome de la fricción del cristal. Seguí pataleando y revolviéndome para alejar a los tiburones. En cuanto la maniobra pareció dar resultado, alcé el brazo y arranqué la cinta aislante de la boca de los dos hermanos.

Magdalena empezó a atragantarse. Tuve que dar un puñetazo a Rovo en el pecho. Cada vez que dejaba de patalear con todas mis fuerzas, algo me pasaba rozando por las piernas. A Rovo y Magdalena les faltaba el aliento, luego empezaron a hiperventilar.

–¡Respirad! –grité.

El oleaje empezó a calmarse, aunque seguían las embestidas por abajo. No sabía por qué no habían atacado aún los escualos, pero por la forma en que se volvían más agresivos cada vez que descuidaba la atención, parecía evidente que me estaban poniendo a prueba.

Y los disparos quizá hubieran ayudado. Oí que alguien gimoteaba sobre nuestras cabezas, en la pasarela.

Al cabo del rato, Skinflick me llamó desde otro sitio.

–¿Pietro?

Pensé si contestarle o no. Estaba prácticamente seguro de que no alcanzaba a vernos. Yo no lo veía a él, en cualquier caso, sólo percibía una luz tenue, difuminada por la rejilla de la pasarela, justo por encima de mi cabeza, y una pequeña parte de una de las claraboyas si miraba por encima del hombro. De modo que Skinflick no podía saber si seguíamos con vida, y quizá tratara de localizarnos por el

sonido. Yo me removía bastante en el agua, pero él podía achacarlo a los tiburones.

Algo era seguro, sin embargo:

Había sido una estupidez no matarlo allá arriba. Aquello era cosa suya, y de nadie más.

Pero al mismo tiempo Skinflick constituía nuestra única salida. Por repugnante e imposible que me pareciera, no tenía más remedio que tratar de convencerlo de que desistiera.

–¡Skinflick! –grité. Mi voz sonó áspera y débil.

–¿Qué tal estás? –inquirió. Su voz resonó con el eco. De manera que resultaba imposible localizarlo con exactitud.

–¿Qué coño pretendes hacer? –le dije.

–Matarte.

–¿Por qué?

–Mi padre ha descubierto que fuiste tú quien mató a Kurt Limme.

–¡Eso es mentira! Tu padre se cargó a Kurt Limme. O pagó a alguien para que lo matara.

–No me lo creo.

–¿Por qué iba a matarlo yo? ¿Qué coño me importaba a mí? ¡Sácanos de aquí!

–Es un poco tarde para eso –aseguró.

–¿Por qué? ¡Sabes que te estoy diciendo la verdad!

–No creo que reconozcas la verdad aunque la tengas en el culo, tío. Y está a punto de morderte, me da la impresión.

–¡Skinflick! –grité.

Guardó silencio unos momentos. Luego dijo:

–¿Sabes por qué mi padre contrató a los Virzi para que mataran a tus abuelos?

–*¿Cómo?*

–Ya me has oído. ¿Sabes por qué?

–¡No! ¡Y no me importa!

Y en realidad no me importaba. No sabía si era cierto, ni lo que significaba en caso de que lo fuera, ni tampoco quería que Skinflick siguiera hablando de ello.

–Para hacer un favor a unos judíos rusos –prosiguió–. Tus abuelos no eran en realidad los Brnwa. Sino unos chicos polacos que trabajaban en Auschwitz.

Se le cortaba la voz de forma intermitente cuando el agua me tapaba las orejas. Estaba haciendo fuerza contra las dos paredes de cristal a la vez, intentando mantener a Magdalena y Rovo pegados a la esquina. Pero se me resbalaban continuamente.

–Los verdaderos Brnwa murieron allí –continuó Skinflick–. Tus abuelos tomaron su identidad para salir del país cuando acabó la guerra. Pero en Israel se encontraron con un ruso que los reconoció, y que sabía quiénes habían sido los verdaderos Brnwa. Un amigo suyo llamó a mi padre.

No pude menos de asumir parcialmente esa información. Me dio la impresión de que había que aclarar ciertas cosas, y posiblemente pasarlo mal después.

Es decir, si seguía vivo dentro de una semana.

Ahora mismo necesitaba que Skinflick cerrara la boca y nos ayudara.

–¿Y qué? –grité.

–Sólo te lo estoy diciendo. No sabes ni media.

–¡No importa! ¡Te perdono! ¡Perdono a tu padre! ¡Perdono a mis putos abuelos! ¡Pero sácanos de aquí!

Skinflick no contestó. Luego dijo:

–No sé, colega. Has matado a todos mis chicos.

–Eso no es tan malo. Nadie lo sabe. ¡Venga! –Cuando vi que no decía nada, añadí–: ¿Quieres que te ayude a matar a alguien? ¡Pues lo haré!

–Sí, como la última vez, ¿eh? Creo que me conformaré con lo que hay en la mesa, gracias. Que eres tú. Literalmente.

–Lo de la Granja no fue culpa mía. ¡Tú lo sabes!

Me empezó a entrar el pánico. Tenía los brazos y las piernas ardiendo. Cosas vivas y viscosas me pasaban rozando los tobillos. Y no estaba teniendo suerte en la operación de quitar la cinta aislante que ceñía los cuerpos de Magdalena y su hermano. Sólo podía contemplar sus ojos aterrorizados, y sentir en la cara su cálido aliento.

–Lo que tú digas, compadre –dijo Skinflick–. O quizá debiera llamarte «comensal», aunque no te acompañe a la mesa.

El tío que se estaba muriendo encima de nuestras cabezas soltó la pistola. Cayó a un metro, pero era imposible recuperarla. Al oír el chapoteo, Skinflick hizo al azar un par de disparos al agua.

–Ahora tengo que sacar estos putos cuerpos de aquí –se quejó al apagarse el eco–. Pensé en traer carne por si los tiburones no mordían, ya sabes. Pero creo que no será necesario.

Me figuré que pensaba arrojar los cadáveres al agua, y me pregunté si eso nos serviría de ayuda: una ración de comida que los tiburones podían comparar con nosotros, zampándosela y decidiendo que nosotros *no éramos* para comer.

Entonces sentí algo en la cara, que tenía cierto sabor metálico. Miré hacia arriba y me cayó una gota en el ojo. Me picó. Estaba caliente.

–¡Al menos deja que Magdalena y su hermano salgan de aquí! –grité a Skinflick–. ¡Ellos no te han hecho nada!

–Víctimas de la guerra, amigo. Lo siento.

Dos segundos después los tiburones empezaron a atacar.

Los bichos podían elegir entre Rovo y yo, porque en cuanto comprendí lo que estaba pasando cubrí la mayor parte del cuerpo de Magdalena con el mío.

Rovo agitaba los codos mucho menos que yo. Cuando lo atacaron, la superficie del agua se estremeció y se abrió en dos.

Suele decirse a veces que los tiburones primero nadan hacia su presa y luego la matan, pero eso es darles demasiado crédito. Utilizan los mismos músculos, en los flancos, para hacer ambas cosas. Cierran firmemente las mandíbulas sobre algo, y después se sacuden de un lado a otro hasta arrancar un trozo. Entonces, si creen que pueden permitirse el lujo, se retiran hasta que su presa se desangra.

Los tiburones de Coney no se lo podían permitir, y lo sabían. Eran demasiados. El tanque era una repugnante porción concentrada de infierno biológico, atestado de animales que en libertad nadaban centenares de kilómetros diariamente, sin acercarse unos a otros para nada. Aquí, si daban un mordisco y se retiraban, no tocarían a nada. Así que los que atacaron a Rovo lo apartaron de la pared y se lo llevaron al centro del tanque, arrastrándonos a Magdalena y a mí con él.

Era como caer en un remolino por un sumidero. Bajo el agua, rodeando con las piernas a Magdalena, encontré la cinta que le sujetaba los brazos y la desgarré con los dientes. Me arranqué el canino inferior izquierdo y el premolar, pero la solté.

Ya en la superficie, sin embargo, se desprendió de mí y agitándose con violencia fue hacia su hermano, a quien revolvían y tironeaban de todas partes, y que seguía gritando sangre bajo la luz cenital. Cogí la cinta que amarraba las

piernas de Magdalena y la empujé hacia la oscuridad justo cuando Skinflick empezaba a disparar de nuevo.

Creo que fue eso lo que mató efectivamente a Rovo. Espero sinceramente que así fuera, coño.

Volví a llevar a Magdalena a un rincón y le tapé la boca con la mano. Creo que miraba por encima de mi hombro. No le hacía falta. El agua *bullía,* y se notaba cómo los tiburones desgarraban y cerraban de golpe las mandíbulas mientras se peleaban por el cuerpo de su hermano.

No sé cuánto tiempo permanecimos así. Procuraba mantener a Magdalena pegada a la pared, pataleando para seguir a flote y quedándome sin respiración cada vez que sentía o imaginaba que algo me pasaba rozando por los pies o las piernas. Cosa que ocurría continuamente.

Me pareció que pasaba un par de horas. Poco a poco, las refriegas se fueron haciendo menos violentas y más espaciadas, hasta que los escualos dejaron de atormentar la superficie del agua. Sabe Dios por cuántos trozos de Rovo valía la pena disputar. Las cosas volvieron a una relativa calma.

Luego se oyó una voz en lo alto.

–Señor Locano... ¡La leche puta!

Otra voz exclamó:

–¡La hostia!

–Sí –contestó Skinflick–. Bueno, limpiadme esto, ¿queréis?

Empezaron a arrastrar cadáveres. Tardaron un buen rato. Los pies de los capullos de la mafia arrancaban sonidos de xilófono a la reja metálica de la pasarela.

Por fin acabaron. Skinflick enfocó por el agua con una linterna, pero Magdalena y yo estuvimos casi todo el tiempo sumergidos.

–¿Pietro? –me llamó.

No contesté.

–Encantado de haberte conocido, colega –concluyó.

Levantó la rampa antes de marcharse.

Cuando recuerdo aquello, parece que la mitad del tiempo que he pasado en la vida con Magdalena fue aquella noche.

Nos movimos con infinita lentitud en torno al perímetro. La mantuve en alto con todas mis fuerzas contra el cristal, mientras ella levantaba el brazo en la oscuridad, en busca de algún grifo, un saliente o cualquier cosa que pudiera servirnos de apoyo para salir de allí. Yo también buscaba con los pies la piedra con la que había chocado antes. Ninguno de los dos tuvo suerte. La reja, a un metro y medio del agua, bien podría haber estado a un kilómetro.

En las esquinas se podía hacer fuerza contra las dos paredes de cristal, aun cuando el ángulo era amplio, para sujetarse y mantenerse a flote. Pero si empujaba demasiado, nos separábamos de la pared. Si aplicaba poca energía, nos hundíamos. Los brazos y las piernas me estaban matando.

Y por supuesto había otros problemas, más triviales. La sal que nos hacía flotar lo bastante para mantener la cabeza en la superficie, nos picaba en los ojos y la boca. Cuando el agua está a unos veinticinco grados, al principio da la sensación de que está caliente pero si se pasa mucho rato dentro resulta lo bastante fría para causar la muerte.

En lo que se refería a salvar a Magdalena, sin embargo, me sentía indestructible, e inmune a la fatiga. Acabé perfeccionado una técnica. Me la puse sobre los hombros, frente a mí, para que permaneciera lo más posible fuera del agua. Así estuve durante horas, creo. Acabamos quitándonos la ropa, porque de ese modo se sentía menos el frío. Y

después me dejó que le lamiera el coño, aunque no dejó de llorar, ni siquiera cuando se corrió.

Júzguenme a mí, si quieren. Si la juzgan a ella les partiré la puta cabeza. Uno se entera de lo primordial cuando se te presenta en el salón. La opulencia y suntuosidad del coño de Magdalena, los nervios de mi espina dorsal que no son receptivos a otros estímulos, hacen que el mar se vuelva insípido. Están llenos de vida.[1]

Estuvimos toda la noche oyendo un ruido, como un resoplido, cada quince minutos más o menos. Cuando la claraboya se iluminó, despacio primero y luego de forma ridículamente repentina, empecé a ver una cabeza pequeña y redonda que aparecía en la superficie, con unos ojos negros, destellantes, resoplando agua por unas narices de reptil.

Cuando pude ver el reloj, eran las seis pasadas. Estábamos tiritando, con náuseas. En el momento en que hubo suficiente claridad para distinguirlos por el agua, los tiburones se volvieron mucho más agresivos. Por lo visto, lo que más les gusta son el amanecer y el crepúsculo. Vinieron como flechas, semejantes al rebote de una pelota.

Pero desaprovecharon la oportunidad. Lo único que consiguieron fue un talonazo en el morro. El tanque siguió iluminándose. Vimos que el animal que resoplaba era una enorme tortuga de mar, y probablemente también lo que yo había confundido con la roca. Luego nos dimos cuenta de que eran dos. Y entonces el tanque se llenó de animales.

Había por lo menos una docena de tiburones de tama-

1. La gente piensa que el mar da vida y libertad. Pero las playas son las barreras más infranqueables de la naturaleza. La gente las adora como venera el espacio exterior, o la muerte, o cualquier cosa o persona que le supone un terminante rechazo.

ño humano (veinte minutos después llegué a contar catorce, exactamente), de dos especies diferentes, ninguna de las cuales fui capaz de identificar. Las dos eran de color pardo, y parecían hechas de gamuza, con una serie de sorprendentes y repugnantes aletas en los flancos. Los ejemplares de una de ellas tenían manchas en el lomo.[1]

Una raya venenosa, lenta y líquida, con aspecto de tener medio rabo arrancado de un mordisco, se movía sobre el fondo del tanque, de arena y cemento. Por encima de ella pasaba una población de peces loro, cada uno de más de treinta centímetros de largo, empujando y picoteando lo que quedaba del cuerpo de Rovo, conduciéndolo hacia los bordes del tanque mientras lo mordisqueaban, haciéndolo bailar.

No quedaba mucho de él: la cabeza desgarrada, la espina dorsal, los huesos de los brazos. Tenía las manos hechas jirones, los tendones le colgaban como flecos. De cuando en cuando, algún tiburón revolvía el cadáver en busca de los restos fibrosos de la carne, y lo mandaba dando vueltas hasta que los peces volvían a atraparlo. En un momento dado me sumergí y lo cogí cuando pasaba, pensando que si lograba alejar de él a los peces, Magdalena podría respirar más acompasadamente. Pero los tiburones se ponían demasiado agresivos con eso, y el contacto con aquellos restos me producía arcadas. El único sitio por donde se le podía coger era por la aguda y resbaladiza base de la espina dorsal, metiendo la mano por los orificios a

1. Eran tiburones tigre, o tiburones enfermera o algo así. ¿A quién le importa una mierda? Todo tiburón de ese tamaño ataca a una persona si cree que puede salirse con la suya. Y todos los tiburones de aguas superficiales son pardos por el lomo y blancos por debajo, para que los peces que pasan por encima crean que son arena, y los que van por debajo los confundan con el cielo.

través de los cuales le habían extraído los riñones. Así que lo dejé flotar de nuevo y dije a Magdalena que apartara la vista. Aunque los dos seguimos mirándolo.

Sobre las siete y media los tiburones se apartaron de nosotros como si hubieran oído una señal, y entonces apareció el tío que les daba de comer.

Tenía veintitantos años, el cráneo rasurado y patillas, y llevaba unos pantalones amarillos de caucho. Se quedó parado, mirando los pezones como pinchos de Magdalena. Estaba completamente desnuda. Por lo menos eso evitaba que aquel pringado se fijara en Rovo.

–Sácanos de aquí –bramé.

Se acercó a la rampa y la bajó, y me despegué de la pared con Magdalena en brazos, dispuesto a arrancar los ojos a cualquier tiburón que quisiera jodernos ahora. Al izarme después de sacarla de un empujón, me dio vueltas la cabeza de tal forma que por un momento mi visión se mantuvo estática.

–Voy a llamar a la poli –anunció el tío.

–¿Cómo? –quise saber–. No tienes móvil.

–Sí que tengo –dijo él, sacándolo.

El muy capullo. Se lo rompí contra la barandilla, arrojando los trozos al agua después de dejarlo inconsciente de un puñetazo.

Las veinticuatro horas que empezaron en aquel momento fueron las peores y más importantes de mi vida. A lo largo de ellas –aunque eso fuera lo de menos– recorrí más de tres mil kilómetros, sólo para acabar de nuevo en Nueva York, una jornada entera después de que Magdalena y yo logramos salir del agua.

En concreto, terminé en Manhattan, en donde el por-

tero de Skinflick me reconoció y me dejó entrar en el edificio. A los dos matones que estaban en el apartamento me los cargué con la mesita de cristal.

A Skinflick, que estaba despierto pero ciego de coca, lo cogí por las caderas, igual que había hecho para mantener a Magdalena en alto. Luego lo arrojé de cabeza, retorciéndose y gritando, por la ventana de su sala de estar.

Inmediatamente después deseé no haberlo hecho para volver a hacerlo una vez más.

Y desde la calle, en donde ya empezaba a congregarse una multitud, llamé a Sam Freed, diciéndole por segunda vez en aquel día adónde podía venir a recogerme.

## 21

Pongo el pie en la calle ya de paisano. Libre. Lo he abandonado todo. Ya no trataré a más pacientes. Y lo que un pijama sanitario y un título delante de mi nombre puedan haber hecho por mí, ya no me servirán de nada. He colgado los hábitos, sin abusar de ningún monaguillo durante el ministerio.

Tendría que sentirme horrorosamente mal. Me costó siete años hacerme doctor en medicina. En el fondo no tengo nada más. Ni trabajo. Ni siquiera un sitio seguro en donde vivir.

Pero el viento frío que va arrancando esquirlas de hielo por la acera tiene en cierto modo el sabor del aire nocturno de primavera, lleno de luciérnagas y de mujeres borrachas en torno a la barbacoa.

Porque no me siento nada mal.

Estoy en la ciudad de Nueva York. Puedo alojarme en un hotel y llamar al PFPT desde allí. Tengo además la posibilidad de ir a un museo, o al cine. Coger el transbordador de Staten Island. Aunque no debería, probablemente, porque en Staten el que no pertenece a la mafia es poli, pero en cualquier caso puedo hacerlo. Puedo comprar un puto *libro* y leerlo en un *café.*

Y cómo he *odiado* ser médico, joder.

Desde la facultad. El sufrimiento interminable y la muerte de pacientes cuya vida yo debía salvar pero no pude, porque no estaba en manos de nadie o porque simplemente yo no era lo bastante bueno. La inmundicia y la corrupción. Las horas agobiantes.

Y sobre todo he odiado esa Estrella de la Muerte de Nueva York, ese hospital, esa Moria fluorescente que llaman ManCat.

He seguido siendo médico tanto como he podido. Estoy en deuda, lo sé, y agradezco que el hecho de ejercer la medicina me obligara a pagarla, dándome la buena obra que hacer todos los días, para que no tuviera que andar buscándola.

Pero no puedo pagar más allá de mis posibilidades. Que me maten encima de dar siete años de mi vida a nadie servirá de nada. En realidad sólo consumiría recursos. No tengo nada más que hacer en esta profesión.

Pero eso no es el fin del mundo. Quizá cuando vuelva a instalarme en algún sitio pueda trabajar en un comedor de beneficencia. La prima del seguro por negligencia profesional no puede ser muy elevada en esa ocupación.

La expresión del doctor Friendly –«Demanda Post-Negligencia»– me viene a la memoria y me hace reír.

Luego me hace pensar en otra cosa, y me paro en seco como si me hubieran clavado el pie en el suelo. Casi me caigo.

Lo medito bien para averiguar dónde se ha producido el error.

Sigo pensando.

Pero es inútil.

Sé cómo salvar la pierna a la Chica del Osteosarcoma.

De pie entre el viento y el fango, intento comunicarme con Cirugía por el móvil. No contestan.

Ortopedia. Comunicando.

Akfal. Se oye la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Dvořák, lo que significa que ha llevado un paciente al servicio de resonancia magnética.

Entretanto, en la esquina del bloque de viviendas que tengo enfrente, se paran dos limusinas y se bajan seis hombres sin dirigirse la palabra.

Todos llevan prendas de abrigo que les llegan muy por debajo de la cintura, para ocultar las armas. Hay un individuo moreno y otro con pinta de hispano, pero los otro cuatro parecen de la región central del país. Vaqueros y zapatillas deportivas. Rostros surcados de arrugas por estar demasiado tiempo al sol en los ranchos de Idaho y Wyoming que, según creen ellos, nadie conoce.

Yo he estado en alguno de esos ranchos. Por negocios, si entienden lo que quiero decir.

Los sicarios se dividen en dos grupos en la esquina, para cortar todas las salidas. Miro a mi espalda. Otros dos coches.

Tengo alrededor de medio segundo para decidir si cruzo la calle y desaparezco o vuelvo sobre mis pasos hacia el hospital.

Soy idiota. Me decido por el hospital.

Subo corriendo por las escaleras mecánicas hasta la planta de Cirugía. Si los tipos de fuera han entrado primero, ganaré algo de tiempo, porque lo más probable es que esperen al ascensor en la planta baja.

*Si.*

Atajo por la sala de reanimación, en donde los de la UCI siguen rebuscando en el cubículo donde murió Squi-

llante, tratando de adivinar adónde ha ido a parar la impresión de su EKG. Acabarán teniéndolo en la mano cuando se les ocurra imprimir otro. A lo mejor dentro de un mes.

En los vestuarios de Cirugía hay una pantalla plana que muestra el programa de operaciones. Según leo, a la Chica del Osteosarcoma le han amputado la pierna hace tres horas. Lo que es imposible, porque acabo de verla. Al menos hay un número de habitación, en la planta de arriba.

Cuando llego allí, sin embargo, un gilipollas con uniforme y mascarilla está pasando la fregona por el suelo, lo que *quizá* signifique que se han equivocado de habitación al elaborar el programa, pero no es seguro.

–¿Cuándo es la siguiente operación? –pregunto al tío de la fregona.

Se limita a encogerse de hombros. Entonces, cuando me vuelvo para marcharme, suelta la fregona y me pasa un alambre por la cabeza.

Muy cuco. Puede que me haya oído hablar con la Chica del Osteosarcoma desde fuera de la habitación. Apostando por la lejana posibilidad de quedarse para él solo el dinero de la recompensa de Locano. Y es un psicópata del garrote.

El garrote es muy sencillo de hacer, de quitárselo de encima y de esconderlo, incluso yendo de uniforme. Pero sólo un psicópata es capaz de utilizarlo. ¿Quién, si no, va a acercarse tanto a su víctima? Apenas tengo tiempo de llevarme la mano a la garganta antes de que él me apriete el alambre de un tirón.

Me doy cuenta entonces de que así no va a acabar conmigo. Enseguida no, al menos. Con la palma de la mano extendida frente a la laringe y el tubo del estetoscopio co-

gido bajo el alambre por ambos lados, el psicópata no puede generar la fuerza suficiente para seccionarme las arterias, ni siquiera cuando me retuerce el garrote en la nuca. Puede cortarme las venas, más próximas a la piel que las arterias, pero con eso sólo conseguirá que la sangre *no me baje* de la cabeza. Ya siento cómo se incrementa el calor y la presión. Pero tardaré un tiempo en perder el conocimiento.

Entonces el tío empieza a hacer un movimiento de sierra, de atrás adelante, lo bastante rápido para que no pueda utilizarlo en mi favor, y el alambre me hace un corte profundo en la palma de la mano y a los lados del cuello. El psicópata lo ha trenzado con algo: vidrio, metal o algo parecido. La boquilla del estetoscopio hace un ruido metálico al rebotar en el suelo.

Por lo visto, eso *sí* va a matarme de inmediato.

Le doy un pisotón. Calza zapatos con puntera metálica. Pues claro: es un psicópata del garrote. Se lo espera. La puntera cede un poco, arrancándole un gruñido cuando le aprisiona los dedos, pero eso no cambia mucho sus planes. Se puede pasar un coche sobre unos zapatos con puntera de acero.

Así que empujo hacia atrás, con fuerza. Eso también se lo espera, y mantiene sin esfuerzo el equilibrio apoyándose con las piernas en la mesa de operaciones.

Pero estamos en mi casa. Doy con el talón en el pedal que libera los frenos de la mesa, y esta vez, cuando salimos volando, se lleva una sorpresa.

Aterrizo encima de él en el suelo. Al soltar el aire emite un gruñido que me satisface. Pero no afloja la presión del alambre.

Así que echo hacia atrás la mano libre y le agarro un mechón de pelo –que, estúpidamente, se ha dejado crecer– por el lado izquierdo de la cabeza. Luego me incorporo, ti-

rando de él para lanzarlo por encima de mi hombro, y volteándolo al mismo tiempo.

Eso sólo puede dar resultado si el psicópata del alambre es diestro, o al menos si tiene la muñeca derecha cruzada sobre la izquierda. Pero ya no me quedan muchas posibilidades.

Funciona: ya no tengo el alambre en torno al cuello cuando lo lanzo por encima de mí.

El psicópata se da un golpazo contra el suelo y pierde algo de pelo, cayendo boca arriba y con la cabeza hacia mí. En una posición en la que no me cuesta mucho trabajo darle rápidos golpes en la cara alternando los codos y el canto de las manos –derecha e izquierda, derecha e izquierda– hasta que se queda inconsciente y sangrando por la nuca.

Me pongo en pie, aturdido.

Mal día para pasar la fregona, mamón.

En el almacén del pasillo que hay entre los quirófanos, me pongo una grapa para cerrarme la palma de la mano. El dolor es desesperante, pero la mano me sigue funcionando. Me pongo una venda en el cuello. No puedo hacer mucho más sin vérmelo bien, y el objeto más parecido a un espejo que puedo encontrar es una bandeja de instrumental.

Mientras me pongo un pijama limpio, me fijo en la estantería del equipo quirúrgico, que contiene bandejas rectangulares de acero con instrumentos para diversas operaciones. Llevan etiquetas como «TÓRAX, ABRIR» y «RIÑÓN, TRASPLANTE».

Abro una que pone: «HUESO GRANDE, CORTE TRANSVERSAL». Elijo un cuchillo que parece un machete sin mango y lo utilizo para hacerme un corte a lo largo en la

pernera de los pantalones recién puestos. Luego me lo pego a la cara exterior del muslo con esparadrapo.

Cuando voy al lavabo a limpiarme la sangre, me encuentro a un enfermero que se está rascando el sobaco con la puntiaguda cámara de un laparoscopio que más tarde introducirán en el abdomen de un paciente unos doctores con monos esterilizados para evitar la contaminación.

Me echa un vistazo y se larga pitando.

Voy de una a otra habitación por la planta de Cirugía hasta encontrar a la Chica del Osteosarcoma. Es la forma más rápida. Cuando llego, ya está inconsciente, con el anestesista aplicándole la mascarilla.

Está desnuda sobre la mesa. Los residentes se pelean por ver quién le afeita el felpudo, cosa que, para empezar, no es necesaria.

Al verme, la enfermera auxiliar pone los ojos como platos y grita:

–¡No lleva usted mascarilla! ¡Ni gorro!

–No importa –le digo–. ¿Dónde está el doctor?

–¡Salga de mi quirófano!

–Dígame quién va a operar.

–¡No me haga llamar a seguridad!

Le doy unas palmaditas en la pechera de la bata de papel, contaminándolo, y se pone a chillar. Si la operación se lleva efectivamente a cabo, habré logrado aplazarla media hora.

–Dígame dónde está el puñetero cirujano –insisto.

–Justo aquí –dice el médico, a mi espalda. Me vuelvo. Por encima de la mascarilla tiene un aire distinguido–. ¿Qué coño está haciendo usted en mi quirófano?

–Esta mujer no tiene osteosarcoma –le digo.

–¿No? –Su voz no se altera–. ¿Qué es lo que tiene?

–Endometriosis. Sólo sangra cuando está menstruando.

–El tumor está en el fémur. En el fémur distal. –Me mira el vendaje del cuello, que debe estar supurando, me imagino. Duele de la hostia–. ¿Es usted médico?

–Sí. Es tejido uterino que ha migrado ahí. Puede ocurrir. Se han dado casos.

–Dígame uno.

–No me acuerdo. Me lo explicó un profesor.

En realidad se lo oí al Profesor Marmoset, una vez que íbamos juntos en avión. Hablaba de esas chorradas que hay que aprender en la facultad de medicina y que nunca se ven en la vida real.

–Es la mayor estupidez que he oído en la vida.

–Puedo hacer una consulta en Medline –le sugiero–. Tiene tejido uterino en el compartimiento anterior del cuádriceps, pegado al periostio. Se lo puede extirpar. Si en cambio le amputa la pierna, Patología demostrará que tengo razón y se le caerá el pelo. Joderán vivo a todo el mundo de este quirófano. Me encargaré de eso personalmente.

Miro fijamente a los ojos de todos los que encuentro alrededor.

–Humm –dice el doctor.

Me pregunto si tendré que tocarle la pechera de la bata a él también.

–Está bien, tranquilícese –dice al cabo–, quitándose la bata de un tirón–. Voy a hacer una búsqueda rápida en Medline.

–Gracias.

–¿Y con quién tengo el placer de hablar? Sólo para que pueda hacer que lo despidan si no está en lo cierto.

Que tengas suerte, capullo.

–Zarpa de Oso Brnwa –le digo al marcharme.

El rellano de la escalera mecánica, sin embargo, está vigilado: un matón en cada extremo, y dos subiendo a la planta superior.

*Joder,* pienso. *¿Cuántos tíos de éstos hay por aquí?*

Tengo un momento Rambo durante el cual pienso arrancar de la pared un dosificador Purell de gel con alcohol para las manos y utilizarlo como napalm, pero luego decido que prender fuego a un hospital lleno de pacientes es pasarse un poco de la raya. En vez de eso, doy media vuelta y me dirijo a la escalera de incendios, que resuena con los cautelosos pasos de quienes me andan buscando, y, lo más silenciosamente posible, subo corriendo los tres pisos que me separan de Medicina Interna.

Volviendo al fondo de mi madriguera.

Lo que tiene sus ventajas. Como el hecho de que haya escondido allí la pistola del soplapollas que me ha asaltado esta mañana.

Sólo tengo que encontrarla.

No recuerdo en absoluto dónde he puesto la pistola. Cuando hago un esfuerzo por acordarme me siento aturdido, agotado por la ingestión de drogas. Decido aplicar una fórmula del Profesor Marmoset.

Según él, jamás debemos molestarnos en tratar de recordar dónde hemos puesto algo. Sólo hay que hacerse la idea de que ahora mismo necesitamos ponerlo en algún sitio, y luego dirigirse al lugar escogido. Porque ¿a qué elegir ahora un sitio diferente al de antes? La personalidad suele ser más equilibrada de lo que pensamos. No nos levantamos cada día siendo una persona diferente. Sencilla-

mente es que no tenemos mucha confianza en nosotros mismos.

Así que lo intento. Utilizo la Fuerza. Me imagino a las cinco y media de la mañana, con una pistola que ocultar y prácticamente nada en la cabeza.

Eso me lleva a la sala de descanso de las enfermeras, detrás del mostrador de Medicina Interna. A los viejos manuales de las altas estanterías que corren a lo largo de la estancia, y que no se utilizan desde el advenimiento de Internet. A un grueso volumen en alemán sobre el sistema nervioso central.

Detrás de él está la pistola.

Otro tanto para Marmoset.

Al salir del mostrador veo que hay dos matones a cada extremo del pasillo, registrando habitaciones. Viniendo hacia mí.

Si me decido por un tiroteo frente a frente puedo situarme en el pasillo que corre en sentido paralelo al mostrador, y disparar a esos cabrones desde ahí. Lo que además de matar a un número desconocido de inocentes hará que todas las personas armadas del hospital acudan corriendo. Lo medito un momento, y descarto la idea. Conozco a los guardias de seguridad.

Me escondo en la habitación que tengo a la espalda. Sé que está vacía porque poco antes de la operación de Squillante he dado de alta a uno de los pacientes que había en ella, y el otro era la mujer que me encontré muerta en la cama esta mañana. En este hospital las cosas no pasan tan rápido para que, en el intervalo transcurrido desde entonces, alguien pueda pensar siquiera en cambiar las sábanas.

Busco en los armarios. El camisón más largo que en-

cuentro es de talla mediana. Tiro los zuecos y la ropa que llevo al cuarto de baño, me pongo la diminuta prenda, con la que tengo frío, y me meto de un salto en la cama donde ha muerto la mujer.

Un par de minutos después entran dos sicarios en la habitación.

Estoy tumbado. Me miran. Los miro. La mierda de pistola con que les apunto por debajo de las sábanas está a punto de disolverse en mi mano. Lo que más pesa de ella son las balas.

Procuro no mirarlos a los ojos. Aun así, me doy cuenta de la impresión que debo causarles ahora que ya han buscado en todas las demás habitaciones. Demasiado saludable, incluso con mi estúpido vendaje en el cuello. Un absoluto impostor.

Se llevan simultáneamente la mano al interior de la chaqueta. Dirijo la pistola del soplapollas hacia el que está más cerca y aprieto el gatillo. El percutor hace un ruido seco pero no pasa nada. Vuelvo a apretar el gatillo. Otro chasquido. En dos segundos he probado las seis recámaras, y el gatillo está empezando a doblarse. No son las balas, sino el percutor o algo así.

Puta pistolita de mierda. Se la tiro con fuerza y me llevo la mano al cuchillo que llevo pegado al muslo con esparadrapo.

Por lo visto me disparan con una pistola paralizante.

Me despierto.

Estoy en un pasillo de linóleo a cuadros, boca abajo. Los dos tíos que me sujetan los brazos saben lo que se hacen: al menos uno de ellos tiene el pie en mi espalda, para que no me escape lanzándome hacia delante. El cuchillo ha

desaparecido. En mi campo visual sólo hay zapatos. Lo que más oigo son risas.

–Hazlo ya, joder –dice uno–. Esto me está poniendo malo.

–Es un trabajo de precisión –observa otro, suscitando más carcajadas.

Echo una frenética mirada alrededor. En la pared de la izquierda hay una puerta de aluminio bruñido. Un congelador empotrado. Sigo en el hospital.

Por encima del hombro veo que un sujeto se agacha a mi lado con una enorme jeringa de plástico llena de un líquido parduzco.

–Nos han dicho que antes te han metido algo desagradable en el cuerpo, pero no te has muerto –me dice–. Así que hemos pensado en ponerte algo aún más repugnante.

–No sigas, por favor –logro decir.

Pero continúa:

–Si antes no estabas lleno de mierda, ahora lo estarás.

Risas. Entretanto sigo con el puto camisón de hospital, que está desatado y abierto por detrás. El tío me clava la jeringa en la nalga izquierda y me inyecta la abrasadora porquería. Al menos saca primero las burbujas de aire.

–Para cuando llegue Skingraft estarás de lo más suave –me advierte.

Por lo visto me disparan otra vez con el arma paralizante.

## 22

Magdalena y yo nos fuimos del Aquarium en el Subaru verde de cinco puertas del tío que daba de comer a los tiburones. Tuve que apoyar el pecho en el volante para conducir. No podía levantar los brazos.

Magdalena llevaba uno de los impermeables amarillos del armario metálico. Iba en el asiento del pasajero, sentada sobre las piernas. Lloraba tan fuerte, con toda la cara enrojecida y cubierta de lágrimas, que cuando por fin habló no me di cuenta de que lo hacía, ni entendí lo que estaba diciendo.

Que era, una y otra vez:

–Para.

–No podemos –le dije. Tenía las encías hinchadas y ardiendo por donde había perdido los dos dientes, y los alvéolos machacados.

–Hay que decírselo a mis padres.

Lo pensé. Sus padres tenían que marcharse. En cuanto Skinflick se enterara de que seguíamos vivos, iría por ellos. Había que advertirles.

Pero también debían guardar la calma. Si llamaban a la

pasma antes de que los federales les facilitaran protección, sólo conseguirían que Skinflick se enterase antes.

–No puedes contarles lo de Rovo –la previne.

–¿A qué te refieres? –preguntó Magdalena. Los dos teníamos la voz ronca. Voces de farsa.

–Tienes que decirles que se vayan. Que se marchen de Nueva York. A la Costa Este. A Europa. Pero si les dices que Rovo está muerto se volverán locos, o se quedarán, o las dos cosas.

–Tienen derecho a saberlo –objetó Magdalena.

–No puedes decírselo, nena.

–No me llames nena –replicó–. Nunca me llames así. Ahí hay una cabina. Para.

Detuve el coche. Si me odiaba, y no le faltaba razón, entonces ya no había que preocuparse de nada.

Pero creo que mintió a sus padres sobre lo de Rovo. Porque mientras hablaba con ellos no dejó de llorar, pero en silencio, con el pecho estremecido.

Lo que les dijera, lo dijo en rumano.

Por lo cual le estoy eternamente agradecido.

Era de noche cuando entramos en Illinois. En una elevación sobre la autopista había un restaurante entre una larga hilera de moteles bastante espaciados. El Pastel de No Sé Quién, o algo así. Era una cadena.

Magdalena entró conmigo a pedir la comida, tiritando todo el tiempo. Era una idiotez que nos vieran juntos, pero no podía perderla de vista. Me sentía tan desarraigado que apenas creía en mi existencia. Lo que Skinflick había dicho sobre mis abuelos, sin duda, era cierto. Eso explicaba muchas cosas: todos esos años evitando a otros judíos, el silencio sobre sus respectivas familias antes de la guerra, los

equívocos tatuajes en sus antebrazos. No sabía qué pensar de ellos, ni de su intento de vivir la vida como los demás, pero estaba seguro de que ahora sólo una cosa me unía con la humanidad, y era Magdalena.

No recuerdo mucho del restaurante en donde paramos. Seguro que era naranja y marrón como todos los de autopista. Comimos en el coche. Luego Magdalena se durmió en el asiento trasero, que habíamos abatido, y yo me bajé con cautela y llamé a Sam Freed, para decirle que estábamos dispuestos a entrar en el Programa.

–Eso puede llevar algún tiempo –me advirtió–. No sé a quién encargárselo. No quiero equivocarme de persona. –Pensó unos momentos–. Me pondré en contacto con unas personas e iré yo mismo para allá en avión. No tardaré más de seis horas.

Me desperté en la parte de atrás del Subaru, con Magdalena acurrucada lejos de mí.

Todavía era de noche, pero la sombra de una cabeza había irrumpido por la empañada luna trasera, porque quienquiera que fuese estaba a contraluz de la farola que había al fondo del aparcamiento del restaurante.

La cabeza no llevaba gorra de policía. Yo no había oído radio alguna, ni visto linternas. El hombre de la cabeza empezó a avanzar por el flanco del coche procurando moverse con el mayor sigilo. Cuando la sombra pasaba frente a mí, abrí de una patada la puerta trasera derecha dándole de lleno en el vientre, y luego salí tras él.

Fue trastabillando cuatro o cinco pasos, cayó luego al suelo, y entonces lo cogí. Su cazadora de nailon hizo un ruido sibilante en el asfalto cuando lo arrastré detrás de un contenedor de escombros, fuera de la luz.

No lo conocía. Tenía veintipocos años. Delgado, con gafas, un individuo blanco. Le aplasté la cara contra un lado del contenedor.

–¿Estás con los federales? –le pregunté. Era demasiado blando y estúpido para ser un matón.

–¡No, tío! ¡Creí que era mi coche!

–Mientes.

Volví a golpearlo contra el contenedor.

–Creí que estabais follando. –Rompió a llorar–. Sólo quería mirar.

–¿Cómo?

–¡Quería mirar!

Estaba sollozando. Le registré los bolsillos, pero no tenía nada aparte de una billetera con cierre de velcro. Su carné de conducir era de Indiana.

Y llevaba la bragueta abierta.

–La leche –dije.

Volví la cabeza para decir a Magdalena que no pasaba nada. Con la espalda erguida, estaba sentada en la parte trasera del Subaru.

Entonces, de pronto, quedó iluminada por unos faros, y oí un chirrido de ruedas.

Las ventanillas del todoterreno ya debían estar bajadas. La andanada de metralleta y escopeta que vomitaron, iluminando de nuevo el Subaru, se produjo con demasiada rapidez para que estuvieran subidas.

Entonces el todoterreno dio un salto hacia delante, desapareciendo de mi vista como si lo hubiera apartado de un manotazo. Oí cómo chocaba de refilón contra unos coches al salir como un bólido del aparcamiento.

Llegué al Subaru. Con todo el flanco aplastado por los disparos, parecía que lo hubiesen pisoteado. El aire estaba lleno de vidrio pulverizado y de olor a pólvora y sangre.

La puerta se me cayó de las manos. Cuando la saqué, Magdalena tenía la cabeza colgando. Me precipité con ella al suelo.

Tenía hundido el pómulo derecho, tan aplastado como el flanco del coche, y lleno de sangre. Los ojos enteramente encarnados, el izquierdo con un surco de lado a lado por donde le destilaba una gelatina enteramente traslúcida que se le escurría por la cara.

Cuando le cogí la cabeza para acercar su rostro al mío, sentí sin ver cómo se le movían los huesos bajo la piel.

Cuando Dios se cabree de verdad, no enviará Sus ángeles de la venganza.

Enviará a Magdalena.

Para llevársela después.

## 23

Me despierto. Es difícil. Lo intento un par de veces. Tengo un frío tan increíble que prefiero seguir durmiendo a preguntarme por qué.

Finalmente, sin embargo, trato de darme la vuelta, y el hecho de que tenga el pito adherido al suelo me despierta de inmediato. Al principio pienso que me lo han clavado en el sitio, porque está tan entumecido que parece una correa con la que me han amarrado. Luego me lo toco y decido que me lo han pegado con cola. Entonces me doy cuenta de que se me ha helado contra el suelo metálico.

Me escupo en la mano izquierda –me he dado la vuelta sobre el brazo derecho, porque no quiero seguir, ni por un momento, con el estómago contra el suelo– y utilizo la saliva para deshelarme la minga. Tengo que darme unas cuantas friegas. Es como hacerse una paja.

Pero mientras estoy en ello, un pánico ciego se apodera de mí. Porque no veo *nada.* Entre aplicaciones de saliva me froto los ojos con los nudillos de la mano libre. Aparecen esos brotes multicolores extrañamente caprichosos, por lo que deduzco que me siguen funcionando los nervios de la retina. Y también que, como al tacto parece que tengo

bien los ojos, lo que pasa es que aquí reina una completa oscuridad.

¿Y dónde es aquí, exactamente? En cuanto se me despega el pito, me pongo en pie de un salto. El camisón de hospital, que antes tenía arrebujado en el pecho, se me baja ahora cubriéndome las tres cuartas partes del cuerpo. Los vendajes de la mano y el cuello, en cambio, han desaparecido.

Extiendo el brazo hacia delante. Toco una pared de acero a unos sesenta centímetros. Doy un paso hacia ella y me doy un golpe en los dientes con algo metálico. El dolor y la sorpresa me hacen dar un salto hacia atrás, y choco con otros cuantos objetos metálicos. Estanterías. Paso la mano por ellas como si fueran un texto en Braille en letra grande. Encuentro docenas de bolsas de hielo en forma de unidades sanguíneas para transfusiones.

Exploro el otro lado, luego el de atrás. Lo mismo. La parte delantera es una puerta metálica, cuyo picaporte se niega a moverse. Estoy en un congelador del tamaño de un calabozo. Un congelador de sangre.

¿Por qué?

Está claro que puedo morir aquí. También podría sufrir una lesión cerebral, como un *sous-chef* que traté una vez, que se pasó toda una noche encerrado en el congelador del restaurante en que trabajaba. Pero que alguien utilice el congelador para causar intencionadamente una de esas dos cosas parece absurdo. Es como si el Joker metiera a Batman en una picadora de hielo para sorbetes, y luego no se quedara a mirar.

Aunque inyectar heces en la nalga también resulta un tanto extraño, cuando uno se pone a pensarlo.

Sólo lo pienso un momento, porque da mucho asco. Y sigo reflexionando. Si me fuera a morir de un síndrome

tóxico, ya me habría muerto.[1] Y en cuanto a las posibles secuelas, en caso de que sobreviva para experimentarlas, ya tengo en el organismo toda clase de antibióticos. Gracias a ti, Tío del Culo: no tengo idea de lo que te pasa, pero apruebo tu tratamiento.

Entonces comprendo por qué estoy aquí.

No quieren matarme. Tratan de debilitarme, como los diez capullos que acuchillan al *Toro Fernando* hasta dejarlo medio muerto antes de que el torero entre siquiera en la plaza.

Para que cuando venga, Skinflick no tenga dificultad en matarme personalmente.

Con su navaja, probablemente. ¿Dónde dijo Squillante que se había estado entrenando? ¿En Brasil? ¿Argentina? Intento recordar si me han contado algo de los diversos estilos de pelea a navaja que utilizan en esos sitios. No me acuerdo.

Sé que, en realidad, en la pelea a navaja hay sólo dos filosofías fundamentales: la Escuela Realista, que sostiene que cuando se luche con alguien que sepa lo que se hace, siempre se recibirá algún tajo, de manera que hay que estar preparado para eso (se trata de los tíos que se envuelven la chupa de cuero en el brazo izquierdo antes de la pelea), y la Escuela Idealista, que cree que debe emplearse toda la energía que haga falta para no resultar herido. Procurando,

1. El shock tóxico es una respuesta inmunológica producida por agentes contaminantes, tales como bacterias, en el flujo sanguíneo. Las heces humanas (al contrario que las de las vacas, que usan su flora intestinal como alimento, «comiendo» hierba simplemente para cultivarla) están formadas por un veinte por ciento de bacterias. Durante el shock las venas se abren para dar entrada a los glóbulos blancos en los tejidos y luchar contra la invasión, y el fluido que se filtra con ellos hace que la presión arterial se desplome.

por ejemplo, no poner una parte del cuerpo con la que no se vaya a atacar delante de la propia navaja.

Ambas escuelas siguen unas cuantas reglas básicas. Hay que recordar que deben lanzarse patadas y puñetazos siempre que se tenga ocasión, porque las navajas dan tanto miedo que uno se olvida del resto del cuerpo. Y mientras se tenga una navaja con buen filo, nunca debe tratarse de pinchar a nadie. Apuñalar es de idiotas. Pone al descubierto una gran parte de la anatomía y ofrece muy pocas posibilidades de causar un serio perjuicio. Dar un tajo, en cambio, es lo que debe hacerse a cualquier cosa que se ponga por delante (como los nudillos de la mano con que el contrincante sostiene la navaja), aunque lo ideal sería en la cara interior del brazo o el muslo, que es por donde pasan los principales vasos sanguíneos. Así que el rival muere desangrado, como un animal atacado por tiburones en su hábitat natural.

En principio –y porque llevo un diminuto camisón de hospital en vez de una chaqueta de cuero–, me inclino por la Escuela Idealista. Claro que también preferiría tener una navaja, cosa de la que carezco en estos momentos. Así que me pongo a considerar el problema.

Primero hago una exploración del congelador. Casquillo, sin bombilla, en el techo. Un montón de estanterías con productos sanguíneos.

A lo mejor puedo modelar un muñeco de nieve con la sangre congelada, y matar de asco a Skinflick.

Con los estantes tampoco puedo hacer nada. Están fijados a la estructura, formada por barras de hierro en ángulo que, a su vez, van soldadas a unas placas metálicas rectangulares del tamaño de un posavasos, atornilladas al suelo y al techo. Los tornillos están demasiado apretados para manipularlos, sobre todo porque estoy perdiendo rápidamen-

te sensibilidad en la punta de los dedos, incluso en aquellos en los que no me he escupido, y se me está agarrotando la palma de la mano herida. Dar golpes en los estantes, que es difícil porque apenas hay espacio para alzar el puño, hace más ruido del que probablemente recomienda la prudencia y ni siquiera los abolla. El picaporte ni se estremece cuando empujo con los pies en la puerta.

Pienso en cómo podría pelear sólo con las manos y los pies, que según los siento ahora es como si fueran unos filetes pegados al final de mis extremidades. Sopeso la estrategia: si conviene o no estar cerca de la puerta, y esas cosas.

Pero pensar sin moverme empieza a amodorrarme de nuevo. Doy otro repaso a la estancia. Es difícil estar seguro de que haya comprobado todos los estantes cuando no veo nada y tengo tan estropeado el sentido del tacto, de modo que utilizo el antebrazo para tantear. Ahí la densidad nerviosa es menor, desventaja que compensa su mejor circulación.

Finalmente descubro que la placa que forma la base de una de las barras tiene un canto afilado. La chapa mide unos quince centímetros de ancho y cinco milímetros de espesor. Si consigo arrancarla con barra y todo, estaré en posesión de un arma bastante imponente. Pruebo haciendo fuerza con los pies en la pared. Ni hablar. Sólo sirve de recordatorio de que estoy más débil que hace media hora.

Me recuesto en los estantes para recobrar el aliento. Y si el metal me chupa calor, a la mierda. Necesito pensar en lo que debo hacer.

O en si no debo hacer nada.

¿Qué más da? Si salgo de ésta, David Locano volverá a encontrarme, y me matará. Y lo hará cuando yo esté trabajando de empleado en una gasolinera de Nevada. Dando vueltas como un tonto todo el día, porque los emplea-

dos de una estación de servicio ya no tienen nada que hacer, sólo pasar la tarjeta de crédito de los clientes.

Mientras que si muero aquí, siempre está la posibilidad de que Magdalena tuviera razón y haya otra vida. Y que luego dé la casualidad de que metan la pata y me dejen pasar, y entonces volveré a verla.

Me estoy volviendo a la vez chaveta y sombrío. Todo empieza a cobrar un matiz abstracto, y a perder importancia. Se me está yendo la cabeza.

Tengo que espabilarme.

Debo concebir un plan.

Me golpeo la cabeza contra el canto de una estantería. El dolor me despierta. Me sugiere, al menos, una *idea.*

Algo tan descabellado y estúpido, de resultado tan increíblemente incierto, que jamás lo intentaría a no ser por la pequeña esperanza que promete.

Intentarlo me hará sufrir inmensamente.

Tanto que, si surte efecto y salgo con vida, puede que hasta me lo merezca.

Si plantan ustedes el talón en el suelo y elevan la punta del pie hacia el techo, abriendo luego los dedos y manteniéndolos separados (no es tan fácil, lo sé: hace que uno reconozca su condición de primate), verán que se les forma un canal a lo largo de la parte externa de la pantorrilla, entre los músculos de la espinilla y el gemelo. Ése es el canal que espero abrirme.

Me pongo de rodillas junto a la chapa de anclaje de la barra, y aprieto contra ella la espinilla derecha para que su afilado borde se me clave en la piel justo por debajo de la rodilla. Preferiría hacérmelo en la espinilla izquierda, pero me resultaría muy difícil llegar con la mano derecha. De

modo que pongo la espinilla derecha contra el borde y hago fuerza hacia abajo.

No da resultado. Apenas me he hecho un arañazo. Debo haber aflojado la presión en el último momento, evitando de manera subconsciente que se me desgarre la piel.

Me insensibilizo la espinilla con una bolsa de sangre congelada, y esta vez, al pasarla sobre el borde afilado me aprieto la pantorrilla con la mano derecha, para impedir que la pierna se resista. Sí, la pierna *intenta* oponer resistencia. Pero ahora está más debilitada, y se me abre la piel.

El dolor hace que me eche de espaldas apretándome la rodilla contra el pecho mientras hago lo posible para impedir que el grito no me salga por los ojos. Pero con el pie en esa posición observo que, de pronto, todo el empeine se me ha quedado completamente entumecido salvo por la telilla que une el dedo gordo con el siguiente. Lo que es una buena noticia: me he hecho un corte tan profundo que he segado el nervio que pasa justo por encima del músculo.

Espero cerca de un minuto para ver si también me he cortado la arteria que pasa a lo largo del nervio –es decir, si acabo de suicidarme, y puedo relajarme durante los últimos y breves momentos de mi vida–, y luego me tanteo con cuidado la herida para ver si es lo bastante larga. Lo es: una línea que me recorre las tres cuartas partes de la pantorrilla hacia el pie. Así que me doy la vuelta y la aprieto contra el suelo helado para calmarme un poco el dolor, y detener la hemorragia. No sé si va a servir de algo.

En cualquier caso, no hay mejor tiempo que el presente. Me siento poniendo bien el culo en el suelo. El escroto, que ya tenía contraído, se encoge aún más, como si quisiera lanzarme los testículos al cráneo. Introduzco los dedos de ambas manos en la herida de la pierna.

Me desgarra una nueva clase de dolor, que me llega hasta

la cadera, y pienso: no podré repetir la operación. De manera que hundo los dedos entre los cálidos y fibrosos músculos.

Con lo cual, por resbaladizos que estén, se tensan como cables de acero, casi rompiéndome los dedos.

–¡Joder! –grito, separándolos con fuerza, encajando aún más los dedos de la mano derecha. Siento la pulsación de la arteria contra los nudillos.

Y entonces lo consigo: me toco el peroné.

La tibia y el peroné, como creo haber mencionado, son el equivalente a los dos huesos paralelos del antebrazo. Pero con la diferencia de que el más pequeño –el peroné– no tiene la misma utilidad que el más grande. Su extremo superior constituye una parte secundaria de la rodilla, y el inferior es el hueso exterior del tobillo. Lo demás no sirve absolutamente para nada. Ni siquiera soporta peso.

Así que meto los dedos por la membrana que pasa entre la tibia y el peroné, y cojo el hueso. Tiene un diámetro tres veces más grueso que el de un lapicero, pero no es redondo. Sus bordes son afilados.

Y ahora necesito romperlo. A ser posible sin destrozarme el tobillo ni la rodilla. La sola idea me hace girar la cabeza y vomitar sobre la parte izquierda del pecho. No sale mucho, pero, vaya..., está caliente. Y de ningún modo voy a soltar los dedos del peroné.

Pero ¿cómo coño me lo voy a romper? Es duro como la piedra. Cualquier golpe capaz de fracturarlo también puede hacerlo añicos. Pienso en dar una patada contra el afilado borde del estante más bajo, pero de ese modo lo más probable es que me rompa la tibia, que forma la mayor parte de la espinilla.

Entonces se me ocurre. Me arrimo apresuradamente al estante y pongo la espinilla contra el borde con todo cuidado, lo más cerca posible del tobillo. Sin soltar mi presa

subo los dedos hacia la rodilla. Luego tiro bruscamente del hueso hacia delante, partiéndolo por la parte inferior justo por encima del tobillo y sacando la parte superior del enredo de ligamentos que mantienen unida la rodilla.

Oh, Dolor.

Ay, Dolor.

Cuando el sudor te chorrea por todas partes aunque te encuentres en un congelador, comprendes que quizá has llevado las cosas demasiado lejos.

O cuando empuñas un cuchillo que te acabas de fabricar con un hueso de la espinilla.

Finalmente se abre la puerta, y alguien dice:

–Sal fuera.

No me muevo. Estoy apoyado de espaldas contra la estantería del fondo, tratando de mantener abiertos los ojos llenos de lágrimas para habituarlos cuanto antes a la luz, que ahora mismo es una deslumbrante pared de violenta blancura. Tengo el cuchillo oculto junto a sus primos bajo el antebrazo derecho.

Aparece la silueta de un hombre con una pistola que insiste:

–He dicho que salgas... ¡La leche *puta!* –Hace una pausa y dice–: Está ahí atrás, señor Locano. Pero está cubierto de sangre.

Tras él aparecen más hombres armados, que se quedan mirando.

–¡Ah, joder! –exclama uno de ellos.

Entonces oigo la voz de Skinflick. La reconozco, aunque es más áspera que antes. Más profunda, y con un nuevo y extraño silbido.

–Sacadlo de ahí –ordena.

Nadie hace nada.

–Sólo es una hepatitis –digo yo–. Es probable que no os contagiéis sólo con tocarme.

Los sicarios retroceden de la puerta.

–Que os den por culo a todos –les dice Skinflick.

Aparece ante mi vista. No lo distingo muy bien porque está a contraluz y sigo teniendo los ojos jodidos. Pero no ofrece buen aspecto. En realidad es como si hubieran dado a montar un juego de Adam Locano a un niño de cuatro años, cuando está recomendado para mayores de nueve. Tiene la cabeza a la virulé.

Tendría que decir algo. Estoy desnudo, salvo por la sangre. Mía y de la bolsa con que sin necesidad me he untado por todo el cuerpo para desviar la atención de mi pierna izquierda, y del torniquete que me he fabricado con el camisón. Hay sangre por toda la estancia.

No sé si eso inquieta a Skinflick. Entra esgrimiendo la navaja, que sostiene con el brazo cruzado sobre el pecho. Tiene una hoja serpenteante, con un dibujo a los lados, así que probablemente es de Indonesia.

No se le da mal. Mueve la navaja continuamente, formando una especie de nube de electrones defensiva. Pura Escuela Idealista. Pero en cuanto me ve el cuchillo –digno producto de mi carne y de mi sangre– se para en seco y retrocede con un respingo de miedo y sorpresa, dejándose al descubierto el costado derecho.

–Joder, Skinflick –le digo.

Se lo clavo justo por debajo de la parte derecha de la caja torácica, dirigiéndolo hacia arriba por el orificio natural del diafragma, de modo que el rugoso extremo de mi peroné le revienta la aorta antes de detenerse en el interior de su palpitante corazón.

Palpitante hasta ese momento, quiero decir.

## 24

El siguiente recuerdo que tengo es el de despertarme. Y después me acuerdo de haber pensado: *Para ser un tío que se queja continuamente de falta de sueño, te despiertas un montón de veces.*

Estoy en una cama del hospital. El Profesor Marmoset está sentado en la butaca junto a la cabecera, leyendo y subrayando lo que parece un artículo de una revista.

Me llama la atención, como siempre, su juvenil aspecto. El Profesor Marmoset es una de esas personas cuya eterna juventud viene de estar más informado y ser más inteligente de lo que, digamos, yo mismo seré nunca, además de tener una cabellera verdaderamente poblada. Pero no puede ser mucho mayor que yo.

–¡Profesor Marmoset! –exclamo.

–¡Ishmael! Te has despertado. Bien. Tengo que marcharme ya.

Me incorporo. Tengo una sensación de mareo, pero me apoyo en el brazo.

–¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? –le pregunto.

–No tanto como crees. Unas horas. Cuando terminamos de hablar cogí un avión. No debes incorporarte.

Me tumbo. Me retiro la manta. Tengo la pierna derecha envuelta en un abultado vendaje. Sigo teniendo manchas de sangre seca por todo el cuerpo.

–¿Qué ha pasado? –le pregunto.

–La cirugía se te da mejor de lo que recordaba –observa el Profesor Marmoset–. Eso de la chica que resultó no tener osteosarcoma ha sido impresionante. Discutimos un caso como ése una vez, me parece. Pero la autofibulectomía ha sido verdaderamente genial. Tienes que escribir un artículo para el *New England Journal.* O al menos para la revista de la Protección Federal de Testigos.

–¿Qué ha pasado con esos tíos?

–¿Los mafiosos?

Afirmo con la cabeza.

–Al hijo de David Locano, le diste una puñalada en el corazón. A los demás los mataste con la pistola de Locano. Menos a uno, a quien aplastaste la cabeza un buen número de veces contra la puerta del congelador. Ése tampoco va a contarlo.

–Joder. No me acuerdo de eso.

–Será mejor que no te apartes de esa historia.

–¿Por qué? ¿Estoy detenido?

–Todavía no. Cruza los dedos.

Empieza a recoger los periódicos.

–Me alegro de que estés bien. Ojalá pudiera quedarme más tiempo.

Hago un esfuerzo y le pregunto.

–¿Me van a echar?

–¿Del Manhattan Catholic? Desde luego.

–Del ejercicio de la medicina.

El Profesor Marmoset me mira fijamente, creo que por primera vez en la vida. Sus ojos castaños son más claros de lo que pensaba.

–Depende –me contesta–. ¿Tienes la impresión de que has concluido tu labor como médico?

Lo pienso.

–Ni por asomo –he de reconocer–. Ojalá fuera así.

–Entonces ya se nos ocurrirá algo. Entretanto, quizá te haga falta una beca de investigación por algún tiempo. Lejos de aquí. Te recomiendo la Universidad de California en Davis. Llámame y hablaremos.

Se pone en pie.

–Espere –le pido–. ¿Qué hay de Squillante?

–Sigue muerto.

–¿Quién lo ha matado?

–Tus estudiantes.

–¿Cómo? ¿Por qué?

–Entró en fibrilación ventricular. Intentaron contenerla. Pensaban que le hacían un favor.

–Culpa mía. Les di demasiada responsabilidad.

–Eso es lo que ellos alegan ahora.

–Yo estaba durmiendo cuando pasó.

Se mira el reloj.

–Pues *ellos* no. Y sabían perfectamente que no debían ocuparse de una emergencia por su cuenta. De todos modos, no nos concierne: que los echen o no, no es problema nuestro.

–¿Cómo ha descubierto que fueron ellos?

El Profesor Marmoset parece incómodo.

–Parecía... evidente. ¿Algo más?

–Sólo una cosa –le digo–. Tenía un paciente con abscesos múltiples. Recibí una llamada anónima en la que me comunicaban que lo había mordido un murciélago...

–El de tu pinchazo.

–Exacto. ¿Cómo está?

El Profesor Marmoset se encoge de hombros.

–Su compañía de seguros no iba a pagarle otro día de estancia, así que lo han trasladado a un centro estatal.

–Pero ¿qué le pasaba?

–¿Quién sabe? Puedes intentar llamarlos, si quieres. Lo más probable es que no volvamos a hablar del caso. Tienes la sangre limpia. Una cosa más de la que no tenemos que preocuparnos.

Me da una palmadita en la rodilla buena.

–Es como dicen los alcohólicos. Siempre que uno sepa cuándo se puede poner remedio a algo y cuándo no, hay que dar gracias a Dios. Sobre todo si al final resulta que es imposible.

Cambio de postura, y me estalla el dolor en la pierna; luego se me pasa, extrañamente. Se me va un poco la cabeza y los analgésicos me producen una sensación de vacío en el estómago.

–Gracias por venir –le digo.

–No me lo habría perdido. Llámame.

–Lo haré.

Se marcha. Me duermo.

Cojonudo: tiene cosas que hacer.

Yo no.